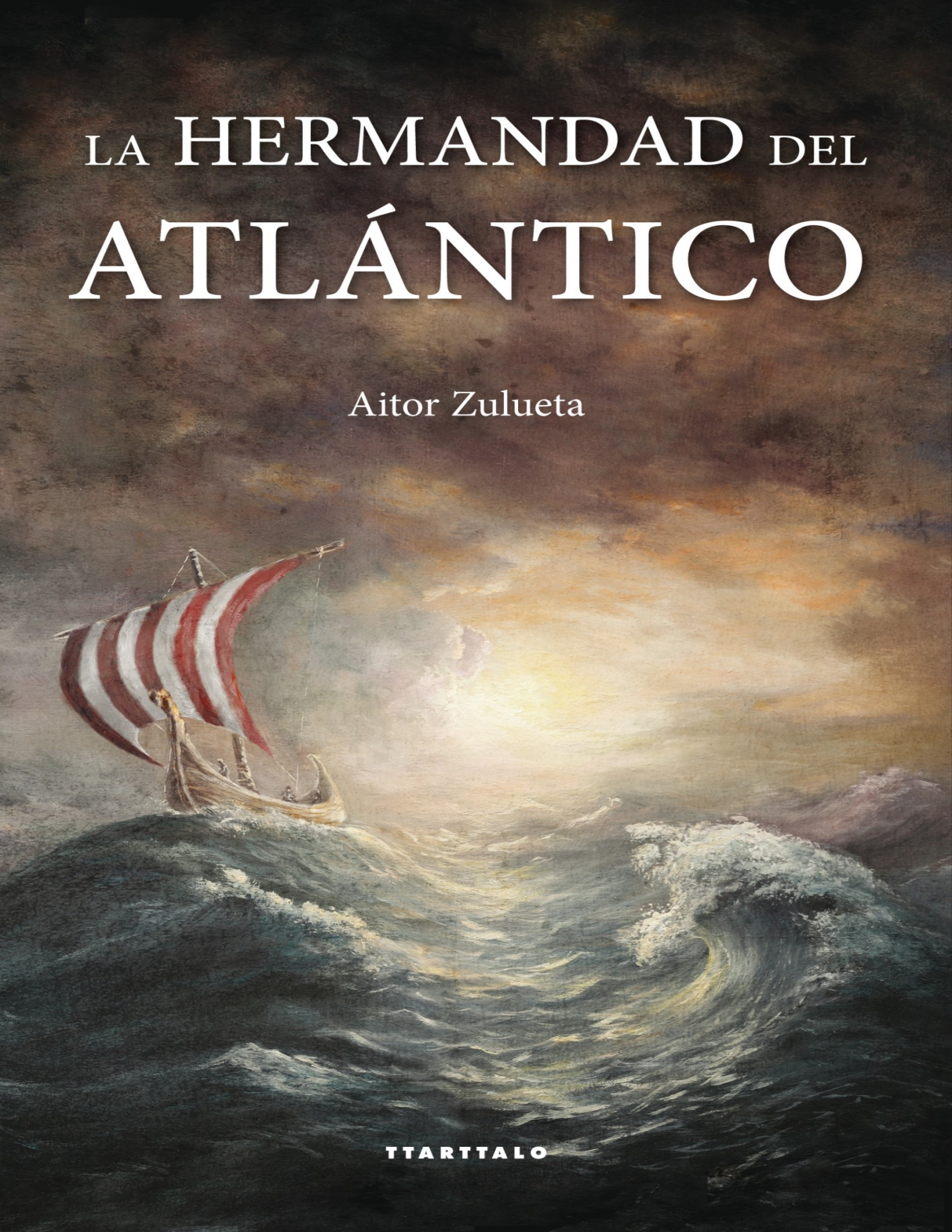
LA HERMANDAD DEL ATLÁNTICO

Aitor Zulueta



TTARTTALO

Diseño de portada: Udane Ansa

© Aitor Zulueta Telleria
© Ediciones TTARTTALO / Colección Abra

Portuetxe, 88 bis
20018 Donostia
Tel. 943 310267
Fax 943 310216
ttarttalo@ttarttalo.com
www.ttarttalo.com

I.S.B.N.: 978-84-9843-376-0

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LA HERMANDAD DEL ATLÁNTICO

Aitor Zulueta

alba

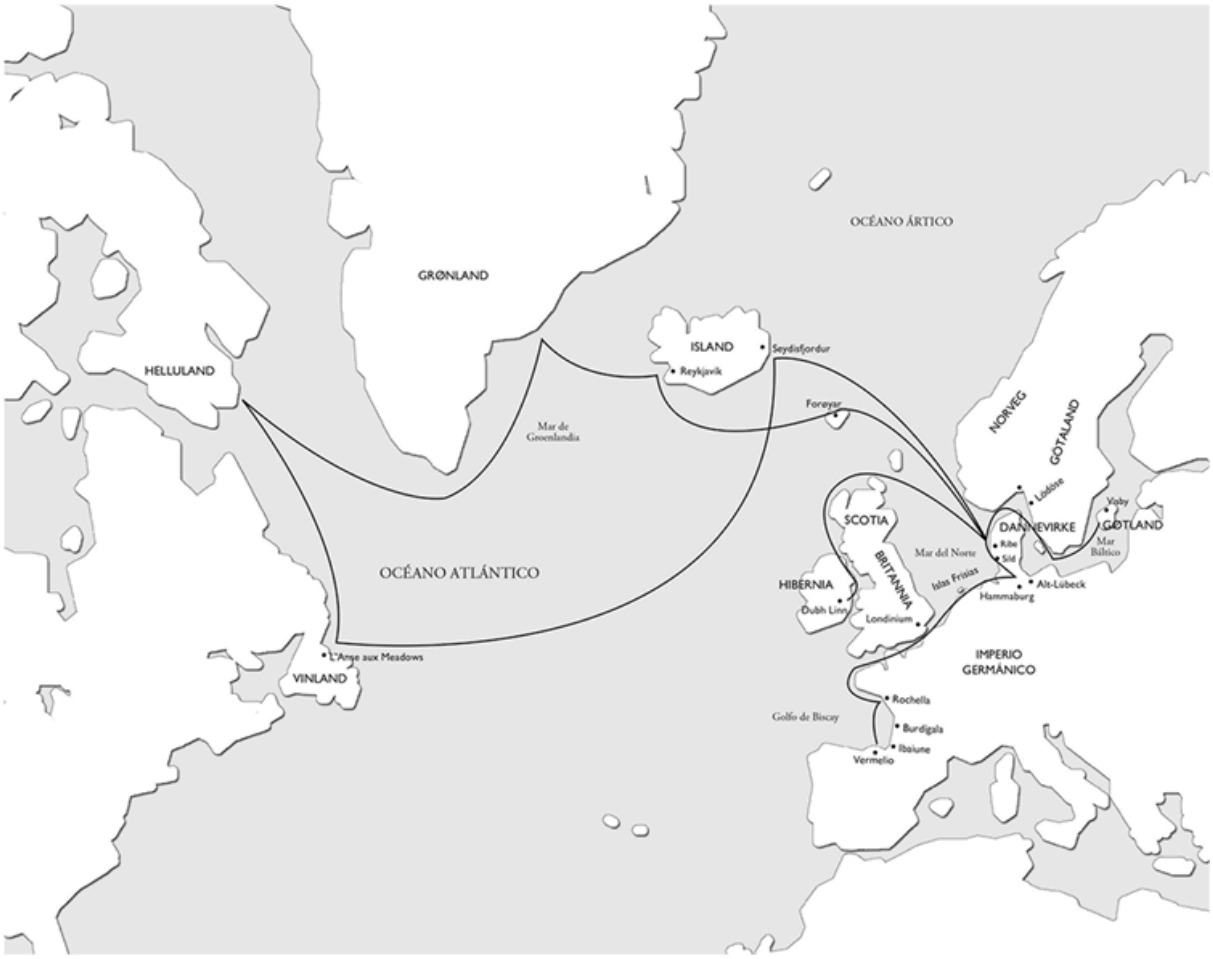
Pido perdón a los adultos por dedicar este libro a los niños.
Tengo una excusa seria: los niños son los mejores amigos que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: los niños lo entienden todo, incluso más que los adultos. Y también tengo otra: los niños viven en una sociedad imperfecta
y poco sensible, tienen verdadera necesidad de consuelo.

También pido perdón a los adultos que se merecerían sin duda alguna dedicatoria por mi parte, estén o no conmigo, vivan o no, pero
los niños respetan estrictamente la cola del autobús y están primero.
No os preocupéis porque espero escribir muchos libros.

Por si todas las excusas anteriores no fueran suficientes,
quiero dedicarles este libro para que cojan fuerzas para cuando
sean adultos, les hará falta. Espero que cuando sean adultos
nunca olviden que un día fueran niños.

Por último, pido perdón a Antoine Saint Exupery
por ser un "copión" de dedicatorias; no es robo sino admiración.

A mis queridos niños Katalin y Xabier


OCÉANO ÁRTICO
GRØNLAND
ISLAND
Seydisfjordur
Reykjavik
HELLULAND
Mar de Groenlandia
Foroyar
NORVEG
GOTALAND
Lodose
Visby
GOTLAND
SCOTIA
DANEVIRKE
Ribe
Sild
Mar Báltico
Mar del Norte
BRITANNIA
Islas Frisias
HIBERNIA
Alt-Lübeck
Hammaburg
Dubh Linn
Londinium
OCÉANO ATLÁNTICO
L'Anse aux Meadows
VINLAND
IMPERIO GERMÁNICO
Rochella
Golfo de Biscay
Burdigala
Ibaiune
Vermelio

1

¡El Big Bang ha muerto! –soltó de manera repentina y rotunda el doctor Holger Boenisch. Después, tras un silencio sostenido, continuó apasionadamente:

–¡Ha llegado el Big Bounce! ¡La vieja teoría de la expansión acelerada del universo ha muerto! Albert Einstein no hubiera permitido que se aceptasen durante tanto tiempo tan arriesgados convencionalismos. ¿Cómo es posible que se pueda confiar todo el desarrollo del universo a una materia de densidad infinita? ¿Quién se ha atrevido a afirmar que la expansión del universo tiene como origen un punto de espacio y tiempo infinitesimales? Max Planck acaba de cruzar las líneas espacio-tiempo superando la velocidad de la luz, con gran enfado por lo absurdo de su propuesta. ¿Quién ha sido tan estúpido como para validar una idea, más ridícula que el creacionismo bíblico, que enfrenta la Relatividad General con la Mecánica Cuántica? ¿Quién?

Sus alumnos se quedaron más asustados que sorprendidos. Sus alumnas suspiraban y soñaban con la hipótesis de que este hombre fuera 25 o 30 años más joven.

Holger Boenisch era así, rotundo y seguro de sí mismo, no daba concesión a la duda. ¿Por qué debían matizarse afirmaciones basadas en elaboraciones minuciosas? "La duda es la ciencia de los mediocres", solía afirmar. "La inseguridad es una droga creada por la evolución para que los más dotados sometan a los menos dotados", sostenía a diario.

Con semejante ideario es fácil suponer que el Dr. Boenisch gozaba de una estimable colección de enemigos, algo que no le era en absoluto desconocido pero que le importaba más bien poco. No buscaba amigos; pensaba que tener unos pocos era suficiente y, además, permitía profundizar en ellos.

–La clase ha terminado –soltó repentinamente–, pero la selección entre inteligentes y brillantes está en que los inteligentes estáis ya cambiando de registro mental para pensar en la comida o en lo que haréis más tarde mientras que los brillantes continuaréis despistados dentro de unas horas, pensando sobre esta clase, ajenos al mundo que os rodea.

La verdad es que también él desconectaba. Bajaba las escaleras de la facultad y ya estaba pensando en cómo perfeccionar su *swing* y, sobre todo, pensaba en su

investigación sobre la Hermandad del Atlántico; le obsesionaba buscar pistas sobre esa asociación que había pasado desapercibida a tantos historiadores. El swing había desaparecido de su mente, ocupada por María de Baigorri. ¿De dónde había salido aquella mujer? ¿Qué hacía enterrada en la catedral de Ribe? ¿Qué pintaba aquel nombre extraño escrito en grafía latina, rodeado de inscripciones escandinavas con grafía rúnica? ¿Qué era la Hermandad del Atlántico? *Atlantisk Søskenlikhet Dronnig*, esa era la inscripción de su enterramiento, ¿quién era esa supuesta reina de una organización prácticamente desconocida?

El doctor Boenisch tenía muchos interrogantes; algo le decía que esa lápida tan enigmática escondía algún que otro secreto y mucha información interesante.

–¡Cómo puede ser! –se dijo, enfadado consigo mismo–. Pero, ¿no habíamos quedado en que la duda es de mediocres? Entonces, ¿por qué vacilo y hago suposiciones?

Inmerso en un mar de dudas, una imparable ansiedad empezó a martirizarle. Y, como siempre en estos casos, corrió al *Nordseekrabhaus* a comer y beber y de esa manera tan fisiológica frenar sus cerebrales contradicciones.

–La carta de platos del día, por favor.

–Bien –empezó a leer en voz baja y para sí mismo–. Legumbres con salchicha ahumada, arenques con crema agridulce, platija del capitán con patatas asadas, ensalada de camarones del mar del Norte… ¡Cazón de Helgoland con verduras! Tomaré el cazón con una cerveza de trigo.

–¿Grande o pequeña, doctor Boenisch?

–¿Pequeña? ¿Qué pregunta es esa, Imke? ¿Acaso estamos en Colonia? Sabe que cuando pido una cerveza debe ser grande y si me nota nervioso, *Flensburger Weizen*, de lo contrario no me alivia.

–Entendido. ¿Le importa que se siente a su lado este señor? Andamos justos de mesas.

El desconocido se sentó junto a él y se presentó.

–Buenos días, doctor Boenisch. Me llamo Tobías Adler.

–Y usted, ¿cómo sabe quien soy?

–Acabo de escuchar a Imke. Aunque he sido marinero toda mi vida, tengo buen oído y mejor vista y, además de haber oído su nombre, veo que está nervioso o, al menos, perturbado.

–No percibe mis nervios gracias a su vista sino que a través de un centro de control situado en el hipotálamo, por cierto, muy desarrollado en aquellas especies

cuya batalla diaria es intuir la agresividad de otras con el único fin de sobrevivir. ¿No es gracioso? Usted puede permitirse el lujo de dormitar tranquilo, sin temer por su vida, mientras que, con toda seguridad, esa mosca que está al lado, está cagada de miedo. Por cierto, el que haya aceptado que se siente a mi lado no le da derecho a darme conversación.

–Estése tranquilo, que no le molesto más.

Adler era un viejo marinero de cara hinchada y piel sonrosada recorrida por innumerables arrugas. A un hombre como él, acostumbrado al mando en las tareas de navegación, le afectó poco el tono de Boenisch, que empezó a garabatear en una servilleta el nombre que le obsesionaba. Cogió la jarra de cerveza con una mano y su móvil con la otra mientras llamaba.

–Helmut, soy Holger Boenisch, necesito que me des tu opinión sobre el origen de un nombre.

–Si Helmut, buenos días, tú siempre tan protocolario. El nombre es María de Baigorri.

Durante la escucha se percibía cómo el semblante del Dr. Boenisch comenzaba a manifestar el reflejo de la ira.

–¿Qué? ¿Que pruebe en Internet? ¿Y tú te haces llamar catedrático de Filología Indoeuropea? Sabes que Internet me parece más un problema que una solución; ya me dirás que consejo de becario es ese. La próxima vez que me pase por Berlín no esperes mi visita. Adiós.

¿Dónde había leído previamente el nombre de María de Baigorri? Boenisch había visitado el enterramiento una decena de veces durante los últimos tres meses y no conseguía establecer un hilo conductor. El nombre le sonaba, lo había visto antes, pero no era capaz de recordar dónde y su ofuscación no ayudaba a la búsqueda de la idea feliz. Durante el último verano había revisado todos sus viejos álbumes y cuadernos de viaje pero fue incapaz de encontrar reseña alguna. No recordar cosas importantes era algo que le irritaba sobremanera, con lo que su ansiedad aumentó y su impaciencia se disparó. Adler le miró con interés y se atrevió a intervenir.

–Sin ánimo de ofenderle, María de Baigorri es un nombre vasco.

–¿Qué dice?

–Vasco, un idioma que se habla en el País Vasco, entre España y Francia.

–¿Y de dónde saca usted eso?

–He navegado durante 50 años, conozco todas las tabernas de Bilbao y Pasajes, de San Sebastián y de Baiona, hasta he tenido alguna novia por allí.

–¿Bilbao dice? ¿Baiona?… ¡Qué imbécil he sido! ¿Cómo no he sido capaz de recordarlo por mi mismo, llegando a llamar a ese presuntuoso de Helmut?

Casi en el mismo instante, la camarera apareció con un ordenador portátil y mostró a Boenisch las 543.000 referencias que aparecían en Google con la sola mención de Baigorri, incluida la localización de un pueblo en la lejana cordillera de los Pirineos.

Boenisch empezó a pensar en su estupidez y en cómo una camarera y un marinero jubilado habían despejado en tan sólo cinco minutos una duda que llevaba meses carcomiéndole. Lo que realmente le dolía era su obstinación, que le había mantenido todo ese tiempo explorando las mismas vías, sin darse cuenta de que la solución era sencilla y accesible: sólo había que cambiar la vía de aproximación. Apuró la cerveza y salió corriendo del *Nordseekrabhaus.*

Poco después llegaba su comida, un cazón de Helgoland. Imke vio que ya se había marchado e imaginó el resto; no era la primera vez que Boenisch pedía algo para marcharse antes de que hubiera sido servido.

–Tobías, ¿te apetece comer cazón a cuenta del Dr. Boenisch?

–Es una buena elección, sin duda alguna. Pero, ¿está loco este hombre?

–No, es un profesor universitario muy conocido, tiene algunas reacciones raras y una personalidad muy particular, pero es un buen cliente y un gran amigo. Deberías hablar con él cuando está a buenas, es una gran persona.

Adler asintió e hizo homenaje al cazón.

2

Un golpe seco sonó en la puerta de la humilde casa de Eneco de Baigorri. Debía ser la media noche ya que hacía horas que había caído la oscuridad en Vermelio.

Eneco se levantó y preguntó con mucha cautela:

–¿Quién eres?

–Soy yo, Publio.

–¿Qué quieres? Es tarde.

–Ha llegado un marino preguntando por ti. No le entendemos, pero nos ha entregado un manuscrito para ti.

Pese a la hora y a la imprecisión del aviso, sintió un gran alivio; una llamada imprevista era a menudo el preludio de una desagradable visita a la búsqueda de tributos.

Eneco de Baigorri era un navegante experimentado. A pesar de estar solo en la veintena, había comerciado por todo el Norte de Europa y descansaba en Vermelio tras años de estancia en otros puertos. Era propietario de una magnífica embarcación con reputación de ser la más rápida de Vasconia. Cuando le decían que era un privilegiado por ser armador de semejante barco, siempre respondía que el barco no era suyo, que sólo era el encargado de su custodia.

Eneco abrió el manuscrito con interés. Hablaba el lenguaje de los vascos, el latín y en sus numerosos viajes por el Norte de Europa había aprendido el Dansk Tunga[1], la lengua escandinava, aunque en este caso, no era necesario todo su conocimiento, ya que el mensaje era simple:

Ellenbogen
Atlantisk søskenlikhet

Sin perder tiempo salió corriendo y bajo rápidamente hacia la bahía de Vermelio, pero no vio a nadie.

–¡Publio! ¡Publio! ¿Dónde estás?

Publio apareció detrás, jadeando por la persecución a Eneco, que había bajado mucho más rápido que él.

–No lo busques.

–¿Dónde está ese hombre?

–Llegó él sólo en un cascarón y tras entregar el mensaje se ha dirigido hacía una nave muy parecida a la tuya que fondeaba delante de la isla de Izaro.

La luna llena proyectaba un potente haz de luz sobre una mar que esa noche estaba especialmente calmada, permitiendo a Eneco adivinar como se deslizaba una sombra: era un *langskip* vikingo, sin duda.

–¿Cómo era ese hombre, Publio?

–Muy alto y con el pelo amarillo, largo hasta los hombros; no venía armado y llevaba una capa de cuero moteado de blanco. Me suena haberle visto con anterioridad, pero la oscuridad no me ha permitido verle bien. Pero, ¿quién era? ¿qué dice el mensaje?

"El mensaje no está escrito con las letras del alfabeto rúnico, sino del latino. Sin duda, lo ha escrito Thorvald", pensó.

–Vete a dormir, Publio, mañana hay que preparar el *Ilaski Beltza*, nos hacemos a la mar en dos lunas. Podrás venir si lo deseas, será un gran viaje. Por cierto, la capa era de piel de foca.

Hacía mucho frío pero ni la oscuridad ni el tiempo eran obstáculos para los mensajeros de Eneco, sus vestimentas de piel les protegían de las bajas temperaturas y las estrellas les permitían navegar deslizando con rapidez y elegancia sus barcos. El Atlántico era su casa y en ella se sentían a gusto.

1 Lenguaje nórdico antiguo, hablado por los habitantes de Noruega, Suecia, Dinamarca e Islandia. Se dividía en varios dialectos aunque sus hablantes consideraban que hablaban una única lengua a la que dieron esta denominación, que se mantuvo hasta el siglo XIII.

3

Holger Boenisch era un hombre de unos cincuenta años de aspecto joven. De gran altura y cuerpo atlético, se movía con agilidad y su espeso pelo castaño y sus grandes ojos marrones en medio de su bronceada piel le daban un aire vital. Tanto que sus alumnas perdían el hilo de la clase contemplando la gracia natural de aquel hombre, cuya habilidad oratoria no iba a la zaga de sus otras virtudes.

Sin embargo, pese a su apariencia extrovertida, en realidad era un gran tímido que a base de fuerza de voluntad y trabajo había conseguido dominar la retórica, algo que le daba una gran seguridad en sí mismo. Su buen aspecto despertaba no pocas envidias entre el género masculino, por no hablar de algún catedrático de su misma edad, que aparentaba ser su padre.

–Escucha, Boenisch, ¿qué droga tomas para mantenerte tan joven? –le preguntó en cierta ocasión el Dr. Glückswein, un grueso y calvo catedrático.

–Mis drogas son el deporte, la lectura y el aire libre. Eso y una variada alimentación no exenta de cervezas, vinos, buenos champagnes y mejores espirituosos. Si movieras más el culo y no lo tuvieras tan incrustado a tu sillón de catedrático, tú también parecerías treinta años más joven.

Este tipo de respuestas del Dr. Boenisch, que no era precisamente un Ayatollah de la diplomacia, le habían garantizado una legión de detractores, algo que por otra parte no le preocupaba en absoluto. Tan solo su querida Jutta era capaz, no sólo de aguantar su ironía, sino de ser incluso más mordaz y aguda que él.

–El Big Bounce proclama que el universo se contrae hasta alcanzar una densidad máxima, la densidad de Planck, y a partir de ese momento tiene lugar un cambio de tendencia y la contracción se transforma en expansión, ciclo tras ciclo.

Boenisch siempre terminaba sus clases con una breve lección de oratoria sobre temas que él llamaba de "Filosofía de la vida y la ciencia".

–Y en eso estamos, expandiéndonos hasta que la materia y la energía de nuestro universo conocido lleguen a un espacio-tiempo en el cual se produzca una nueva reorientación hacia la contracción. Esto, señoras y señores, es filosofía; quiero abrirles los ojos sobre esta nueva ideología. No se admiten preguntas precisas, puesto que hablamos de teorías que requieren niveles de investigación muy precisos y.... no

vamos a permitir al asno preguntar por las leyes de Newton. Si no hay preguntas inteligentes doy la clase por terminada.

–¡Doctor! –quiso intervenir una joven alumna, más seducida por el hombre que por el profesor–. ¿Cómo son posibles estos ciclos? No se puede entender una evolución sin principio ni fin.

Boenisch se quedó varios segundos inmóvil, fijando la mirada en la atrevida alumna. Todos sabían que ese silencio era el estado previo a una respuesta abrumadora y, probablemente, poco amable. En esto, si que era previsible, algo que íntimamente le hacía gracia por la gran expectación que creaba. Se frotó los ojos y arrancó.

–Señorita, intentaré ser didáctico pese al dolor que me genera su pregunta –respondió, visiblemente irritado–. Pongamos, por ejemplo, que es usted una insignificante hormiga que ha salido de un huevo, digamos que en las montañas Altai, nada menos que en el centro de la extensa Asia. Poco después de nacer, tiene usted altas probabilidades de que la devore su hermano o su padre, ¡qué familia más desconsiderada! Si no lo hacen, hay 20 arañas al acecho en el metro cuadrado en el que va a desarrollar su vida. Ha sobrevivido al día, aunque por la noche las mariquitas, topillos y cigarras devoran y devoran. De hecho, su madre puso unos 1.959 huevos, de los que nacieron 645 hormiguitas, el resto de huevos fueron comidos hasta por su propia madre. Por cierto, no sabe nada de ella porque probablemente se la han merendado, junto con otros cuantos hermanos. De esta manera, han sobrevivido a las primeras 24 horas sólo unos 200 formícidos, y usted está entre ellos… de momento.

–Ha salido el nuevo día, señorita hormiga; usted ya sabe que hay hierba, arbustos, enemigos, noche y día. Acaba de encontrarse con una lombriz moribunda y se la comen entre usted y otros 23 hermanos, pero llega un yak que se caga sobre los restos de la lombriz. A duras penas atraviesa la mierda y observa como dos niños mongoles aplastan alegremente con sus dedos a unas cuantas camaradas hormigas. Ha conocido la comida y la mierda también, así como un nuevo e inesperado peligro: los homínidos. Está usted pensando en dónde puede haber otra lombriz, e imprudentemente se acerca demasiado a un escarabajo tigre que le biseccciona en vivo y se la come. Punto final.

–Este, señorita, es el ciclo vital de la hormiga de las montañas Altai. Ha recorrido un metro cuadrado en dos días y conocido cinco cosas, ¿cree usted que la hormiga podrá aspirar a explicarnos en qué continente están las montañas Altai? ¿Entendería de alguna manera la hormiga que en la Tierra hay océanos? ¿O que la Tierra es un

geoide con un movimiento rotacional sobre su propio eje y un movimiento traslacional en una órbita en torno a una estrella llamada Sol? ¿Podría alguna vez un ser con la limitación vital de la hormiga comprender que hay un planeta al que llamamos Luna, que está en nuestro sistema solar y que orbita a modo de satélite en una trayectoria anular excéntrica a la Tierra? ¡Nooooo! y estamos hablando de hechos probados, estudiados y conocidos por el Homo Sapiens, en algunos casos, desde hace dos mil años.

–La hormiga tiene un problema de escala que le impide comprender en su totalidad el mundo en el que le ha tocado vivir. El ser humano tiene, de manera análoga, un problema de escala para entender el universo, y este problema es mayor que el de la hormiga, ya que a las serías limitaciones físicas que probablemente le impidan entender nunca eso que se conoce como el origen del universo, se une el hecho de que para paliar esas carencias nos hemos inventado ridículas fábulas. Por ejemplo, la que sitúa el origen de la energía y la materia en su creación durante una semana por un viejo bondadoso de barba blanca que lo sabe y lo ve todo.

La chica que había formulado la pregunta, incapaz de sostener la mirada del doctor, miraba hacia ningún lado y esperaba con ansiedad el final de la explicación.

–Bueno –dijo Boenisch que en realidad empezaba a compadecer a la chica–, son las 12.30, por lo que debemos aliviar alguna de nuestras funciones vitales. Hasta mañana.

Una vez fuera, consultó su Blackberry a la espera de algún mensaje de su agencia de viajes proponiendo una combinación para un vuelo a Bilbao.

4

Eneco de Baigorri era el mayor de dos hermanos. Cuando nació, sus padres eran ya mayores. De manera inesperada, seis años más tarde nació su hermana María. Fue un parto difícil dónde se abrazaron la vida y la muerte. María nunca conoció a su madre. Su padre, Jacques de Baigorri, era un marinero de la Baja Navarra que, cansado de viajar para transportar lana, había decidido quedarse en Vermelio.

El joven Eneco sintió la atracción del duro Atlántico desde muy pronto. Siendo niño se sentaba al borde de los acantilados de Vermelio y contemplaba el baile de las gaviotas y alcatraces que oscilaban entre las olas sin chocar con ellas. El oscuro mar y el cielo gris metalizado le atrapaban; se preguntaba qué habría allí donde se perdía su vista. Miraba al sur y la muralla de montañas le fijaba un límite, miraba al norte y veía el infinito.

Eneco creció en ese ambiente y, aunque perdió a su madre siendo un niño y a su padre poco después, siempre tuvo claro que destinaría su vida a la búsqueda del secreto que se ocultaba en el infinito horizonte.

Eneco y María fueron criados por su tía Katalin Torrontegi, junto con sus primos Publio, Garseo e Iber. Su tío Lope de Oinaz era un pendenciero e inútil. En condiciones normales, las mujeres de Vermelio eran proclives al gobierno de la familia por la ausencia física de sus maridos marinos, pero en este caso, la ausencia mental de su marido convirtió a Katalin en madre, padre y tía de los Oinaz-Baigorri.

5

Boenisch volaba a Bilbao con el firme propósito de resolver el enigma. Se había pasado varias semanas inmerso en el estudio de la Liga Hanseática y había profundizado sobre las relaciones comerciales en la Europa de los siglos X y XI. Durante el vuelo reflexionó sobre los motivos que podían haber llevado a aquella mujer a la ciudad danesa de Ribe en el siglo XI. La primera ciudad fundada en la actual Dinamarca, también fue la primera en construir una catedral cristiana y hubiera sido un escenario idóneo en el improbable caso de que un vasco del siglo XI se asentase en Jutlandia. También había estudiado todo lo que halló sobre las escasas relaciones comerciales desarrolladas por los vascones que rodeados de francos, musulmanes y astures parecían subsistir del aislamiento.

Se devanó los sesos y desarrolló una lista con más de diez opciones. Luego pensó si los flujos migratorios de esas épocas serían tan racionales como las opciones que él había listado. Se dio cuenta de que en el siglo XI, los escenarios eran tan poco propicios para una vida tranquila que las personas migraban sin entrar en más consideraciones.

Había embarcado muy disgustado, apesadumbrado por el enfado de su esposa Jutta, que no le perdonó su marcha de casa, de manera inesperada y por enésima vez. Y su vuelo estaba resultando poco agradable. Sentado junto a la ventanilla, los asientos contiguos habían sido ocupados por dos insufribles hombres de negocios que debatían sobre las cuestionables facultades de los futbolistas. Cuando no hablaban de fútbol tocaban otro de sus puntos sensibles: catalogar y puntuar a las azafatas por sus culos; ese típico machismo latino le resultaba insoportable. Para relajarse cogió hoja y lápiz y, aprovechando la ausencia de turbulencias, dibujó un boceto en el que representó a sus compañeros de viaje dentro de una vieja prensa para uvas accionada por una señorita de grandes curvas sin complejos, vestida con una camiseta de fútbol, que sonreía desinhibidamente mientras prensaba a los dos cafres.

Durante el descenso, el viento balanceó intensamente la nave, asustando a sus odiados compañeros de vuelo. La toma de tierra fue anunciada mediante un violentísimo bote que dio gloria al tren de aterrizaje. Boenisch miró a sus dos vecinos y no pudo resistirse:

–Como futbolistas no tienen ustedes precio pero como aviadores… quizás necesiten pañal.

–¿Qué? –respondió uno de ellos.

Boenisch les entregó su dibujo a modo de regalo para entrar a la carga.

–Este es el destino que les deseo. Tengan un buen día, pero pasen por el cuarto de baño antes de encontrarse con sus esposas, no vaya a ser que les den un mal recibimiento.

–Pero, ¿qué dice usted? –respondió uno de ellos, que sudaba abundantemente.

Si Boenisch hubiera sido un tipo normal, que no lo era, hubiera optado por callarse o hacerse el loco. Sin embargo, le iba la marcha y sentía placer ante la expectativa que se le ofrecía de vengarse del pesado viaje que le habían proporcionado.

–Que se han cagado ustedes.

–No sé quién es usted, amigo, pero no me hace gracia su comentario.

–Yo no soy su amigo, y mi comentario no buscaba hacerle gracia.

El grueso sudoroso se desabrochó la corbata y se dirigió a Boenisch sin contemplaciones.

–¿Está loco o ha bebido más de la cuenta?

–Ni lo uno ni lo otro, simplemente me han dado el viaje con sus estúpidos comentarios sobre vicios, nocturnidad y relaciones extramatrimoniales de futbolistas. A lo mejor es que no tienen ustedes más ciencia que esa pero al menos podían haberlo hecho en voz baja, así no hubieran molestado a nadie. Por cierto, podrían ustedes tener en consideración que las señoras tripulantes de cabina son personas y muy profesionales además, y no culos que sirven vino a dos grasientos vendedores de tuercas.

–¡Oiga, yo hablo de lo que me dé la gana cuando vuelo!

–Precisamente por ello yo digo lo que me dé la gana cuando aterrizo.

La tensión se hizo patente en la tripulación de a bordo. Una tripulante de cabina se acercó a Boenisch y le pidió calma en alemán.

–¡Tócate los cojones! –dijo el gordo–.¡Encima, alemán!

Boenisch le sonrió y le respondió en alto:

–¡Ah!, ¿es que es usted racista?

Todo el avión se volvió hacia el hombre cuyo sudor había transformado su camisa inicialmente celeste en azul marino. Se sacó un pañuelo que se pasó por la cabeza y abandonó rápidamente el avión en compañía de su colega.

Boenisch salió con una amplia sonrisa, saludó a los tripulantes de cabina, pidió disculpas y dio las gracias por la profesionalidad del servicio. No le gustaba la gente grosera y desconsiderada, y sus vecinos de vuelo lo habían bordado al respecto. Se despachó con ellos sin mayor problema y tras recoger sus maletas se fue feliz, con su mente reactivada y enfocada de nuevo en sus misterios.

6

El solsticio de verano se celebraba en Vasconia desde siempre. Los humanos creían que ese podía ser un signo de debilitamiento del sol. De esta manera, y mediante las hogueras, prolongaban el día para evitar su muerte. Las hogueras tenían además un uso adicional, más útil que festivo: servían para hacer una discreta limpieza; se quemaban los trastos viejos en desuso y se desinfectaban ropas de cama para así ahuyentar enfermedades y eliminar insectos infecciosos, todo bajo la excusa de la celebración. Era el *Alban Heruin* de los druidas o el *Beltaine* celta en honor al Dios Belenos. La iglesia se encargaría posteriormente de borrarlo todo en honor a San Juan.

Ese día de solsticio Eneco jugaba con sus amigos en torno a las hogueras, que se encendían desde el momento en que el sol se ocultaba tras las montañas. Era uno de los días más celebrados en Vermelio. Por unos momentos todos olvidaban las penas de la vida y compartían lo que podían en torno a las hogueras.

–¡Patrón! –dijo Eneco bruscamente cuando vio a José Ibarra–, siempre me has dicho que conocías a mi padre.

–Es cierto, navegamos y pescamos juntos bastantes veces.

–¿Cuándo podré embarcar contigo?

–¿No eres aún muy joven?

–Tengo edad y experiencia suficiente como para embarcar, sabes que me paso el día saltando de barco en barco, podría decirte cómo es la cubierta de cada mercante de Vermelio.

–No puede ser este verano, la tripulación está cerrada.

–Seguiré aprendiendo y volveré a preguntarte en invierno.

–Pero, ¿por qué esa insistencia conmigo, chico? ¿no quieres intentarlo con otros?

–Lo intento con todos, no pienses que sólo me interesa navegar contigo. Lo que me interesa es navegar.

José Ibarra se quedó perplejo. Desde luego, Eneco de Baigorri era sincero y directo, y tenía claros sus objetivos. Mejor eso, pensó, que los circunloquios y la estúpida palabrería de los señores y sus recaudadores, que les intentaban vender como caricias los hachazos que permanentemente les enviaban.

Eneco continuó jugando con sus amigos y acechando a las chicas que se acercaban. No había muchas oportunidades durante el año para compartir alegrías y no era cuestión de desperdiciarlas.

7

Pasó el invierno. Eneco tenía 17 años y era contramaestre del Nostromo, una rudimentaria nave propulsada a vela y remo que cubría una especie de ruta de suerte por el Atlántico Norte. El Nostromo partió de Vermelio a finales de abril con lana que vender. Cuando preparaban el barco escucharon rumores de que la Europa cristiana iba a embarcarse en una cruzada para recuperar Jerusalem del poder musulmán, pero esa guerra y sus motivos importaban poco a la tripulación del Nostromo. Ellos sólo buscaban mercadear para proveer de una vida mejor a sus familias. La disolución del Imperio Carolingio, las invasiones vikingas y la creación del Sacro Imperio Germánico les quedaban muy lejos. Ni siquiera los Reyes de Navarra eran algo conocido para ellos. El poder se limitaba a los Señores de Vizcaya, que eran percibidos como simples recaudadores por la fuerza de las armas.

La realidad política dibujaba un reino navarro de límites difusos y en continuo movimiento, y un poder político escaso, permanentemente condicionado por las herencias, los casamientos, las intrigas y los intereses de Roma. Los territorios vascones estaban en realidad supeditados al dominio de señores a quienes los habitantes de un medio totalmente rural no tenían más remedio que someterse. El no someterse significaba perder la vida de inmediato y de manera harto cruel.

El Nostromo se hizo a la mar una fresca mañana de primavera con un buen viento oeste que permitiría mantener descansados a los remeros; y en tres jornadas de tranquila navegación llegaron a la desembocadura del Garumna con intención de desembarcar en Burdígala.

–Dios nos ha dado este buen viento para que tengamos una buena navegación –dijo el patrón, José Ibarra.

"La naturaleza nos ha regalado este buen viento que hemos sabido aprovechar", pensó Eneco.

Quizás intercambiarían la lana por piezas de fundición o lingotes y podrían volver a Vermelio de inmediato. Sin embargo, en cuanto empezaron a remontar la turbulenta corriente del Garumna, fueron detenidos por un cascarón con tres hombres a bordo.

–¡Parad!

–¿Quiénes sois?

–Buscamos embarque hacia Rochella. Hay peste en Burdígala, no os acerquéis allí.

–¿Dónde está Rochella? –preguntó Eneco con interés.

–Al norte, a dos o tres días de tranquila navegación siguiendo la costa.

–¿Qué motivo debemos tener para ir allí?

–Rochella acaba de constituirse como ciudad libre, sus antiguos señores pasaban más rato de la cuenta borrachos y acabaron ahogados. La tutela feudal ha sido abolida y se ha decretado el comercio libre, podréis utilizarla como escala a Britannia.

–¿Qué garantías tenemos de que no hayáis contraído la peste y para qué queremos ir nosotros a Britannia?

–Respecto a la peste, no tenéis ninguna garantía. Respecto a Britannia, Londinium se ha convertido en una potencia comercial. Si sois comerciantes y queréis hacer buenos negocios, id allí. Volved a vuestras pobres casas sin pasar por Londinium y seguiréis siendo unos miserables. ¿Entonces?

–Os guiaremos hacia Rochella. Si tenéis la peste moriremos todos, así es la vida.

–¿De dónde sois?

–Vascones de Ibaiune. ¡Subid!

El Nostromo no era un alojamiento confortable, pero había suficiente espacio en cubierta para los nuevos huéspedes. En cualquier caso, el viento de oeste amainó, por lo que vinieron bien los tres pares de brazos adicionales, ya que hubo que sacar los remos para ganar millas hacia Rochella.

–¿Qué tal se duerme en cubierta? –preguntó Eneco con interés.

–No muy bien –contestó Jacques de Olhagaray, uno de los navegantes recién llegados–. Dicen que los vikingos duermen en la cubierta de sus naves… No sé como pueden hacerlo navegando por mares tan fríos.

–¿Qué puede contarme de ellos? –volvió a preguntar Eneco.

–Hay muchas leyendas, chico, pero pocos han compartido experiencias con ellos. Algunos dicen que son unos bestias, que primero cortan las cabezas de los desconocidos y luego intentan ver quiénes eran, pero lo cierto es que al menos por Ibaiune han pasado a menudo y jamás han matado a nadie. Lo que sí puedo asegurarte es que son grandes navegantes, tienen naves muy ligeras y se mueven por el Atlántico con sigilo y destreza.

–¿Los ha conocido?

–Si, he conocido a unos cuantos y aquí me tienes. En Ibaiune llevan años dedicándose al comercio y a la construcción de barcos.

A Eneco le podía la curiosidad por estos misteriosos hombres: ¿quiénes eran? ¿de dónde venían? ¿por qué tenían tan mala fama? Quería verlos, conocerlos. Hacía sólo

cinco jornadas que se habían hecho a la mar y ya se había olvidado de Vermelio; no pensaba volver, se acordaba de sus largas tardes de observación en los acantilados, siempre mirando hacia el Norte, siempre pensando qué habría más allá del horizonte.

Alcanzaron Rochella sin cartas de navegación, gracias a la pericia de Jacques de Olhagaray. Sin su guía no hubieran podido llegar por la infinidad de islas, barras arenosas y canales que conducían al puerto. Tan pronto tocaron tierra, Jacques hizo los contactos necesarios para vender la mercancía y en poco tiempo se habían desprendido de toda la excelente lana que traían desde Vermelio. Fue su pago por la confianza demostrada por la tripulación del Nostromo.

–¿Dónde irá ahora, Jacques? –preguntó el joven vascón.

–No lo sé, buscaré embarque en algún carguero. Me ahogo en tierra y quiero ir a Londinium; me han hablado maravillas de ese puerto. Y si no es posible, iré hacia Ypres, rumbo norte. Quiero sentir el aire del Atlántico, no hay mejor vista que un trapo al viento, bien tenso y tirante. Soy hijo de aldeanos, por eso huyo al mar: no hay vida más insignificante que la de un buey, siempre pegado al barro, siempre dando vueltas al mismo pago para ver crecer las mismas remolachas. Hasta las ratas que duermen con el buey en el establo viven mejor, ya que son libres. No, chico, yo no soy un buey.

–¿Y su familia? ¿No le espera?

–No, no me esperan –Jacques pareció un tanto melancólico en su respuesta. Luego calló un par de segundos antes de continuar–. El navegante se casa con el mar, amigo mío.

–Comprendo –le respondió Eneco, aunque realmente no comprendía del todo a aquel hombre.

Se despidieron y desearon suerte. Eneco sentía envidia, habían sido suficientes cinco días para admirar a un desconocido. Pensó que aquel hombre era una de esas personas con las que soñaba desde su avistadero de Vermelio.

Durante el día, la tripulación del Nostromo descargó la lana. Jacques les había puesto en contacto con un comerciante que les dio un precio justo. Guardaron la mitad del beneficio para llevárselo a casa, se hicieron con los víveres necesarios para la vuelta y con el resto del dinero compraron cosas que no había en Vermelio: herramientas, pescados en conserva, elementos de fundición para ruedas y ejes de carros, poleas para la construcción de casas y una carta de navegación del golfo de Biscay. Serían bienvenidos en Vermelio.

Pasaron la última noche durmiendo en la nave. El capitán José Ibarra era muy estricto, no permitió que la tripulación trasnochara en Rochella, derrochando dinero y ahogando en alcohol las penas de una vida con más insatisfacciones que alegrías; su responsabilidad no terminaría hasta volver. Tras descargar el barco, repartiría a cada marinero su dinero en presencia de esposas o madres, no se fiaba de estos hombres, tan buenos marineros como magníficos despilfarradores. Ató con cadenas el bote de abordo para que nadie lo pudiera utilizar, guardó el dinero bajo llave y advirtió a todos:

–Dormiremos fondeados. Quien salte del barco, no volverá. Mañana al alba no habrá recuento, os despertaré y zarparemos, si falta alguien no perderemos ni un sólo minuto por él, os esperan vuestras familias.

Y quisieron zarpar al alba. Pero no estaban todos; faltaba un hombre.

8

La bahía y fondeadero de Vermelio estaban coronados por una rasa mareal que se levantaba repentinamente desde la línea de costa. Esta plataforma, conocida como Torrontero, prolongaba la línea de horizonte muchas millas y era un privilegiado punto de observación, desde el cual Eneco había contemplado el Atlántico sin que nada de lo que veía le pareciera insignificante: las nubes, las olas, las aves, el viento, los cetáceos, todo estaba relacionado y todo formaba parte de ese mundo que quería conocer a fondo.

En cuanto sus tareas se lo permitían, las mujeres, niños y ancianos de Vermelio pasaban por Torrontero. Los que tenían mejor vista daban las noticias y si no había parientes presentes los niños se encargaban de correr hasta las casas de los marineros cuyos barcos se avistaban. Algunas veces las esperas duraban días, e incluso meses o años sin resultados; era la ley del Atlántico.

Pero había quien vivía peor: los labradores eran el tercer y último nivel social. Su vida estaba diseñada para la sumisión al Señor y regulada por los impuestos que debían satisfacer de por vida, siendo su movilidad limitada o nula. Cuando no podían pagar los tributos a los que se les sometía, eran montados en un carro y, una vez abiertos sus vientres con precisión de cirujano, les sacaban las tripas con cuidado de que no murieran. Después, eran paseados en el carro por todas las casas y en el paseo, que terminaba con su muerte, los lacayos del Señor se encargaban de rociar con sal las colgantes tripas de los que habían osado no pagar. Los agudos aullidos de dolor recordaban a todos que la osadía era poco aconsejable.

La gente de mar, y entre ellos los habitantes de Vermelio, no aceptaban tal escenario, pese al riesgo que corrían.

Y un día de primavera, el horizonte trajo noticias.

–¡Se acerca una nave!

Los niños se subían a los árboles y eran a menudo los primeros en avistar velas. Pronto se extendió la noticia y se juntó en Torrontero una representación de todas las casas con parientes en el mar.

–No puede ser un pesquero, viene con rumbo hacia poniente, los pesqueros han salido hoy a las calas cercanas del Norte.

–Debe ser un carguero, están en misión el Nostromo, el Izaro y el Erribera.

Las afirmaciones eran de un viejo marinero cuya ocupación era mantener en mente las entradas y salidas de naves.

–Puede ser un navío de otro origen que viene a comerciar con nosotros –añadió el viejo desasistido por su mala vista.

–Lleva un único mástil y trapo blanco –gritó uno de los niños que permanecía subido a un roble.

–Esa es una característica común de nuestras naves –replicó el viejo–. ¿Lleva enseña?

–Sí, parece blanca y roja –gritó otro.

La espera se hacía larga. Por la enseña y la trayectoria hacia el fondeadero era sin duda una nave de Vermelio.

Cuando identificaron el Nostromo, todos los parientes corrieron hacia el fondeadero. Era un día de alegría, como siempre que entraba un barco. Pero una cosa inquietaba a las familias. Los señores y sus lacayos podían haber visto llegar a la nave. ¿Cómo era posible que un capitán tan experimentado como José Ibarra no esperase al anochecer para entrar sin que le vieran? Con buena mar, él podía conducir al Nostromo hacia el fondeadero de Vermelio con los ojos cerrados.

–Encended las antorchas de aviso –dijo el viejo–. Cuando vean el humo, nuestros amigos labradores cerrarán los caminos con alguna excusa para impedir que los soldados de los Señores se acerquen al puerto. Tendremos que darles su parte por la ayuda.

Los fuegos se encendieron inmediatamente y las entradas a Vermelio se llenaron de carros volcados, rocas repentinamente caídas y todo tipo de argucias que buscaban retrasar la llegada de los lacayos a puerto.

El Nostromo entró en el fondeadero pero los marineros que bajaron a la playa estaban tristes, sus caras no reflejaban la alegría del regreso. Mientras los hombres se encontraban con sus familias, los descargadores se encargaron de realizar una descarga veloz, ya que de esa manera se aseguraban declarar solo una pequeña parte de las mercancías.

–¿Qué tal ha sido la campaña? –preguntaron ansiosas las mujeres.

–Mala, muy mala –los hombres casi no hablaban.

–Pero, ¿no habéis podido comerciar?

–No es eso, las ganancias han sido mejores que nunca.

–¿Entonces?

El nerviosismo se había extendido a todos. El capitán José Ibarra permanecía cabizbajo con el cofre que contenía los salarios. Katalin Torrontegi le dedicó una

larga mirada.

—¿Dónde está Eneco?

9

El puerto de Rochella estaba apenas a una milla de donde fondeaba el Nostromo, una milla de mar lisa y poco profunda, donde se reflejaba con fuerza la luna llena.

Eneco no tenía sueño, estaba encantado con su primera navegación de cierta envergadura. Jacques le había parecido una persona interesante y no quería volver a Vermelio. Tomó la decisión sin pensarlo más. Su familia le echaría en falta, por lo que dudó si dejarles algún mensaje. Pero se arriesgaba a que la tripulación fuera tras él, aún era un muchacho. Tampoco sería bueno para su familia, podría generar esperanza e incertidumbre y él no quería ser una carga para nadie.

Saltó al mar con una tabla, aprovechó las corrientes favorables y en poco tiempo estaba en tierra. Se detuvo en la playa y, pese al frío, estuvo un rato largo mirando al Nostromo. "Suerte. Os deseo lo mejor. Nos veremos de nuevo".

Amanecía en Rochella. Eneco se sumergió en las infinitas cosas nuevas que veía a su alrededor: el movimiento, el gentío, los carros, los extraños y diversos idiomas que no le sonaban a nada que hubiera oído previamente. Pronto olvidó al Nostromo y comenzó a centrarse en su futuro, en sus deseos. "¿Como podré encontrar a Jacques?". Esa era la idea que le movía por Rochella. Preguntó por él pero nadie le dio pista alguna y recordó que Jacques quería embarcar de inmediato. "Este aldeano con escamas es capaz de estar ya navegando", pensó, "debo buscarle".

Se pasó toda la mañana dando vueltas hasta que se sentó a reponer fuerzas en una taberna del puerto. Comía ensimismado, cuando le paralizó un pensamiento: ¿cómo voy a pagar esto si he saltado del Nostromo sin llevarme nada? Empezó a ponerse nervioso. Los ladrones no eran bien tratados, podrían meterlo en un calabozo o, peor aún, enviarlo a galeras para remar como esclavo sin más premio que respirar y comer pan viejo.

—¡¡¡Chico!!!

Eneco oyó detrás de sí lo que le pareció un rugido. Su corazón bombeaba a un ritmo insoportable, sin duda, le habían descubierto. "¿Qué hago ahora? ¿Salgo corriendo? ¿Me hago el inútil? ¿Y si digo que estoy esperando a mi patrón? No, no va a funcionar". Las preguntas se sucedían en su cabeza.

—¡¡¡Chiiicoooo!!!

Esta vez sonó mucho más fuerte. Notó una mano áspera, grande y fuerte que le agarraba del brazo. "Calma, calma" se dijo a sí mismo y empezó a darse la vuelta. Vermelio y el Nostromo fueron lo último en lo que pensó.

–¿Qué ha pasado? –preguntó el tabernero.

–No lo sé, venía a saludar a este chico y se ha caído como un tronco. Parece desmayado.

–¿Le conoces?

–Sí.

Eneco yacía en el suelo, más tieso que un mástil. La clientela de la taberna formaba un corro de curiosos alrededor de él.

–¡¡¡Tabernero!!! –gritó un hombre que parecía haber salido de entre una colonia de morsas–. ¿Qué le has dado al chico?

–¿Qué insinúas?

–No insinúo nada. Esta cosa que tú llamas pescado en salazón es lo más parecido a las tripas de una rata aderezadas con vinagre.

–No lo volverás a decir.

–Has matado al chico, tabernero –dijo un hombre con largos bigotes rubios–. Esto es peor que el *garum* de los romanos.

–¡Y tú qué sabrás, campesino! –respondió el tabernero–. Tus padres te criaron con las heces del buey sobre el que dormíais.

De inmediato se montó un remolino de brazos y piernas sobre el que sobresalía de vez en cuando un pescado o una jarra, los vinos fluían libremente lo mismo que las fuentes de col fermentada. Las manzanas atravesaban el aire a gran velocidad mientras que los hombres se dedicaban a un festejo de golpes.

Ajeno a todo, Eneco permanecía en el suelo.

–¡Dejadme paso! –gritó un cachalote cargado con un cubo con agua del puerto.

Una catarata fresca cayó sobre Eneco que se incorporó de golpe. Miró a su alrededor.

–¡Jacques!

–Hombre, chico, recuperas tu ser.

–¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy mojado y por qué me miráis todos?

–Chico, no habrás estado bebiendo, ¿no?

–No, Jacques, te aseguro que no.

–Te caíste de golpe en cuanto puse la mano sobre tu hombro. Antes de eso estuve llamándote y no me respondías, ¿qué quieres que piense?

Eneco le contó sus últimos momentos de angustia antes del desvanecimiento. Como no podía ser de otra manera, Jacques se rió durante un buen rato.

–Vaya con el Señor Contramaestre. Mira la que se ha montado por tu desvanecimiento.

La trifulca había finalizado ya, y se veía un mar de hombres dolidos. No había vencidos, sólo vencedores. Aquellos hombres se habían calentado de buena manera y ahora recogían con cuidado los bancos y mesas, bandejas y jarras, y en un carro depositaban la comida esparcida; los cerdos del tabernero estarían contentos.

–Pero… –dijo Eneco asustado–. ¿Quién arreglará este desastre?

–No te preocupes, son buenos hombres, brutos pero nobles, dejarán todo en su sitio y pagarán entre todos los desperfectos, seguirán viniendo a la taberna y todos amigos.

–¿Y yo he ocasionado esto?

–Hombre, no realmente. Les has servido de excusa. Estas peleas les permiten liberarse tras largos períodos de dura navegación, podrían haberla empezado por una discusión sobre la trayectoria del sol o el nivel del mar, de ahí pasarían a cuestionar la calidad de los pescados de la taberna, y luego ¡zas!

–Están locos estos francos, Jacques.

–No están locos, están enamorados del mar, pero la mar es como la mano, chico, puede ser dulce y sensual, como la mano de los padres acariciando a sus hijos, pero puede ser cruel, como la mano del verdugo estrangulando al reo. Es esa duda la que hace que estos hombres se comporten a veces como bestias. El placer que proporciona una mar ordenada con un viento sostenido en una ruta con constantes descubrimientos es sólo comparable al miedo de una tormenta o una galerna que se traga los barcos como si fueran cerezas.

–Yo quiero vivir y sentir esa contradicción, Jacques.

Pagaron la comida y se fueron.

–Dime, chico, ¿qué haces aquí? Tu gente te ha estado buscando por Rochella. Sin duda, no te has perdido.

–¿Estás seguro de que me buscaban?

–Completamente.

–¡Vaya! Yo pensaba que nuestro patrón era duro y que no se molestarían.

–Vuestro patrón es muy humano. Te recuerdo que navegué con vosotros. Pocos hombres al frente de una nave se comportan así, parecía vuestro padre, un padre

bondadoso. No como el mío, un ruin que dormía en la única cama que había en casa y a los demás nos obligaba a dormir con el ganado.

–¿En serio, Jacques?

–Sí, chico, te buscaban y parecían muy preocupados.

–¿Sabes si aún andan por aquí?

–No, soltaron amarras al mediodía y se marcharon con rumbo sur.

–¿Puedo pedirte una cosa?

–Dime.

–No me llames chico, llámame Eneco; parece que hablas con un grumete.

–De acuerdo, Señor Contramaestre. ¿Le parece bien emperador de los mares?

–¡Venga ya, Jacques! Eneco está bien.

Eneco no parecía preocupado por el hecho de que le hubieran buscado. Al contrario, le emocionaba comprobar que la pose de dureza de Ibarra era más una estrategia que el reflejo de su carácter. "Además", pensó, "pronto se olvidarán de mí; saben que volveré".

10

La casa donde Katalin Torrontegi luchaba por criar a su familia era pobre, oscura y húmeda, como la mayoría de la aldea. Situada en una zona alta, entre el fondeadero y Torrontero, la lluvia, la fría roca de las paredes y el barro del suelo hacían de ella un lugar inhóspito e insalubre. Los impuestos y los años de penuria les habían impedido mejorar su precaria situación y su inútil marido sólo servía para incrementar las necesidades. Hijos y sobrinos siempre estaban pendientes de ayudar a Katalin, pero no era suficiente.

Allí, en un íntimo y oscuro rincón de la casa, junto al fuego que aliviaba parcialmente la humedad, se encogía Katalin, llorando la ausencia de Eneco, a quien quería como a un hijo. Su vitalidad había servido para alimentar las ilusiones de aquella familia. Sin él, la alegría se apagaba lentamente como una vela sin oxígeno.

Perturbando la paz del silencio, oyó un desagradable rugido a su izquierda. Era su marido, Lope, que se retorcía en la oscuridad. Por lo menos llevaba dos días allí, inmóvil e inútil, aletargado por la ingesta de no se sabía qué derivados alcohólicos, apestando y expandiendo su miserable presencia por toda la casa. En un momento, Lope miró a Katalin con gesto perdido, recostado sobre su lamentable persona, como pidiendo ayuda. Katalin en un arrebato de rabia le dio una patada con todas sus fuerzas para devolverlo de nuevo a su agujero. Ese gesto fue para ella una liberación tras muchos años de aguantar con sumisión.

Katalin le despreciaba y el dolor provocado por la ausencia de su sobrino hacía que le odiara todavía más. ¿Cómo comparar a aquel joven alegre, siempre dispuesto, generoso y entusiasta con aquel otro hombre ruin? Se culpó a sí misma por haberle soportado tanto despilfarro, infidelidad y gandulería. Sabía que sus hijos eran lo único bueno que había dado aquella relación. Nada más. Le deseaba lo peor.

En medio de su dolor, entró María en la estancia y se abrazó a su tía.

–No te preocupes, volverá, lo sé.

–No lo sé, hija mía, no lo sé. José Ibarra dice que no hay rastro de él.

–Tía, debes confiar en él, volverá. No me dejará sola, me lo prometió.

–¿Por qué? ¿Por qué no nos ha dejado un mensaje?

–Tía, no te hagas esas preguntas, sabías que tarde o temprano Eneco se iría, siempre has sabido que no tardaría en lanzarse al Atlántico.

–Pero no de esta manera. ¿Y si le ha ocurrido algo?

–Confía en él, tía. Los hombres del Nostromo dicen que sus ojos estuvieron brillando durante toda la navegación, que se le veía apasionado y contento, que no hubo nada raro en el puerto en el que pararon, ¡vamos a esperar!

Durante varios días, Lope de Oinaz no se movió de su agujero. Nadie se preocupó por él, hasta que el hedor les hizo llamar a un curandero. Estaba rígido y frío, había muerto; nadie preguntó por qué. Se lo llevaron en un carro y fue enterrado en una fosa común, no quisieron pagar su entierro bajo el pretexto de su insolvencia. Nadie le lloró, todos estaban muy ocupados animándose con la pronta vuelta de Eneco.

11

—Pero, chico, ¿por qué debo acceder a que vengas conmigo?

—No me llames chico, Jacques, te lo he dicho ya varias veces.

—¡De acuerdo! No te enfades.

—Debes acceder porque me lo debes.

—¿Qué dices?

—Que me lo debes. Recuerda que te permití embarcar en Burdígala sin garantías y que te trajimos hasta Rochella.

—En ese caso, estaré en deuda con tu capitán.

—Yo soy aquí el representante del Nostromo.

—Te has merecido que te llame Eneco. Desde luego, te enfrentas sin complejos.

Jacques empezaba a asumir que su futuro próximo iba a estar ligado al de Eneco. Aún así, se resistía. Quería ir a Londinium. Llevaba navegando desde muy joven y era el momento de hacer un gran viaje, de descubrir cosas nuevas.

—Mira, chico, no quiero que vengas conmigo porque iré lejos, no quiero que me paren.

—Como me vuelvas a llamar chico te denunciaré por robo y te enterrarán en la playa bajo varias brazas de piedras.

—Está bien, pero mantengo lo dicho.

—¿Y quién te ha dicho que yo no quiero ir lejos?

—Si embarcas conmigo, no deberás cuestionarme jamás hasta dónde pienso llegar y no deberás tratar de pararme.

—Me querrás parar tú, te lo aseguro.

—Está bien, Eneco de Baigorri, busquemos algo interesante.

—Trato hecho, Jacques de Olhagaray.

Volvieron a la taberna de su encuentro donde comieron tortas de cebada, cecina y unas manzanas. Esta vez no hubo incidentes.

—Mira, Eneco, las monedas muestran en el anverso "Sanchius" y en el reverso "Burdígala", es el nombre del Conde Sancho Guillermo de Gascuña, un inútil al servicio de Sancho Garcés III el Mayor, el rey de vuestra Navarra. Creo que los reyes y los obispos beben de las mismas fuentes de inspiración, todas ellas alejadas de los

verdaderos intereses del pueblo. Háblame de tu tierra, Eneco, ¿cómo es vuestra vida? ¿quién os exprime a vosotros para acuñar su cabeza en las monedas?

–No lo sabemos realmente, Jacques. Las tropas del llamado Eneco López, que se proclama Señor de Vizcaya, nos visitan con frecuencia y nos dicen que en virtud de un pacto debemos someternos a Sancho III el Mayor. Quienes dicen ser la autoridad no son más que saqueadores, con escudo o con sotana, que nos quitan nuestras escasas monedas y pertenencias, pero la mayor parte del tiempo no se les siente, afortunadamente. Nos gobernamos por nuestra cuenta.

–¿Y nadie os vigila por él?

–Sí, pero nos las arreglamos para vivir al margen. Realmente pasamos largas temporadas abandonados a nuestra suerte, sea buena o mala.

–En el Atlántico no hay gobernadores, ni reyes ni señores. Manda la ley del mar.

–Eso no es así –interrumpió una voz ronca con un extraño acento.

Eneco y Jacques movieron sus cabezas a la vez para identificar al hombre que entraba en la conversación. Vieron a un hombre fuerte y fibroso de larga melena y bigote rubio. Bajo su ropaje de piel se escondían unos brazos robustos y dorados por el sol.

Jacques miró sus ojos de un azul profundo y preguntó:

–¿Nos conocemos?

–Sí. Eres muy torpe con las herramientas, tratas la madera como si fuera piedra, tu orgullo vascón te impide abrirte a las cosas buenas que te puede enseñar un extranjero, aunque sabes navegar decentemente y cantas bien.

–Pero… ¿Thorvald Herjolfsson?

–Ese soy yo.

–¿Y ese pelo tan largo?

Los dos hombres se fundieron en un abrazo, del que Jacques salió casi ahogado.

–Pero, chico, ¿cómo te has puesto tan fuerte? Si eras un niño la última vez que te vi.

–¡Qué manía tienes de llamarnos chico! –terció Eneco.

–Soy Thorvald Herjolfsson, hijo de Herjolf Gundnarsson.

–Yo soy Eneco de Baigorri, de Vermelio, en Vasconia. ¿Cómo es que hablas el latín, Thorvald? ¿De dónde eres?

–No sólo hablo latín, sino también vuestra lengua vascona. He pasado mi juventud en Ibaiune, trabajando como carpintero de barcos y procedo de Norveg.

–¿Eres vikingo? –preguntó Eneco con un evidente tono de temor.

Thorvald se rió profundamente.

–Creo que debes estar esperando que saque un hacha y te abra la cabeza ¿no?

–Lo que se dice de vosotros no es precisamente bueno.

–¿Y quién lo dice? ¿Has visto algún vikingo haciendo el mal a tu pueblo, o solo son chismes que os cuentan para teneros dominados?

–No lo sé –fue todo lo que acertó a decir Eneco.

–Piensa Baigorri si quienes os gobiernan están interesados en difundir esos rumores sobre nuestra crueldad.

Eneco empezó a sentir vergüenza. Él, que había deseado durante toda su corta vida conocer gente y pueblos, navegar por el Atlántico y abrirse a nuevos objetivos, se acababa de comportar como un campesino sumiso a los curas y agradecido siervo de los Señores. Estaba siguiendo el comportamiento que había detestado siempre.

–Perdona al chico –intervino Jacques– está aprendiendo, pero te aseguro que pronto te darás cuenta de que será un gran navegante.

Esta vez Eneco no protestó porque le llamasen chico.

–¡Tabernero! –gritó Jacques– sirve comida también para nuestro amigo.

Los tres hombres comieron juntos. Eneco permaneció callado tras su intervención desafortunada aunque, según avanzaba la conversación se sentía más a gusto y empezaba a vislumbrar los caminos con los que siempre había soñado.

–Entonces, ¿qué haces aquí? –preguntó Jacques.

–Hay una organización cuyo objetivo es explorar nuevas tierras para establecer relaciones comerciales.

–¿Qué organización es ésa?

–Aún no te lo puedo decir, y ya es demasiado lo que te he dicho.

–¿Y qué buscas?

–Rochella es un puerto interesante con una actividad comercial importante. De momento, yo seré el contacto en este puerto.

–¿Piensas quedarte aquí?

–Sólo lo necesario para buscar gente y una embarcación. Luego navegaremos y volveremos. Nuestra primera escala será Hammaburg, si no hay necesidad de detenernos antes. Allí recibiré órdenes pero no espero volver a Rochella por lo menos hasta la próxima primavera.

–Cuenta con nosotros.

–¿Y este?

–Eneco viene con nosotros, será un magnífico contramaestre.

Los tres hombres pasaron varias jornadas buscando tripulación. Los marineros eran enrolados con tres únicas condiciones: no hacer preguntas, la asunción de un

embarque largo con inicio pero sin final determinado y buena salud.

Thorvald y Jacques pilotarían el barco y Eneco sería el contramaestre. El *Svart måne* estaba ya cargado y listo para hacerse a la mar, algo que hicieron en cuanto enrolaron a diez hombres.

–Antes de embarcar –explicó Thorvald a Jacques y Eneco–, quiero deciros que bordearemos las costas de Europa hasta llegar a la isla de Halïlonj. Allí esperaremos noticias para adentrarnos por el Elbe hasta Hammaburg. No preguntéis cual es la carga, confiad en mí y, si todo sale bien, recibiréis más información. Debemos evitar a la flota de Sven Tveskæg y a su hijo Knut, sin duda, habréis oído rumores sobre ellos. Por aquí se le conoce como Sven el Terrible.

–¿Puedo hacer una única pregunta? –intervino, impetuoso, el joven vascon.

–Tu pregunta me va a condicionar en adelante. Aún no hemos salido, tú verás si quieres quedarte en tierra –respondió duramente el vikingo.

–Sólo quiero saber qué significa *Svart måne*.

–¿Sólo eso? Disculpa por mi respuesta seca. Significa luna negra; los *nordmanni*[2] navegamos con un ojo mirando hacia delante y el otro mirando al cielo.

–¿Has dicho nordmanni?

–Es como se nos conoce por aquí, hombres del Norte.

Eneco se sentía excitado. Thorvald era totalmente distinto a lo que conocía, era ese hombre del otro lado del Atlántico con el que siempre había soñado. Estaba comprobando la ignorancia y la palabrería en la que vivían. Este vikingo, supuestamente un sanguinario, un carnicero inhumano que cortaba cabezas antes de preguntar su nombre según la cultura de la que él procedía, era tan humano como José Ibarra o su padre, del que casi no recordaba nada.

El *Svart måne* era un *snekke* o *snekkar*, un barco ligero que podía tripular hasta 25 personas y que sólo llevaría 13 hasta la isla de Halïlonj, en el mar del Norte. Tenía una única vela que le propulsaba a buena velocidad. Los remos ayudaban en momentos de calma, o en la entrada a estuarios. El *Svart måne* era el fruto de un año de trabajo de Thorvald en Rochella. Había construido su casco sin cuadernas, superponiendo planchas de madera de roble y había cerrado las juntas con musgo impregnado de brea. Las herramientas de construcción le acompañaban junto con dos barriles de una mezcla de musgo, arcilla y brea para reparaciones de urgencia. Además, no tenía bodega por lo que la misteriosa carga permanecía en cubierta,

tapada por una lona. El *Svart måne* era totalmente distinto a lo que Eneco conocía, con poco calado pero muy estable.

Se hicieron a la mar a finales de mayo con los dos vascones sorprendidos por la agilidad de aquel snekke.

–¿En qué piensas, chico?

–En el golpe que te voy a dar como no me llames por mi nombre.

–Está bien, Eneco de Baigorri, ¿en qué piensas?

–Estoy maravillado por lo bien que navega este barco. Siento que estoy cumpliendo mis sueños, Jacques, pero me acuerdo de mi familia. Creo que debí de enviarles algún mensaje, estarán preocupados.

–No lo creo.

–¿Por qué dices eso?

–Eres muy maduro pero desconoces la angustia de un padre.

–¿Qué significa ese nuevo misterio tuyo, Jacques?

–Mira al frente; el Atlántico ya nos ha recibido.

El sol se había puesto, cosa que sorprendió a todos, acostumbrados como estaban a hacerse a la mar al amanecer. Thorvald había advertido claramente que no se admitían preguntas relativas a ruta, carga y destino hasta Halïlonj, por lo que aguantaron su curiosidad. El *Svart måne* siguió con rumbo a poniente hasta que se hizo de noche.

2 Denominación que literalmente significa “Hombres del norte”, utilizada por los pueblos francos y otros del sur de Europa para designar a los pueblos que de una manera más conocida se definen como vikingos.

12

Holger Boenisch llevaba diez días en Bilbao y su paciencia se agotaba. Había visitado todos los archivos y bibliotecas y no había encontrado ninguna referencia sobre María de Baigorri. Tampoco había hallado nada consistente sobre la historia de Vasconia durante el siglo XI, salvo algunas crónicas que parecían escritos de alcahuetas y documentos de donaciones de iglesias y otros bienes entre nobles y obispos. Y sus entrevistas con historiadores recomendados por colegas le habían llevado a la conclusión de que el registro histórico sobre ese período estaba realmente vacío.

Sus últimos intentos le habían llevado a Bermeo; al menos había determinado que este pueblo era el Vermelio que aparecía al pie de la inscripción del enterramiento. Era el único resultado tangible tras días de investigación. Ansioso, daba cuenta de un suculento rodaballo intentando aplacar sus nervios, pero estos, lejos de aplacarse, se agitaron aún más…

–Me han dicho que eres el profesor chiflado que ha venido a estudiar rutas de vikingos –dijo repentinamente un señor de piel ajada por el salitre y escasa educación que se sentó a su lado.

–Para empezar, debería comerse ese pestilente puro que está metiendo en mi entorno, señor…

–Juan Luis.

–Y un poco de educación tampoco le vendría mal.

–Pero, ¿ya sabéis vosotros lo que es un barco? ¡Oye! Que aquí de barcos sabemos mucho, ¿eh? –respondió su interlocutor con el inconfundible acento local.

–No lo dudo, supongo que ustedes son tan hábiles como ese negrero que se hizo llamar Cristóbal Colón y anunció el descubrimiento de unas tierras que ya habían sido visitadas por otros europeos por lo menos 500 años antes.

–No me hablarás de ese cuento de que los vikingos llegaron a América. Yo si sé que los vascos hemos estado en América antes que Colon.

–¿Ah, sí? ¿Acaso ha hablado usted con alguno de ellos o es que ha estudiado las rutas comerciales de los vascos del siglo XI? –Boenisch hacía ostentación de su dominio del castellano.

–Mira tú, yo no te entiendo ¿eh?, no sé qué haces aquí, por eso te preguntó.

–Entonces, ¿por qué se atreve a cuestionar a un desconocido? Para empezar, Juan Luis, sepa usted que más allá de rumores, leyendas y habladurías, la información histórica existente sobre su tierra hace mil años es, cuando menos, escasa –Boenisch levantó la voz lo suficiente para que su enfado quedara claro. Se calló de manera repentina e hizo una pausa de unos pocos segundos antes de continuar con fuerza renovada.

–Juan Luis, lo que ustedes llaman genéricamente vikingos fue una confederación de pueblos de grandes navegantes cuya habilidad heredaron a lo largo de generaciones. Sus antepasados ya surcaban las aguas del Norte debido a que los numerosos ríos, lagos, islas y fiordos de sus tierras propiciaron el transporte acuático antes que el terrestre. Para que usted y los de su pueblo sepan, Juan Luís, los navegantes de su época, entre los que se encontraban unos pocos vascones que vagaban penosamente por el Atlántico, se guiaban con suerte y como método más avanzado por las estrellas, pero teniendo en cuenta que, debido al frío, los vikingos viajaban fundamentalmente en verano y que las noches son casi inexistentes en el verano nórdico –a lo que hay que añadir la habitual nubosidad en Escandinavia–, tuvieron que desarrollar otros sistemas para navegar.

–Si, si – Juan Luis sólo se atrevía a asentir ante el tono arrogante de Boenisch.

–Entre estos sistemas estaban interpretar la forma y dirección de las olas, la temperatura y humedad de los vientos, las tonalidades del agua, las corrientes marinas, la dirección de las aves migratorias, la presencia de aves marinas o ciertos tipos de peces y mamíferos marinos. Además, los timoneles se aprendían de memoria el perfil de las costas. Los polinesios tatuaban los caminos de retorno en la espalda de los hombres-mapa, pero los nordmanni lo fiaban todo a su memoria. Por cierto, sepa usted que el timón es un invento de los nordmanni.

–¿Qué es eso de los nordmanni? –en lugar de estar callado, Juan Luis decidió preguntar para mostrar un interés que no tenía realmente, pero su pregunta fue contraproducente.

–Las viejas sagas noruegas e islandesas hablan de la utilización de cuervos: si al soltarlos regresaban era señal de que no había tierra cerca, si no regresaban, se seguía el rumbo de su vuelo con la seguridad de encontrar tierra en esa dirección. Aunque llegados a este punto, dudo de que ustedes sepan lo que son las sagas, dónde está Noruega, dónde Islandia y cuál es su relación histórica.

–También utilizaron la piedra solar –continuó–, esto es, la calcita, que tiene la propiedad de polarizar la luz, lo que la hacía útil en los días nublados porque cambiaba ligeramente de color por el lado donde estaba el sol. ¿Sabe usted, Juan

Luís, por qué se le llama espato de Islandia a ese mineral? ¿Imagina quien desarrolló las primeras lentes artificiales con cristales calcita y para qué?

Tras el encendido discurso de Boenisch, Juan Luis buscaba nerviosamente la excusa para marcharse.

–Muy interesante, profesor, me espera mi hija, tengo que sacar a los nietos a pasear.

–Tenga usted buen día, pero otra vez que quiera conversación, escoja otro tema, que éste lo conozco bien. Y apague su puro, por favor, los supuestamente bestias vikingos nunca se hubieran metido esa estaca pestilente en la boca.

Despachado su interlocutor, Boenisch volvió a su frustración. No entendía aquel misterio, aquel enterramiento anónimo en Ribe de una dama vascona, reina de una asociación del siglo XI. Había pensado ingenuamente que encontraría ingentes cantidades de información al respecto. Error.

Mirando fijamente la iglesia de Gaztelugatxe, decidió volver a casa y continuar con sus clases. Estaba preocupado por el hecho de que Jutta llevara toda una semana sin ponerse al teléfono. Estaba enfadada cuando se fue y él confiaba que, como en otras ocasiones, el enfado remitiría con el tiempo, pero esta vez parecía que tendría que esforzarse mucho con ella.

Mientras tomaba unos cuantos sorbos del fantástico *schnaps* local llamado pacharán, consciente de que este fracaso le había contrariado sobremanera, dejó fluir su imaginación. Quizá estas personas no habían existido. ¿Podría ser que se hubiera equivocado de emplazamiento para su objeto de investigación?

13

A pesar de las iniciales restricciones impuestas por Thorvald, Eneco fue ganándose su confianza y finalmente fue el mismo vikingo quien respondió a las numerosas preguntas que brotaban sin fin de la mente del joven contramaestre.

–Sabes, Thorvald, estar aquí se ha convertido en lo mejor de mi vida –dijo repentinamente el joven vascón.

–¿No tienes ningún temor por la incertidumbre del viaje?

–Ninguno. Tu intervención el día que nos conocimos fue el de una persona honrada que ha sido atacada en su honor. En mi querida tierra estamos acostumbrados a la injusticia de quienes dicen ser dueños de nuestras vidas y destinos y solamente aportan dolor y pobreza.

–Aprecio tu entusiasmo e ilusión, llevamos diez jornadas navegando y ya te considero necesario. Espero que los dioses te acompañen y protejan durante mucho tiempo.

–Thorvald, cuéntame cosas de tu pueblo, quiero conocerlo todo.

Así, con Thorvald al timón, atento a todos los detalles, transcurrían largos momentos de conversación animada.

–Estamos pasando frente a las costas de Notker de Lieja. Debemos de tener cuidado, es un seguidor de Otto III[3] y podría gustarle apresarnos como trofeo, aunque posiblemente andará muy ocupado con sus asuntos en Roma.

–¿Cómo sabes dónde estamos?

–Conozco estas tierras. Tras partir de Rochella, hemos navegado hasta la desembocadura del Sena. Siempre nos manejamos cerca de la costa, orientados por las aves que van y vienen desde tierra. Allí no hay ninguna ciudad importante: llegando a las tierras de Notker de Lieja desembocan el Mosa y el Rhein.

–¿Cómo lo sabes? No hay costa a la vista.

–Fíjate en el color del agua y en cómo rompen las olas. Hay una fuerte corriente que nos empuja mar adentro, tú no lo notas pero yo que estoy al timón, sí. Observa cómo las bandadas de aves salen y vuelven, siguiendo el mismo rumbo pero en sentido opuesto, ¿de qué aves se trata? ¿son marinas o migratorias?

Eneco se percató de que la observación del medio proporcionaba mucha información.

–Entramos en el mar del Norte, chico.

–¡Ya estás otra vez!

Las disputas entre Eneco y Jacques, aunque amistosas, eran permanentes y en cierta medida servían para relajar a la tripulación.

–¿Qué me podéis decir del mar del Norte? –preguntó Eneco.

–Es un mar duro que puede transformarse rápidamente, con olas como árboles –indicó Thorvald–, pero con nuestro barco no debemos temer las olas. Me preocupa más Sven, que anda merodeando por aquí.

–¿Quién es ese Sven?

–Se autoproclama rey de los Nordmanni y domina un gran territorio. Actualmente está ocupado invadiendo Britannia, por eso nos lo podemos encontrar en esta ruta; a él o cualquier *langskip* de su flota.

–¿Qué tierra es Britannia? ¿Qué es un langskip?

–Está claro que lo quieres saber todo –intervino Jacques–. Britannia es una gran isla situada a poniente de las costas de la Europa continental, frente a la desembocadura de los ríos Mosa y Rhein, a sólo una jornada de navegación.

Disfrutaban de una travesía cómoda con un viento suave y constante que permitía mover la nave a buen ritmo. Relajado y animado por las preguntas de Eneco, el vikingo comenzó a explicar con gran pasión las diferencias entre sus naves.

–Siguiendo un modelo básico de diseño, construimos dos tipos de embarcaciones: las de guerra y las comerciales. Usamos los *drakkar* o *langskip* en las incursiones guerreras; son más rápidas y manejables y, gracias a su poco calado, pueden navegar por aguas poco profundas. Los *knörr* se utilizan para el comercio o la colonización; son más lentos pero más grandes, con espacio de almacenaje. La proa y la popa son iguales; así, en caso de necesidad, se puede maniobrar hacia atrás, sólo tenemos que remar en sentido contrario. La quilla es de una sola pieza y está hecha de forma que la nave únicamente precisa tres o cuatro brazas de agua para navegar. Te sorprenderá la facilidad con que entramos y desembarcamos en playas y marismas.

–Un drakkar o langskip es la pertenencia más valiosa de un vikingo. Los langskip tienen un mástil abatible y una vela rectangular, pero si no hay viento o en aproximaciones a puerto, se abate la vela para propulsar la nave a remo. Tienen capacidad hasta para cincuenta remeros que a su vez son guerreros. Casi ningún

drakkar se construye con cuadernas, el casco se construye superponiendo planchas de madera.

–Pero –preguntó Eneco– ¿cómo habéis conseguido que los tablones del casco sean tan elásticos? ¡Es increíble!

–Sólo cortamos la madera con hacha, siguiendo las líneas radiales del árbol, así conseguimos tablones muy delgados que se superponen unos sobre otros en forma de tingladillo y los remachamos con clavos de hierro. De esta forma, nuestros barcos son muy ligeros, lo que nos permite transportarlos incluso por tierra si es necesario.

–¿Por tierra?

–Preparamos una plataforma de troncos, tiramos del barco sobre la plataforma y, según la nave avanza, los hombres van moviendo los troncos en el sentido de la marcha, hasta llegar a un lago o río navegable.

–¡No puede ser! –respondió incrédulo el joven vascón.

–Los snekkar, como éste, son los más pequeños entre nuestras naves, pero aún así pueden llevar hasta veinticinco hombres.

–¿Y nosotros por qué somos sólo trece?

Thorvald se calló y miró de manera intensa a Eneco. El silencio se adueñó también de Jacques.

–Te había advertido de que tuvieras cuidado con tus preguntas.

–Vamos, Thorvald, –terció Jacques– el chico sólo tiene curiosidad de navegante.

El vikingo permaneció callado un rato que se hizo eterno.

–Se cuenta que Sven tiene una flota de más de mil snekkar. Entenderás mi cautela y mis reservas, nos jugamos la vida. Pero estate tranquilo que verás otras naves de Norveg y Dannevirke.

–¿Qué son Norveg y Dannevirke?

–Norveg es mi país, el camino del norte, la tierra del agua y el hielo. Dannevirke está al sur, ha sido durante muchos años el límite norte del Imperio Romano y es el feudo de Sven y sus hijos, unas bestias de cuidado.

La noche caía. Tumbado sobre cubierta, Eneco contemplaba las estrellas del Atlántico Norte; se resistía a dormir. Quería aprender y por ello repasaba una y otra vez todo lo transmitido por Thorvald. Observó como el vikingo plegaba la vela para dejar el barco sin propulsión con el timón fijo. También él necesitaba descansar.

Sólo una cosa perturbaba su alegría: Vermelio. Debía de haber hecho saber a su familia que se encontraba bien. Ahora que era consciente de que pasaría mucho tiempo hasta su regreso, empezaba a sentirse cada vez más culpable.

3 Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, nació en el año 980; murió en Paterno el 24 de enero del 1002. A la edad de tres años fue elegido emperador, tras la muerte de su padre Otto II.

14

La primavera estaba siendo fecunda en Vermelio, los pescadores habían tenido buenas capturas y los comerciantes reconvertían sus naves para pescar. Una gran cantidad de pescado en salazón garantizaba un próximo invierno sin hambre. Todos soñaban con el solsticio de verano, se juntarían al atardecer en torno a las hogueras, quemarían las pertenencias estropeadas por el húmedo invierno y se olvidarían, siquiera por un momento, de desgracias y pobreza.

Katalin y su sobrina María no dejaban de acudir a Torrontero. No perdían la esperanza de ver de nuevo a Eneco y, aunque había pasado tiempo desde la llegada a puerto del Nostromo, seguían esperando alguna señal.

–Katalin –dijo tímidamente una voz masculina–, siento lo de tu marido.

–¿Qué? –respondió ella sorprendida.

–Que siento la muerte de tu marido.

José Ibarra había pasado muchas lunas tratando de evitarlas. Sentía vergüenza por haber regresado sin Eneco. Sin embargo, había decidido que debía afrontar sus sentimientos de otra manera y se había acercado a Torrontero, sabía que allí las encontraría.

–No pareces afectada, Katalin.

–Lo estoy, no sabes lo duro que es perder a un hijo. Los hombres os despreocupáis de la familia, os dedicáis a vuestras cosas. No tienes ni idea de la angustia que vivo.

–Me refería a Lope. No pareces afectada por la muerte de tu marido.

–¿Te refieres a ese indeseable que me maltrató y menospreció durante años? Lo único bueno que hizo en su vida fue darme tres hijos, aunque cualquier otro hombre también me los hubiera dado. La muerte de Lope ha tenido más de alegría que de pena. No me acuerdo de él, como tampoco se acuerdan mis hijos, lo que me angustia es la ausencia de Eneco a quien quiero como a un hijo, como a María.

–La mar tiene sus riesgos.

–José, te tengo por buen hombre y buen marino, mi sobrino siempre habla bien de ti, pero si vas a seguir con esta conversación, prefiero que te marches.

–Lo siento. Sólo quería pedirte disculpas; no encontraba el momento, me siento culpable. Katalin, creo que en mi intento de proteger a la tripulación fui demasiado

estricto. Quizá una mayor comunicación con mis hombres hubiera evitado la desaparición de Eneco, pero ahora ya es demasiado tarde.

–¡No! –grito María al patrón–. Eneco volverá. No le conocéis, volverá.

José Ibarra se marchó cabizbajo: por lo menos había cumplido con su obligación.

–Tía, volverá, ya lo verás –le susurró María, que había asistido en silencio a la conversación.

–Si, hija, eso espero yo también.

La tarde caía mientras Katalin y María se retiraban hacia casa. La pared vertical del cabo Ogoño se tiñó de amarillo al tiempo que el azul intenso del mar se apagaba lentamente. A lo lejos, en el pasillo que se forma entre Ogoño y la isla de Izaro se veía una vela que pasó desapercibida para las dos mujeres. Mañana sería otro día.

Amaneció con una densa niebla. Publio bajó al puerto con las primeras luces del alba. Buscaba ayudar a algún pesquero que se hiciera a la mar y así colaborar en la economía familiar. Mientras el sol formaba una esfera de luz débil, se cruzó ante él una visión casi fantasmal, una extraña nave se adentraba en la niebla y se perdía de vista.

Un grupo de hombres hablaba con gran alboroto en un lado de la playa. Publio se acercó a ellos para pedir trabajo. Le miraron todos a la vez, fijamente, parecía que se lo iban a comer.

–¡Publio de Oinaz! –dijo un pescador–. ¿Quiénes eran esos que han venido?

–Yo no he visto a nadie. ¿De quién habláis?

–¿No has visto una extraña nave? Han traído un mensaje, ¿no sabes nada, Publio?

–¿Una nave? Ahora que lo comentáis he visto una sombra entre la niebla, pero sé menos que vosotros.

–Han llegado unos hombres en una barca a remos, ha bajado uno, un hombretón con una capa de piel; por un momento hemos pensado que eran saqueadores, nos ha dado un mensaje y se han vuelto hasta un extraño barco que les esperaba y luego han desaparecido. El mensaje es para vosotros.

Le entregaron el mensaje a Publio que lo miró con detenimiento aunque, como apenas sabía leer, solo podía distinguir el nombre de Baigorri.

Se hizo un silencio total mientras la niebla entraba hacia Vermelio, espesa y húmeda. Todos los hombres esperaban a que Publio compartiera el mensaje pero el joven tenía un nudo en el estómago; temía abrir el mensaje y que contuviera una noticia desagradable y tampoco lo entendía bien por su ignorancia. Miraba a los hombres y todos le miraban fijamente; la humedad del ambiente le hacía sentirse aún

peor, no quería abrirlo pero todos querían conocer su contenido, mientras la noticia volaba entre las casas de Vermelio. La gente acudía a la playa, José Ibarra también había llegado. Publio no podía más.

–¡Publio! ¡Dámelo! No pensarías abrirlo sin mí –dijo Katalin, que apareció y rápidamente tomó el mando.

–No, ama, no es eso, no puedo abrirlo, siento temor a lo que pueda contener –Publio mostraba un nerviosismo total.

–¡Dámelo!

Katalin cogió el mensaje con determinación, lo abrió de inmediato y fijó su vista en él. Sin embargo, no sabía leer. Ansiosa, cogió el mensaje y miró a los presentes buscando alguien que pudiera leerlo por ella. Se lo entregó a un joven fraile que acostumbrada a estar cada mañana en el embarcadero.

–¡Léelo a mi oído! –le dijo Katalin secamente.

El joven fraile se limitó a susurrarle al oído el contenido del escrito.

Ante el estupor general, Katalin cayó a la arena y rompió a llorar. Habían sido demasiadas emociones, demasiadas hasta para una mujer dura y acostumbrada al infortunio como ella. Los allí reunidos empezaron a sentir una profunda tristeza, intuían lo peor.

–¡Vive! ¡Está bien! –las palabras salían débilmente entre sus labios.

Publio, con el corazón a punto de estallar, creyó escuchar de manera casi imperceptible la expresión vive.

–¿Qué? –gritó según se lanzaba hacía el mensaje que sostenía el fraile. Lo cogió y empezó a saltar y a gritar, y con él, los demás. Eneco había sido un chico querido por todos y ahora se estaba convirtiendo en una persona destacada.

Pronto llegaron María e Iber, y poco después Garseo. Se abrazaron todos, se querían y a partir de ahora su angustia y esperanza se convertirían en ilusión y emoción.

Publio cogió el mensaje y se lo dio de nuevo al fraile.

–Léalo en alto, por favor –le pidió.

–No es necesario –dijo la pequeña María con gran determinación–, yo sé hacerlo.

Con la voz entrecortada por la emoción, leyó el mensaje a todos los presentes:

Haremos un viaje largo
No temáis por la vida de Eneco
Se acuerda mucho de su familia

Se fueron juntos para casa. La emoción les desbordaba, pero antes de abandonar la playa se les acercó José Ibarra.

–¡Katalin!

–Dime, José Ibarra.

–Me he alegrado mucho de la noticia.

–Y bien, ¿qué más quieres? No has terminado aún ¿no?

–Quiero que te quites tus oscuros vestidos, que entierres tus angustias y abras las puertas a las emociones. Quiero que seas feliz. Katalin, ¿consientes en casarte conmigo?

15

Un fuerte viento de poniente rizaba el mar y levantaba cortinas de agua. Sin ser grandes las olas, el agua lo inundaba todo. La humedad era intensa y la niebla pasaba a gran velocidad alterando la visibilidad. Eneco estaba algo sobresaltado, nunca había navegado en esas condiciones.

–Thorvald, no veo la costa.

–Confía en mí, no hay ni un sólo acantilado hacia el norte hasta llegar a mi tierra, Norveg.

–Pero podríamos encallar.

–Esa es una de las ventajas de esta embarcación, que sólo tiene un metro de calado. Es difícil que encalle y si sucede, remaremos marcha atrás y seguiremos hacia delante. Además, he rizado la vela y vamos muy despacio, confía en mí y no pierdas detalle de lo que veas, mira hacia la costa.

–¿Dónde estamos?

–Estamos bordeando la costa de Frisia, una región en la que durante años hubo desgobierno y los vikingos nos aprovechamos de ellos, pero algunos abusaron del saqueo. Ahora son tierras dominadas por pueblos germanos y no tenemos claro si somos bienvenidos por lo que no debemos exponernos. No pasaremos dificultades mientras no pongamos un pie en tierra.

–¿Qué referencias podré encontrar en esta zona?

–Hay algún canal, alguna duna singular pero la mejor referencia es la ausencia de referencias: son dos jornadas de navegación monótona y húmeda, aunque hay que estar siempre atento a las tormentas que llegan con el viento del Atlántico. En ese caso, deberemos bajar a playa y esperar a que pase, de lo contrario nos exponemos a perder la vela, el mástil y nuestras vidas. Pronto llegaremos al mar Frisio, el Waadsee[4]. Allí empiezan las islas Frisias y cambiaremos de rumbo.

El viento aumentaba de intensidad y Thorvald eliminó el rizo y plegó totalmente la vela. Como soplaba de poniente, mantenía el rumbo con el simple empuje del viento, cuya fuerza arreciaba. Thorvald ordenó a Eneco abatir el mástil. Junto con cinco hombres, lo bajaron y protegieron rápidamente. El resto de la tripulación se

hizo a los remos para compensar el viento. El *Svart måne* empezaba a ser difícil de controlar.

El cielo se había convertido en un manto gris metálico, el horizonte dibujaba jirones oscuros. La situación se estaba complicando, el mar se había convertido en un revoltijo de espuma que entraba por todas partes y empezaban a llegar olas cada vez mayores. Thorvald ya sólo miraba hacia la costa.

–¡Eneco! –gritó Jacques– ¡Atención! Pon todos los hombres a los remos y prepara los cabos de proa.

–¿Qué vamos a hacer?

–Buscamos tierra. Thorvald está escogiendo la mejor opción, prepáralo todo para entrar de popa. La carga está allí, su peso nos ayudará a salir mejor.

El viento aullaba entre los cabos y el mar estaba convirtiéndose en una trampa. Repentinamente, Thorvald ordenó recoger los remos y viró enfilando la proa hacia alta mar.

–¡Remad con fuerza hacia tierra! –gritó Jacques casi con desesperación transmitiendo las órdenes del vikingo.

Thorvald escogió un punto en la playa en medio de la casi nula visibilidad. El mar combinaba el gris y blanco de la espuma con un color marrón propio del fondo arenoso. Remaron con decisión y ayudados por las olas entraron de forma violenta en tierra. La popa del *Svart måne* ya descansaba parcialmente sobre la arena.

–¡Rápido! Bajad todos por popa.

Saltaron mientras un grupo de hombres echaban a la arena cuatro cabos. Antes de saltar, destaparon parcialmente la carga. Extrajeron varias planchas de madera flexible y uno de los barriles de brea. Rápidamente untaron las tablas con brea y las bajaron a la playa. Con las maderas marcaron un camino deslizante por donde arrastrarían la nave.

–¡Tirad fuerte cuando llegue la primera ola! –gritó Jacques.

Tuvieron suerte y una serie de tres olas consecutivas hizo el trabajo de empujar la nave. El *Svart måne* descansaba enteramente sobre la playa. Tras la agotadora tarea de transportar el barco hacia las dunas y fijarlo a tierra, los hombres se tumbaron exhaustos sobre la arena.

–¡Eneco! –gritó Thorvald– ¡Ven conmigo! Tú, Jacques, quédate atento en el interior de la nave y tapa la carga.

Thorvald y Eneco subieron por un corto acantilado arenoso hasta el punto más alto de la costa, un excelente promontorio en un mar de dunas de escasa elevación.

El mar era un conjunto de infinitas olas en ebullición. El viento era intenso y las altas nubes metalizadas habían dejado paso a nubes bajas y oscuras que en escuadrones avanzaban a gran velocidad. Los chubascos se sucedían e incidían en ángulos casi horizontales.

Eneco sintió una profunda admiración, pese a todo. Estaba disfrutando, esta tormenta había sido una excepcional experiencia y, lejos de asustarle, le había tranquilizado. Thorvald miraba ausente hacia el interior del continente.

–De momento, tenemos suerte.

–¿Por qué lo dices?

–No veo humo, no parece que haya fuego ni aldeas cerca, pero debemos estar atentos mientras permanezcamos en este lugar. Ahora no es momento de mirar al mar, hay que mirar a tierra, al norte y al sur. Debemos estar atentos a los germanos.

–¿Y qué hay de los frisios?

–Son agricultores y ganaderos, no son gente de armas. Aunque no es bueno que nos descubran; pueden avisar a las tropas germanas. No podemos confiarnos.

–¿Dónde estamos?

–Por la ruta, calculo que cerca del Zuidersee y de la isla de Teksel, primera de las islas Frisias.

–¿Existe algún asentamiento cercano?

–Quedan lejos pero mientras permanezcamos en tierra hay que estar atentos.

–¿Cuánto tiempo crees que deberemos estar aquí?

–No lo sé. Dependerá de la tormenta.

Organizaron guardias para evitar ser descubiertos por sorpresa. Thorvald depositó en Eneco la confianza de hacer la guardia nocturna, advirtiéndole de que no era suficiente con observar, tenía que estar atento a todo: luces, olores, ruidos, vibraciones, humos, movimientos; no sólo de humanos, también de animales.

Llegó la mañana. Llovía y las olas eran ahora muy grandes. Afortunadamente habían subido el *Svart måne* hasta un punto seguro.

–¿Qué has visto? –preguntó el vikingo.

–Nada importante.

–Eneco –terció Jacques–, Thorvald pregunta qué has visto, oído y olido. No quiere tu opinión; eso es cosa suya.

La mirada de aprobación de Thorvald convenció al vascón, que no protestó.

–El viento no me ha permitido oír nada diferente de su propio silbido, he visto gaviotas y palomas y no he visto más animales, ningún animal doméstico, ni humo, ni

olores.

–Es normal que no huelas nada que venga de tierra, la dirección del viento sólo te trae olores del Atlántico –añadió Jacques.

–¿Has dicho palomas? –preguntó Thorvald–. ¿Cómo eran y qué hacían?

–Era un grupo de entre 20 y 30 que volaban en círculos a baja altura; no sé qué palomas eran.

–Hay germanos cerca.

–¿Qué? –Eneco tartamudeó–. ¿Cómo lo sabes?

–No es época de migración. Hace tiempo que las palomas salvajes han vuelto a sus lugares habituales. Una vez vuelven, nunca se juntan en grandes bandadas y rara vez vuelan en círculos, su vuelo es quebrado pero de dirección fija. Además, aquí no hay bosques y las palomas salvajes buscan bosques y semillas para comer. Se trata de palomas amaestradas, algunos pueblos germanos las utilizan en sus campañas militares para enviar mensajes. Las amaestradas, una vez sueltas, vuelven a su palomar y llevan un anillo en una pata para transportar mensajes cortos: "ayuda", "enemigo cerca", "enviad refuerzo", "victoria" o cualquier otro mensaje.

–¿Qué significa eso?

–Significa que estamos más cerca de lo que pensaba de la fortificación de Huisduinen, un grupo de 30 palomas no es una paloma de retorno con un mensaje, ¡están en el palomar!

–¡Eneco! –ordenó Thorvald–, vete al barco y trae en una bolsa agua, algo de comida y un cuerno de llamada. No digas nada a nadie y vuelve ahora mismo.

–¡Jacques, tú te quedas aquí! En caso de que me ocurra algo, estás capacitado para volver a Rochella.

–No lo dudes.

–Escucha con atención: Eneco y yo saldremos a obtener información, si no volviéramos mañana al anochecer, hazte a la mar y vuelve a Rochella. Si el tiempo no mejora, espera, pero sal en cuanto mejore. En cuanto llegues a puerto, vete a la taberna donde nos encontramos y dile al tabernero que el *Svart måne* está de vuelta sin mí. El se encargará de todo, no descubras la carga, unos días después el tabernero te dará monedas para pagar a la tripulación.

–¿Eso es todo?

–No, si os ocurriera algo a vosotros durante nuestra ausencia, sopla el cuerno de llamada tres veces largas, repítelo un poco después. Mientras tanto, no digas nada a la tripulación, mantenlos ocupados sellando juntas con brea y reparando cabos. Ten

todo preparado para hacerte a la mar con urgencia, no olvides que debes llevarte todo: varas, brea, musgo, astillas, restos de comida y que deberás borrar todas las huellas antes de partir. No dejes que los hombres salgan de la zona que hemos limitado para evitar que haya huellas que se te escapen.

–De acuerdo, ¿algo más?

–Sí, hay que evitar que los germanos sepan que estamos aquí.

–Está bien.

Se despidieron discretamente; la tripulación del *Svart måne* no debía sospechar nada.

–Escucha, Olhagaray –preguntó Bretón, un gordo y sudoroso marinero que habían reclutado.

–¿Qué quieres? –respondió con poco interés.

–¿Dónde van el vikingo y el chico?

–¿No te habías comprometido a no hacer preguntas?

–Sí, pero…

–Pues no hay nada que preguntar, sigue reparando los cabos deshilados, tienes buena mano para mantener el material en buen estado.

–¿Seguro que no pasa nada?

–No pasa nada, Bretón –Jacques se hizo el aburrido con una respuesta perezosa–. Si las olas bajan, mañana estaremos otra vez navegando.

Mientras tanto, Thorvald y Eneco andaban por la arena rumbo norte, pegados a la línea donde rompían las olas para que desaparecieran sus huellas. En su ruta, Thorvald creyó reconocer una duna con una forma muy característica. Más adelante, creyó ver que las olas tenían su cresta más redondeada, señal de que la costa estaba lejos, podía ser un entrante o un canal. Subieron a la duna mientras Thorvald explicaba a Eneco sus observaciones y las conclusiones que podían obtenerse.

–¡Así es! –exclamó secamente Thorvald.

–¿Qué pasa?

–Helledore, estamos mucho más cerca de lo que pensaba. Agáchate y mira hacia allí.

Eneco pudo ver a lo lejos un fuerte rodeado de un grupo inconexo de casas de aspecto bastante pobre. A media distancia había dos cabañas aisladas. No se veía humo, en el fuerte, sí.

–No hay humo en las casas –dijo Eneco.

–Se trata de campesinos frisones pobres; es posible que no tengan madera, no abunda por aquí y los escasos bosques estarán explotados por los germanos. Mira hacia el norte.

–Veo mar y, al fondo, una isla.

–Exacto, es Huisduinen, y el mar, en realidad, es un canal, Helledore, la entrada al Zuiderzee, que a su vez es paso hacia el Waadsee. Lo llaman Helledore, que en frisón significa puerta del infierno. Es un estrecho canal que puede convertirse en una trampa para quien se adentre por él. La isla del fondo es Teksel, allí hay otro regimiento de germanos; pocos pero muy bestias.

–¿Qué podemos hacer?

–Regresar sigilosamente, borrar todas nuestras huellas y estar preparados para hacernos a la mar en cuanto el tiempo nos lo permita.

–¿Y si nos descubren?

–Hacernos a la mar sea cual sea su estado. Si hemos de ahogarnos, lo haremos tan lejos de la costa como sea posible, no debemos dejar ninguna información.

Eneco estaba entre angustiado y asustado por la situación. Aunque la determinación y seguridad de Thorvald le tranquilizaban, su estómago se había contraído al entender que aquel hombre estaba dispuesto a morir sin más preámbulos ante la tesitura de no dejarse capturar por quienes tampoco estaba muy claro que eran unos enemigos feroces, simplemente por el hecho de no ofrecer información.

Volvieron al *Svart måne*, caía la tarde y todo estaba como lo habían dejado. Thorvald se tomó un tiempo, miró al mar. La lluvia había cesado hacía rato. Toda la costa desde Normandia hasta Norveg tiene una ventaja: la visibilidad es muy grande, un marino experimentado puede mirar el horizonte y, conociendo los vientos, calcular si puede navegar o no hasta el puerto siguiente.

En poco tiempo pasaron muchas cosas por la mente del vikingo: los vientos marítimos o de poniente son vientos duros, pueden ser repentinos pero cuando se establecen no engañan, siempre aportan sus valores: dureza, constancia, agua. Con ellos se debe navegar con paciencia, si se dominan son un gran compañero de viaje, si se les combate, se pierde siempre.

El horizonte dibujaba grandes claros de un azul extremadamente pálido. Al fondo, el sol se perdía y teñía de dorado las nubes más gruesas, aquellas que eran grises cerca del agua y que se desarrollaban en vertical pasando a blancas masas que

culminaban con bulbos amarillos. La tarde era excepcional. Thorvald paró unos instantes para mirar en la dirección de origen del viento.

–¡Todos a la nave! –se rompió el silencio.

–¿Qué? –dijo Jacques.

–No discutas –rebatió Eneco–, hay motivos sobrados.

Jacques se quedó perplejo. Eneco de Baigorri había abandonado el rol de chico protegido y apoyaba decisiones antipopulares.

–Escucha, vascón de Vermelio, aún tengo cierta autoridad para discutir aquí.

–No en este caso –intervino Thorvald de una manera más brusca de lo habitual en él–. Nos hacemos a la mar ahora mismo.

–Pero los hombres no van a entenderlo –respondió Jacques.

–Sabes que los hombres me importan poco en este caso. En el tiempo que tarde en desmontar el tinglado con Eneco deberéis decidir si venís conmigo. Si no queréis venir, ateneos a las consecuencias, yo podré llegar a destino sólo con la ayuda de Eneco.

Se hizo un silencio espeso, impenetrable. Jacques miró con ojos vidriosos a Thorvald, parecía desafiarle. Después se dio la vuelta y habló de manera suave pero rotunda a los marineros, que a su vez miraron con poca confianza a Thorvald y Eneco, pero comenzaron a actuar para sacar la nave de la playa.

–Bien– dijo Thorvald–, tendréis una explicación cuando llegue el momento. Coged las herramientas, vamos a aprovechar la pleamar.

Borraron rápidamente todas las huellas alrededor de la nave y se pusieron a cavar un surco en uve sobre la arena siguiendo la línea que había marcado el vikingo que ordenó tirar directamente al mar la arena que cavaban, para no dejar ni el más mínimo rastro.

En poco tiempo habían abierto una zanja por la que entró el agua hasta el *Svart måne*, empezaron a tirar de los cabos y rápidamente la nave alcanzó el mar, mucho más fácil de lo que esperaban. Levantaron el mástil y remaron hasta distanciarse de la costa, las olas bajaron su intensidad y pasaron la noche sin avanzar apenas. Thorvald durmió pegado al timón. La noche estrellada vino acompañada de humedad y frío.

Amanecía cuando Eneco se despertó y se encontró con Thorvald todavía dormido. Lo despertó.

–Thorvald.

–Sí, dime.

–Pensaba que querrías ver el amanecer.

Al fondo estaban Helledore y la isla de Teksel, la costa baja estaba tapizaba por una fina niebla que no se movía, mientras al fondo emergía el sol como un disco naranja de grandes proporciones que anunciaba un día magnífico. Despertaron a la tripulación.

–Mirad todos a estribor –dijo imperativamente Thorvald–. El fuerte germano de Huisduinen y el canal de Helledore. Los teníamos al lado sin darnos cuenta, entiendo que hubierais preferido dormir en tierra pero no podíamos asumir tal riesgo.

Jacques miró a Thorvald en actitud de aprobación.

–No digas nada, no hay nada extraordinario en vuestro comportamiento de ayer, yo también hubiera estado irritado en vuestro lugar. Sigamos adelante.

Remaron hasta donde pudieron desplegar la vela sin temor a ser vistos. El tiempo había cambiado y soplaba un viento de norte claro, frío y limpio que eliminó las olas y dejó el mar del Norte con un color azul oscuro intenso.

–Thorvald –intervino Eneco–, tengo la impresión de que intuías cómo se iba a comportar la tormenta.

–Claro que sí.

–¿Cómo lo sabes?

–No hay ningún secreto. Dedícate a observar las nubes, el viento, el color del mar, del cielo, el comportamiento de aves y peces, el olor del ambiente, la humedad… Observa las relaciones entre olas y viento, entre nubes y lluvia. Todo sucede con lógica y, según unos comportamientos identificables, las condiciones del tiempo son distintas según las estaciones, los ciclos lunares, si es de día o de noche. Obsérvalo todo, búscale tu propia lógica y llegará un momento en que podrás tomar tus propias decisiones. Aventúrate a predecir qué tiempo hará, no siempre acertarás pero aprenderás de tus errores.

–Me estás diciendo que la navegación es norma y rutina.

–En absoluto. La navegación es una difícil y a veces incomprensible combinación de norma e intuición. Pero estas obligado a conocer la norma y aplicar la rutina.

–¿Y cuándo se improvisa?

–Ahí está la dificultad. La intuición no es norma, no hay un momento definido. El marino experimentado actúa según la rutina, aplicando sus conocimientos, pero cuando las cosas se tuercen, a veces debe echar mano de su intuición e improvisar.

–No puedo entenderlo.

–De momento, limítate a aplicar tus conocimientos de forma rigurosa. La improvisación surgirá un día sin que te des cuenta, sólo después lo sabrás.

Eneco comenzaba a sentir verdadero placer por la navegación. Pronto aprendió que la observación y la lógica eran claves y que el modelo de navegación vikingo, basado en adaptarse al medio, era mucho más eficaz que el que había conocido, basado en aplicar unos métodos fijos sin estudiar las características del entorno en el que se navegaba.

Navegaron durante más de una jornada bordeando infinidad de islas, islotes y barras de arena situadas al norte de Frisia, hasta entrar en territorio germano. La calma meteorológica permitió una navegación sosegada, aunque siempre alerta.

Llegaron a una isla inhabitada a media tarde. Pararon y plegaron la vela. El sol se ponía y Eneco contemplaba su trayectoria hasta ocultarse en el horizonte. Jacques se fijó en su cara alumbrada con la luz del atardecer: aquel chico se había hecho hombre en aquel viaje.

–Eneco, ¿en qué piensas?

–Sabes, Jacques, encontrarme contigo es lo mejor que me ha podido ocurrir. Desde el principio me gustó que te llamaras como mi padre; me hizo confiar en ti.

–¿Todo en orden?

–Sí, si no fuera por mi familia….

–¿Otra vez? ¿Y si tu familia no siente pena?

–¿Cómo? Sé que estarán sufriendo, nos queremos mucho; estamos muy unidos.

–Me refiero a que ellos sepan que estás bien.

–¡No es posible!

–¡Thorvald! –gritó Jacques –, Eneco pregunta si su familia siente pena por él.

–Saben que estás bien, y tú, Jacques, no grites que vas a despertar a los germanos.

–Pero –dijo un sorprendido Eneco –, ¿cómo es posible?

–Jacques me contó tu historia antes de partir. Envié un mensajero a Vermelio, el viaje no ha comenzado aún, Eneco, y tu familia no merece vivir angustiada tanto tiempo. Los sanguinarios vikingos tenemos un concepto muy elevado de nuestras familias, nos queremos y respetamos, yo mismo pienso a diario en mi madre, en mis hermanos, en mis antepasados. He conocido lo que sienten las madres que pierden hijos. Y tu familia no debe pasar por ese trance.

–Pero, ¿por qué lo has hecho? Es peligroso exponer a alguien para enviar un mensaje sobre mí.

–¿Peligroso? No me hagas reír. Leifr Eiriksson se habrá tomado el viaje a Vermelio como un viaje de placer. Habrá aprovechado para explorar esa zona del Atlántico. No temas por él, pronto lo conocerás y te darás cuenta de que podría navegar dormido y llegar a puerto.

Eneco sintió cierta vergüenza, parecía el niño protegido por todos, pero sobre todo sintió paz. Alejado el dolor de Vermelio, ya no había excusas para no continuar navegando por el Atlántico.

4 Las islas Frisias y mar Frisio se extienden paralelamente a la costa desde el norte de la actual Holanda hasta la costa atlántica de Dinamarca, aunque desde el siglo XI hasta la actualidad han sufrido numerosas modificaciones debidas a cambios climáticos y la acción del mar.

16

Boenisch disfrutaba del fresco verano de Kampen tomándose una Weizenbier[5] frente al mar. Curaba las heridas de su amargo fracaso en Bilbao de la mejor manera posible: tumbado en una hamaca al sol del mar del Norte, saboreando la cerveza mientras hojeaba distraídamente el *Hallo Sylt*, un tabloide local que combinaba noticias sobre las últimas novias de Boris Becker con crónicas de veraneantes exóticos y los precios de los distintos tipos de salchichas en el mercado callejero de Westerland.

Pero una noticia le levantó de la hamaca para devolverle repentinamente a sus obsesiones:

La Haya.- Arqueólogos holandeses anuncian que han descubierto en la localidad de Vlaardingen (oeste del país) partes de un barco vikingo datado en 1009, cuya madera fue utilizada para la construcción de una sepultura de 1043, descubierta hace dos años.

Según el arqueólogo de Vlaardingen, Tim De Ridder, su ciudad debió de haber formado parte de una red internacional de comercio que existió entre Dinamarca y el oeste de Holanda, informó la agencia holandesa ANP.

Además de la madera danesa, los arqueólogos también han encontrado en la sepultura otra madera procedente del noreste de Europa, por lo que De Ridder cree que no sólo eran vikingos quienes construían por aquel entonces ese tipo de barcos, sino también los frisones, habitantes de la parte norte de Holanda.

Hasta ahora no se sabía con qué tipo de barcos navegaban los holandeses y los flamencos por el mar del Norte.

A principios de 2002, los arqueólogos descubrieron unas 50 sepulturas en el casco viejo de Vlaardingen, pero no pudieron ser identificadas.

–Ach so![6] –fue lo único que Boenisch pudo exclamar, absolutamente sorprendido. Sus largas jornadas de búsqueda en archivos y bibliotecas habían sido menos efectivas que la lectura distraída de un periódico regional. "Una red internacional de comercio", pensó, algo más reposado, "y en el año 1009, no podría tener relación con la Hansa".

Se levantó y se dirigió con paso firme hacia su coche. Por su cabeza volvían a pasar frenéticamente frases e ideas: María de Baigorri, Ribe, la Hermandad del Atlántico… ¿Podría ser esa hermandad desconocida una red comercial?

–¡Eh, Señor!

El grito agudo y firme de una muchacha le sacó de su ensimismamiento. Miró hacia atrás.

–Señor, no ha pagado la cerveza –una camarera reclamaba tímidamente la consumición.

–¡Ah sí! Es cierto –un distraído Boenisch no acertaba a encontrar dinero. Finalmente optó por darle una tarjeta a la chica.

–Sólo aceptamos EC Karte, señor. Lo siento pero no podemos aceptar su Visa.

–¡Ah sí! –respondió Boenisch, totalmente ensimismado–. Tome, tome.

Boenisch dio a la muchacha un billete de cinco euros que finalmente encontró entre los innumerables bolsillos de su chaqueta y se marchó sin esperar el cambio. Su mente viajaba ya hacia otros lugares y épocas. Se puso a conducir y repentinamente se paró frente al *Alter Gasthof*. Necesitaba llamar por teléfono, pensar y comer. Su amigo David Kaplan le abrió la puerta.

–Hola, Holger.

–Hola, David, me sentaré junto al piano.

–Sabes que no lo tocaré, es mediodía.

–Sí, sí, lo sé. ¿Puedo hacerte una pregunta, David?

–Claro.

–¿Por qué dejaste San Francisco para venir a esta isla ventosa, fría y apartada del mundo?

–Supongo que por amor. Como bien sabes, conocí a Christa en el Amazonas, me gustó, nos juntamos y aquí estoy 20 años después. Ya no puedo volver, tengo este negocio y una hija de 15 años totalmente frisia.

–Entonces, si tú cruzaste el Atlántico por amor, con la certeza de que al menos venías a un lugar civilizado y confortable, ¿crees que estaba plenamente justificado el

que hombres con menos medios y cultura que tú cruzasen los océanos hace diez siglos sin tener la certeza de qué era lo que iban a encontrar?

–Me parece una pregunta absurda viniendo de ti, Holger. ¡Claro que estaba plenamente justificado! Se trataba de necesidad y de aventura.

–¿Aventura?

–Por supuesto. La curiosidad es lo que ha permitido avanzar al ser humano. Las personas que sienten curiosidad, no las inteligentes, son las que nos ayudan a desarrollarnos. Piensa en los niños, su interés y curiosidad sin límites les permiten aprender de manera incesante. Cuando los adultos apagamos esa curiosidad con nuestro comportamiento apoltronado, los niños dejan de hacer descubrimientos y van convergiendo hacia una vida de adulto: acomodada, anodina, segura, ordenada… y poco fructífera.

–Gracias, David, me has ayudado mucho. Me tomaré el *Lister Fischtopf* [7], acompañado de una botella de 3/8 de champagne Gran Cru.

Boenisch seguía pensando. Algo no encajaba en el puzzle que intentaba componer, pero su interés estaba de nuevo en marcha. Quizá su viaje a Bilbao no había sido un fracaso, es posible que fuera una estación solitaria pero de paso obligatorio hacia un destino muy interesante. Mientras degustaba la crema, cogió el teléfono.

–¿Dr. Saarela? Soy Holger Boenisch.

–Si, Saarela, tienes razón, hace tiempo que no te llamo, ni respondo a tus *christmas*, soy un desastre. La cuestión es que estoy con una investigación y me he acordado de ti.

–Está bien, Jouko, usaré tu nombre de pila. Mira, tengo ciertas dudas básicas. ¿Cuándo se fundó la Liga Hanseática?

–Dices que la creación de la Liga tuvo su punto de partida en la fundación de la ciudad de Lübeck, en 1158, pero que la fecha efectiva del nacimiento de la Hansa fue 1161, cuando los mercaderes alemanes que frecuentaban la isla Gotland, que era el mayor centro comercial de la zona, hicieron un pacto de mutua solidaridad, protección y apoyo mercantil. Pero, ¿hay antecedentes de ese pacto entre comerciantes? ¿Se conoce algo al respecto?

–Es decir, que desde el siglo X, desde muchas ciudades de la Liga Hanseática y de las regiones del mar del Norte fluía actividad comercial hacia el Báltico, manejada por escandinavos, flamencos, frisones, franceses y los habitantes de las islas Gotland. Sin embargo, fueron los germanos de las ciudades ribereñas los que fundaron la

Hansa, dos siglos más tarde y apoyados en una tecnología naval superior. Interesante. ¿Dónde estás, Jouko?

–¿Que te vas dos meses a Visby a hacer prospecciones de campo para estudiar restos que pueden tratarse de pecios vikingos? ¡Qué envidia me das, Jouko, siempre de viaje!

–¿Lo dices en serio? ¿Podremos estar juntos unos días y hablar al respecto?

–Te tomo la palabra, Jouko, será estupendo vernos y hablar en detalle de estos temas; nos vemos en Visby dentro de diez días. Hasta la vista.

Boenisch desbordaba alegría, vislumbraba un nuevo camino hacia lo desconocido. Llevado por el entusiasmo, condujo con ilusión hasta su casa para comunicar a Jutta sus nuevos hallazgos. Quería ser especialmente considerado en este aspecto, ya que su última reconciliación había sido bastante costosa. Llegó a casa y se la encontró tumbada al sol.

– Jutta, ¿te acuerdas del doctor Saarela?

–¿Quién? ¿Jouko? ¿Ese tipo tan extraño?

–No seas injusta, digamos que es un poco "especial".

–Ya. ¿Qué te traes ahora entre manos? ¿Algún otro viaje imprevisto de los tuyos?

–Bueno, en realidad quería proponerte que vinieras conmigo a Gotland.

–No, Holger, yo también tengo mis planes, recordarás que tenía un viaje pendiente a Hamburgo.

–Bueno, quizás podrías aplazarlo, ¿no?

–No, sabes perfectamente que no puedo aplazarlo. De hecho creo que eres feliz haciendo coincidir tu viaje con mis obligaciones, así serás libre.

–Jutta, por favor… No empecemos.

–Holger, déjalo así ¿de acuerdo? Márchate y así me libraré durante unos días de tus ensoñaciones históricas –Jutta tenía la virtud de transformar al duro y soberbio Holger en una persona cohibida y dominada.

5 Cerveza también conocida como Weissbier, fabricada a partir de malta de trigo, típica de Alemania.

6 Expresión alemana, indicativa de sorpresa y afirmativa de algo leído o escuchado en conversación coloquial.

7 Crema de verduras con pescado, marisco y crustáceos típica de las islas Frisias.

17

Habían navegado de noche, con un débil viento de poniente y dando el máximo a los remos. La corta noche del mar del Norte en junio apenas permitía un rato de navegación anónima, algo que no gustaba a Thorvald. La parada ocasionada por la tormenta había retrasado sus previsiones, además había decidido no utilizar demasiado los remos para no fatigar a la tripulación, lo cual les había proporcionado un viaje más plácido pero menos rápido de lo deseado. Debido a ambas circunstancias, esta vez decidió que era el momento de esforzarse a los remos. Amanecía y aún no veían la isla de Halïlonj. Thorvald llamó a Jacques, rompiendo el silencio del alba.

–Ordena a los hombres que remen con fuerza, diles que el puerto está cerca, necesitamos un esfuerzo final.

–Llevan remando desde que se puso el sol.

–La noche es corta, no es tanto tiempo y nos jugamos la vida.

Eneco y Jacques se pusieron también a los remos. Todos los hombres remaban a una, exceptuando a Thorvald, que llevaba el timón, hasta que se divisaron velas al fondo. Al menos una decena de naves, que seguían también rumbo norte, como ellos. Entre ellas, había langskips y snekkars, sin duda, era una flota importante y temible. Thorvald puso el timón en posición de bloqueo manteniendo rumbo hacia Halïlonj y se puso a remar en proa. Hacía tiempo que se veían gaviotas y alcatraces, la isla no estaría muy lejos.

–¡Necesitamos un impulso final! –gritó a todos–. Marcaré el ritmo de palada, vamos a aumentarlo para no darles la impresión de que nos pueden alcanzar.

–¡Estamos muy cansados! –gritó un marinero.

–¡Lo sé! –replicó Thorvald–, pero es fundamental avanzar rápido ahora que nos tienen a la vista. Si logramos mantener la distancia nos dejarán, no les interesa acercarse a Halïlonj.

–Eneco –continuó –, tira por la borda los barriles con brea, agua y sidra.

Eneco cumplió la orden con rapidez y se incorporó a los remos. Incrementaron el ritmo, el *Svart måne* volaba. Thorvald había fijado la vela aprovechando el viento. Tan centrados estaban mirando como se acercaban las naves perseguidoras, que no se dieron cuenta de las bandadas de frailecillos que volaban cerca, señal inequívoca de la

cercanía de tierra firme ya que esos pájaros de tan torpe vuelo, siempre se mantenían cerca de tierra firme. Finalmente fue Thorvald quien los vio. Miró a su espalda.

–¡Dejad de remar!

Sin embargo, los hombres no querían parar, veían que las naves que les perseguían podrían caerles encima a poco que se lo propusieran.

–¿Por qué? –preguntó Bretón gritando.

Thorvald sacó un cuerno de avisos y mientras recuperaba el aliento sopló con fuerza, y volvió a soplar tres veces más.

–Mirad detrás –dijo.

A una distancia prudente se veía un islote, una roca de perfil triangular, con un acantilado a un lado y una ladera suave al otro que descendía hasta terminar en el mar. Era Halïlonj. Los perseguidores cambiaron de rumbo repentinamente y pasaron de largo. El *Svart måne,* con tan sólo 13 hombres y sin armas, acababa de librarse de un abordaje seguro, que se hubiera resuelto con sus tripulantes despedazados y arrojados al mar como pasto para marrajos y cachalotes. Se acercaron lentamente hacia la parte baja de la isla, mientras recuperaban la respiración.

–Hace mucho tiempo, Radbod, el último rey de Frisia Magna, se retiró a esta isla tras su derrota ante los francos –empezó a relatar Thorvald para romper la tensión que habían vivido–. Esa aguja de roca que veis es conocida como *Lange Anna* y la pequeña isla de la derecha es *Düne*. Por el momento esta isla es un buen refugio y no está dominada por los hombres de Sven y Knut. Además, algunos compañeros nos estarán esperando.

Entraron a una playa de arenas rojizas donde fondeaban una docena de naves. La mayoría eran pequeñas y ligeras, similares al *Svart måne*, la última era más larga y de gran calado.

–Eneco, ¿ves la grande?

–Sí, es distinta.

–En un knörr, será nuestra próxima casa.

–¿En serio? –preguntó un entusiasta e incrédulo Eneco.

–Totalmente.

Se bajaron del *Svart måne* y lo fijaron en las estacas clavadas en la arena. Les esperaba un nutrido grupo de hombres, mujeres y niños; sin duda, procedían de la misma tierra que Thorvald. Dos jóvenes rubias de fuertes brazos se adelantaron. Tras ellas, varios niños; todos abrazaron a Thorvald.

Eneco intentaba entender que se decían entre ellos, pero, a pesar de que durante las largas horas muertas del viaje había intercambiado con Thorvald frases en dansk tunga, el idioma escandinavo, no fue capaz de entender nada.

–¿Son su mujer e hijos? –preguntó a Jacques.

–No, son sus hermanas y sobrinos. Thorvald salió de Norveg hace ocho años, no está con ninguna mujer. Está claro que en su familia lo aprecian.

El viaje había sido agotador, sobre todo, en la última fase. Toda la tripulación disfrutó de un día de absoluto descanso al sol. La isla tenía superficie suficiente para pasear y recobrar las sensaciones de pisar la tierra firme, aunque los compañeros de Thorvald, fuertemente armados y de aspecto temible, no les permitieron alejarse de la playa.

Cenaron y pasaron la noche al raso, junto a la playa, ya que en las pocas casas en pie dormirían las mujeres y niños. Sólo en caso de lluvia hubieran ocupado un tinglado habilitado como almacén. La isla no estaba bajo la soberanía de ningún estado y llevaba años ocupada por comerciantes vikingos en busca de nuevas rutas. Habían establecido un asentamiento permanente para rechazar las posibles pretensiones de Sven y su hijo Knut sobre la plaza, aunque afortunadamente estos estaban muy atareados saqueando las islas británicas. Conscientes de que podían ser sometidos a un acoso imposible de repeler, buscaban alianzas para evitar los ataques de Knut.

Amaneció un día oscuro y ventoso. Otra de las frecuentes tormentas atlánticas se acercaba.

–Thorvald –preguntó Jacques–, ya sé que no ves con buenos ojos nuestras preguntas, pero, ¿podrías decirme que va a ser de mí mañana y los próximos días?

–Mantienes tu ironía, Jacques. Con este tiempo no nos haremos a la mar. Si amaina el viento y bajan las olas, prepararemos los barcos para salir mañana con destino a Hammaburg en un viaje corto pero peligroso.

–¿Los barcos?

–Sí. Saldremos con el knörr y cinco snekker. Será una expedición comercial.

–¿Y mientras tanto?

–Yo voy a reunirme con mi familia; vete a pescar o pasa el día con Eneco. Descansad.

El encuentro de Thorvald con sus hermanas Sigurd y Bjork fue emotivo; hacía mucho que no sabía de sus vidas. El viaje que las había llevado hasta la isla había sido

muy duro y anteriormente habían perdido a sus maridos, según le contaron a su hermano.

–El invierno ha sido muy frío y no nos quedaba prácticamente nada para comer, por lo que la comunidad decidió adelantar la época de pesca dos meses; aún había mucho hielo en el mar y una noche chocaron contra un bloque de hielo.

–¿Cuántos hombres han desaparecido?

–Todos, veinte en total.

–¿Y nuestro padre?

–Murió hace dos inviernos, enfermó.

–¿Dónde está Bjarni?

–En la isla de Düne, vigilando. Estamos esperando su llegada, tiene muchas ganas de verte. Nos ha hablado de nuevas rutas comerciales que quiere tratar contigo.

–Thorvald –dijo Sigurd, la mayor, con voz débil–. No nos dejes, queremos que nuestros hijos puedan crecer y vivir en un lugar digno.

–No os fallaré.

Mientras hablaban, comprobaron que un ligero bote a remos se acercaba a la playa con dos hombres abordo. El vikingo bajó a esperarles.

–¡Thorvald! Te has convertido en un hombre.

–¡Bjarni! Hermano.

Ambos hombres se fundieron en un largo abrazo. Hacía muchos años que Bjarni había partido desde Norveg hacia Island a la búsqueda de una vida mejor junto a su padre. Años más tarde, tras la muerte de su madre, Thorvald embarcó en una expedición de exploración rumbo al sur de Europa mientras sus hermanas Sigurd y Bjork marchaban hacia Island al encuentro con su padre y Bjarni, allí se casarían con otros colonizadores. Cuando Thorvald se despidió de Bjarni apenas tenía diez años, ahora era un hombre.

–Thorvald, tengo tantas cosas importantes que contarte, hay noticias sobre tierras vírgenes.

–Bjarni –interrumpió Thorvald–, yo me debo a nuestra organización. Cuéntame lo que quieras pero te advierto que no puedo actuar por libre.

Bjarni era un colonizador apasionado. A diferencia de su hermano Thorvald, que se había convertido en un navegante y explorador minucioso y cuidadoso, había dejado a menudo que fuera su corazón el que tomase las decisiones y ahora explicaba con pasión sus hallazgos, intentando condensar las vivencias de años.

–Thorvald, las sagas islandesas narran que hace muchos años el navegante noruego Gunnbjörn Ulfsson descubrió una nueva tierra a poniente de Island. Hace ya tiempo

que los colonizadores de Island empezaron a navegar según las rutas de Ulfsson y avistaron nuevas costas, se trataba de unas tierras de grandes hielos. La navegación no es sencilla debido a las fuertes corrientes marinas y a los vientos de poniente, y muchos barcos han desaparecido. La exploración definitiva –continuó Bjarni–, la realizó Erik *el Rojo,* que fue exiliado por matar a un vecino. Navegó hasta la nueva tierra y pasó tres años explorando su costa. Al finalizar su período de condena, regresó a Island para organizar una expedición a la nueva tierra, a la que llamó Grønland.

–Te agradezco el relato pero ya lo conozco. He estado con Leifr, hijo de Erik, y me ha transmitido lo mismo que tú.

–¿Leifr Eiriksson? ¿Dónde está?

–Cerca, lo verás pronto, estamos en la misma organización. Es posible que esté en los astilleros de Dubh Linn, construyendo grandes naves. Pero continúa.

–Cuando llegué a Island, esperaba encontrarme con nuestro padre, pero se había marchado con otros colonizadores a Grønland en una misión organizada por Erik *el Rojo*. Nuestro padre había vendido su granja y yo no tenía donde quedarme. Entonces conseguí que una partida de hombres me acompañara en mi viaje. Mi única idea clara era navegar hacia el oeste. Durante tres días el viento nos fue favorable, pero después cambió. El barco marchó a la deriva durante varias jornadas, perdimos la cuenta y no sabíamos dónde estábamos. Cuando el tiempo mejoró, avistamos una costa que no podía tratarse de Grønland; el rumbo que habíamos seguido no era el correcto para alcanzar Grønland.

–Sigue, Bjarni.

–Teníamos comida y bebida suficientes y decidí continuar navegando. El terreno era arbolado, con colinas poco elevadas. Seguimos rumbo al norte ya que no me interesaba esa nueva tierra, sólo quería reunirme con nuestro padre. Dos días más tarde, avistamos tierra. Los hombres me preguntaron si creía que esta vez era Grønland, pero no podía ser, debido a que los relatos describen Grønland como una tierra de montañas altas y hielo, y la costa que vimos era baja, con numerosas islas pequeñas y arbolado. El viento amainó y la tripulación pensó que había llegado el momento de bajar a tierra para aprovisionarse de madera y agua. Yo me opuse y ordené izar la vela. Después, un fuerte viento del sudoeste sopló durante días desplazándonos hacia el norte, hasta que vimos tierra por tercera vez, pero decidí no bajar ya que era un terreno abrupto y helado, de manera que bordeamos la costa hasta comprobar que se trataba de una isla.

–En todos esos días, ¿visteis algún rastro de otros colonizadores?

–No, volvimos a alta mar y poco después se levantó una tempestad terrible y tuvimos que apocar la vela; pudimos irnos al fondo pero conseguimos sobrevivir, navegábamos por un mar denso y helado. Había bloques de hielo mucho mayores que nuestra nave. Días más tarde, vimos tierra por cuarta vez. Esta vez se aproximaba más a la descripción que me habían hecho de Grønland, por lo que nos acercamos a la costa para bordearla a la búsqueda de algún rastro y, al caer la noche, vimos un barco varado en una zona baja y libre de hielo. Bajamos a tierra: era un asentamiento de colonos y nuestro padre estaba allí.

–Y si habías llegado a Grønland viniendo desde poniente, ¿cuáles eran esas tierras que visteis más a poniente aún, tan distintas a Grønland?

–No lo sé, nadie las conoce ni las ha visto antes. Hay quien no da crédito a mi relato.

–Yo te creo, Bjarni, y quiero que hablemos de esto con más detalle en cuanto nos encontremos todos, pero ahora descansa, vamos a donde están todos.

Thorvald y Bjarni se dirigieron hacia la playa cogidos del hombro. Tenían muchas cosas que contarse y querían vivir con intensidad su encuentro.

18

Holger Boenisch miraba por la ventanilla al acercarse a Visby. La oscuridad inquietante del mar Báltico contrastaba con una tierra verde que brillaba bajo el sol del verano. Las excelentes condiciones meteorológicas permitieron el aterrizaje cómodo de un avión repleto de adolescentes rebosantes de entusiasmo y escasos de ropa que probablemente se enfrentaban a sus primeras vacaciones sin padres.

Boenisch, que finalmente viajó sin Jutta, recogió su maleta y salió al exterior del pequeño y coqueto aeropuerto carente de medidas de seguridad y pleno de sonrisas y miradas relajadas. A la salida le esperaba Jouko Saarela, sorprendente como siempre. El Dr. Saarela llevaba invariablemente unos zapatos raros y de gran talla, con un ancho casi superior a su longitud, rematados por extraños parches de cuero con todo el aspecto de haber sido ejecutados en un taller de recauchutado de neumáticos. Sus pantalones, de un color apto para mimetizarse en el campo, se inflaban como *spinnakers* con el viento, haciendo un extraordinario contraste con los zapatos. Todo ello se conjuntaba con una camisa que exhibía manchas de infinidad de colores. El remate lo ponía una chaqueta de tweed jalonada de bolsillos. Tanto era así que entre los colegas de arqueología corría el rumor de que Saarela viajaba sin maletas, ya que lo llevaba todo en los bolsillos.

La chaqueta del Dr. Saarela le había acompañado en sus numerosos viajes por el mundo y era su atuendo oficial, con independencia de la meteorología o el protocolo. En una ocasión, siendo recibido por el alcalde de Estocolmo, una pajarita sirvió de único complemento para su uniforme oficial. Se contaba que en el aeropuerto JFK de Nueva York no salían de su asombro al ver las cajas necesarias para albergar el contenido de sus bolsillos; no entendían como había podido bajar de un avión con todo ese arsenal. Cuando alguien le miraba con asombro ante su insólito aspecto, que remataba sacándose el peine del bolsillo y retocándose reflejado en las lentes de sus gafas de sol, Jouko se ganaba su credibilidad sacando de otro bolsillo una de las numerosas fotocopias de su título de Doctor en Arqueología por la Universidad de Tampere, que siempre llevaba consigo. Tan sólo quienes habían asistido al privilegio de compartir sauna con él podían certificar que, en ocasiones, se quitaba la chaqueta.

Jouko Saarela se presentó a esperar a Holger Boenisch en un destartalado y antiguo Volkswagen Passat familiar.

–Pero, ¿de dónde has sacado esta chatarra?

–Hola, Holger, ¿cómo estás?

–Yo, bien, pero sácame de la duda respecto a este coche.

–Lo he alquilado en el puerto. Es muy barato, tiene 24 años, y dice el propietario que fue su segundo coche, que lo quiere como a un hijo. Aquí, en Gotland, todo el mundo conserva sus coches durante años. Ahora monta, nos vamos a Lickershamn.

Saarela hablaba un extraño inglés, en el que las inconveniencias gramaticales y las patadas al diccionario se sucedían en infinitas repeticiones y se combinaban con un perenne *Yahaa* como asentimiento ante cualquier propuesta. Sin embargo, pese a todas sus peculiaridades, o gracias a ellas, Jouko era un hombre muy buscado por los demás.

Tras un estrambótico viaje marcado por las dudas de ruta, pérdidas y rodeos innecesarios, Boenisch y Saarela llegaron al pueblo costero de Lickershamn, donde aprovecharon para disfrutar de una cerveza. El olor a pescado ahumado era embriagador. Cerca de la taberna podían verse numerosas casetas de ahumado con platijas, salmones, truchas y anguilas colgadas.

–Jouko, no acabo de entenderlo. Según esa señal, estamos a 18 kilómetros de Visby. Sin embargo, hemos tardado exactamente dos horas y quince minutos en llegar hasta aquí.

–He dado una vuelta para que conocieras el campo.

–Pero yo no he venido a ver los alrededores sino tus excavaciones.

–Deberías haber atendido al campo para darte cuenta de cómo es aquí la vida y cómo fue hace mil años. Hemos pasado junto a algunos megalitos y junto a un cementerio vikingo, ¿los has visto?

Boenisch se calló un largo rato, pensó en su estupidez y en sus condicionamientos mentales negativos y finalmente admitió que estaba junto a un hombre sorprendente.

–Es fantástica esta cerveza sueca. Este sitio tiene un encanto especial, Jouko, se respira mucha paz, gracias por traerme.

–¿Cómo está tu mujer? –preguntó Saarela con cortesía.

–Bien, gracias, te manda saludos.

–Dile que me gustaría bailar de nuevo con ella –continuó el finlandés.

–Se lo diré.

Tras innumerables cervezas, se montaron en el Passat y volvieron a Visby, desde donde al día siguiente partieron hacia la isla de Fårö, su siguiente destino.

–Entonces, es aquí donde se escondía ese retorcido de Bergmann –fue el primer comentario de Boenisch al llegar a la isla.

–Así es, Holger. Su casa está por ahí, cualquiera puede acercarse a ella; buscaba soledad.

La isla de Fårö se mostraba como un escenario incomparable donde las suaves colinas de piedra caliza pulida y suavizada contrastaban con los pastos y los bosques de pino negro retorcido por el viento. Las propiedades, divididas con magníficos muros de piedra y las granjas de madera repletas de ganado, se sucedían sin rastro de progreso. Más sorprendentes aún resultaban las naturales playas de fina arena, exentas de hormigón y construcciones, donde los bañistas textiles y nudistas acostumbran a entremezclarse en una combinación respetuosa con el sol y el limpio aire como únicos objetos de deseo.

Llegaron a una ensenada donde la pista terminaba a escasos cinco metros del mar; había más coches aparcados.

–Vamos, nos esperan.

Avanzaron por la playa hasta llegar a un punto en el que unas formaciones rocosas de forma fálica irregular impedían ver lo que se situaba detrás.

–¿Qué son estar formaciones? Me suena haberlas visto en algún lugar, quizás en la portada de alguna novela.

–Se llaman *raukar* y son características de Gotland y, sobre todo, de Fårö. Los conglomerados calizos han sufrido una disolución química, cosa del agua de lluvia y del dióxido de carbono y han generado esas esculturas fantasmales.

Pasaron por el laberinto de *raukar* y tras atravesarlo se encontraron con los colaboradores de Saarela. Excavaban con sumo cuidado y estaban descubriendo lo que a duras penas podía identificarse como tres antiguos pecios de madera.

–Hola a todos, quiero presentaros a mi amigo, el doctor Holger Boenisch. Estará unos días con nosotros, viendo lo que hacemos. Es catedrático de Física pero le interesan muchos temas; sed amables con él. Holger, estos son mis colaboradores. Falta el doctor Kamprad, que hoy estará fabricando una cama o una mesa. Cuando está agotado se retira a su taller, a fabricar muebles, dice que le relaja.

–Buenos días –dijo tímidamente Boenisch.

Se pasaron la jornada retirando arena grano a grano, sin prisa, con cuidado de no ocasionar ni una sola rozadura en una madera absolutamente dañada por mil años de

acción de la intemperie.

De vuelta en Visby, a Boenisch se le agolpaban las preguntas.

–¿Habéis estimado su antigüedad?

–No, es un proceso largo, ya hemos enviado muestras para su datación.

–¿Son naves locales?

–No, son de viajeros. Hemos encontrado dos cabos hechos con crin de caballo, un animal que nunca ha habitado en Gotland. Además, la quilla está hecha con una madera no propia de las construcciones del Báltico.

–¿No decías que no estaba datado?

–Tengo mis teorías, que no quiero hacer públicas hasta que tenga datos reales.

–¿De dónde vinieron?

–Puede que de Irlanda. Calculo que hace unos mil años.

–¿Venían de conquista?

–¿Bromeas? Son naves comerciales. Aún no hemos terminado pero cuando estén excavadas espero encontrar restos de productos: telas, algo orgánico, algún producto manufacturado con aleaciones férreas.

–¿Quiénes eran?

–No lo sé, pero he encontrado algunas inscripciones extrañas.

–¿Puedo verlas?

–No, de momento. Deberás comprometerte a no sacar fotografías ni dirás nada a nadie ni harás ningún comentario. Sólo puedes verlas y callarte.

Holger Boenisch no pudo conciliar el sueño esa noche y su habitación no era el mejor lugar para dormir en esas condiciones. La intensa luminosidad báltica y las magníficas vistas hacia la catedral de Visby y a las ruinas de St. Karin eran atractivos poderosos para unas cortinas de poca consistencia. Como dormir le parecía imposible, salió a pasear por la fría mañana. Recorrió el casco antiguo de Visby y se sentó frente a la catedral.

La catedral de Santa María de Visby fue terminada de construirse en 1225. Financiada con el dinero procedente de los comerciantes de la Liga Hanseática, durante siglos sirvió a los germanos residentes en la isla por motivos comerciales. Sus tres magníficas torres rematadas por cúpulas negras en contraste con la caliza blanca de los muros sirvieron de punto fijo para que Boenisch se quedara un largo rato reflexionando. Pensaba en la relación que podría existir entre todos aquellos datos inconexos que revoloteaban por su cabeza.

Pasaron los días en medio de excavaciones, silencio misterioso, promesas de grandes revelaciones futuras y horrible música en el Passat, hasta que llegó su despedida.

–Bueno, Jouko, he pasado diez días magníficos en esta isla, ¿me dirás algo concreto sobre las excavaciones?

–Si, pero aún es pronto.

–¿Has hablado con el profesor holandés que ha encontrado los restos de naves vikingas en Vlaardingen?

–¿Con Tim De Ridder? *Yahaa*. Ya te informaré.

–¿Cuándo me podrás decir algo respecto a esos mensajes indescifrables de tus barcos?

–Pronto. Te enviaré unas fotografías por correo electrónico, pero antes quiero mejorar su estado para que se puedan leer.

–En fin, Jouko, visítame cuando quieras, adiós.

–¡Holger! ¡Toma! No te olvides esta bolsa.

–Gracias por todo.

Tras despedirse, Holger Boenisch miró en el interior de la bolsa: había dos latas de la apestosa delicatessen local de arenques llamada *Sürstromming* y un sobre. Se sentía aliviado por dejar de ser el copiloto del conductor más desastroso de Europa y el intenso olor a ambientador barato de pino del Passat alquilado, aunque sabía que pronto echaría de menos a semejante hombre.

Nada más despegar su vuelo cogió la bolsa y sacó el grueso sobre. Leyó el anverso:

"No lo abras hasta que llegues a casa".

¡Cabronazo finlandés! Vaya si te echo de menos.

19

Al amanecer, las nubes altas y estiradas habían dado paso a nubes bajas y plomizas que descargaban agua mansamente. El mar era de un gris muy oscuro, triste y silencioso.

–¿Qué haremos? –preguntó Jacques a Thorvald.

–Acabo de venir de la zona alta de la isla. Desde poniente se ven claros. Prepararemos todo y, si el buen tiempo se mantiene, saldremos en cuanto oscurezca.

–¿Debes consultar con tu hermano Bjarni?

–No. Yo tengo el mandato de la Hermandad. Quien quiera venir conmigo deberá asumir mis decisiones, que no son mías ya que mi destino próximo está prefijado.

–¿Has dicho la Hermandad?

–Sí. En Hammaburg te diré más. De momento, permanece en silencio.

–Buenos días –se sumó Eneco a la conversación– en poniente se ven grandes claros y nubes blancas de gran altura. Creo, Thorvald, que el tiempo mejorará.

–Vas aprendiendo, Eneco, ¿has dormido bien?

–Poco, pero no me importa. Estos días largos me vienen bien para estar atento a las noticias que traen el viento, las nubes y las aves.

–Te dije, Thorvald, que Eneco sería un buen navegante –terció Jacques.

–¡Vayamos a preparar las naves! –dijo entusiasmado el joven vascón.

Durante toda la jornada prepararon los barcos. En el *Roar Ege* viajarían Thorvald y Eneco junto con las mujeres y los niños. Jacques estaría al mando del *Svart måne* y en la isla quedarían un retén de hombres hasta la llegada de más navegantes.

El sol comenzaba a ocultarse en la despejada tarde cuando Thorvald dio orden para embarcar y partir de inmediato. Antes de marchar, se dirigió a Bjarni.

–Bjarni, hermano, me llevo a nuestras hermanas. Te pido que te quedes en la isla y en cuanto llegue Leifr Eiriksson, debes decirle que se dirija de inmediato a Ellenbogen. Él sabrá llegar, está a dos días de navegación.

–¿Leifr Eiriksson? ¿Vendrá aquí, a Halïlonj?

–Sí. Deberás embarcar con él. El resto que se quede aquí, a la espera de noticias.

Los dos hermanos se abrazaron antes de volver a separarse.

Sonó un cuerno de aviso desde el punto más alto de Halïlonj, momento en que Thorvald desplegó la vela del *Roar Ege*, señal de partida. Todas las naves le siguieron.

–¿Qué ha significado la señal, Thorvald?

–Los vigías permiten la salida ya que no se divisa ninguna vela. Es importante para nosotros, para que no naveguemos en persecución y es importante para ellos, para que no pueda saberse que la isla queda prácticamente desprotegida.

–Me hubiera gustado guiar el *Svart måne* –soltó sin rodeos Eneco.

–No es posible, vendrás conmigo en el *Roar Ege* y aprenderás también cómo funciona este barco.

–¿Por qué dices también?

–Te considero capaz de guiar en grupo el *Svart måne,* pero quiero que aprendas muchas más cosas, y quiero que tu curiosidad se imponga a tu impaciencia.

–Gracias por tu confianza, Thorvald. Y dame tus órdenes en dansk tunga, deseo aprender vuestro idioma.

–De acuerdo.

Navegaron avanzando con olas a favor que les conducían directamente hacia la desembocadura del Elbe. Cuando se hizo de noche, el alboroto de mujeres y niños se transformó en un silencio infinito. Thorvald ordenó a Eneco que se fuera a dormir. Él permanecería toda la noche al timón.

Amaneció con una leve brisa y un cielo pálido. Una ligera niebla se deslizaba sobre el mar sin despegarse de su superficie. Thorvald puso el timón fijo y mandó a los tripulantes a remar, la nave se desplazaba lentamente y debían permanecer el menor tiempo posible en una zona de paso de posibles enemigos.

–¡Eneco, ven conmigo! Vamos a recorrer el *Roar Ege*, quiero que conozcas a fondo nuestras naves. Este barco es un knörr, concebido para transportar mercancías a largas distancias. Es más lento que el *Svart måne* pero puede cargar animales y hasta cuarenta personas. Está construida en madera de roble, a excepción del puente, el mástil y los remos, que son de pino. El casco está armado en tabladillo. Las tablas están ajustadas sobre diecinueve cuadernas. Por debajo de la línea de flotación no están clavadas, sino ensambladas con raíces de abeto y las uniones están selladas con pelo de vaca untado de brea. Esta nave está adaptada al duro mar del Norte.

–¿Pero no se utilizaba crin de caballo?

–No. Se utiliza crin de caballo con raíces para trenzar los cabos. Sobre todo los de las velas, que requieren mucha flexibilidad y resistencia para no romperse. Pero déjame continuar. La vela está hecha en lana blanca con bandas rojas, y está sujeta a una berga de once metros. Cada embarcación tiene su juego de remos.

–¿Podríamos bajarlo en caso de necesidad con nuestra tripulación actual?

–Podríamos bajarlo sólo entre tú y yo con ayuda de los cabos.

–En Vermelio construimos los remos con madera de roble y tienen palas más largas y estrechas que estas.

–Sí, conozco los remos construidos por los vascones, son muy buenos, pero nosotros los construimos con madera de pino.

–¿Y el timón, Thorvald?

–Es de una sola pieza de roble. Puedo colocarlo en una posición fija mediante la sujeción de cubierta para sumarme a los remos, descansar o participar en otras tareas.

–¿Y qué son los escudos fijados en los lados del casco?

–Es sólo una marca distintiva del armador, del propietario o de quien gobierna la nave, aunque de momento nosotros no hemos acordado un distintivo. Veo que tienes interés, Eneco, y me gusta, porque el mayor error que cometéis los vascones es que vuestros patrones no son carpinteros y se ocupan demasiado de la navegación y poco de la reparación y mantenimiento del barco.

–Yo quiero saber cómo se construyen los barcos y quiero navegarlos. Me interesa todo.

Entre tanto, los niños jugaban ajenos a cualquier circunstancia que pudiera suceder en el exterior. Todos los viajeros procedían de las colonias de Island. Eran las viudas y los huérfanos de los hombres que habían muerto tras chocar contra un iceberg mientras intentaban pescar ballenas.

El día estaba tranquilo, no se observaba ninguna nave y el tiempo era excelente, hasta la ligera brisa era favorable, lo cual ayudaba a una navegación más ágil.

–Mira a popa, Eneco. Los snekkar navegan con mucha más agilidad que nosotros. Fíjate en el *Svart Måne*, es muy maniobrable. Espero que dure muchos años.

–¿Por qué el agua ha cambiado de color? –preguntó Eneco.

–Nos aproximamos al río Elbe. El Elbe es un río de gran caudal, podemos estar a media jornada. En cuanto entremos en él, debemos remontarlo durante jornada y media.

–Hay numerosas aves, Thorvald.

–Sí, pero son gaviotas y alcatraces, aves que pueden volar durante varios días seguidos; no indican gran cosa.

–¿Qué pueblos viven en Hammaburg? –preguntó Eneco con un interés justificado.

–Según mi última información, el rey germano Otto III, también conocido como Otón, ha fallecido cerca de Roma. El imperio de los germanos no funciona de forma cohesionada, se parece a vuestro reino navarro, hay un emperador pero numerosas ciudades y territorios son independientes.

–Cuando bordeábamos las costas de Frisia no querías encontrarte con los germanos.

–Los germanos de Frisia han desarrollado relaciones con Knut y no dependen de forma directa del emperador. Hemos de tener precaución y mantenernos alejados de ellos; en Hammaburg tenemos buenos amigos y no corremos peligro.

–¿Y hasta llegar allí?

–La navegación por el Elbe está controlada por comerciantes de Hammaburg, nos interceptarán y luego nos dirigirán. Ellos prestan un servicio de vigilancia y nosotros les debemos pagar.

–¿Es una ciudad vikinga?

–En absoluto. Hace más de cien años los vikingos destruyeron la ciudad, que estaba bajo la protección del emperador Carlomagno. Hoy en día intentamos aumentar nuestras relaciones comerciales y es un puerto de nuestra Hermandad.

–¿Hermandad?

–Os lo contaré en Hammaburg. Mientras tanto mira al agua, cada vez es más turbia y si hubieras estado atento, te hubieras dado cuenta de que nos cuesta avanzar, la corriente de agua dulce nos frena. Además, y para nuestra desgracia, hoy no hay olas que nos empujen hacia la costa.

Sonó un cuerno desde uno de los snekkar de la flota. Thorvald se subió al casco y empezó a mirar en todas direcciones.

–Todos a los remos, rápido. Eneco, tú también.

–¿Qué ocurre? –preguntó Eneco.

–Mira hacia allí, una flota de langskip de guerra viene hacia nosotros. Sin duda son barcos a las órdenes de Sven de Dannevirke que van camino de Britannia.

El avance era mínimo, el *Roar Ege* era el más lento de la flota y le estaba costando coger velocidad. En una rápida maniobra, el *Svart Måne* se adelantó y se les puso delante.

–¿Que hacen? –preguntó un jadeante Eneco.

–Nos cortan el agua y abren estela, de esa manera podremos ir algo más rápidos.

–¿Y el viento?

–No nos quitan nada, viene de babor, toda la flota se pondrá a estribor para que nosotros podamos coger más viento.

La tensión se incrementaba. El *Roar Ege* ganaba algo de velocidad pero no la suficiente como para poder evitar el encuentro. Aun así, Thorvald se mantenía tranquilo, apenas una milla más adelante según su rumbo y a estribor se veían varias islas de poca extensión.

–Eneco, saca la sonda y suéltala por estribor –dijo enérgicamente el vikingo.

Eneco cogió la sonda y la dejó caer suavemente hasta que tocó fondo.

–¡Tres brazas!

Rápidamente, Thorvald trincó el timón y puso proa hacia estribor.

–¿Qué haces?

–Coge el cuerno y sóplalo tres veces cortas y muy seguidas.

Tras la señal, cada snekker cogió su propio rumbo y deshicieron la formación.

–No tenemos ninguna posibilidad de sobrevivir al abordaje de cuatro langskip con cincuenta guerreros, la dispersión les obligará a dejar de lado varios de los objetivos.

–¿Y nosotros? ¿Por qué ponemos proa hacia ellos?

–Vuelve a echar la sonda.

–¡Dos brazas y media!

Thorvald corrigió el rumbo virando hacia babor y ordenó un esfuerzo final a los remos. Fijó el timón y él mismo se puso a los remos junto con Eneco. Los langskip estaban cada vez más cerca. Dieron paladas profundas y rápidas.

–¡La sonda!

–¡Dos brazas!

–Vuelve rápido a tu remo.

Poco a poco estaban a la par de la isla con más vegetación, mientras los langskip se mantenían al otro lado de la barrera de islas.

–¡Parad! –tras el grito, Thorvald recogió su remo y se lanzó al timón.

–¿Qué pasa ahora?

–La barrera de islas no les permite pasar si no es con cuidado y bajándose de las naves. Fíjate en el agua, ¿no ves que hay una fuerte corriente hacia mar adentro?

–Sí, ¿es el río?

–No, el río lleva agua turbia y dulce. Esta agua está clara y si la pruebas estará salada. La marea está bajando. En estas costas, si te mantienes cerca de la costa, puedes encallar en pocos minutos cuando la marea baja.

–Volved a los remos y avanzad poco a poco, no podemos permitir que maniobren, aún queda trecho hasta entrar al Elbe.

Tras dejar atrás la isla, observaron como un langskip perseguidor había embarrancado y sus hombres saltaban al mar para tirar de cabos y sacar la embarcación a aguas más profundas. Los otros barcos corrigieron su rumbo y rodearon los islotes para continuar la persecución, aunque el *Roar Ege,* gracias a la hábil maniobra, había conseguido una distancia importante y ahora navegaba a buena velocidad favorecida por el viento. Más adelante volaba el *Svart Måne* y tres de los snekker que habían salido con ellos.

–¿Has visto el *Svart Måne*? Es un barco magnífico, le hemos eliminado la carga y es inalcanzable en aguas tranquilas.

–¿Y el quinto snekker?

–Ha roto un cabo de vela, no podrá escapar.

–Debemos ayudarles, Thorvald.

–No podemos hacer nada. Este hecho nos ha enseñado que debemos mejorar las ayudas desde las costas, pero no podemos enfrentarnos a ellos, y mucho menos nosotros.

–¿Qué va a pasar con ellos?

–Distraerán a los langskip mientras puedan.

Siguieron remando hasta entrar en el Elbe. Se alejaban poco a poco del snekker averiado, que había puesto rumbo hacia un pequeño islote en una maniobra desesperada. Embarrancaron el barco momentos antes de que el primer langskip les diera alcance y dieron fuego a la nave. La vista les permitía ver sólo un barco en llamas y una columna de humo, mientras que tres langskip se acercaban.

–¿Qué les ocurrirá?

–Han decidido quemar la nave y saltar a tierra. Es una buena decisión. No podemos permitir que apresen nuestros barcos. La marea continúa bajando y algún tripulante puede tener suerte y alcanzar el continente. Otros no tendrán esa suerte y caerán, pero eso no les preocupa, la mayoría preferirán pelear y morir.

–¿No podemos hacer nada? ¿Cómo podéis ser tan crueles?

Thorvald clavó su mirada en los ojos de Eneco. Sus profundos ojos azules atravesaron al que había sido su confidente durante el viaje. Los segundos de silencio

se hicieron insoportables. Eneco no pudo mantener la mirada y en un signo de debilidad miró hacia abajo, vio a los niños y mujeres ajenos al drama, y sintió un colapso en su estómago.

–Lo siento –se oyó una voz débil y apagada.

–Vete al remo de proa, remarás ya que no mereces mayor consideración.

Una vez en el Elbe, una pequeña embarcación salió a su encuentro. Un hombre subió a bordo y habló brevemente con Thorvald, quien recibió un documento a cambio de una bolsa. Eneco lo vio desde su remo y se dio cuenta de que su estupidez le podía impedir continuar con el sueño de navegar por el Atlántico y conocer gente y ciudades, aprender los misterios de aquel inmenso océano. Se acordó de Vermelio y de su familia, de sus tardes en Torrontero, de las rocas verdes que resguardaban la playa de las olas y de las chicas que le rondaban en la fiesta del solsticio de verano.

La tarde se había vuelto oscura y ventosa, muy ventosa, el Elbe bajaba turbio, marrón y revuelto y Thorvald no le había dirigido una palabra desde su estúpida intervención.

Se hizo de noche y todos cenaron, excepto Eneco. Thorvald ancló la embarcación y se pasó al *Svart måne* a conversar con Jacques.

Cuando amanecía, Eneco seguía revolviéndose inquieto en su esquina. Se le acercó Breton, uno de los hombres que había embarcado con ellos y que venía desde Halïlonj en el *Roar Ege*.

–Chico, eres un estúpido.

–No me llames chico.

–Te lo has ganado, chico. Eres un estúpido.

–Me iré en Hammaburg.

–¡Ja! ¿Y te saldrás de las faldas del vikingo? ¡Estúpido!

–Sí, lo haré.

–Mira, chico, no me das pena. El vikingo es el mejor navegante que he conocido y llevo casi cuarenta años navegando. No he conocido nadie con su habilidad y sus conocimientos para la navegación. Y vas tú y te permites cuestionar su conducta.

–Lo sé.

–Pues aprende a estar callado. El silencio es tan valioso que sólo se debe de romper para decir cosas que sean más valiosas. Si yo fuera el capitán, te hubiera echado por la borda.

Aprovechando el final de la bajamar se pusieron en marcha. La corriente empujaba en dirección Hammaburg. Al pasar junto al *Svart Måne*, Jacques dedicó a

Eneco una larga mirada de desaprobación. Su estómago se contrajo aún más y pensó de nuevo en Vermelio y en su familia mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. Dejó de fijarse en la orilla y en el agua, en los árboles y en las aves, no le interesaban el cielo ni las nubes, lloró largamente en silencio, eran las lágrimas de despedida a sus sueños y a Thorvald. En Hammaburg se marcharía en silencio, como en Rochella.

20

Los descargaderos de Hammaburg eran un hervidero de gente. Cuando bajaron de las naves, les esperaba un hombre de larga levita negra rematada por un cuello de piel de bisonte. El hombre, tremendamente alto, totalmente calvo y con un recio bigote de varios palmos, tenía un aspecto poco amistoso, pero en cuanto bajaron comenzó a abrazar a todos, y con especial énfasis a mujeres y niños. Eneco rumiaba su tristeza, ayudaría a descargar las naves para aliviar su conciencia y luego se marcharía. Miraba con atención al gigante con su cariñoso recibimiento.

–Ahora es cuando saca el hacha y decapita a los niños para comerse sus sesos –irrumpió Thorvald con ira.

–¿Qué?

–Luego abrirá en canal a las mujeres y, por último, irá a tomarse una jarra de cerveza para celebrarlo. ¿Es que no vas a decir nada? –grito Thorvald, provocando el silencio de todos los presentes.

–Me he equivocado. Los prejuicios son la peor peste de la mente de los humanos, me iré en cuanto terminemos la descarga.

–¡Claro! Te has equivocado. Somos crueles. Quizá no lo son vuestros bondadosos obispos que sacrifican niños para transfundir su sangre en sus corruptas entrañas. No son tan crueles como nosotros tus señores que os roban los bienes, os engañan con falsas promesas de protección, violan a vuestras esposas la noche de bodas y rompen la inocencia de vuestras hijas por una sucia satisfacción carnal. No son en absoluto crueles vuestros reyes que envenenan a sus hermanos por unos tronos carcomidos y asesinan a judíos y musulmanes por confesar una fe distinta. No son crueles…

–¡Basta! ¡Basta he dicho! ¡Cállate!

La heladora mirada de Thorvald envolvía a Eneco.

–No es justo. Yo he querido huir de todo eso. Detesto todo ese horror. Precisamente viajo en la búsqueda de un mundo más justo y honrado y en la búsqueda de otras personas con otras verdades. No me juzgues por un error, tú también te equivocas y te equivocarás. Y si no eres capaz de perdonar, careces de la mejor de las virtudes humanas. Equivocarse es de humanos, pero perdonar es algo reservado a los más sabios.

El silencio se mantuvo durante un tiempo, hasta que lo rompió el gigantón de los bigotes.

–Vascón, soy Olav Grimm –se presentó al tiempo que le daba un abrazo asfixiante.

Eneco se sintió aliviado. Su tensión se había disipado y el dolor de la última jornada remitía en parte. Se había equivocado pero había pedido disculpas sin excusas y se había enfrentado con dureza a una situación muy delicada. Miró a su alrededor buscando a Thorvald sin fortuna.

–Eneco –se acercó suavemente Jacques–. Te has ganado mi respeto. Te perdieron los nervios de la persecución pero has sabido enfrentarte como un hombre a un problema complicado.

–Gracias, Jacques. No he tenido ningún mérito. Ha salido de mí de una manera natural. Pensaba marcharme en silencio, como en Rochella, pero ahora no es necesario, me he despedido dignamente. Buscaré embarque hacia cualquier punto del Atlántico Sur para proseguir camino hacia Vermelio.

–Eneco, ¿quieres continuar con nosotros?

–¿Que si quiero? ¿Cómo puedes preguntarlo? Me muero por continuar, es sólo que siento que he fallado.

–Eneco, esta gente no es como nosotros, su concepto del honor es distinto, sólo tienes que ir dónde Thorvald y decirle que quieres continuar, ya has pedido disculpas.

–No puedo, he fallado.

–Habla con él y aprenderás una nueva lección; inténtalo.

Eneco dudó. Miró a Jacques que hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Sin dirigirle una palabra le indicó con un gesto dónde estaba Thorvald.

Eneco se acercó a un almacén donde se amontonaban todo tipo de mercancías. En un rincón, Thorvald jugaba con sus sobrinos y otros niños que saltaban sobre él. Se quedó observando largo rato y se acercó.

–Quiero continuar navegando con vosotros, en la misión que me asignes.

–Gracias.

–¿Gracias? ¿Qué significa eso?

–Gracias por venir, gracias por tu disposición, gracias por tu interés. No todos tienen tu entusiasmo.

–¿Eso quiere decir que puedo?

–¡Naturalmente! No esperaba otra cosa. Cenaremos en este almacén y luego descansaremos. Mañana debo hablar con vosotros, os debo muchas explicaciones.

Descansa.

Descargaron las naves y las dejaron correctamente ancladas. Cenaron y Eneco se dispuso a dormir. La navegación, la falta de sueño y la mala alimentación le habían dejado maltrecho. Se sentó junto a unos paños de lana almacenados. Solo esperaba descansar cuando se acercó a él una muchacha que había viajado con ellos. Le cogió de la mano y le levantó; los islandeses hablaban una variante del dansk tunga distinta a la de Thorvald por lo que Eneco no podía entender demasiado.

–Levántate –le dijo Thorvald, que estaba cerca– se llama María Nilssdottir y es hija de mi tío Nilss. Tu ropa está muy sucia y quiere lavarte, sé amable con ella.

En un rincón había una gran marmita con agua caliente al fuego. Junto a ella un barril con agua. Eneco se acordó de su hermana María.

–¿María? –preguntó extrañado. Le pareció un nombre poco apropiado para una joven islandesa.

–Sí, María –respondió Sigurd, la hermana de Thorvald–. En Island hace muchos años que hay monjes católicos que vinieron de Hibernia. A veces nos dan nombres.

Las dos mujeres desnudaron a Eneco y lo metieron en el barril. Desde que era adulto, nunca había estado desnudo delante de una mujer y ahora lo estaba frente a dos, que frotaban su cuerpo con las manos para eliminar la suciedad de días de navegación. Se sentía muy violento y a la vez excitado. Quería huir y a la vez deseaba quedarse y desnudarse aún más. Su cuerpo fibroso y elástico resbalaba al paso de las suaves manos femeninas que tocaban todas sus partes sin pudor. Cuando terminaron la limpieza le secaron y Sigurd se retiró discretamente.

María no dejó vestirse a Eneco; cogió sus vestimentas y las tiró al fuego. Luego, le cogió de la mano y, suavemente, se lo llevó sobre un paño de lana estirado en el suelo. Allí le cogió de las manos y las puso sobre ella. Se quitó su vestido y dejó ver un cuerpo atlético y curvado. Sus pieles se fundieron y se unieron durante largo rato. Eneco pasó del infierno a la gloria en poco tiempo. No hablaron pero se comunicaron con emoción. Unidos les llegó el sueño y se durmieron.

Había amanecido hacía bastante tiempo y Eneco continuaba dormido. El ruido lo despertó. Estaba sólo, desnudo y tapado por un paño. Confuso, miró a su alrededor y vio ropa limpia y bien doblada junto a él. Se la puso y salió al exterior, donde se encontró con Thorvald, que le saludó con una amplia sonrisa.

–¿Cómo estás, amigo?

–Nunca he estado mejor, ¿dónde está…?

–Eneco –el vikingo no le dejó continuar–, no te equivoques, María buscaba un momento agradable para ti y para ella después de muchos días de penuria, nada más.

–¿Entonces?

–Entonces no hay nada. Tendrás más encuentros como este y habrá más mujeres que querrán estar contigo y es posible que tú puedas intentarlo con otras, pero se trata de un signo de amistad, no lo confundas con una unión o una petición de matrimonio.

–Ya. La verdad es que me cuesta entenderlo, aunque me gusta mucho. ¿Qué debo hacer cuando la vea?

–Saluda. Habla con naturalidad, dile que lo has pasado bien. Lo que quieras, pero no te comportes como un prometido o un esposo. Si otro día la vieras con otro hombre, no se te ocurra intervenir, no será asunto tuyo.

–Entiendo, pero ¿podrías permitir que sea yo quien decida al respecto?

–No, prefiero que no te equivoques, si hablo de esto contigo es para evitarte malentendidos, pero de la misma manera te pido que aceptes mi opinión.

–Está bien –respondió Eneco con desgana, que aprendía a ritmo vertiginoso. Ya tenía claro que los pueblos tenían comportamientos muy distintos y que los principios y valores en los que las personas se criaban variaban tanto como los paisajes.

21

El viaje de regreso fue desesperante para Boenisch. Deseaba abrir la carta cuanto antes pero debía cumplir con la petición de Jouko. Su sentido de la responsabilidad le impedía cometer la infantil trampa de abrir el sobre antes de llegar a su destino. Pensaba que si se lo pedía Saarela, sería por una causa justificada. Intentó distraerse, pero su mente no estaba entrenada para sobrevivir al nerviosismo. Una vez aterrizó en el aeropuerto de Arlanda, se dedicó a la extinción sistemática de cuantos manjares se ponían a su vista hasta colapsar su estómago, lo cual frenaba su ansiedad.

Tras un antológico plato de *kottbullar,* las famosas albóndigas suecas, acompañadas de *pepparrotssas,* salsa picante de rábano, se tomó una cerveza. Tenía una hora hasta el embarque de su vuelo de enlace y pensó que un paseo por los pasillos le vendría bien, pero, poco después, su creciente ansiedad le obligó a comerse medio salmón ahumado con eneldo acompañado de una botella vino.

Tras volver a embarcar, se durmió gracias a la combinación de una excitante lectura sobre países con economía milagrosa y la pantagruélica ingestión que había llevado a cabo, despertándose solo con el brusco aterrizaje en el aeropuerto de Hamburgo. Salió de la nave, muy ligero, con la mente absorta por la investigación.

—¡Mi maleta!

Retrocedió rápidamente de regreso al avión, pero se encontró con la puerta de acceso ya cerrada. Empezó a golpear la puerta con furia, hasta que un trabajador del aeropuerto se acercó y la abrió con desinterés, esperando a que Boenisch se pusiera a gritar.

—Mi maleta está en la cabina del avión.

—¿En qué aeronave, señor?

—En la que ha llegado de Arlanda.

—¿En la que ha llegado vía Scandinavian Airlines a las 15:15, o en la que ha llegado vía Air Berlin a las 15:30?

—Por esta puerta han desembarcado ambas.

—¡Scandinavian!

—Un momento.

El operario, un hombre alto, grueso y calvo de gran mostacho rubio, cogió parsimoniosamente un *talkie* y se puso a comunicar. Su mano lucía dos anillos, uno del Hamburgo Futbol Club y el otro de Snaggletooth, la característica mascota de Motörhead.

–Schatzschneider, soy Spät. ¿Has solucionado lo de tus cenizas? Si, lo de que pongan tus cenizas en el Nordbank Arena cuando te mueras. Ya, no lo has decidido aún. Aha, que dice tu abuela que tienes un panteón familiar en Husum. Interesante.

–Oiga, ¡qué pasa con mi maleta! –gritó un irritado Boenisch, que se desesperaba ante la evidente falta de interés del operario respecto a "su problema".

–Oye, Schatzi, pregunta de paso a tu abuela si te da permiso para ir al concierto de Rammstein. Cambiando de tema, hay un tío que ha dejado una maleta en el SAA0455, quiere recuperarla, claro.

–Aha, aha, claro. Espera un momento.

–Señor, no hay posibilidad de permitirle el regreso a la aeronave.

–¿Cómo que no? –el tono de Boenisch había pasado de la irritación a la indignación.

–Lo impiden los protocolos sobre circulación de pasajeros del aeropuerto. Los puntos de no retorno, entre los que está incluida esta puerta, no son transitables en dirección opuesta.

–¡Debo pasar! Esa maleta tiene importante documentación.

–¡Schatzi! ¿Cómo puede recuperarla? Aha… claro… ya. Vaya usted a objetos perdidos, junto al mostrador de información que encontrará en la salida. Rellene el formulario y haga una descripción detallada de las circunstancias de la pérdida y entréguelo. Le pedirán un teléfono de contacto. El inventario se actualiza todos los días a las 10:00 horas, por lo que podrá llamar mañana a partir de las 10:00 o esperar que le llamen, lo cual le desaconsejo ya que podrían pasar varios días.

–Pero, ¿no puedo pasar para recuperarla?

–No, salvo que quiera que le traten como a un presunto saboteador o terrorista.

–¿Terrorista? Soy el doctor Holger Boenisch, catedrático de Física Cuántica de la Universidad de Hamburgo, miembro de la Sociedad Max Planck para el avance de la ciencia y vicepresidente de la Fundación Alexander Von Humbolt.

–Y yo soy Klaus Spät, socio del Hamburgo Futbol Club, presidente del Club de Fans de Motörhead de Sant Pauli y vencedor del último campeonato de cerveza de Repperbahn: me bebí 8 jarras de un litro en 10 minutos. ¿Qué le parece, doctor Boenisch?

–Me parece que usted, además de parecerse más a un cetáceo que a un homínido, es un incompetente. Tenga usted buenos días.

El grueso operario dio un portazo sin decir nada y se marchó con la misma lentitud con la que llegó, dejando a Boenisch hinchado de ira.

Furioso, empezó a pensar en el contenido de su maleta. La carta de Jouko la tenía a mano, en la maleta no había dejado más que algunos catálogos de vinos, notas manuscritas y las facturas del viaje. Su Blackberry lo llevaba encima. En cualquier caso, hizo el formulario y decidió pasar la noche en un hotel.

A la mañana siguiente recibió una agradable sorpresa desde el aeropuerto. Su maleta llegó en menos de una hora. El día comenzaba bien, tras una noche en vilo por la preocupación que le generó la actitud de Jutta, que ni siquiera contestaba a sus llamadas. Ya podía abrir la carta.

Amigo Holger:

Lo he pasado bien estos días. Pronto me marcho a San Petersburgo. Las señoras rusas bailan estupendamente. Pienso hincharme a comer blinis y crema agria, claro está.

Envíame por favor una fotografía del enterramiento de Ribe del que me hablaste. Yo te enviaré las imágenes de las inscripciones del pecio.

En octubre haré una presentación de mis investigaciones en Dublín. Espero verte allí.

Tu amigo Jouko

"¡Maldito Jouko! ¿Esto es todo? –se enfadó–. En realidad, he sido yo el que se ha creado unas enormes expectativas sobre esta carta y su contenido". Decidió que lo mejor sería descansar hasta el inicio del curso y darse una vuelta por Ribe para obtener unas fotografías y enviárselas a Jouko.

Sin embargo, la carta venía acompañada de un manual de dendrocronología, con una nota manuscrita en la primera página:

A mi extraño amigo Jouko Saarela, para que te sirva en tus estudios sobre barcos vikingos.

Dr. Smidt,
Laboratorio de Investigación de Anillos de Árboles (Munich).

Se sumergió en el manual.

22

Hammaburg se había convertido en un próspero núcleo comercial. El imperio germánico controlaba la ciudad, pero no de la manera asfixiante con la que la mayoría de los nobles europeos exprimían al pueblo llano. Sus regentes establecían sus propias normas sobre comercio y pagaban los correspondientes tributos al imperio a cambio de protección militar. La cada vez más fluida relación con otras ciudades y regiones permitían eliminar enemigos entre los vecinos, de manera que el apoyo militar de los emperadores se reducía a contados casos.

Tras haber comido en tierra firme y segura por primera vez en largo tiempo, Thorvald reunió a Eneco, Jacques y a Olav Grimm.

–Bien –inició la conversación–. He mantenido en silencio el propósito de este viaje pero ha llegado el momento de hablar. Debía comprobar hasta qué punto podía confiar en vosotros. Ahora sé que los cuatro estamos en la misma misión y que sois de confianza. Olav, cuéntanos las novedades.

Olav Grimm tenía un aspecto temible. Su corpulencia y su larga capa de cuero negro de bisonte le daban un aire sombrío y sus estilizados bigotes rubios en contraste con una cabeza pulida y tostada por el sol eran un buen complemento. Sin embargo, pese a su fuerte voz y a los dos martillos que tenía por brazos, era la amabilidad y el buen humor permanentes.

–La situación es la siguiente: los reyes vikingos Sven y Olav se intercambian constantemente el control de Norveg, que ahora recae en Olav. Sven controla Dannevirke y viaja a su antojo a Britannia, ya que está empeñado en conquistarla. En todos los viajes le acompaña su hijo Knut, todavía un niño, pero del que se dice que lucha como un hombre. En Germania ha muerto Otto III, quien pasaba demasiado tiempo en Roma, a las faldas del papa Silvestre II. Otto ha sido sucedido por Enrique II, hijo de Enrique el Pendenciero, duque de Baviera, aunque príncipes y duques se resisten a coronarle como emperador. En medio de este lío de reyes, saqueadores y papas, hay oportunidades para un comercio creciente, ya que Sven está centrado en Britannia y parece que ha pactado una especie de respeto con los monarcas que le rodean, es decir, con Olav de Norveg y con Enrique II de Baviera.

–Los pueblos vikingos que han colonizado las islas atlánticas –continuó Thorvald– se han reunido en Island y desean establecer relaciones comerciales con los pueblos vikingos del continente. La Hermandad del Atlántico persigue crear una nación comercial atlántica formada por todos los pueblos de sus costas.

Eneco asistía boquiabierto a las explicaciones de Thorvald.

–¿Y qué hacemos nosotros dos aquí? –preguntó Jacques.

–Lo mismo que yo –respondió sonriendo Grimm–. Yo seré vuestro amigo en Hammaburg: os acogeré cuando vengáis a puerto, os serviré de enlace para descargar vuestras mercancías y proveeros de víveres, me pagaréis los tributos que yo daré al *Kurfunst*, el príncipe elector de la ciudad y al emperador germano, y buscaré apoyos para que no seáis perseguidos cuando vengáis a mi casa. También intentaré que compréis en Hammaburg mercancías que os sirvan en vuestras tierras.

–Eso es –dijo Thorvald–. Tú, Jacques, operarás donde quieras entre Ibaiune y Rochella.

–¿Y yo? –se atrevió a preguntar con cierta timidez el joven vascón.

–Tú tendrás la tarea de comerciar desde tus tierras, desde Vasconia, con los reyes de Navarra o con tus señores.

Eneco no podía contener su sonrisa, la emoción era mucho mayor que la responsabilidad.

–Tenemos mucho que aprender entre todos –continuó el vikingo–. Mañana partiremos a Ellenbogen. Allí nos reuniremos con otros navegantes para hablar y pactar nuestros objetivos, pero debemos mantenernos al margen de las intrigas políticas

–Jacques, el *Svart måne* será tu nave. Vendrás a Ellenbogen y después debes volver a Rochella para abrir una ruta estable y segura con Hammaburg. Cuando llegues a Rochella habla con el tabernero del lugar donde nos encontramos. Es mi contacto.

–¿Puedo preguntarte algo, Thorvald?

–Claro que sí, Eneco.

–¿Qué era la carga que traíamos en el *Svart måne*?

–Nada. Barriles y baúles vacíos, debía comprobar que podía fiarme de vosotros, y lo he hecho.

–Tengo más preguntas –intervino Jacques–. ¿Cuál será el pago a la Hermandad? ¿De dónde sale la flota? ¿En nombre de quién debemos actuar en cada puerto?

–Cada uno será un armador independiente en su puerto. En aquellos puertos de mucho volumen de comercio en los que haya más armadores, el negocio se repartirá entre todos en los términos que acordemos. Los barcos serán siempre de la Hermandad y los construirá la Hermandad, y su reparación correrá por cuenta de cada armador. Cada armador pagará tributos en su puerto y pagará a sus tripulaciones, y será su obligación reservar siempre una parte de los beneficios para la Hermandad.

–¿Y qué ocurrirá si se nos convoca para una misión no comercial?

–Si se os convoca para una misión de exploración, colonización o rescate, la Hermandad se hará con todos los gastos. A su vez podréis solicitar ayuda de la Hermandad, que incluso dispondrá de tropas de guerreros. Mis hermanas, sus hijos y el resto de mujeres y niños que han venido con nosotros en esta expedición se quedarán a vivir en Hammaburg. Esta ha sido una expedición no comercial y vosotros habéis participado en ella.

–¿Cómo se nos convocará y qué rutas comerciales podremos elegir? –preguntó Eneco.

–Los emisarios estarán permanentemente llevando mensajes por todo el Atlántico. Respecto a las rutas, no sería normal que los vascones comerciaseis con Island pero será tu elección.

–Cuando nos volvamos a reunir en Ellenbogen, hablaremos mucho más sobre estas cuestiones. Además de nosotros, habrá navegantes, comerciantes, carpinteros y guerreros de Island, de Dubh Linn, de Ribe, de Visby, de Føroyar y de otras ciudades.

–¿No queríamos aventura y salir de nuestro entorno? –intervino Jacques –, aquí está nuestra oportunidad. Estoy con vosotros.

–Yo también –se apresuró a decir Eneco.

–¡Ja, ja, ja! –atronó la escandalosa risa de Grimm–. Debemos celebrar esto. Abriré de inmediato un barril de cerveza de trigo.

Grimm cogió un tonel y de un violento hachazo abrió su tapa superior para comenzar a servir cerveza en unas grandes y pesadas jarras de cerámica.

–¡Prost!

–¡Prost! –gritaron todos golpeando sus jarras con violencia entre sí.

–¿Por qué chocáis las jarras de esta manera? –preguntó Eneco.

–Es una costumbre de los pueblos germanos. Muchas veces te invita un desconocido. Si han abierto el barril delante de ti y chocas tu jarra con violencia contra la jarra de quien te invita, de manera que se derraman cervezas de las dos

jarras y se entremezclan, evitarás riesgos de que quieran envenenarte con ella. Empezó siendo una medida de precaución, pero ahora lo hacemos siempre, para celebrar y para pasarlo bien.

Eneco se sorprendió, aunque no dijo nada y se limitó a chocar la jarra por segunda vez.

–¡Prost!

La tercera le costó… y la cuarta le tumbó.

Cuando se despertó, ya era de noche, todos descansaban. Se había quedado dormido con la cerveza y no recordaba nada. Estaba tumbado en la nave, tapado, y notaba un olor que le era familiar, muy agradable, un olor fresco y floral que le traía recuerdos agradables, por lo que se dio la vuelta. María Nilssdottir estaba tumbada junto a él, desnuda y le miraba con sus ojos rasgados del color de las nubes altas, y la corta noche terminó abrazado a ella.

Al día siguiente, todo estaba preparado para partir. Thorvald se despedía de sus hermanas, que se establecerían en Hammaburg con la esperanza de encontrar una vida mejor, cuando se aproximó Olav apresuradamente.

–¡Thorvald! –gritó repentinamente–. Buenas noticias antes de marcharos. Acaban de llegar cuatro hombres del snekkar que perdisteis en la entrada al Elbe, están en nuestro almacén. Las mujeres les están dando agua y comida, se encuentran fatigados pero bien.

Thorvald corrió hacia ellos.

–¿Cómo estáis?

–Bien –respondió uno de ellos–. Bajamos a aquella isla y los bastardos nos persiguieron.

–¿Dónde están los compañeros que faltan?

–Muertos, pero ninguno ha caído preso; sabes que antes de caer presos de esos bestias preferimos matarnos entre nosotros. Quedaron rodeados cuando bajaron más bastardos del segundo langskip.

–¿Han podido saber de dónde veníamos?

–Imposible, les plantamos cara en la isla y matamos a varios, después pudimos huir hasta la otra isla a través del agua, que solo cubría hasta la rodilla. Una vez allí no paramos de correr por la arena hasta llegar a tierra firme; vimos como las naves hicieron un intento por seguirnos pero desistieron, la marea bajaba muy rápido y no pudieron acercarse. Ya a salvo, nos pusimos a andar durante dos jornadas, hasta que un aldeano nos recogió esta mañana y nos trajo en su carro hasta Hammaburg.

–¿Y el aldeano?

–Le hemos dado en pago unas monedas que traíamos encima.

–Os quedaréis aquí. Obedeced a Grimm, él será quien os ayude en Hammaburg. Esperad hasta que regrese algún barco.

De vuelta al embarcadero, Thorvald transmitió las buenas noticias y decidió partir cuanto antes hacia Ellenbogen. Eneco se iba con un sentimiento de pena, los días pasados en Hammaburg habían estado repletos de grandes emociones. Ayudó a Thorvald a soltar cabos y a fijar los aparejos del *Roar Ege*. Miró a la orilla por última vez y allí estaba María que le despidió con una gran sonrisa y agitando sus brazos. Y comenzaron a navegar por el Elbe.

–Llevas varias millas en silencio, Eneco, ¿qué te pasa? Te advertí que no debías esperar nada de María.

–Lo sé. Lo he intentado, pero no puedo olvidarme de su sonrisa ni de sus ojos.

–Se te pasará. Pronto estarás tan ocupado que ni te acordarás.

–Eso espero.

El fuerte viento de poniente empujaba las naves hacia Hammaburg. Decidieron recoger toda la vela, colocarse en el centro del río y dejar que les arrastrase la corriente. La falta de tareas que ejecutar situó a Eneco alternativamente a babor y estribor estudiando las orillas, de esta manera se distrajo durante su silencioso viaje. Llegó la noche.

–Eneco, me voy a dormir. Coge el timón y mantén el rumbo en el centro de la corriente. Ya es hora de que empieces a hacerlo. Si hay cualquier cambio de las condiciones, despiértame. De noche y en silencio curarás mejor tus penas, espero que mañana te sientas más animado.

Durante la noche, que comenzaba a ser más larga, amainó el viento y el cielo se despejó. Eneco pasó el tiempo mirando hacia las infinitas estrellas. El barco adquirió velocidad ya que el viento en contra no era tan intenso, pero el joven vascón se sentía seguro y decidió no molestar a Thorvald hasta el amanecer.

La mañana amaneció sin viento y con el cielo despejado y teñido de tonos cálidos. Eneco despertó a Thorvald para contemplar cómo una bola naranja se levantaba lentamente en el horizonte, rodeada de jirones de fina niebla que apenas podían alzarse del suelo. El monótono paisaje de pradera llana se rompía exclusivamente por las numerosas aves que aprovechaban las primeras horas para volar.

–Los gansos están acumulando grasa para emigrar hacia el sur. En un mes se irán.

–Aún estamos en verano, Thorvald.

–Con el final del verano, entran fuertes tormentas desde el mar y los gansos empiezan a partir. Debes saberlo porque ellos pueden guiarte algún día.

–No te he despertado ya que no había ningún motivo de inquietud.

–De acuerdo, veo que hemos avanzado correctamente.

Thorvald miraba hacia atrás y veía toda la flota tras ellos, descendiendo suavemente gracias a la robusta corriente del Elbe.

–¿Te sientes mejor?

–Sí. No tengo motivos para la tristeza. Todo lo vivido ha sido intenso y creo que me esperan vivencias aún mejores.

–Te agradezco el entusiasmo. En viajes muy largos, los marineros necesitan que quienes guían las expediciones transmitan seguridad y optimismo. No lo olvides nunca, ellos hacen el trabajo más duro pero su recompensa es sentir que todo va bien. Si te vieran nervioso o desorientado, tus problemas podrían aumentar.

–Lo entiendo. Me he fijado en esos bancos de arena, los pasamos hacia Hammaburg a una media jornada de dejar el mar y veníamos con fuerte viento de popa. ¿Crees que alcanzaremos el mar hacia el mediodía?

–¡Bueno, bueno! –exclamó Thorvald entre risas.

–¿De qué te ríes?

–¿Cómo pudiste fijarte, si venías remando, callado y asustado?

–Pues me fijé. Aunque es cierto que venía triste y poco interesado por la navegación.

El vikingo seguía riéndose.

–¿Por qué te ríes ahora?

–Nada. Me hace gracia tu ocurrencia de marcharte en Hammaburg. ¿Pensabas volver caminando hasta tu casa?

–No lo sé. Estaba tan avergonzado que ni lo pensé. Hubiera buscado algún embarque hacia el sur y después… No tenía prisa.

–Pues ahora concéntrate en la navegación. Mira a estribor y dime qué opinas.

No muy lejos se veían varias columnas de humo.

–Es humo, pero poco denso, no parece un incendio o un saqueo.

–Así es. Habrá un poblado. El humo procede de un fuego para cocinar o ahumar pescado. Fíjate en su trayectoria. Asciende, luego se enfría y se queda sobre el terreno y finalmente atraviesa el río. Pronto pasaremos a través de él y sabremos qué es.

Alcanzaron una zona dónde les llegaba una fina cortina de humo.

–¡Huele a pescado!

–Sí. Están ahumando pescado. Por la mañana es el mejor momento porque el viento es de menor intensidad y el aire está frío. Así el humo tarda más en disiparse y ahúma mejor el pescado.

–¿Por qué lo ahúman?

–Para conservarlo y comerlo durante el invierno. Los vascones lo conserváis en salazones y escabeches, como os transmitieron los romanos. Por estas tierras, se ahúma.

–Nunca he comido pescado ahumado.

–No te preocupes, Olav nos ha proporcionado varios toneles. Te hartarás de comer arenques, makareles, platijas, anguilas…, y cuando nos dirijamos hacia el Báltico nos abasteceremos de salmones, truchas y percas.

–¿Hacia el Báltico?

–Bueno, ya he hablado demasiado. En Ellenbogen lo sabrás. ¿Te has olvidado de María Nilssdotir?

–Vaya cambio de conversación. Pues no me olvido ni me olvidaré, pero lo veo como algo bonito que me ha pasado.

Llegaron hasta la desembocadura del Elbe y tocaron varios avisos sonoros. Los vigilantes de la desembocadura del río les esperaban.

–¿Hacia dónde vais?

–Rumbo norte.

–Hace tres jornadas que ha pasado una gran flota rumbo sur. Contamos más de cincuenta embarcaciones, pasaron cerca de la costa.

–¿Quiénes eran?

–Llevaban las enseñas de Dannevirke.

–Eneco, ¿has entendido a los vigilantes?

–Creo que sí.

–Probablemente quienes nos encontramos fueron un grupo avanzado que pasó haciendo limpieza. Sven se encamina hacia Britannia. Al menos nos dejará navegar tranquilos hacia el Báltico.

–¿Y los amigos de Halïlonj?

–Si la flota ha pasado cerca de aquí, no habrán tenido ningún problema. En cualquier caso, es posible que Leifr Eiriksson haya llegado allí con refuerzos.

–¿Leifr?

–Le conocerás pronto.

El constante viento de poniente comenzó a entorpecer su avance, plegaron la vela y se hicieron a los remos.

–¿Debemos estar atentos a otros navegantes?

–Siempre hay que estar atentos, Eneco. No lo olvides nunca. Los pocos habitantes de las islas Frisias no tienen buena reputación; no son de fiar.

Pasaban junto a la isla de Neuwerk y vieron los restos del snekker destruido durante su entrada hacia el Elbe.

–Ya hemos llegado al Nordsee, Eneco, el mar del Norte, y debemos cambiar de rumbo. Vete izando la vela y atad los cabos con cuidado, vamos a tener un buen viento a favor.

El cambio de rumbo puso el viento a su servicio y, dejando los remos, su avance se incrementó de manera clara. El *Roar Ege* saltaba constantemente sobre una superficie de mar rizada y oscura mientras la espuma se levantaba acompañada por el viento barriendo la cubierta.

–Mira hacia la costa, Eneco. Fíjate en el relieve de las islas, y no olvides que los frisios no nos atacarán, pero que tampoco debemos molestarlos. De vez en cuando les gusta saquear alguna nave que se les pone a tiro.

–¿Nadie les controla?

–Viven bajo la protección del imperio germano. No son peligrosos porque no tienen interés por conquistar otras tierras y permanecen en sus islas. De vez en cuando atracan algún barco con mercancías. Eso es todo.

–¿Eso es todo? ¿Y si deciden abordarnos?

–No son estúpidos. ¿Qué motivo crees que pueden tener para intentar atacarnos? Actúan según sus posibilidades. Nunca intentarán nada contra un langskip o un snekkar. Saben que sus opciones de alcanzarnos son nulas, y en caso de batalla no podrían vencernos.

–Bien, seguiré mirando hacia la costa.

–Eso está bien. Yo seguiré hablándote en dansk tunga.

Por su buena sintonía, parecía que se conocían desde hacía tiempo. Su nivel de comunicación era tal que con orígenes e historias vitales distintas empezaban a pensar en lo mismo y la tranquilidad que transmitían a la flota era absoluta.

Bordearon las costas de varias islas y se adentraron en el Wadensee para fondear durante la noche.

–¿Por qué paramos?

–Ellenbogen está cerca pero no podemos entrar de noche. El Nordsee está muy movido y no veo que el tiempo pueda mejorar. Mejor pasamos la noche aquí. Las islas de alrededor están habitadas por frisios. Permaneceremos quietos, con fuegos

encendidos, para que no nos pierdan de vista y si ven que no tenemos intención de atacarles nos dejaran tranquilos.

–Huelo a ahumado. ¿No decías que las primeras horas son las mejores?

–Es posible que lleven jornadas ahumando. En estas islas no hay apenas leña. Cuando se encienden los ahumaderos se aprovecha al máximo e incluso se ahúma carne de oveja o de buey.

Los makareles ahumados de Olav sirvieron de cena para todos. Durante la parada nocturna, Thorvald recorrió en un bote todas y cada una de las embarcaciones de la flota. Eneco, vigía permanente en el *Roar Ege*, se encontraba sólo y de noche una vez más, encontrando la paz necesaria para reflexionar. No apartaba la vista de las islas próximas, no se veía fuego ni se oía nada diferente al vaivén de las pequeñas y permanentes olas. Así se durmió y así llego el amanecer.

Eneco se incorporó de inmediato y sin tiempo para calzarse o terminar de vestirse comenzó a fijar las velas. Salió disparado hacia proa y tras mirar hacia mar abierta volvió rápidamente. Pidió ayuda para girar la verga y orientó la vela según el viento. Después, ordenó a los hombres sentarse en sus bancos para remar y por último se puso junto a Thorvald al timón.

–¿Acaso planeas destituirme o echarme a los marrajos?

–No, he dado las órdenes que tú darías.

–¿Por qué piensas que yo daría esas órdenes?

–Has dicho que no hay tiempo que perder, con este viento débil y teniendo prisa para un destino próximo, lo normal es remar. En cuanto a la vela, había que reorientarla para coger el máximo viento en rumbo norte. Cuando lleguemos a destino, tú darás las órdenes ya que no conozco la ensenada o punto de desembarco.

–Tienes razón. Sigue mirando hacia la costa.

Poco después de salir a mar abierta llegaron a las costas de una nueva isla, era sin duda la mayor de las islas Frisias.

La costa se presentaba baja y ondulada, constantemente salpicada de dunas y sin un sólo árbol. Una enorme duna a mitad de la isla les llamó la atención, su altura era cuatro a cinco veces el mástil del *Roar Ege*.

–Bordeamos la isla de Sild.

–¿Cómo lo sabes? ¿Has pasado previamente por aquí?

–No tan cerca de la costa, pero me han dicho que la gran duna es la mayor del mar del Norte.

–Estamos cerca entonces.

–Sí. Debemos seguir bordeando la costa. Sabes, Eneco, los romanos estuvieron aquí.

–¿Los romanos? ¿Qué se les perdió por aquí?

–Nada. Les guiaba su interés colonizador y explorador. Los pueblos sin curiosidad sólo se conocen por los relatos de los que sí tuvieron curiosidad.

Siguieron navegando con un viento constante hasta que escucharon una señal. Continuaron mientras las señales se escuchaban cada vez más cerca y en intervalos más cortos. Llegaban a su destino y durante un tiempo continuaron navegando en paralelo a la playa. Alcanzaron un pequeño cabo y lo doblaron siguiendo las señales sonoras. Por fin entraban en la península de Ellenbogen. Una ensenada repleta de naves les dio la bienvenida mientras centenares de focas miraban entre atónitas e indiferentes desde las playas. Eneco tenía la carne de gallina viendo el espectáculo; a su izquierda numerosas bandadas de cisnes y gansos volaban sobre una laguna.

–Están engordando para volar hacia el sur.

–Ya veo. Thorvald, ¿quiénes son?

–Amigos. Este era nuestro primer punto de encuentro. Tu presentación en la hermandad. ¡Te advierto que no habrá chicas!

–Pero… ¡Si sólo ha sido una vez!

Sild era una larga y estrecha isla situada frente a las costas del continente europeo, justo al inicio de la península de Jutlandia. Era la mayor de las islas Frisias y la más salvaje. Todo el terreno era una sucesión de dunas colonizadas por focas y gansos. Frente a ella y hacia el norte se vislumbraba otra isla, mucho más arbolada. Toda la flota ancló en las tranquilas aguas de Ellenbogen y, tras asegurar los barcos, se bajaron y dirigieron hacia la playa, donde les esperaba un grupo de hombres del que se destacó un fibroso y joven marinero de largas trenzas de pelo amarillo que llevaba una capa de piel de foca.

Tras saludarlo, Thorvald comenzó a hablar con él. Eneco no entendía nada de lo que decía el joven navegante, quien, de repente, giró y fijó en Eneco unos ojos de un color azul oscuro como el mar del Norte. Le tendió la mano y le agarró por el antebrazo. Eneco repitió el gesto.

–Leifr Eiriksson. Reykjavik, Island.

–Eneco de Baigorri, Vermelio, Vasconia.

Cuando Leifr retiró su mano del brazo de Eneco, dejó la marca de una prensa mientras este bastante tenía con no gritar.

–¿Recibiré este saludo de todos, Thorvald?

–No, puede haber saludos aún más dolorosos. Cuanto mayor sea el contacto físico y mayor la fuerza del saludo, te estarán manifestando mayor aprecio.

Finalizados los saludos, Eneco se sentó sobre la corta hierba de las turberas que limitaban con la arena de la playa con el único propósito de disfrutar de la belleza del lugar. El verde intenso de la hierba, el amarillo pálido de las dunas y el azulado cielo componían un paisaje sereno y hermoso. El olor a salitre era penetrante así como el ruido de los centenares de gansos que ocupaban marismas y praderas. La isla vista desde el mar del Norte era completamente diferente a cuando se veía desde el Watenmeer, el poco profundo mar interior situado entre las islas Frisias y el continente.

Jacques de Olhagaray no había coincidido demasiado con Eneco durante las últimas jornadas y se sentó junto a él.

–¡Qué maravilla!

–Eso mismo estaba pensando yo. Había visto alguna foca aislada en Vermelio pero nunca a centenares como aquí.

–Yo tampoco. Estamos en otro mundo.

–¿Quién es Leifr?

–Un explorador de Island. Me han dicho que es hijo de una mala bestia a la que llaman Erik *el Rojo*, un bruto que fue desterrado de Island por matar a otro colono y que durante el destierro descubrió una enorme isla a la que llamó Grønland. Según Thorvald, es un comerciante horrible pero un gran navegante. Nadie sabe cuánto tiempo pasa en el mar y es quien mejor conoce el Atlántico. Fue él quien llevó a tu familia el mensaje de que estabas vivo.

–¿Leifr? ¿Podré preguntarle por mi familia?

–Dudo que haya entrado en contacto con ellos.

El encuentro en Ellenbogen constituyó una especie de acta fundacional de una organización que no quería sustentarse en reyes ni emperadores. Una organización que con el Atlántico como territorio, perseguía el comercio y la aventura, el bienestar de las personas y el desafío a los poderes establecidos.

Después de dos semanas de discusiones, de lecciones prácticas sobre reparación de buques, de explicaciones sobre técnicas de navegación y de fabulaciones sobre nuevos territorios, todos estaban ansiosos por hacerse de nuevo a la mar. Decidieron que los barcos de la Hermandad llevarían una franja roja vertical en el centro de la vela y acordaron que los escudos laterales del casco deberían ser azules, como el Atlántico. Hammaburg era la ciudad donde tenían una mayor infraestructura, además

de la protección del poder político, por lo que esa ciudad sería su punto de encuentro. Debido a que la usura estaba penada en el imperio germano, acordaron que Olav Grimm fundaría un banco de depósito en Hammaburg. El banco se apoyaría en un cambista judío y guardaría las ganancias de la Hermandad además de solicitar préstamos marítimos sin interés al gobernador de Hammaburg.

Durante los días de convivencia en Ellenbogen, el punto caliente fueron las apasionadas explicaciones de Bjarni sobre sus viajes y lo que había visto en ellos. Mientras hablaba, Leifr Eiriksson mantenía un silencio absoluto que sólo rompía para mandar callar a quienes le cuestionaban e incluso se atrevían a reír de él. Entre tanto Thorvald, más práctico y menos aventurero, pasaba horas pensando en aspectos organizativos y logísticos. En medio de todos ellos, Eneco se atrevía ya poco a poco con el dansk tunga.

Los primeros días de septiembre se presentaron con un constante y fuerte viento de poniente que transportaba las nubes cargadas de agua a gran velocidad. Y llegó el momento de la despedida en el que Jacques volvería a Rochella. Leifr proyectaba regresar a Dubh Linn para supervisar la construcción de nuevas naves y Bjarni quería ir a Norveg y buscar apoyos para la Hermandad.

El grueso de la flota marcharía en una expedición comercial hacia el mar Báltico donde las mejores condiciones de navegación les permitían completar una ruta de exploración a pesar del frío y la oscuridad del invierno en ciernes. Eneco no tuvo ninguna duda: marcharía junto con Thorvald hacia el Báltico.

Se despidieron. Leifr no quiso esperar a nada ni a nadie y se marchó con su magnífico langskip rumbo a Dubh Linn. Antes de irse, Eneco habló con él.

–Leifr, ¿viste a mi familia?

–Llegué a una ensenada y bajé a tierra. Había un grupo de personas que me miraban paralizados. Pregunté si estaba en Vermelio. Un hombre pequeño de avanzada edad asintió con la cabeza y le di el mensaje en mano. Volví al bote y nos fuimos.

–¿Eso es todo?

–Sí. Miré hacia atrás y los hombres seguían paralizados. No sé que pensaron de mí.

–¿Llevabas la capa de piel de foca?

–Siempre la llevo, Eneco. Me gustó tu tierra, me llevaron hasta allí unos vientos muy duros y constantes. El mar era muy fuerte y nos costó navegar pero aprendimos mucho. La costa es magnífica, antes de llegar a Vermelio pasamos junto a una gran

montaña rocosa que entraba en vertical en el mar. Las olas chocaban contra la roca y rebotaban hacia nosotros, fue difícil pero muy interesante.

–¿Volverás?

–Seguro que sí.

Llegado el momento de la despedida, Eneco se abrazó fuertemente a Jacques. Se separaba de quien había sido una especie de padre para él, aunque sabía que había ganado un amigo en Rochella para toda la vida.

Se hicieron a la mar a mediados de septiembre, en medio de una lluvia fina pero densa, sin apenas visibilidad. Sin embargo, el estado de la mar era moderadamente bueno. Antes de seguir hacia el norte querían parar en Ribe, una de las mayores ciudades del norte de Europa. Luego continuarían y en menos de tres jornadas alcanzarían el Báltico por donde podrían navegar con mayor tranquilidad ya que las condiciones eran mejores.

Eneco capitaneaba el *Roar Ege* hasta Ribe. Aunque orgulloso, se sentía nervioso ya que no tenía junto a él a Thorvald para poder preguntarle sobre política y religión. Supuestamente, Ribe era Dannevirke, terreno de Sven, sanguinario y brutal rey vikingo que había sido capaz de asesinar a su propio padre, Harald Blattad[8], para sucederle. No obstante, sabía que si se encaminaban allí era porque Thorvald estaba seguro de que no corrían peligro. Además, las informaciones indicaban que Sven con toda su flota estaba ocupado saqueando y colonizando Britannia.

Thorvald bajó en un bote de su snekkar y tras acercarse a Eneco, le ordenó fondear el *Roar Ege* y montarse con él en el bote. Luego alcanzaron otra de las naves, de la que se les unió Ulf Larssen, un marinero que les iba a servir de contacto. Habían transcurrido años desde que Larssen se embarcó en un langskip, y aún no había vuelto a casa. "Mi esposa tendrá otro marido y mis hijos, bigotes", pensaba.

En otras circunstancias hubiera permanecido callado pero Eneco no pudo aguantar.

–¿Qué hacemos aquí? ¿Esta tierra no está bajo el dominio de Sven ?

–No. La ciudad de Ribe está dominada por el clan danés Tilsted. Bajo la obediencia a Sven o, mejor dicho, bajo el respeto de las armas de Sven, pero con libertad de acción. De hecho, Ribe es la mejor plaza comercial del Atlántico Norte. Además, está bajo la protección del Arzobispo de Hammaburg y, por tanto, del emperador germano.

–No puedo entenderlo.

–Yo tampoco, ni me interesa. Sólo sé que podemos comerciar, que el mercado es magnífico, el puerto seguro, y que Ulf nos pondrá en contacto con el Clan Tilsted. Son nuestra mejor opción para poder estar, por fin, tranquilos cuando nos encontremos en el mar con cualquier embarcación bajo el control de Sven.

–Suena bien.

Ulf les llevó a su casa, donde los acogió una mujer joven de largo pelo trenzado cubierta por una camisa blanca. La mujer, una vez repuesta de la sorpresa, les hizo pasar adentro pidiendo silencio. Tras atravesar una estancia en la que dormían un montón de niños, salieron a un patio y la mujer les condujo hasta una cuadra donde los cerdos no paraban de hacer ruido mientras dos vacas dormían tumbadas.

La mujer dispuso sobre el frío suelo un montón de paja. Se fue y, siempre en total silencio, volvió poco después con varias mantas y una gran fuente con pescado ahumado, queso y pan de centeno. Tras asegurarse de que sus invitados se encontraban bien, agarró de la mano a Ulf y se lo llevó. Al amanecer, apareció el marino radiante y sonriente.

–¿Qué ha pasado?

–Mi mujer me ha dado una paliza por haber desaparecido cinco años sin avisar y luego me ha compensado con sus artes.

–¿Artes? –preguntó ingenuo Eneco.

Ulf se rió a carcajadas haciendo un ostensible movimiento de vaivén. Todos se rieron con picardía.

–¿Y tus hijos?

–Están todos sanos y tengo uno más.

–¿Cómo que uno más? –se extrañó Eneco.

–Sí, Alexandra se encontraba sola, ha debido de buscar buena compañía, tengo un hijito de 3 años que está muy sano.

–¿Tuyo?

–¡Claro que sí! Si es de Alexandra, es como los demás. Es el sexto, un buen número, pero seguro que no es el último.

Eneco había decidido no escandalizarse por nada que viera entre aquellos hombres del norte. Pero no dejaba de sorprenderle que se pudiera aceptar con semejante tranquilidad un nuevo hijo después tantos años de ausencia. ¿Habría compartido ella su cama con un solo hombre o habrían sido más? Inevitablemente, lo comparó con su querida Vasconia, donde Alexandra habría sido repudiada y condenada al desprecio y al silencio de todos por adúltera. Finalmente, habría venido la Iglesia y la hubiera puesto a disposición de los señores y sus lacayos, cargándole todo tipo de delitos y

haciéndola responsable de desgracias y desventuras incluyendo hundimientos de barcos por galernas y temporales. Con suerte, habría sido quemada y con mala suerte, violada y torturada hasta la muerte y finalmente quemada. Llegó a una clara conclusión: aquellos supuestos bestias del Norte eran los más humanos de todos los hombres que había conocido.

La vivienda de Ulf era humilde pero de excepcionales dimensiones. Los dos muros laterales eran ciegos, estaban construidos por superposición de enormes bloques de granito y tenían la altura de un hombre. Los muros delantero y posterior eran de madera pigmentada de rojo, con pequeñas ventanas. La altura de la casa en el punto más elevado de la cubierta a dos aguas era de tres hombres. Ello configuraba una cubierta de elevada pendiente rematada con paja y césped. La casa estaba rodeada de hermosas praderas y robles.

De camino hacia el mercado de Ribe, el paisaje estaba salpicado de casas de similares características, de las que partían granjeros con productos para vender. Al fondo se veía la estilizada torre de la catedral, punto de encuentro para la feria.

El día era claro aunque extremadamente ventoso y en unos instantes se plantaron entre el gentío. Eneco miraba a su alrededor asombrado de la rica variedad de productos y de los ropajes con que vestían. La mayoría llevaba magníficas capas de piel o de lana de oveja y todos calzaban botas de cuero. Predominaban los cabellos dorados y los ojos claros, los bigotes largos y las trenzas interminables.

–Esto es fantástico, Thorvald.

–Sí, es interesante, pero no es nuestro objetivo. Nosotros buscamos establecer acuerdos comerciales con el Clan Tilsted y después, ámbar, una piedra preciosa que nos interesa. Tiene gran valor comercial. Se vende en toda Europa y nos permitirá construir más barcos y progresar en nuestros objetivos.

–¿Por eso estamos aquí?

–Por eso y para mejorar nuestras relaciones con los poderes de Dannevirke y poder navegar con garantías por esta zona.

Ulf entró en una casa de dimensiones descomunales repleta de pequeñas ventanas situada junto a la catedral. En la casa había un incesante movimiento de gente que no paraba de entrar y de salir. Instantes después llamó a Thorvald y ambos desaparecieron, dejando a Eneco fuera, paseando tranquilamente por el mercado en el que también la actividad era frenética. Después de callejear, descubrió la visión de la infinita torre de la catedral a la que finalmente entró.

La catedral de Ribe tenía una única nave de grandes proporciones. Los gruesos muros de granito soportaban una complicada cubierta de madera de gran inclinación

formada por una buena sucesión de cerchas y puntales. La carpintería vikinga tan acertada para los barcos, tenía también grandes soluciones para los edificios. Había una inscripción en una enorme losa de piedra situada en la entrada. ¡Estaba escrita en latín! La leyó:

Ansgar-Archbishop Hammaburg con el permiso del Rey Horik I
Ribe, primera catedral cristiana en tierra de vikingos

Tras leerla varias veces, se sentó a meditar en un banco de madera. Hacía ya casi seis meses desde su marcha de Vermelio. Había cumplido dieciocho años y estaba donde siempre había deseado estar, se dio cuenta de que el destino no era más que la voluntad de uno mismo. "Quiero seguir explorando el Atlántico y quiero volver a Vermelio pero quiero volver para ayudar. Debo seguir aprendiendo", pensó para sí mismo.

En una capilla iluminada por numerosas antorchas de grasa de ballena, contempló una fila de cuadros de los reyes bajo cuya jurisdicción había estado la ciudad. Debajo, otra fila con cuadros de los papas desde el inicio de la construcción de la catedral. Los miró con detenimiento y no vio en aquellos retratos más que avaricia e injusticia.

Volvió a la calle. La luz y el movimiento de gentes trazaban un contraste absoluto con el interior de la catedral. En seguida, se encontró con Thorvald y Ulf que venían con amplias sonrisas.

–¿Dónde estabas?

–En la catedral. Pensando. ¿Dónde estabais vosotros?

–En la casa del Clan Tilsted. Allí es donde se gestiona todo: los permisos para comerciar en el puerto y para fondear, para hacer tratos en el mercado, la ayuda militar, los créditos, la compra de víveres y hasta la contratación de marineros y estibadores.

–¿Y qué noticias me podéis dar?

–Que si lo deseas entres de nuevo en la Catedral, ya que no verás otra en mucho tiempo.

–¿Qué significa eso?

–Los Tilsted nos reconocen como asociación comercial y nos darán protección militar de manera que seremos sus socios ante Sven. Nuestras enseñas han quedado anotadas como enseñas de barcos amigos. Podremos comerciar con ámbar aunque con el compromiso de venderlo exclusivamente en la casa Tilsted. El resto de

comercio no les interesa por lo que seremos libres de establecer otras relaciones comerciales.

–¿Cuál es nuestro siguiente paso?

–Nos dirigimos de inmediato hacia la isla de Gotland, en el Báltico. Debemos apresurarnos ya que el invierno está a las puertas.

–¿Cuándo partimos?

–Esta misma tarde.

8 Harald Blattad, rey de Noruega y Dinamarca que unificó ambos reinos durante un período. Fue el primer rey vikingo en convertirse al cristianismo. Murió en el año 986 asesinado por su hijo Sven, que le sucedió de esa manera en el trono.

23

Boenisch llegó al aeropuerto de Dublín rodeado de la sempiterna lluvia dublinesa, fina y horizontal. Nada más desembarcar, no faltó a su rito de poner su magnífico calzado a merced de un limpiabotas. Los aeropuertos de Lisboa y Dublín eran los últimos lugares de Europa dónde uno podía encontrar limpiabotas profesionales y competentes.

Con sus botas empapadas de betún y abrillantadas, tomó un taxi que le llevó a Portmarnock. Desde hacía años, cada vez que visitaba Dublín, se alojaba en el *Great Keppel Bed and Breakfast*. La ventana de la habitación tenía vistas sobre el *green* del hoyo 11 del Portmarnock Golf Links, un magnífico campo paralelo a la playa de Portmarnock. Había programado su visita de manera que se quedaría una semana tras finalizar el congreso. Así, podría hartarse del campo y su amigo Roy, el dueño del hotel, podría darle clases magistrales para mejorar el *swing* o juego corto. Era una magnífica coincidencia, ya que el congreso se celebraba en un hotel cercano.

Esta vez Jutta tampoco venía con él, aunque al menos se habían despedido sin el resentimiento de otras ocasiones.

Camino del Great Keppel, paró en *The wine Boutique*, la deliciosa vinoteca situada cerca de la casa e hizo acopio de varias botellas de Eiswein Blu Nun. Además, se encontró con una caja de Irouléguy, un fantástico y potentísimo vino tinto que descubrió en un viaje a Biarritz y que se factura en las inmediaciones de St. Ettienne de Baigorri, o Baigorri, a secas, como dicen los vascos. No pudo evitar recordar aquel día en el que un tal Adler le tuvo que decir que Baigorri era un nombre vasco, ¡pues claro!, se dijo a sí mismo y descubrió de qué le sonaba el nombre. Avergonzado por su estúpido e imperdonable lapsus, zanjó su confusión comprando una caja de 6 botellas. Rememoró la frase del simpático y sabio Henri Bilé, el propietario del *Mille et un fromages* de Biarritz. "Pruebe este vino, Dr. Boenisch, es tan potente que uno siempre quiere tenerlo en la boca. Le acompañará toda la vida". ¡Qué razón tenía! Henri nunca llegaría a pensar lo presente que tenía este vino.

Detestaba la impersonalidad y frialdad de los hoteles. Además, en el Great Keppel podría abrir una botella y beberla en compañía de Roy y Alvis, los dueños del

negocio, y no tener que comer esos excéntricos menús internacionales que imponían langostinos con salsa picante y fideos de arroz o ternera con salsa cajún y empanadillas de garbanzo, menús evidentemente poco celtas.

Dicho y hecho, el asado de Alvis fue convenientemente regado con botella y media de Irouléguy. ¿Tendría la María de sus desvelos alguna relación con el origen de estos vinos? Las ensoñaciones de Boenisch podían en ocasiones ser comparables a los delirios de cualquier protagonista de una novela de Lovecraft. La otra media botella se aprovechó para lubricar el postre, una buena cantidad de queso Rathgote azul, procedente del condado de Antrim, como la pareja anfitriona.

Semejante comilona le deparó turbulentos sueños con una legión de gaiteras celtas que se cortó drásticamente levantándose temprano para correr por la playa. Tenía fijada una cita con Jouko Saarela a las 8:45 en el puerto de Howth. Estaba intrigado, ¿qué querría ese espantapájaros con chaqueta, si el congreso no se inauguraba hasta la cena de gala?

Boenisch corrió bajo una cortina de agua y tras la ducha se enfrentó al interminable desayuno de Alvis.

—¡Alvis, por favor! Hoy sólo fruta y un poco de queso con pan.

—Vamos, Holger, he preparado un desayuno completo con huevos, entreverado de cerdo de las islas Aran, salchichas, *black pudding* de Belfast y tomates al horno. ¡No me dirás que no puedes con él!

—Está bien, tú ganas, como siempre. ¿Has dormido bien?

—Sí, claro, ¡cómo no iba a dormir bien con ese vino tan maravilloso que nos has traído! ¿Y tú?

—En la gloria, Alvis.

Boenisch comió obedientemente bajo la atenta mirada de la mujer, que le ofrecía más huevos y más black pudding. Nada más terminar, cogió un taxi y marchó al puerto de Howth. Cuando vio a Jouko no supo qué sentir, si alegría o espanto. Junto a él, había otros dos hombres de aspecto bastante más arreglado. Se bajó y dio un largo abrazo a Jouko, que aprovechó para hacerle un chequeo. Le acompañaba su eterna chaqueta, aunque una de las mangas estaba decolorada. Pero, ¿cómo se las componía este hombre para ofrecer semejante desastre estético? No llevaba ninguna de sus personales corbatas y por dentro vestía una camiseta con la inscripción "Tampere University", signo de que pretendía dar una imagen desenfadada. Sus eternos zapatos rebosaban parches y había perdido el tacón del zapato izquierdo. Nunca dejaría de sorprenderle.

–Holger, te presento a mis colegas: Tim De Ridder, de la Universidad de La Haya, y Stieg Larsson, de la Universidad de Uppsala.

Tanto Larsson como De Ridder eran dos hombres espigados, más jóvenes que Boenisch y Saarela. Los cuatro se encaminaron por el puerto de Howth en animada conversación, que se interrumpió cuando pararon en un semáforo, momento que aprovechó Saarela para sacar un peine de su chaqueta-armario y peinarse. Todos se quedaron perplejos. Todos, menos Saarela, claro está.

–¿A dónde nos llevas, Jouko?

–A la torre Martello, está a cinco minutos a pie.

–¿Para qué?

–Para bañarnos.

La torre Martello de Howth es una gran torre circular. Tras pagar una modesta cantidad pasaron a los vestuarios que daban acceso a la piscina interior.

–Tenías que haberme avisado, Jouko, no he traído bañador.

–No es necesario.

–¿Por qué?

–Lee esto.

Un cartel en inglés y gaeilge indicaba lo siguiente:

"Se permite el uso de bañador sólo a partir de las 9:00 h".

A Boenisch le incomodaba bañarse desnudo junto a Jouko, aunque no entendía muy bien la razón, ya que casi todas las playas del mar del Norte y Báltico eran de uso conjunto entre textiles y nudistas, cuando no sólo nudistas, y él estaba acostumbrado a estar en tales playas. Posiblemente le incomodaba estar alcanzando la intimidad necesaria para bañarse desnudo con Jouko antes de lo que hubiera previsto. Como rechazaba los condicionamientos mentales negativos, comenzó a desvestirse sin más consideraciones. Al desnudarse, Jouko mostró una camiseta interior de redecilla negra. Boenisch no sabía qué pensar. Aquel hombre era una auténtica batería de sorpresas. ¿Qué le quedaba por ver? ¿Un tatuaje de sirena en sus nalgas? ¿Unos calzoncillos de cuero rematados por tachuelas metálicas?

Afortunadamente, Jouko no ocultaba nada de eso, aunque le sorprendió descubrir un torso atlético y una buena musculatura en brazos y piernas. Si este hombre no se empeñara en vestir como un espantapájaros, pensó, podría ser casi un playboy.

El baño en la torre Martello fue realmente agradable a pesar de las reticencias iniciales. Se trataba de una piscina circular en el centro de la torre, donde la gente acudía a hablar en voz baja y a relajarse, mientras permanecían inmersos en agua

templada. Tan sólo estaban ellos cuatro y un grupo de mujeres entre los 30 y los 40 años.

–Me recuerda a las saunas de mi país. Sin ropa y sin prejuicios te encuentras en la mejor situación para pensar humildemente e intercambiar opiniones sinceras.

–Te felicito por tu ocurrencia –le respondió Larsson.

–En cuanto a mí, Jouko, tengo que reconocer que cada día contigo es una nueva sorpresa y que además tienes la facultad de hacerme sentir idiota por pensar mal de ti.

Todos se rieron ante la sinceridad de Boenisch.

–Pero, ¿qué hacemos aquí? –preguntó Boenisch.

–Relajarnos, hablar de cosas banales, respirar paz, debatir sobre política si lo deseáis.

–Eso sí que no, Jouko. Política, patria y religión son las redes de las que intento salir y tengo claro que no forman parte de la verdad de la vida.

–¿Y que es para ti la verdad de la vida? –intervino Larsson.

–Me voy a poner solemne –Boenisch arrancó avisando–. A nivel científico, la verdad de la vida es tan compleja que resulta absolutamente imposible tener un concepto único, claro e inamovible. Respecto a los dogmas y las verdades inmutables que durante siglos nos han querido imponer como únicas explicaciones a nuestra existencia, no son más que paracaídas frente al vértigo de la inseguridad.

–O ingeniosas argucias para vivir bien a costa del miedo ajeno –añadió De Ridder.

–Estoy de acuerdo contigo –intervino de nuevo Boenisch.

–¿Y a otros niveles?

–La verdad de la vida son la amistad incondicional y los placeres sencillos y accesibles. ¿Os habéis dado cuenta de lo maravilloso que es tomarse un buen vino contemplando un magnífico atardecer mientras canta un pájaro o rebuzna un burro?

–A mí me gusta sentarme en los bancos de la calle, en Amsterdam, y ver pasar gente; no me aburro nunca –añadió De Ridder.

–¿Y qué mejor que jugar con niños y disfrutar de su risa? ¿Os dais cuenta, cuatro científicos e investigadores alabando a los burros, al viento y al vino?

Tras el agradable baño, salieron y se dieron un largo paseo, sin hablar ni palabra del motivo de su estancia en Dublín. Tomaron el camino del castillo de Howth y siguieron caminando cuesta arriba hasta encontrar un hotel magníficamente situado en lo alto de la colina y con una terraza agradable. Pidieron cuatro pintas de Guinness y se dedicaron a disfrutarlas con la vista en las islas de Ireland´s Eye y Lambay.

–¿Cómo van tus investigaciones, Jouko?

–No voy a decirte nada, Holger, mañana haré una presentación de mis resultados conjuntamente con Tim. Por respeto a la audiencia, no puedo adelantar nada.

–¿Nada?

–Sí, que es posible que tú puedas ayudarnos con algunos cabos sueltos, pero será después de mi ponencia.

–Dime al menos si son legibles las inscripciones de los pecios de Visby.

–Totalmente.

–¿Por qué aquí, en Dublín?

–Esta ciudad tiene un papel crucial en toda la investigación.

–¿Y mi vasca de Ribe?

–Tu vasca podría encajar totalmente en el puzzle, pero hemos de encontrar su pieza.

–Me estoy poniendo nervioso.

–¿Quiere eso decir que es la hora de comer? –pregunto Jouko sabedor de que recibiría una respuesta afirmativa.

Bajaron de nuevo hasta el *Bloody Stream Pub* donde dieron buena cuenta de una generosa fuente de riñones de cerdo fritos con manteca, condimentados con pimienta y acompañados de té. El resto del día lo dedicaron a callejear hasta la tarde. Posteriormente fueron a vestirse para la aburrida cena de gala del congreso.

Amanecía en Dublín y Holger Boenisch volvía de correr, cuando se encontró con Alvis en la puerta del Great Keppel.

–¿De dónde vienes, Holger? ¿Son las 7:00 de la mañana y ya vuelves de correr?

–No podía dormir. Ahora me siento mejor.

–Pero si has regresado a las 2 de la mañana. ¡Serás cabezota! Te voy a preparar un desayuno especial.

–Espera, Alvis, no te excedas, que luego me quedo dormido en las ponencias.

Boenisch desayuno más ligero de lo habitual y se marchó andando al hotel, donde se inauguraba el congreso con la ponencia de Jouko Saarela y Tim De Ridder. Durante los prolegómenos, estuvo especialmente desagradable y se aisló en la sala ya que estaba nervioso y los nervios le impedían mantener la corrección necesaria con los conocidos y personas que le presentaban. No acababa de entenderlo: él no iba a intervenir, sin embargo, estaba muy tenso. Teniendo en cuenta que era una persona experimentada y que hacía muchos años que no sufría para hablar en público, su nerviosismo ante la ponencia ajena le resultaba inquietante.

Nada más comenzar la conferencia, la primera sorpresa llegó con la diapositiva de inicio:

Cómo ligar en San Petersburgo siendo feo y tartamudo.

El título hizo reír a muchos y encogerse en su asiento a otros.

–Disculpen –dijo Jouko–, esta es la charla que tengo preparada para la reunión del Rotary Club de Hanko, ha sido un error.

Las carcajadas se generalizaron. Y pasaron a risas desbocadas cuando vieron la segunda diapositiva.

–Este es mi permiso de conducir en vigor. Lo muestro para que se disipen las dudas que algunos tienen.

La tercera no fue mejor.

–Y ahora pueden ver mis títulos de diplomado en Ingeniería Naval y doctor en Historia, en la especialidad de paleo tecnología naval. Espero que esto les parezca convincente, aunque en el mercado callejero de Tallin expiden cualquier título de cualquier universidad del mundo a un coste menor que el de una lata de arenques.

Con una audiencia absolutamente entregada y un comportamiento poco acorde con una reunión científica, el Dr. Saarela empezó a entrar en materia mientras Tim De Ridder abandonaba temporalmente el estrado ante el ataque de risa que no pudo reprimir.

Sin embargo, pronto terminaron las risas ante la sucesión de siete fotografías de diferentes pecios en estados de conservación muy dispares que Jouko disparó consiguiendo captar absolutamente la atención de todos los asistentes.

–Todos estos pecios han sido fabricados en la misma factoría –comenzó a relatar con gran seguridad–. Los tres primeros han sido hallados en la isla de Fårö, en Gotland. La cuarta fotografía corresponde al pecio hallado por el Dr. De Ridder en Holanda. La quinta corresponde a un pecio que ha aparecido en Seydisfjordur, en Islandia. La sexta fue descubierta junto a Ribe, en Dinamarca, y la séptima es la más curiosa –Saarela hizo una oportuna pausa para beber agua–. Corresponde a un fragmento de cubierta de una nave de unos dos metros de largo y un metro de ancho que llegó a nosotros por casualidad y que nos lo envió un gran amigo, el querido profesor Ignacio Arozena, que desgraciadamente ya no está entre nosotros. Se la dio un agricultor vasco que la encontró en una vieja cuadra. Al agricultor le pareció una pieza extraña por los clavos que incluía, aunque no consta cómo llegó hasta la cuadra.

–He indicado hace un momento que todos los restos se han construido en la misma factoría, lo cual es un atrevimiento por mi parte: he citado una conclusión antes de desarrollar la ponencia. Voy por tanto a explicarles ahora los principios sobre los que hemos formulado tal conclusión.

La sala, entregada a Saarela tras su inicio arrollador, se mantuvo a la espera mientras Jouko se tomaba su tiempo para continuar.

–Todos los restos mostrados en las fotografías anteriores incluyen clavos y remaches del mismo tipo. La siguiente diapositiva contiene las conclusiones del estudio de los clavos y resto de elementos metálicos encontrados.

CONCLUSIONES DE LOS ANÁLISIS

Todos los clavos y remaches metálicos analizados corresponden al mismo tipo de aleación, fabricada indudablemente en una única fundición.

El análisis de microscopía confirma la conclusión anterior, ya que la distribución de poros es coincidente para todas las piezas analizadas, lo cual indica una aleación, temperatura de fusión y condiciones de enfriado iguales o comparables.

Si bien el grado de oxidación de las piezas es variable, todos los restos de óxido presentan los mismos compuestos de oxidación, prueba también de un origen compartido.

El elevado contenido de vanadio y manganeso como impurezas, sugiere que el mineral principal utilizado en fundición ha sido la magnetita.

La magnetita utilizada, por las relaciones composicionales obtenidas de todas las piezas analizadas y tras el análisis de espectrometría de rayos X, procede de un depósito de tipo Skarn, generado por metamorfismo de contacto.

El Vanadio sugiere como origen de la magnetita los depósitos tipo existentes en el sur de Noruega y centro de Suecia.

Nuestra conclusión final es que todos los elementos metálicos fueron presumiblemente trabajados en una fundición con materia prima procedente de minas asociadas a metamorfismo de contacto tipo Skarn del sur de Escandinavia.

Profesor Knutur Oskarsson
Catedrático de Tecnología Mineral y Mineralogía de la Universidad de Bergen

Saarela permitió que el silencio creado tras esta primera conclusión se prolongase durante un largo minuto, antes de pasar a una nueva diapositiva.

–El análisis de la madera de los restos ha sido aún más esclarecedor. A continuación les muestro sus conclusiones.

ANÁLISIS DENDROCRONOLÓGICO

De acuerdo con lo descrito en los capítulos anteriores, debo concluir en primer lugar que todas las muestras de madera recibidas en este laboratorio corresponden a madera identificable como de "área fuente única".

Todas las muestras analizadas muestran distribuciones de anillos comparables y asimilables a un periodo temporal coincidente.

Las siete muestras recibidas se corresponden a madera procedente de *Quercus Robur* y corresponden, sin lugar a dudas, al mismo origen que el patrón enviado bajo la etiqueta de muestra número 8.

Las relaciones de anillos corresponden a las tipologías de Quercus Robur de las Islas Británicas de crecimiento anterior al año 1005.

Dr. Smidt

Laboratorio de Investigación de Anillos de Árboles (Munich)

–El patrón número 8 –continuó Saarela–, corresponde a un fragmento del barco Skuldelev 2-4, conservado en el museo del barco vikingo de Roskilde[9] y caracterizado como un langskip fabricado en Dublín entre el año 1005 y el 1025. Lo cual quiere decir que todos los pecios corresponden a barcos construidos por artesanos vikingos de Dublín con clavos y remaches procedentes de la misma fundición situada en Noruega y dispersos por Europa Occidental.

–Bien, continuemos. En cuatro de los pecios se han encontrado muestras identificativas similares. Corresponden a escudos tratados con los mismos pigmentos y algunos fragmentos de vela con la misma identificación, lo que nos lleva a pensar que los barcos servían a una misma organización o red comercial. Cedo la palabra al Dr. De Ridder, mientras les paso las fotografías de tales escudos y fragmentos de vela.

Tim De Ridder se levantó y empezó a preparar su parte mientras Saarela mostraba las fotografías.

–Les mostraré dos fotografías de detalle del pecio encontrado en Holanda. El primero muestra el nombre de la nave, escrito en dansk tunga, la lengua escandinava primitiva. Ahí está la fotografía y al pie, el nombre.

La fotografía de un fragmento del casco mostraba con claridad el nombre, *Svart måne*.

–Y ahora, un dato mucho más curioso. El pecio, una vez desenterrado, nos regaló varios restos como herramientas, algún arma, fragmentos de ropa o más bien fibras que aún quedaban sin descomponer, algún hueso de comida y dos paños de lana de oveja bien prensados que bajo la arena han conseguido mantenerse en buen estado de conservación hasta ahora. Se trataba de paños que supuestamente harían las veces de mantas para las noches de navegación.

–Enviamos los paños al laboratorio textil de BTTG (British Textile Technology Group) para que analizasen el tipo de fibra y su posible origen. Seguro que estarán de acuerdo en que la conclusión no puede ser más sorprendente.

De Ridder pasó la siguiente diapositiva mostrando las conclusiones de tal estudio.

INFORME FORENSE

De acuerdo con las metodologías descritas se han analizado las dos muestras enviadas por el Dr. De Ridder.

Ambas muestras corresponden inequívocamente a un mismo tipo de fibra, tratándose de fibras naturales correspondientes a lana de oveja.

Analizadas las fibras, y comparadas con patrones correspondientes a todas las razas de oveja europea catalogada, se ha concluido sin ningún género de dudas que se trata de fibras asimilables a la oveja denominada *Latxa,* originaria y exclusiva del País Vasco.

Mrs. Clarissa Austin
Directora Dpto. Forense

Boenisch, que empezaba a encajar piezas en su puzzle particular, sonreía de emoción al tiempo que se le erizaba el vello. No podía creerlo, sus suposiciones estaban siendo confirmadas por investigaciones fiables.

–Cedo de nuevo la palabra al Dr. Saarela.

–Como empezamos a tener una cierta acumulación de información, voy a aportar tres fotografías, las últimas, para liarnos un poco más. La primera es de uno de los pecios encontrados en Gotland, muestra el nombre de la nave. Habrán visto un nombre que no les suena. *Ilaski Beltza*. Esta lengua es euskera, hoy hablado en el País Vasco. Primera coincidencia, fibra de lana de oveja vasca en Holanda en barco del año 1005 y nombre vasco en Gotland, en el Báltico, en otro barco del mismo

tiempo. Pero no terminan ahí las coincidencias, *Ilaski Beltza* y *Svart måne*, nombre encontrado en otro pecio, significan lo mismo: luna negra. Estarán de acuerdo conmigo en que esto no puede ser una simple coincidencia. Podemos empezar a pensar en una organización política y comercial con astilleros en Dublín que incluía comerciantes vascos, vikingos y quizás francos y germanos.

–Les pongo la siguiente fotografía. Corresponde al pecio encontrado en Seydisfjordur, en Islandia.

En la fotografía se podía leer correctamente el siguiente rótulo grabado en la madera:

María, Jeg alltig du live. Thorvald.

–Se trata de una bonita declaración de amor, escrita en un dansk tunga culto, y que dice: "María, siempre te querré. Thorvald". El declarante es sin duda un marinero vikingo, la destinataria, desconocida. María era un nombre común en Europa en el siglo XI.

–La última fotografía es cortesía de mi gran amigo y excelente persona Holger Boenisch, aquí presente, y muestra la inscripción de un enterramiento en Ribe, que está actualmente en proceso de datación, lean el texto.

María de Baigorri
Atlantisk Søskenlikhet Dronnig

–Sorprende que una inscripción en Jutlandia datada a finales del siglo XI no esté escrita con caracteres rúnicos, lo cual sólo se veía en el interior de las escasas iglesias existentes en esos tiempos. ¿Es esta organización la "Hermandad del Atlántico" de la que hablamos? ¿Es esta señora enterrada en Ribe, de origen vasco y llamada María de Baigorri, la misma María de la inscripción del pecio de Seydisfjordur? Si ella era la reina, ¿sería Thorvald el rey? Espero vivir 30 o 40 años más para poder despejar estas dudas y otras muchas más. Esto no ha hecho más que empezar. Gracias.

Por el tono de la ovación, parecía que se encontraban en la ópera en lugar de en un congreso científico. Boenisch tragaba saliva de emoción y a la vez no podía evitar pensar qué hacía Jouko celebrando la conferencia con semejante chaqueta. Al menos –pensó para sí– que no saque el peine para retocarse el pelo mientras le aplauden.

Los diez minutos de fuerte ovación dieron paso a un esperado descanso, ya que si bien la exposición no había sido demasiado larga, muchos asistentes estaban ansiosos por hablar e intercambiar impresiones.

A pesar de que quedaba todo el día y la jornada siguiente para escuchar otras ponencias, Holger Boenisch se daba ya por satisfecho con lo oído. En el descanso aprovechó para hablar con Jouko y Larsson.

–¿Cómo puedo ayudaros?

–Con tu intuición. Nosotros nos encargamos de la investigación pero he de reconocer que a menudo hacen falta ideas geniales para continuar en una dirección correcta. Tú me diste la clave para contactar con el Dr. De Ridder. Tú me hablaste del País Vasco y de María de Baigorri. Tenía el tablón de la muestra 7 guardado en mi laboratorio desde hacía una decena de años, tú lo desempolvaste. Además –prosiguió– con tu relativo escaso conocimiento de la construcción naval vikinga, este verano me hiciste preguntas básicas que yo nunca me hubiera hecho. Sin esas preguntas, no hubiera conseguido enlazar los datos y darle un sentido a la investigación. ¿Qué harías ahora?

–La lógica de la investigación científica exige buscar más datos, todos los posibles, e ir descartando hipótesis según vayan generándose nuevos datos. Buscad en los pecios que ya tenéis cualquier resto de material. Los materiales nos llevaran a los puertos y los puertos nos darán nuevos hallazgos.

–Eso haré, Holger, pero también quisiera contar contigo como colaborador permanente de este proyecto.

–Yo no seré tu colaborador –respondió serio Boenisch–, tú serás mi colaborador, Jouko.

Ambos rompieron a reír en señal de su sintonía personal.

Finalizadas las ponencias, Holger acompañó a Jouko al aeropuerto para despedirse. Estaba muy agradecido a este hombre tan desastroso en lo estético como genial en su personalidad y quiso mostrarle una señal de gratitud.

–Toma, Jouko, un regalo.

–¿Qué es esto?

–Ábrelo.

Abrió la voluminosa bolsa y descubrió una magnífica chaqueta azul de Tom Ford.

–No puedo aceptarla.

–¡Es de tu talla! Miré la etiqueta de tu chaqueta en la torre Martello.

–No puedo aceptarla.

–Pero, ¿por qué?

–Traicionaría a Annika.

–¿Quién es Annika?

–Era mi novia. Nos queríamos mucho, me regaló la chaqueta hace treinta años, la víspera de mi graduación como ingeniero. Es la chaqueta que iba a lucir durante la defensa de mi proyecto.

Jouko hizo una pausa y bajando la cabeza respiró muy profundamente, como queriendo coger fuerzas antes de continuar.

–Cuando Annika volvía hacia casa, feliz e ilusionada ante mí inminente graduación, fue atropellada por un camionero borracho. Murió en el instante. Desde entonces no he podido deshacerme de la chaqueta.

A Boenisch se le formó en la garganta un nudo del tamaño de una calabaza. Se quedó mudo y sin reacción, la sinceridad tan inesperada de Jouko fue como un mazazo instantáneo contra el que casi no podía contener las lágrimas.

Jouko le dio una palmadita en la espalda y fue él quien desbloqueó la situación.

–Holger, si estás empeñado en hacerme un regalo, sabes que me gusta mucho el cognac, ¿te acuerdas de aquel cognac armenio que tomamos en Viborg?

–Sí, Jouko, ¡cómo no iba a recordarlo!

Boenisch compró rápidamente una botella de Hennessy X.O. y se la dio encantado.

–Toma, Jouko, espero que nos veamos pronto.

–Te llamaré, no lo dudes.

Se fue dejando a Boenisch aun estremecido por el asunto de la chaqueta. Esta vez no había sido una metedura de pata, había sido bastante más. Se sorprendió a si mismo sentado en un banco del aeropuerto, llorando mansamente por la historia de Annika. Resultaba que la estrambótica prenda era en realidad un buen ejemplo, el mejor que había podido ver en muchos años, sobre la verdad de la vida.

9 El museo de Roskilde, localizado en Copenhague, conserva la mejor colección de pecios y naves vikingas.

24

La flota ultimó los preparativos –en realidad, las naves vikingas siempre estaban preparadas para salir– y marcharon esa misma tarde, sin que existiera ninguna razón o peligro aparente, decisión que Eneco no podía entender. Thorvald se limitó a decirle que un navegante tenía dos casas: una en tierra, que terminaba resultando extraña, y la nave, donde se sentía más cómodo.

Tampoco comprendía muy bien la actitud de Ulf Larssen, quien tras años de ausencia había regresado a casa para comprobar que tenía un nuevo hijo de padre desconocido y volvía a marcharse dos días después siendo además despedido emotivamente por su mujer e hijos. Pero, tras varias meteduras de pata, al menos había aprendido a asumir como naturales tales comportamientos.

Partieron con un fuerte viento que venía desde el Atlántico y levantaba cortinas de agua de mar, aunque no había grandes olas que imposibilitaran la navegación, y lo hicieron con tanta prisa que ni siquiera discutieron la ruta a seguir. Eneco, al mando del *Roar Ege,* se limitaba a repetir las maniobras de los barcos que le precedían. El joven pasó una horrible primera noche al timón, corrigiendo constantemente el rumbo de una embarcación maltratada por el viento, a pesar de que la vela iba plegada ya que su despliegue hubiera sido un suicidio. La veintena de hombres a su cargo llevaba tiempo a los remos, apenas habían dormido, y Eneco se descubrió a si mismo malhumorado y amargado; la navegación también podía ser desagradable. Ni siquiera durante el temporal que les obligó a desembarcar en Frisia lo había pasado tan mal.

Al anochecer se le acercó Magnuss Mattson, un joven islandés que hacía las veces de contramaestre y segundo de abordo en el *Roar Ege*.

–Déjame el timón un momento y túmbate.

–No entiendo por qué nos hemos hecho a la mar con este tiempo.

–Es otoño, los temporales pueden llegar uno tras otro y no se puede esperar. En dos días estaremos en el Báltico, donde la navegación es más segura, si es que llegamos.

Fatigado, Eneco dejó el mando a Magnuss y se tumbó entre pieles para dormir hasta que un seco golpe le despertó repentinamente. Se incorporó y salió corriendo

hacia proa.

–¿Qué pasa?

–El viento nos ha empujado hacia la costa y hemos chocado con un banco de arena.

–¿No has usado la sonda?

–No era posible, el viento casi no me permite estar de pie, los hombres están muy cansados y aún debe quedar mucho hasta Skagen, donde entraremos hacia el Báltico.

–¿Y el resto de la flota?

–Dispersos, no soy capaz de verlos, el viento levanta tanta agua que es imposible ver nada.

–¿Oyes algo, Magnuss? –preguntó Eneco.

–El rugir del viento.

–Me refiero a señales.

–No sé, no puedo distinguir nada.

–Enfila hacia allá, hay dos snekkar a la vista.

El cambió de ruta permitió que el viento soplara a su favor y pudieran navegar con más facilidad. En poco tiempo se acercaron lo suficiente para comprobar que el snekkar desde donde Thorvald comandaba la flota emitía señales de llamada y todos continuaron a pesar de que faltaban dos naves. La costa baja se abría formando un estrecho estuario en el que se adentraron hasta llegar a una amplia ría donde pudieron fondear.

Una vez en tierra, permanecieron tumbados intentando recuperarse. Su estancia en aquel desconocido lugar dependía del viento, y el viento parecía soplar sin fin. Anclaron de manera firme los barcos y pasaron la primera noche abordo sin hacer fuego ni ruido.

Durante dos jornadas ventosas se dedicaron a reparar desperfectos hasta que el tercer día amaneció despejado. Eneco se incorporó en el silencio de la mañana y miró hacia la playa. Se quedó mudo e inmóvil. Miró a su izquierda y vio a Magnuss igualmente incorporado y en silencio. Thorvald bajaba hacia la playa. Estaban rodeados por un grupo de hombres armados que esperaban con los centinelas apresados. Eneco se dio cuenta de la situación y ordenó a todos que se mantuvieran en silencio y quietos.

Durante largo tiempo, Thorvald habló con los hombres. Al final se volvió hacia los barcos.

–¡Bajad todos! Recogemos nuestras herramientas de la playa y nos vamos.

–¿Quiénes son? –preguntó Eneco.

–Deben obediencia al Clan Tilsted. No te preocupes, nos respetan, pero hemos de marcharnos, no sería bueno que se sintieran inseguros por nuestra presencia.

Levantaron todo rápidamente y se prepararon para hacerse a la mar. Thorvald bajó nuevamente hasta la playa y ordenó a Eneco que fuera con él, para saludar a los jefes del grupo antes de marcharse despacio y sin mostrar desconfianza.

–¿Quiénes eran?

–Proceden de varias aldeas de jutes[10]. Nos vieron llegar el primer día y han estado vigilando desde el principio. Han reconocido nuestro acuerdo con el Clan Tilsted y desde ahora respetarán nuestros símbolos, pero sí entramos en sus tierras deberemos darles algo a cambio o comprarles mercancías.

–¿Aunque no las necesitemos?

–Aunque no las necesitemos.

–¿Y esta vez?

–Esta vez no, pero deberemos esperar a un langskip de su flota que llegará pronto y vendrá con nosotros hasta Gotland. Es el precio. Debemos ayudarles, ya que ellos también quieren ámbar para financiar su flota y ayudar a Sven en sus campañas de invasión de Britannia.

Debido a la mejoría del tiempo, esperaron fuera del estuario hasta que llegó un langskip, que se puso a popa del *Roar Ege* y volvieron a la navegación con rumbo hacia el norte.

Dos semanas después de su partida de Ribe, seguían a pocas millas del punto de partida; el mar del Norte tenía esos modales. Y ahora se mostraba oscuro y adornado con unas olas bastante crecidas para la estación que vivían.

–Magnuss –preguntó Eneco–, ¿no son excesivas estas olas teniendo en cuenta que no hay viento y que el tiempo parece calmado?

–No, probablemente otra tormenta se acerca desde el mar. Fíjate en la dirección de las olas. Thorvald ha puesto todo el trapo y está haciendo remar sin parar a sus hombres, hay que darse prisa.

–¿Y qué crees tú que habrá ocurrido con los dos snekkar que se han perdido?

–No lo sé. Es probable que hayan continuado hasta Skagen. Espero que volvamos a encontrarnos.

La tarde se transformó en noche con rapidez, el otoño estaba ya avanzado y se notaba. Las siguientes jornadas trajeron más olas y viento rumbo a Skagen, el cabo que da paso desde el letal y peligroso Atlántico al tranquilo Báltico, en una ruta en la que la costa fue haciéndose cada vez más baja, apenas se veía la playa. Una tarde en la

que la altura de las olas les hacía presagiar una nueva tormenta, Thorvald puso la vela en tensión haciendo que todos pensaran que la locura se había apoderado de él, aunque el resto de naves le imitaron aún pensando que se dirigían al desastre.

El gobierno del timón se volvió misión imposible ya que las naves daban bandazos continuos impulsados por las olas y un viento rugiente. Uno de los snekkar rompió el mástil de golpe. El langskip de los jutes fue quien peor lo pasó. No eran navegantes de mar abierta. La adrenalina mantenía en tensión a unos hombres que en condiciones normales deberían haberse rendido ya. Repentinamente, las naves entraron en una zona de corrientes excepcionales y con la mar rota, la superficie del mar saltaba como una marmita de agua hirviendo. Una inmensa ola les empujó definitivamente hasta salir de las corrientes y vieron que Thorvald, que les precedía, había mandado parar a sus hombres y recogía la vela. En unos instantes se terminaron las olas, tan sólo les esperaba un mar oscuro y rizado por el viento; por fin habían entrado en el Báltico.

El amanecer fue extremadamente violento, ya que una tormenta con aparato eléctrico y un viento que barría todo lo que encontraba a su paso les despertó. Tras entrar en el Báltico, las naves se reagruparon y navegaron hasta encontrar una pequeña isla próxima al continente, donde pasaron la noche. Thorvald había tomado la decisión correcta y ahora estaban en un mar que, a pesar de la tormenta, estaba casi calmado y les permitiría navegar con menos sobresaltos que el duro Atlántico.

Con el inicio del nuevo día, recibieron con alegría a los snekkar perdidos, que llevaban casi dos semanas vagando por la entrada al Báltico, a la espera del resto de la flota.

Bajo una cubierta improvisada con la vela, Eneco se refugió junto a Thorvald.

–Sabes, Thorvald, pienso a menudo en los relatos de tu hermano Bjarni. Creo en lo que cuenta, sus descripciones son coherentes.

–Eso mismo pienso yo, Eneco, los detalles son demasiado reales como para dudar de ellos.

–Sin embargo, hay quien cree que sólo son habladurías.

–¿Habladurías? Las sagas son la transmisión de las realidades de nuestros pueblos.

–Quiero decir que hay marineros que piensan que Bjarni cuenta vivencias que no pueden ser ciertas. No sé.

–Soy consciente, Eneco. ¿Te has fijado en Leifr cuando habla Bjarni?

–Sí, él siempre manda callar a los demás. Le escucha con mucha atención.

–Leifr es el navegante con mayor experiencia de Island y Grønland. Huele el viento y cruza el Atlántico como si saliera de casa. Sabe navegar en medio de una

tormenta sin inquietarse. Él cree en los relatos de Bjarni y quiere intentar explorar sus rutas.

–A mí también me gustaría.

–Ahora no, Eneco, debemos seguir aprendiendo y abriendo rutas. Llegará el momento.

Mientras la lluvia y el viento golpeaban la improvisada cubierta, ambos pensaban en desafíos futuros.

–Thorvald –dijo repentinamente Eneco –. Háblame de vuestras creencias. Hace tiempo que convivo con vosotros. Nunca os he escuchado hablar de ningún dios pero deseo conocer qué fuerza hace que os enfrentéis sin miedo al mar o a los enemigos.

–Bueno –contestó Thorvald perezosamente–. Nosotros no tenemos la convicción de que exista un dios creador y dueño de todo. Eso para empezar. En nuestras creencias, la Valhalla ocupa un lugar principal; se trata de la fortaleza que acoge los espíritus de los guerreros que mueren en combate. Se dice que hay lugar suficiente para todos los elegidos. Allí, los guerreros muertos que asistirán al gran dios Odín en la batalla final de los dioses contra los gigantes se preparan para la gran batalla. Por la noche, disfrutan de banquetes de jabalíes acompañados de hidromiel.

–Suena bien. ¿Todos iréis a Valhalla?

–Los que no consiguen méritos suficientes para ascender a Valhalla, terminan en Niflheim, el reino de la oscuridad y de las tinieblas, y los que se pierden o mueren en el mar, son llevados al palacio de Ægir en el fondo del mismo.

–¿Y cuáles son los méritos para ir a Valhalla?

–Valhalla acoge a los caídos en batalla, aunque si en vida han sido mezquinos o crueles, caerán bajo la protección de Helledore, Hel, la diosa de la oscuridad, en Niflheim.

–Por eso no teméis a caer en batalla por que os llevará a Valhalla ¿Quién es Hel?

–Hel es mitad mujer hermosa y mitad mujer putrefacta. Su reino, Niflheim, está lleno de gente desgraciada, pero tiene una morada lo bastante grande para todos; su imperio se extiende a lo lejos. Un lugar horrible al que ninguno queremos ir.

–¡Helledore! ¿No era ese el nombre de un lugar por donde pasamos camino de Hammaburg?

–Así es. Los frisios llaman Helledore al paso hacia su Waadsee. Lo hacen para intimidar a los aventureros, para prevenirles sobre el posible infierno que les espera.

–Pero eso se parece al infierno de los curas cristianos.

–Sí, puede ser.

–¿Y el reino de Ægir?

–Ægir es el dios del océano, vive con su esposa Ran y es padre de nueve hijas. Ægir es bondadoso pero su esposa e hijas provocan la furia y los desastres de los océanos. Es nuestra manera de dar forma humana a la idea de que el océano es bueno en sí mismo, pero puede transformarse en algo terrible.

–Y los males de Ægir se relacionan solo con sus mujeres.

–Así es.

–Es fantástico, Thorvald. Pero, ¿no tiene cierto parecido al de otras religiones?

–Es posible, pero nuestros dioses no son utilizados como instrumento para construir un poder político.

–Te refieres a la iglesia de Roma.

–Exacto. No obstante, aunque no nos guste, debemos respetar y tratar con Roma, ya que nuestra manera de proceder consiste en llevarnos bien con todos los poderes políticos para alcanzar nuestros objetivos comerciales y de exploración.

El largo viaje les deparó numerosos momentos de conversación que les ayudaron a distraerse de las dificultades de la navegación. El retraso generado por las tormentas había hecho desistir a Thorvald en su idea de buscar un puerto en Gotland en el que establecer una nueva base para la Hermandad. Sin embargo, tras varias jornadas de espera, una soleada y fría mañana de otoño se volvieron a preparar para partir.

–Iremos directamente hacia la isla de Gotland –les indicó Thorvald–. No pararemos salvo que otra tormenta nos obligue. Para ello debemos cruzar todo el Báltico y pasar por las islas de Sjæland, que están bajo control del Clan Tilsted, por lo que son territorio no hostil, y puede que nos encontremos con tribus aisladas que nos quieran hincar el diente, aunque lo veo difícil por el potencial de nuestra flota.

–¿Qué haremos entonces?

–Navegar hasta Visby, que es lo único que sabemos hacer, y sin perder más tiempo, ya que se echa el invierno encima.

Durante varias semanas, la expedición navegó entre multitud de pequeñas islas, con varios encuentros con naves comerciales y guerreras, donde se puso de manifiesto la importancia del acuerdo con el Clan Tilsted. Thorvald aprovechaba todos los encuentros para explicar que la Hermandad del Atlántico era una organización comercial y de exploración y que no perseguían ningún interés territorial.

Un viento constante les empujó en su ruta mientras las horas de luz se iban cortando al mínimo, lo mismo que la temperatura. Al inicio de la tercera semana, se despertaron en medio de una densa nevada que dejó las cubiertas totalmente

blancas. El Báltico había adoptado el color grisáceo de las nubes y navegaban con una antorcha encendida en popa para guiarse. El viento había cambiado, congelando las naves y a sus navegantes hasta paralizarles por completo. No avanzaban y durante tres días navegaron con escasos resultados hacia el Norte. En esas condiciones estaban cuando Thorvald convocó a los pilotos a una reunión en el *Roar Ege*.

–Estamos perdidos. Llevamos dos jornadas sin ver una sola ave. El mar está calmado y no hay corrientes, el sol apenas sale y tengo claro dónde está el norte pero no puedo definir el rumbo. Las nubes y la niebla me impiden ver las estrellas. La costa tampoco se ve y aunque por la trayectoria que hemos seguido es seguro que estamos cerca de Gotland no podemos hacer nada hasta que despeje o aumente el viento.

–¿Qué opciones tenemos?

–Tomar rumbo poniente hasta encontrar la costa de Escandinavia y, una vez allí, esperar a que mejoren las condiciones, o esperar aquí hasta que las condiciones cambien.

–Opino que debemos quedarnos aquí– dijo Eneco con decisión.

Thorvald miró a los demás. Todos estaban de acuerdo. Desde su partida de Ellenbogen, la navegación estaba resultando larga y todos deseaban llegar cuanto antes a Gotland. Habían entendido que buscar la costa supondría un nuevo retraso y ansiaban terminar una etapa que se hacía especialmente dura por el frío intenso y la falta de visibilidad.

Por suerte, la larga noche fue especialmente afortunada ya que el viento les despertó a todos, otra vez el suroeste, otra vez el viento Atlántico. Comprendieron la situación y, pese al frío, prepararon las naves para navegar en cuanto un mínimo rayo de luminosidad lo permitiera. Y la luz llegó, insuficiente para aclarar el oscuro color del Báltico, pero suficiente para dejarles a todos perplejos, mostrándoles que la deseada isla de Gotland estaba allí, apenas a dos millas de su posición. Arrancaron y para cuando el sol volvía al crepúsculo, ellos entraban en el embarcadero de Visby, iluminados por el blanco intenso de la nieve que cubría la isla.

10 Tribu de origen germano que habitaba en la parte occidental de la península de Jutlandia (Dinamarca y norte de Alemania). Fue uno de los pueblos que participó de manera más activa en la invasión y colonización de las islas británicas.

25

El invierno en Visby no fue difícil. Los gots[11] eran un pueblo acostumbrado al comercio y desde que desembarcaron dispusieron de todas las facilidades para permanecer allí. La llegada de naves extranjeras con un centenar de hombres abordo no inquietó a los gots que, aunque ya habían sido víctimas de numerosos saqueos e intentos de invasión, se mostraban abiertos a acoger a cualquier extranjero que llegase con interés comercial. Lo que no les agradó tanto era que aquel grupo de hombres permanecería durante todo el invierno en la isla acechando a sus mujeres, por lo que Thorvald tuvo que pactar un compromiso para que no hubiera ningún desliz al respecto. El pacto no era extensivo a los jutes que les acompañaron. Estos, escoltados hasta Gotland, habían sido ya pagados, por lo que la flota de la Hermandad quedaba libre de mayores obligaciones con ellos.

Las primeras semanas las dedicaron a descansar y contactar con los gots y también aprovecharon para reparar las naves. La tecnología naval era la clave de aquella organización. Dependían de sus barcos y su puesta a punto era prioritaria. Además, Thorvald y Eneco pasearon por los mercados para observar qué productos podrían ser susceptibles de comercio con otros puertos de Europa.

–Thorvald, me sorprende ver tan pocos guerreros.

–Este es un pueblo de bondis y comerciantes, esto es, artesanos y agricultores. En nuestras culturas están a un nivel inferior a los guerreros.

–Ocurre lo mismo en Vasconia.

–No, Eneco. Los bondis pueden ser terratenientes y formar parte de las asambleas locales. En tu tierra los que no son nobles sólo pueden trabajar y pagar impuestos.

–Al menos, no tenemos esclavos.

–No me hagas reír. Los thralls son esclavos porque han sido apresados en pueblos conquistados, pero tienen más derechos y mejor consideración que muchos ciudadanos de Vasconia y de otras tierras que conocemos. Hay esclavos por toda Europa y no todos son como los thralls. Los thralls pueden tener hijos con bondis e incluso con guerreros. Digamos que los siervos de toda Europa tienen pocos derechos más que los thralls.

–Hay una cosa que quiero saber, ¿por qué nos advertiste de que la Hermandad no iba a proteger ningún caso de infidelidad de la flota con mujeres gots?

–Porque las consecuencias serían muy negativas para la Hermandad.

–Yo había entendido que los nordmanni llegabais incluso a tolerar el adulterio.

–Los gots no lo toleran. Sin embargo, está tolerado por navegantes y guerreros.

–¿Por qué?

–La familia es lo primero en la sociedad vikinga. Los hijos son nuestro principal valor. Un guerrero pasa largísimas temporadas fuera de su casa, desgraciadamente en el período más fértil de su esposa, por lo que no puede oponerse a que su esposa conciba hijos en su ausencia.

–¿Por qué no tienes hijos tú?

–¿Y por qué no los tienes tú, Eneco?

–¿Yo? No lo sé, aún soy joven, pero supongo que me he preocupado más del mar que de buscar una madre para mis hijos, pero yo he preguntado primero.

–Para tener hijos, primeramente he de buscar una mujer a la que quiera, que ella me quiera y después vendrá el resto. Me he pasado los últimos nueve años de mi vida, durante los que he madurado, navegando y viviendo fuera de mi casa. Realmente mi única casa en la actualidad es esta.

–Pues yo tengo una hermana maravillosa. Te gustaría.

–Pero ¿qué crees? A lo mejor piensas que busco esposa.

–¿Por qué evitas las conversaciones de este tipo?

–¿Qué dices?

–Siempre que hablamos de mujeres, de amor o de sentimientos, te refugias en las velas y el viento.

–No es cierto.

–Sí, lo es. De hecho, en el tiempo que llevamos juntos, apenas hemos hablado de nuestros sentimientos.

Thorvald miró a Eneco con cara de incredulidad y se quedó callado. Parecía desconcertado.

–¿De dónde sacas esa idea?

–Es lo que creo.

–No hay nada raro, Eneco, tengo sentimientos y me gustan las mujeres.

–Mi hermana María es una mujer increíble –Eneco volvió con su argumentación como si no hubiera dicho nada anteriormente–. Tiene un carácter fuerte y es muy cariñosa. Su pelo rizado le llega hasta la cintura. Tiene una piel hermosa y unos

enormes ojos entre castaño y verde, ¡nunca sé de qué color son! Es enérgica y hemos discutido mucho durante nuestra infancia, pero la quiero mucho.

–Echas de menos a tu familia.

–Mucho.

–No los olvides. Aunque tardes, los verás.

–Y tu también.

–¿A mi familia?

–No, a mi hermana.

Los dos hombres rieron a la vez en un signo que evidenciaba una sintonía cada vez mayor.

El nuevo año trajo dos circunstancias poco agradables. Por un lado, largas semanas de temperaturas muy bajas y ausencia de sol que dejaban helados los cabos y las velas, creando algunos desperfectos en las naves.

Por otro lado, algo que Thorvald ya esperaba y temía. Dos hombres de la flota habían sido acusados de mantener relaciones con mujeres cuyos esposos eran artesanos de Visby. La denuncia se hizo esperar hasta que no hubiera dudas, momento en el cual Thorvald fue convocado por la asamblea local. Después de una larga y tensa reunión, volvió al embarcadero con el semblante sombrío y reunió a sus hombres de confianza.

–Hay dos noticias que debo comunicaros. Por un lado, la asamblea de Visby ha aprobado que la ciudad se una a nuestra Hermandad. Nombrarán un representante y pondrán a disposición de la hermandad una tripulación de veinte hombres. Hemos acordado que harán un pago inicial de ámbar para que la Hermandad construya dos naves para la ciudad. Además, nos proporcionarán ámbar de manera preferencial. Como contrapartida, la Hermandad deberá proveer a la isla de mercancías de otras ciudades.

–No pareces muy contento –le respondió abiertamente Ulf Larssen.

–No lo estoy… Dos marineros han sido sorprendidos manteniendo relaciones con las esposas de dos bondis de la ciudad. Dos hermanas.

–¿Y?

–No podemos hacer nada. Han sido apresados y serán ajusticiados mañana.

–¿Ajusticiados? –dijo un impresionado Eneco.

–Sí. Serán descuartizados a hachazos.

El silencio se apoderó de los reunidos. No se trataba de ninguna sorpresa, ya que la asamblea local había advertido que no toleraría ninguna infidelidad. Era el precio de una acogida incondicional.

–Estos no irán a Valhalla –se limitó a decir Eneco.

–Se encontrarán, sin duda, en Niflheim –respondió Thorvald, gratamente sorprendido por no asistir a uno de los habituales ataques de incomprensión de Eneco.

–Allí tendrán la compañía de los señores vascones y sus hidalgos –añadió Eneco.

–No lo creo. A esos se los habrá comido Satanás en un asado.

El invierno transcurrió apaciblemente. Los contactos con la asamblea local se habían hecho frecuentes y la Hermandad encargó a Visby la búsqueda de otras ciudades con quienes poder comerciar en el continente. Durante este tiempo, Thorvald y Eneco fantaseaban sobre dónde estarían Bjarni y Leifr, sobre lo bien que estaría Jacques en Rochella y sobre sus familias. A Thorvald empezaba a aburrirle la pretensión de Eneco de emparejarle con su hermana.

–Pero, Thorvald, ¿no es cierto que las uniones entre hombres y mujeres vikingos son casi siempre uniones de conveniencia?, pues esta es una negociación de conveniencia.

–Tú sigue así y verás cómo tu próximo destino será comerciar con el Califato de Córdoba.

–Pero, Thorvald, si se trata de la mejor oferta que puedas tener.

–Eres peor que la mismísima Hel.

–No será que tienes miedo de los vascones.

–¡Cállate ya!

–Espera, ¿hay otra mujer?

–Nooooo.

Las interminables discusiones sobre la hermana de Eneco no pasaban desapercibidas entre el resto de la flota. Todos veían el buen entendimiento existente entre los dos hombres, lo cual servía, sin habérselo propuesto, para que el resto asumiera que Eneco era la persona de confianza de Thorvald y, por tanto, su sustituto en caso de necesidad.

La luz iba ganando terreno a la oscuridad y, terminados los días más fríos, Thorvald decidió organizar una expedición a la cercana isla de Fårö para comprobar la puesta a punto de las naves antes de su partida de regreso hacia Hammaburg.

Partieron una mañana en la que las nubes algodonosas, impulsadas con fuerza por el viento de poniente, casi barrían la oscura y rizada superficie del Báltico. La navegación báltica tenía las ventajas de una mar casi sin olas y unos vientos

constantes pero suaves. La desventaja era que el agua estaba aún muy fría, lo cual hacía contraerse y crujir al casco de las naves.

La asamblea de Visby había dado su consentimiento para circunnavegar la isla y, a cambio de llenarles los barcos de provisiones, encargó a la Hermandad el estudio de toda la costa a la búsqueda de un puerto alternativo a Visby.

Eneco era ya un experto y no requería de ninguna observación para poner en marcha el *Roar Ege*, de manera que recayó en él la responsabilidad de encabezar la flota y partir hacia el extremo septentrional de la isla.

Antes de finalizar la primera jornada llegaron al extremo norte de la isla, comprobando la existencia de numerosas ensenadas y playas culminando en una costa baja pero escarpada que daba paso a un extenso bosque de pinos casi continuo. En la costa tan sólo vieron unas pocas viviendas pobres habitadas por agricultores y numerosos ahumaderos de pescado a la espera de ser utilizados. Los gots eran agricultores pero en temporada de pesca se desplazaban a la costa para pescar y después ahumar. De esa manera, garantizaban provisiones para el invierno. Al extremo norte de Gotland y separada por un pequeño estrecho, se encontraron con la isla de Fårö , donde atracaron para pasar la primera noche. Diez jornadas después de partir, regresaron de nuevo a Visby con sus naves probadas.

Tras hacer un acopio de provisiones y mercancías, partieron hacia el sur y pronto perdieron de vista Gotland. La vela y símbolos de la Hermandad navegaban ya por el Atlántico y el Báltico, y Thorvald empezaba a creer que su tarea adquiría visos de realidad.

Con Eneco abriendo la flota con el *Roar Ege*, iniciaron el viaje en dirección opuesta a los bandos de gansos y grullas que sobrevolaban hacia el norte. Su misión era avanzar hasta Hammaburg, parar en Ribe para entregar el ámbar y, de paso, conseguir capital.

Tras largas jornadas de afortunada navegación, alcanzaron el archipiélago de Sjæland, por donde llegarían al revoltoso mar del Norte. Navegaban de manera rutinaria cuando, a media tarde, Thorvald toco repetidas veces el cuerno para reagrupar las naves. Tras colocarse a la par, Thorvald les hizo saber a gritos:

–Hay una nave frente a nosotros y lleva las enseñas de la Hermandad.

Todos se giraron. ¿Quién podría ser? ¿Qué hacía por allí? No estaba previsto que tuvieran ningún encuentro en el Báltico. La sorpresa fue mayúscula.

–Pero… ¡Qué haces por aquí, foca germana!

–Yo también me alegro de verte, Thorvald.

–Es que no sé si alegrarme o abordarte ahora mismo. ¿De dónde has sacado esta nave?

–Es una sorpresa.

–¡Olav Grimm! Quedaba claro que ésta era una organización seria de comerciantes, navegantes y exploradores. No de juglares épicos.

–Lo siento, el invierno se hacía largo y quería daros una alegría, vengo de Alt-Lübeck.

–¿Y la nave?

–Un encargo a un constructor local. Hace tiempo que contacté con él. Me dijo que procedía de Lödöse y que su carpintería naval era comparable a la de otros constructores.

–Tiene un aspecto realmente magnífico.

–Seguidme todos a Alt-Lübeck. Quedan algunas horas de luz, podremos llegar antes de que se haga de noche.

La flota siguió al *Hammaburg I* hasta el pequeño embarcadero en la ribera del río Trave, que debido al inicio del deshielo bajaba con un caudal considerable.

El *Hammaburg I* era una nave algo más ancha que los barcos de la factoría de Dubh Linn. Su constructor había empleado pino negro salvo para los remos, mástil y quilla que estaban fabricados de abedul, para conseguir la máxima flexibilidad. El calado era hondo, lo cual le inhabilitaba para la navegación por costas bajas o lagos, pero le convertía en un excelente barco de carga. Propulsado por una excepcional vela, había hecho a Thorvald emplearse a fondo para que el germano no les sacara millas. Era un barco distinto pero muy bueno.

–Oye, Olav, en cuanto vendamos el ámbar, quiero que vayas donde el carpintero de Alt-Lübeck para hacerle un encargo.

–¿Cuantos quieres?

–Dos iguales a este. El *Hammaburg II* y el *Hammaburg III*.

–¡Vaya! Y yo que había pensado que estabas enfadado.

–Estoy enfadado por tus juegos infantiles, pero los barcos son buenos y necesitamos carpinteros en diferentes ciudades para atender a toda la flota.

La escala en Alt-Lübeck fue corta. Olav Grimm les presentó a Gösch, su contacto en la pequeña y activa ciudad. El enlace por tierra entre Hammaburg y Alt-Lübeck se podía hacer en varias jornadas, evitando el paso marítimo por Jutlandia y Sjæland. De esta manera, se podía sortear a cualquier rey vikingo enfadado o el duro paso del Atlántico al Báltico en épocas de mala mar. Sin embargo, la brillante idea de Grimm

tenía un inconveniente: un cuarto de la carga descargada en Alt-Lübeck sería para el emperador. Un alto precio, aunque en determinadas circunstancias podía llegar a ser hasta una buena solución.

Aprovechando que a mediados de primavera los días eran muy largos, la flota siguió su rumbo hacia Ribe. En esta ocasión, el paso desde el Báltico hacia el Atlántico fue un gran momento, sin temporales ni sobresaltos. El gran mar les recibía de nuevo y, a pesar de los duros recuerdos del otoño anterior, entraban en él con ansiedad e ilusión. Además, la navegación por costa de Jutlandia fue un placer que sirvió a Eneco para repasar mentalmente sus referencias de la costa y afianzar sus conocimientos.

Una vez en el Atlántico, el sostenido viento propulsaba las naves a gran velocidad, todo era perfecto. Durante la noche la luna llena les permitió navegar casi al mismo ritmo, sólo ligeramente detenidos por el viento, que se tomó un descanso mientras que la luna reflejaba con gran potencia una luz que convertía la superficie del mar en un tapiz amarillento. Eneco no durmió ya que el sueño no era suficiente obstáculo para prescindir de tal espectáculo. A media mañana, por fin, llegaron a Ribe.

11 Pueblo germánico habitante en la isla de Gotland, cuya denominación propia era Gutar.

26

Holger Boenisch estaba tumbado sobre la hierba. Así disfrutaba mejor de su olor, impregnado del aroma salino que procedía del Wattenmeer. Durante las vacaciones y fines de semana, Boenisch se excusaba de su familia y se escapaba hasta "su lugar". Allí, recostado bajo un magnífico enebro, recordaba al niño que fue, feliz pero atormentado. Un niño que pasaba largas tardes dedicado a la caza de los seres que se esconden entre la hierba. Tumbado boca arriba, esperaba que hormigas, saltamontes y demás bichos le saltasen encima.

Fue un niño curioso y sensible. Si se cruzaba con un indigente o con una persona visiblemente enferma, se sentía mal, no podía controlarlo y se preguntaba por qué existía tanta injusticia. Sin embargo, cuando veía a personas desconsideradas que hablaban con dureza, insultaban o agredían a otras, las odiaba con fuerza.

Pasó su infancia despreciando a los matones del colegio. Nunca se metió en una pelea, huía de ellas, pese a que le provocaban a menudo debido a sus magníficas calificaciones o a su insignificante físico. Él agachaba la cabeza y evitaba problemas. Ahora, cuando veía a algún antiguo compañero de colegio, se tomaba la revancha: algunos habían envejecido mal, otros eran unos zoquetes ignorantes y ninguno había alcanzado su magnífica posición académica. Todos habían recibido las mismas oportunidades y, herencias al margen, él había sido quien mejor las había aprovechado.

Boenisch defendía a ultranza la idea de que las herencias genéticas no aportaban nada a la inteligencia y al conocimiento. Según él, sólo eran determinantes el esfuerzo, el trabajo y, quizá, el ambiente familiar. Cuando reflexionaba así, el alemán se reconocía rencoroso y éste no era un sentimiento que le gustara, pero a su edad ya había admitido que el rencor también forma parte del género humano. A su juicio, el ciclo de la vida era largo y justo y el éxito o la felicidad conceptos a largo plazo, no instantáneos, de manera que la vida termina dando su justo merecido a quienes han abusado de los demás.

Holger había sido un niño muy unido a sus padres, cuya posible muerte era un pensamiento que le aterrorizaba, pero ese crío también había sido un soñador inconformista y una persona fiel a quienes le demostraban buenos sentimientos. A menudo se sorprendía a sí mismo por lo duro que podía ser con quienes le fallaban y

no se reconocía como un niño bueno y obediente. Aún le pesaba el episodio con Jouko en Dublín. Pensaba mucho en él y sentía gran pena. Aunque en el fondo sabía que el Dr. Saarela era una persona feliz a su manera, no podía dejar de pensar en la dura situación que había sufrido con el accidente de Annika. ¿Por qué les había ocurrido tan dura desgracia? Se permitió incluso especular sobre el camionero borracho que la atropelló. Pensó que sería el clásico chulo de colegio, desinteresado por el trabajo y orgulloso de su listado de suspensos, marrullero y violento, acosador de chicas y abusador de niños pequeños. Redujo a aquel miserable a la más baja de las categorías humanas, lo odió.

Tras unos minutos volvió a pensar: ¿y si era un pobre hombre que había sufrido una desgracia? ¿y si bebió ya que su vida sobria era insoportable? ¿cuánta gente bebe para olvidar? No tenía sentido odiar a un hombre que no conocía. Esa no era la verdad de la vida, la verdad de la vida no lleva resentimiento ni odio, la verdad de la vida lleva buenos sentimientos.

Si algo había aprendido de la vida era que su patria era la infancia. La ilusión ante la llegada de su padre, el olor de las comidas de su abuela, el amor infinito de su madre, las magníficas jornadas de pesca de crustáceos en la playa o aquellas batidas vespertinas de lagartijas y saltamontes. Y qué decir de las noches de observación de estrellas. Una infancia feliz y ordenada es la mejor patria y religión que cualquier ser humano puede ambicionar, y las únicas que merecen ser objeto de proselitismo.

Después de estas reflexiones, Boenisch se sintió con mucha más energía. Pensar en su vida le ayudaba a dar con soluciones sencillas e ingeniosas, a explorar en los puntos donde podría encontrar respuestas a sus preguntas. Cogió el teléfono y llamó a Jouko.

– Jouko, ¿cómo estas?

–¿Que estás en Montreal? ¿Qué haces ahí?

–¿Que vas a pasarte dos meses investigando restos arqueológicos por la costa de Labrador y Terranova? ¡Tú si que sabes vivir! En realidad, te llamaba porque hay varias cosas que no me encajan.

–No, lo del enterramiento en grafía latina en lugar de rúnica no tiene ningún misterio. En Ribe había personas que hablaban el latín en el siglo XI, eso no es ningún problema. Lo que me extraña es que en las prospecciones de naves no hayáis encontrado restos de mercancías. No sé, restos orgánicos, como huesos de fruta, de animales, no has citado ninguna herramienta. ¿No habéis encontrado piedras preciosas? El ámbar era una mercancía muy valiosa hace mil años.

–¿Qué dices? ¿Qué tras encontrar ámbar en varios pecios habíais deducido que había llegado de forma natural? No podríais haber sido más torpes. ¿Sabías que en Ribe estuvo el mayor mercado europeo de ámbar antes de la fundación de la Liga Hanseática?

–Jouko, siempre te digo que las grandes incógnitas tienen respuestas sencillas, busca el camino más corto, el más lógico, piensa que las personas a las que investigas tomaban decisiones triviales, con sentido, no buscaban ocultarse de nadie ni buscaban crear ningún misterio irresoluble. Hacían su vida y tomaban las decisiones más lógicas para sobrevivir y progresar. Debemos ponernos en su lugar y buscar su pensamiento. Jouko, hagamos como Fischer y Spassky, interrumpe tus investigaciones en Canadá y veámonos en Reykjavik cuanto antes; yo parto mañana mismo. Si es necesario, voy en barco. Me alojaré en el *Bogarnes Golfklubbur*. Búscame allí.

Se puso en marcha de inmediato y entró en casa absorto, hablando sólo, gesticulando al tiempo que empezaba a revolver el frigorífico y varios armarios.

Jutta era una mujer de un carácter muy particular. Podía resultar dura en una primera impresión, pero su coraza encerraba una persona extremadamente sensible, espontanea y tierna, a la que sucesivos desengaños personales habían llevado a una forma de ser entre la insolencia y un sufrimiento interno crónico. Ella y Holger habían aprendido a respetarse con los años, aunque su convivencia no siempre resultaba sencilla.

–Bueno, ¿es ahora cuando me dices tímidamente que te marchas? –espetó repentinamente.

–No, no me marcho.

–¡Vamos, Holger! Sabes de sobra que no puedes engañarme, tu actitud te delata.

–No te engaño, Jutta, no me marcho: ¡nos marchamos!

–¿Y a donde, si puede saberse? –Jutta mostró una indiferencia absoluta.

–A Islandia.

27

Al finalizar el invierno, Ribe volvía a la vida tras una oscuridad que lo dominaba todo desde el inicio del otoño. La población, inicialmente formada por ganaderos nómadas y aventureros, se había transformado en agrícola y comercial, pero las factorías y fundiciones estaban lejos de su influencia, en Norveg y Götaland. La producción agraria era cada vez mayor, lo cual significaba que los bondis ocupaban terrenos más extensos y había menos tierra para los iniciados, lo que empujaba a muchos a la navegación: la comercial, a la mayor gloria del Clan Tilsted y sus florecientes negocios, y la guerrera, en las bancadas de Sven Tveskæg. Por todo ello, Ribe respiraba prosperidad y relativa tranquilidad. Y la ausencia de enemigos reales, confirmada mediante un pacto de no agresión con el imperio germano, la incrementaba.

Thorvald y Ulf Larssen negociaron rápidamente un pago de mil monedas de plata a cambio de ámbar. Con tan fantástico trato, el objetivo estaba más que cumplido y se establecía una base permanente de la Hermandad en Ribe, encabezada por Larssen. Su cometido sería abrir la ruta del comercio de ámbar báltico. Para ello, Larssen se quedó en puerto con un snekkar y con el *Roar Ege*, y con el cometido de partir hacia Visby cargado de sal y productos manufacturados para establecer otra base permanente allí.

Thorvald decidió que era el momento de dar un paso más. Habían establecido bases en Rochella, Hammaburg, Ribe y estaba en curso la de Visby. Britannia no interesaba, puesto que era el campo de batalla de Sven Tveskæg. En Dubh Linn y Alt-Lübeck tenían sus factorías de construcción de buques. Debían de continuar su expansión hacia el sur del Atlántico y hacia las colonias atlánticas. Para continuar con su proyecto debía encontrarse con Leifr y Bjarni. En cuanto a Eneco, había llegado el momento de enviarlo a casa, una base en Vasconia sería un apoyo excelente para la Hermandad. La cuestión era cómo salvar la tiranía de los señores feudales. ¿Estarían dispuestos a un acuerdo comercial? ¿Aceptarían albergar en sus puertos una nave extraña?

Thorvald se encontró con el joven vascón, que salía de la catedral de Ribe.

–Parece que tienes mucha fe en ese Dios, cada vez que puedes entras a la catedral.

–No es cuestión de fe, me gustan el silencio y la luz de su interior. Me permite pensar y me ayuda a seguir adelante con nuestros planes.

–Eneco, pronto partiremos hacia Hammaburg; debo discutir algunos asuntos con Olav Grimm y formalizar un préstamo. Sabes que la Iglesia de Roma ha condenado la usura en los préstamos y el Clan Tilsted, por el contrario, bendice la usura. ¿Cómo verías la posibilidad de volver a casa?

–Ya estoy en mi casa. Mi casa es la flota.

–Eneco, hace un año que partiste de Vermelio. No te pido que te vayas, pero la Hermandad necesita seguir expandiéndose, nos vendría bien una base en tu tierra.

–Desconfío de los gobernantes de mi tierra.

–Yo también, pero debemos buscar acuerdos con todos los poderes políticos.

–Quiero seguir navegando y conociendo nuevos lugares.

–No te estoy pidiendo que te quedes en Vermelio. Te pido que abras una base, que busques personas que administren la base y que seas el enlace entre Vermelio y la Hermandad. No te pido que te quedes en tierra, eres más útil a bordo de una nave.

–Quiero continuar navegando.

–Eres un cabezota.

–Y tú debes de estar sordo. Quiero seguir aprendiendo.

–Iremos a Hammaburg y debes comprometerte a cumplir el cometido que se te dé.

–Detesto las órdenes, embarqué para ser libre.

–Si todos los marineros fueran libres, la navegación sería imposible.

–Lo pensaré.

–No pensarás nada. Tendrás derecho a opinar y a expresar tus ideas pero acatarás la decisión de la mayoría.

Si entre estos dos hombres no se hubiera tejido una conexión especial a lo largo de mucho tiempo, el desencuentro hubiera terminado en ruptura, pero no era así por lo que marcharon en silencio hacia el embarcadero a preparar las naves.

Varias jornadas después, partieron rumbo a Hammaburg. Cuando finalmente entraron en el Elbe, amanecía y la neblina se movía de manera espesa y calmada sobre la superficie del río y sus riveras. El río bajaba con fuerza, aunque el brioso viento de poniente les permitía remontar hacia la ciudad sin el uso de los remos.

El corto viaje sirvió a Eneco para pensar en su familia, en su hermana, en sus amigos, en el Vermelio de su infancia. Al pasar junto a una isla que se formaba en el centro del río, recordó que Hammaburg quedaba a media jornada de navegación. En ese instante vino a su memoria el recuerdo de María Nilssdottir. ¿Continuaría en

Hammaburg? ¿Tendría marido? Consciente de que la prudencia era una gran virtud, decidió actuar de manera sosegada, aunque se sorprendió recordando a María como hacía tiempo que no lo hacía.

El trayecto había sido un placentero viaje de recuerdo de vivencias. Pero al poco de llegar al embarcadero, se desató una tormenta de gran violencia. El viento arremolinado movía la vela a su antojo mientras caían cortinas de agua. Bajo una lluvia torrencial, los hombres abatieron mástiles y recogieron velas, protegiendo las naves.

La impresionante tormenta cesó finalmente, trasladándose hacia el interior del continente. Mientras el cielo se despejaba, la corriente se incrementaba mansamente. Todos habían descendido a la orilla con tranquilidad, cuando vieron aproximarse a la carrera la enorme mole de Olav Grimm, gritando como una bestia.

–¡A las naves! Movedlas rápido hacia la rampa.

Thorvald y Eneco se miraron sorprendidos.

–¡Que mováis las naves! Hay que sacar los barcos del agua. La tormenta incrementará el caudal y el río arrastrará los navíos.

Saltaron a los snekker y con cierta sorpresa aún, se dispusieron a moverlos hacia una rampa próxima. Mientras veían como Olav y una cuadrilla de hombres se acercaban corriendo, comprobaron que el nivel del río aumentaba con rapidez y la corriente era cada vez más fuerte. De repente, se oyó un crujido violento, y al volverse para ver de dónde procedía el ruido, comprobaron cómo un batel con cuatro hombres abordo había sido embestido por un tronco flotante y era arrastrado por la corriente. Rápidamente, se pusieron a los remos, pero la corriente era muy fuerte y las naves se descontrolaron en los pocos metros que quedaban hasta la rampa.

Olav esperaba con un gran grupo y varios cabos dispuestos para evitar el arrastre de la corriente. Eneco recogió uno de ellos, lo ató de inmediato a proa y vio como la suma del esfuerzo de los hombres a los remos y del grupo de tierra tirando de los cabos les dirigía hacia la rampa. Miró a popa y comprobó que el snekker de Thorvald se alejaba hacia la zona de mayor corriente. Pensó que iban a ser arrastrados hacía el río y corrió hacia proa.

–¡Parad de remar! –gritó.

–Los de tierra, echad otro cabo.

Ató el segundo cabo a proa y ordenó que los soltasen.

–¿Estás loco?

–Sí, échame dos cabos dentro de la nave.

Cada vez más alejados de la rampa, Eneco corrió hacia popa con los dos cabos. Los snekkar, atados entre sí, pasaban cerca de ellos pero la corriente los arrastraba hacía el centro del Elbe.

–¡Soltad más! –gritó a tierra.

Thorvald entendió la maniobra y ordenó a los remeros un último esfuerzo mientras esperaba los cabos de Eneco.

Eneco lanzó un cabo que engancharon los hombres de Thorvald. Ataron los tres barcos entre sí mientras Eneco pedía más cabos desde tierra, ató dos cabos más a popa y dos hileras de hombres tiraban desde la rampa. Tras un periodo agotador, las tres naves quedaron intactas en tierra firme. Entre tanto, los hombres se reponían del esfuerzo mientras miraban hacia el Elbe, que arrastraba todo a su paso: árboles, rampas, botes y alguna barca ligera con hombres a bordo. Thorvald se acercó a Eneco y le abrazó.

–Gracias.

–Tú hubieras hecho lo mismo. Era nuestra obligación.

Grimm se acercó a ambos.

–Este vascón está loco.

–No –dijo Eneco–. Es nuestra obligación prestarnos apoyo.

–Podríais haber sido arrastrados todos.

–Un navegante debe de auxiliar a sus compañeros, aunque esté su vida en juego.

–¿Quién te ha enseñado eso, vascón?

–Mi padre, mi primer patrón, José Ibarra, y Thorvald, que siempre está pendiente de los demás.

–Ya –dijo el germano–. Vamos a abrir un barril de cerveza, que nos lo merecemos.

Durante su estancia en Hammaburg, Thorvald se reencontró con sus hermanas, que habían encontrado nuevas parejas gracias a las artes de Grimm y habían decidido no volver a las colonias del Atlántico.

Entre tanto Eneco fantaseaba con la piel de María Nilsdottir, descubriendo que el adolescente que había sido se había desvanecido entre el Atlántico y el Báltico. Aun así, no se atrevió a preguntar por ella, esperaba que apareciera de manera súbita, algo que no ocurrió.

Tras varias semanas en la ciudad, cuando nuevamente se preparaban para partir, Eneco se dio cuenta de que su futuro próximo no le preocupaba en absoluto, aquella

discusión con Thorvald y su probable regreso a Vermelio no le habían vuelto a inquietar.

–Eneco, debemos hablar. No has vuelto a preguntar por tu destino. ¿Qué te ocurre? ¿Qué hay en tu cabeza?

–Me ha pasado una cosa extraña: la famosa discusión sobre Vermelio no me ha perturbado lo más mínimo.

–Eso significa que tu cabeza está ocupada en otras cuestiones. ¿Podríamos hablar de ello?

–María Nilsdottir.

–¿María? Te dije que no te hicieras ninguna ilusión al respecto.

–Cierto, pero al volver a Hammaburg la llama se ha encendido sola, sin aviso, no sé qué ha pasado. Llevo todo este tiempo esperando que aparezca y ni siquiera he sido capaz de preguntar por ella.

–Pues no preguntes. Podrás imaginar que en una gran ciudad como esta, llena de gente nueva, una mujer joven, bella y sin pareja no permanecería sola, esperándote. Además, ella venía de una vida muy dura y buscaría un poco de estabilidad.

–No lo sé. Me gustaría verla.

–La tienes detrás de ti.

Nada más escuchar las palabras de Thorvald, Eneco deseó esconderse. No estaba preparado para el encuentro. Su estómago se contrajo hasta el vacío. Después de tanto tiempo esperándola ahora prefería que no se hubiera presentado. Empezó a recoger bultos, haciéndose el despistado. Se haría el sorprendido y luego hablaría con ella de manera distendida con su mejorado dansk tunga, se reirían… En un instante, la mente de Eneco procesó deseos y pensamientos de una manera prodigiosa.

–¡Vascón! –un rudo grito de Grimm interrumpió su estrategia.

Se giró y la vio. El estómago de Eneco se contrajo aún más, su cara adoptó una penosa expresión de idiota: Grimm llevaba a María cogida en brazos.

–¿Conoces a María, verdad?

–Si, claro –fue su tímida respuesta.

–Este invierno hemos contraído matrimonio.

Eneco pareció alelado. Miró a Thorvald que a su vez le miraba con clara reprobación. No había duda, lo estaba encajando fatal.

–Pues enhorabuena, habrá que celebrarlo –dijo Thorvald.

–¡Sí! Voy a por mi mejor barril de cerveza.

Grimm se fue llevándose a su flamante esposa en brazos, mientras Eneco permanecía inmóvil cruzando su mirada con la de María, que sonreía dulcemente

según se alejaba.

–Eneco, he visto tu mirada, te lo dije y aun así has caído. Sólo te digo una cosa más: deja las cosas como están y ni se te ocurra hablar con María, el más mínimo roce se saldaría de manera dramática. Además, estamos en casa de Grimm y aquí manda él.

–No puedo entenderlo.

–Eso es, no puedes entenderlo, el problema es tuyo ya que yo sí que puedo entenderlo.

–Pero es que Grimm…

–¡Vale! Grimm es una gran persona. No olvides su generosidad con nosotros y su ayuda a la Hermandad. Pídele cualquier cosa razonable y verás como se desvive por conseguirla. No le juzgues, acéptalo, y ya está.

–De acuerdo, tienes razón, lo olvidaré, pero prefiero no actuar ignorando a María, me parece una estupidez y sólo serviría para mantener mi sentimiento actual. Creo que es mejor hablar con ella y con Grimm con naturalidad.

–Está bien.

Un sentimiento de tristeza que no sabía explicar le atrapó por completo. Anochecía en Hammaburg, mientras él permanecía sólo, sentado en la orilla del lago Alster. Desde allí contempló los fuegos en torno a los que cenaban y festejaban sus compañeros el acontecimiento. La soledad lo acompañó hasta el amanecer.

Hacía ya varios meses que Thorvald y Eneco no navegaban juntos, pero esa mañana partieron juntos hacia su nuevo destino.

–¿A dónde vamos?

–A Dubh Linn, en la isla de Hibernia, hacia poniente, en medio del Atlántico. Debemos partir ahora ya que la ruta suele ser escenario de grandes temporales desde otoño hasta primavera.

–¿Para qué vamos?

–Eres un navegante fiable pero necesitas saber cómo se construyen los barcos.

–¿Y qué hay de Jacques? Íbamos a encontrarnos todos aquí pero Grimm ni lo ha mencionado.

–No ha tenido noticias suyas.

–¿Cómo? ¿No tenemos noticias de Jacques y nos quedamos tan tranquilos? Pero, ¿qué tipo de personas somos?

–No te alteres.

–¡Déjame, vikingo! A ver si mostramos un poco más de emoción y sentimiento por nuestros amigos y familias.

Thorvald comprendió y respetó su reacción. Grimm había recibido dos visitas rápidas de Jacques de Olhagaray durante el invierno. La última vez le había dicho –"regresaré en breve, tengo mis bodegas de Rochella llenas de mercancías"– pero no había vuelto. Grimm temía lo peor pero prefería esperar sin descartar que un temporal o un desafortunado encuentro pudieran haber terminado con aquel hombre y su nave.

Eneco pasó el viaje ensimismado, observando las nubes y el viento, llorando a Jacques y huyendo del contacto humano, lo cual era difícil en una nave tan pequeña y ocupada por tantos hombres. Apenas intercambió impresiones con Thorvald quien asistía perplejo a la madurez y sensatez de las decisiones de Eneco que, con unas mínimas nociones sobre navegación por aquellos mares, fue capaz de conducirles por el mar del Norte desde Hammaburg hasta el promontorio de Duncansby en Scotia y desde allí, por el mar de las Hébridas, hasta Hibernia.

Durante la aproximación hacia Dubh Linn, ambos amigos rompieron el hielo que les había mantenido incomunicados. Los perfiles altos y abruptos de la costa de Scotia y de las islas Hébridas los habían embrujado y resultaba fácil hablar de lo sencillo que resultaba su identificación, lo duros que eran allí los vientos pese a navegar en las mejores fechas, la ausencia de grandes ríos y la fuerza de las corrientes.

Habían decidido no tocar el tema de los sentimientos de forma tácita y ambos entendieron que se necesitaban, por lo que no tenía ningún sentido evitarse. La navegación y los planes futuros borraron los desencuentros. Al final resultaba inevitable que dos hombres que habían vivido durante un año en un espacio común tan restringido no tuvieran algún desencuentro y ambos lo entendieron y lo asumieron, como también comprendieron que las páginas dolorosas no debían cerrarse en falso y que era más productivo discutir y debatir que ocultar y silenciar.

–Thorvald, ¿crees que Jacques murió?

–No lo sé. Está claro que ha tenido algún incidente, de lo contrario hubiera estado encantado de encontrarse con nosotros en Hammaburg. Grimm está muy preocupado y ha enviado un snekker hacia Rochella. Nos enteraremos.

–Era un buen hombre.

–Y un buen navegante, pero no lo des por muerto, sabe cuidarse y debemos esperar.

–Esperaremos.

El canal de las Hébridas ofreció unas condiciones excelentes con un gran viento y sin olas, era un canal de agua gris oscura, siempre rizada. La aproximación hacia Dubh Linn les llevó por una costa baja y llena de dunas. Fondearon para pasar la noche aprovechando un crepúsculo de calma.

Amaneció con una densa niebla que salía de una bahía donde desembocaban varios ríos que se mezclaban en una laguna. Antes de que se pusieran en marcha, recibieron la visita de varias naves ligeras propulsadas a remo.

–Naves, Thorvald.

–Si, claro, posiblemente nos vigilan desde ayer. Por los barcos, son vikingos.

–¿Pero esta isla es vikinga?

–No, pero mis compatriotas llevan asentados aquí mucho tiempo. Primero llegaron en pequeñas expediciones de saqueo, sobre todo de iglesias y monasterios. Algunos se fueron quedando, establecieron una base permanente y en la actualidad hasta tienen un rey, pero hay más poblaciones vikingas en Hibernia y Scotia. ¿Te acuerdas de las islas Orkneyjar que avistamos nada más llegar a Scotia? Están bajo el gobierno de Sigurd Hlovidsson, un mercenario vikingo al servicio de Svend Tveskæg.

–Entiendo que Hibernia no tiene un gobierno unitario.

–No. En Dubh Linn gobierna nuestro aliado, Sigtrygg Silk-beard, pero hay muchos clanes tribales que se dedican a batallar entre ellos. El gobierno más cohesionado de Hibernia es el de la iglesia, que está presente en toda la isla. Además, los vikingos y nativos se han mezclado. Sigtrygg Silkbeard ha nacido en Dubh Linn y su madre no es vikinga.

–¿Qué haremos?

–Aquí viven algunos de los mejores carpinteros. Hemos traído la mayor parte de nuestros beneficios así como los préstamos solicitados al Sacro Imperio Germánico para encargar una flota de langskip, knorr y snekker. Necesitamos naves y de paso integrar Dubh Linn dentro de nuestra organización.

–¿Me estás diciendo que hemos venido cargados de monedas y no me has dicho nada?

–Tampoco has preguntado nada. Has permanecido ensimismado, gobernando la nave en silencio, apenas comentando incidencias sobre la navegación o las tierras que veíamos. Cada vez que has visto una vela, has puesto millas de por medio; estaba claro que no querías encontrarte con nadie, parecía que conocías el botín que llevábamos. Nos has dado una clase de navegación y como no tenías preguntas, no has obtenido respuestas.

–¿Cómo es que venimos solos con esa fortuna a bordo?

–¿Qué quieres? ¿Mandar una flota de diez naves para que nos vean y nos persigan?

–Tienes razón.

Los barcos que salieron a su encuentro les escoltaron hasta un embarcadero que mostraba una intensa actividad naval. En tierra descansaban los esqueletos de naves en diferentes grados de construcción. Un representante de Sigtrygg Silkbeard llamado Hund les acompañó hasta una amplia nave donde pudieron conversar.

Hund era un hombre menudo pero robusto y fibroso. Una constelación de pecas daba algo de color a su cuerpo, donde, por lo demás, apenas se veía pelo. Vestía con una absurda piel hecha de jirones y sus manos mostraban que multitud de herramientas habían colisionado contra sus dedos, llenos de llagas, magulladuras y cicatrices; varios dedos estaban amputados. Era un carpintero, sin duda alguna.

Como Sigtrygg Silkbeard estaba de campaña militar, Hund les propuso ocupar un almacén del embarcadero y ayudar en la construcción naval a cambio de alojamiento. Necesitaban mano de obra y a Thorvald le pareció una gran idea que todo el grupo aprendiera unas nociones básicas de carpintería.

Hund resultó ser muy hábil. Se pasaba el día recorriendo las naves en construcción y corrigiendo los trabajos. Cuando era necesario cogía una herramienta y se ponía manos a la obra. Colgando de su cintura, llevaba una abultada y pesada bolsa con remaches, clavos y tornillos de fundición; así se entendía su retorcida chepa. Una mañana Thorvald sintió como se deslizaba tras él y se quedaba mirándolo fijamente.

–¿Dónde demonios has aprendido a trabajar tan bien la madera?

–Soy hijo de carpintero y he permanecido largo tiempo construyendo naves en Ibaiune, Vasconia, al sur del reino de los francos, en un remoto puerto donde había una colonia de vikingos.

–¿De dónde eres?

–Mi familia procede de Norveg.

–¡Norveg! Mis antepasados vinieron de allí. ¿Cómo es? Nunca he salido de Dubh Linn.

–¿Nunca? ¿Cómo puedo entonces explicarte cómo es Norveg? Hay grandes montañas que entran directamente al mar y casi no hay playas. El continente está lleno de lagos y hay una zona de hielos permanentes, los Jökul. El agua es abundante, al igual que la pesca.

–¿Y por qué os fuisteis?

–¿Y por qué se fueron tus antepasados?

–Huyeron de un tirano llamado Harald, un perro sarnoso que no les dejaba vivir.

–Desde entonces, Hund, los vikingos hemos hecho del viaje y la navegación nuestra forma de vida. Mi padre me transmitió el amor por el mar y me enseñó que el mundo es demasiado grande para vivir siempre en el mismo lugar. Sólo aplico esas enseñanzas.

–Sigtrygg Silkbeard volverá en dos o tres días. Entonces podréis hablar con él.

Hund terminó la conversación de la manera seca y cortante que acostumbraba, y se marchó arrastrando su saco de herramientas, remaches y clavos.

Efectivamente, Sigtrygg Silkbeard llegó por tierra acompañado por un ejército compuesto por centenares de hombres. A Thorvald, que le solía esperar mirando al mar, le descompuso su imprevisión. Había dado por supuesto que llegaría por mar y no había barajado más opciones, ¿de dónde vendría?

Thorvald y Eneco se reunieron con él al día siguiente. Sigtrygg Silkbeard tenía el aspecto de cualquier vikingo, aunque era ligero y de poca estatura. Su pelo castaño, ojos profundamente azules, piel tostada y su abundante bigote amarillo le delataban. Podría haber venido con ellos desde Hammaburg, aunque su estrambótica vestimenta, coronada por un casco de cuero con dos alas de ave laterales, no eran lo habitual. Era, además, un hombre estridente, casi alocado, una especie de Calígula hiberniano con aires de emperador. Cuando les presentaron, no se anduvo con rodeos.

–Qué queréis y cuánto dinero traéis.

–Queremos diez naves.

–¿Diez? ¿Dónde vas tú con esa flota?

–No es asunto tuyo –respondió Eneco de manera contundente.

–¿Y tú quien eres?

–Su nombre es Eneco de Baigorri, es mi segundo, y suscribo totalmente su respuesta.

–Tú no eres vikingo.

–No lo soy. Soy vascón de Vermelio. Pertenezco a una organización que no establece fronteras y que busca el comercio y la colonización de nuevas tierras sin intereses territoriales.

–¡Qué bonito! ¿Cuánto dinero traéis?

–Suficiente para pagarte cinco langskip, cuatro knörr y cuatro snekker.

–Permíteme que me ría. Habéis llegado con una veintena de hombres en un barco y os queréis marchar en trece naves. ¿Cómo lo haréis?

–Dinos cuando nos entregarás las naves e iremos llegando para llevárnoslas.

–No os puedo dar trece naves, no os conozco.

Llegados a este punto, Thorvald estaba ya un tanto acalorado. Sigtrygg Silkbeard tenía la mala costumbre de responder de inmediato y sin pausas ante cualquier cuestión que se le plantease, algo que irritaba a cualquiera. Además, nada más responder y a la espera de la respuesta de su interlocutor, adelantaba la cabeza y abría los ojos de manera que parecía que iban a saltarle. Este comportamiento estuvo a punto de hacerle perder los nervios. Sin embargo, cerró los ojos y se recomendó calma. Luego prosiguió.

–Tenemos un acuerdo con el Clan Tilsted de Ribe. Como sabrás, Tilsted comercia bajo la supervisión de Svend Tveskæg, rey de Dannevirke y señor del conde de Orkn, a cuya sombra te mueves. Nuestras factorías se asientan por toda Europa y el Clan Tilsted espera obtener grandes beneficios de todo ello. Podríamos proporcionarte con rapidez herramientas que ahora te llegan con dificultad. Además, construiste una nave para uno de nuestros miembros, Leifr Eiriksson, luego déjate de rodeos y dinos cuándo.

Se creó un silencio de unos segundos. Sigtrygg Silkbeard miró con cara cómica a Thorvald y Eneco, parecía que se iba a reír de ellos, abrió la boca y después de dos o tres sonidos irreconocibles arrancó.

–Bien. Hablaré con nuestro maestro carpintero. Podremos entregaros varias naves al final de este verano. La siguiente entrega la haremos el próximo verano. Para ello, necesitaré que me proveáis de piezas de fundición desde las ferrerías de Norveg. Si el suministro es regular y fiable podré entregaros alguna nave en pago. Y ahora, y como es costumbre en esta casa, estáis invitados a un banquete de bienvenida.

Eneco y Thorvald se miraron perplejos, no dijeron nada, ni falta que hacía. Habían vivido situaciones extrañas durante el último año pero ninguna tan estrambótica como la ocurrida en casa de Sigtrygg. Salieron hacia el embarcadero para avisar al resto de la tripulación. En cualquier caso, se dieron cuenta de la importancia del acuerdo firmado con el Clan Tilsted. El odiado y temido Svend Tveskæg les había abierto puertas remotas a través de sus aliados comerciales.

Durante el banquete, Sigtrygg Silkbeard se dedicó a explicarles con detalle la confusa situación política de la isla de Hibernia, condicionada por las luchas entre dinastías. Se perdieron totalmente en la histriónica e inconcebible historia de las alianzas matrimoniales preparadas por Máel Mórda y Brian Boru, los dos principales aspirantes a la corona de Hibernia. Las alianzas afectaban directamente a Sigtrygg, cuya madre, Gormlaith, era hermana de Máel Mórda. Pero les pareció entender que

en realidad estaba emparentado con ambos que, además, le solicitaban el apoyo militar de las colonias vikingas de Dubh Linn y las islas Orkn.

Tal fue el lío planteado por aquel simpático y desconcertante hombre que decidieron no proponerle el mantenimiento de una base estable de la Hermandad. Utilizarían los excelentes astilleros de Dubh Linn para proveerse de naves y, mientras las intrigas lo permitieran, únicamente emplearían Dubh Linn como escala o punto de desembarco de mercancías, algo que casi les rogó Sigtrygg.

Se retiraron a dormir aturdidos por las ingentes cantidades de hidromiel, cerveza, jabalí y oveja asada servidas y por lo enrevesada y complicada que pintaba la situación de aquel perdido enclave vikingo. Les esperaba una larga serie de días de duro trabajo de carpintería, codo a codo con los hombres del virtuoso Hund.

28

Finalmente, Holger y Jutta Boenisch volaron hasta Reykjavik. Aprovechando la estabilidad atmosférica, la comandante de vuelo les obsequió con un vuelo casi rasante sobrevolando fumarolas y géiseres, áreas de lodos termales con cascadas, lagunas azuladas con campos de lava tapizados por multicolores colonias de líquenes que dibujaban todas las posibles opciones verdes.

Desayunaron y sin perder más tiempo, cogieron su todoterreno de alquiler y se dirigieron hacia la *Ring Road*, vía Bogarnes, donde estaba su hotel. La Ring Road es una especie de pista con un excepcional ancho que permite el cruce de dos o tres vehículos de descomunales chasis, diseñados para que las piedras no dañen sus carrocerías. Bordearon el Atlántico por el estrecho hueco que dejan las montañas volcánicas que emergen casi sin avisar desde el mar, transitando sobre el único pasillo disponible.

La pareja viajó sin prisa. En el camino, pararon frente a un café-bar, una cabaña de madera tintada con un gran porche lleno de sillas vacías. Se bajaron y, pese a la luz y el cielo intensamente azul y limpio, recibieron el frio impacto del aire polar y un increíble olor a verde y a agua, a naturaleza y a gas sulfuroso. El establecimiento estaba abierto, aunque no vieron a nadie. El interior, amplio, diáfano y austero, mostraba una magnífica chimenea chispeante. En la entrada, una estantería para zapatos y varias perchas vacías. Se miraron pensando qué hacer y optaron por entrar hacia el fondo, donde había un pequeño mostrador de madera con café y pasteles de todo tipo. Según entraban apareció por una puerta lateral una joven de larga trenza rubia y ojos rasgados que se les acercó con sigilo pero aparentemente apresurada.

–¡*Wilkommen*! Los zapatos y chaquetas en la entrada, por favor –fue lo que les dijo.

–Cómo sabía usted…

–No hay duda de que ustedes son alemanes –les respondió la chica sin dejarles terminar la frase–. ¿Qué desean?

–Queremos comer algo.

–Siéntense mientras traigo la carta. Para beber, sírvanse lo que deseen. Hay café, cerveza, aguas *Voss* y *Vatnajokulsfoss* y refrescos.

Boenisch se sintió perturbado por la diligencia de la chica, que les puso sobre la mesa un plato de pescados ahumados y un cesto con pan de cereales. Se sirvió dos cervezas y las llevó a la mesa, donde ojeó la carta.

–¿Qué pasa, Holger?

–Nada, me sorprende tanta eficacia. No sé si es que estoy acostumbrado a la incompetencia y esta gente tan rematadamente diligente me perturba. Es como si el cuerpo me pidiera marcha, ¿no?

Repentinamente, Boenisch alzó el puño como en señal de victoria ante la mirada escéptica de Jutta, quien inclinó la cabeza para mirarle por encima de sus gafas.

–Vamos a ver. ¿A qué se debe ahora esa celebración tan infantil?

–¡Por fin lo tengo, Jutta! No lo había recordado hasta ahora. ¡*Hákarl*, Jutta! ¿Te das cuenta? Este manjar no se puede comer todos los días.

– Al menos me explicarás que es el hákarl.

–¡Claro! Se trata de carne de tiburón que se macera durante largo tiempo. Tiene un sabor y un olor extraordinariamente fuertes, por lo que debemos comerlo varias veces durante este viaje para captar verdaderamente el gusto de esta maravilla. Aunque, tal vez, al principio sea aconsejable taparnos la nariz para no embriagarnos y permitir que las papilas gustativas hagan su trabajo.

–¿Debemos? Es decir, que no me das opción. Por cierto, ¿por qué huele tan mal?

– Primero se eliminan piel, vísceras, cabeza, sangre y cartílagos. Luego se entierra la carne en un foso hecho en la playa, tapado por piedras y arena y hasta donde llega la humedad. El período de enterramiento oscila entre 1 y 3 meses, transcurridos los cuales, el escualo se desentierra y se deja orear en un secadero con buena ventilación durante otros 3 o 4 meses. Si quieres, podemos ir a ver un secadero. Lo vi la primera vez que estuve en Reykjavik, aunque no me atreví a comerlo.

–¿Y por qué una maceración tan larga para ese tiburón? –preguntó Jutta mientras llegaba un nauseabundo olor a pescado putrefacto.

–Aquí les traigo su hákarl.

Se dieron la vuelta mientras la chica intervenía.

–Pero si no se lo hemos pedido aún.

–No he podido evitarles oír desde la cocina. El período de maduración tan largo se debe a que la carne cruda de cualquier escualo es tóxica por el ácido úrico que acumulan, ya que estos animales no tienen riñones. Normalmente la gente suele asociar el olor de un escualo fresco despiezado con el amoniaco, esta es la razón.

–¿Que no tienen riñones? –preguntó Jutta.

–Eso es –respondió Holger–. Debido a ello no depuran el ácido úrico sino que lo excretan, como las gallinas, es lo que se conoce como organismos uricotélidos.

–Y su carne se ventila para liberar los compuestos nitrogenados, lo cual se hace casi desde los tiempos de los primeros asentamientos vikingos –añadió la camarera.

–¿Y antes?

–No lo hacían. Anteriormente, salaban o ahumaban estos animales. Si la salazón no se hacía en una atmosfera abierta o el ahumado no era seguido de un oreo prolongado, podía ser mortal. Se utilizaba el mismo proceso que con el bacalao o el fletan, sin saber que podía ser mortal. Seguramente comenzaron a hacerlo tras alguna hambruna, no tendrían otro pescado y observaron que el olor desagradable desaparecía con el oreo.

–Interesante. Humm, ¿podría darme su número de teléfono, señorita?

–Señora. Señora Bjork Gudjohnsdottir. Estudiante de biología marina en la Universidad de Hamburgo.

–¡Qué dice! Pero si yo soy profesor por la Universidad de Hamburgo.

–Lo sé. Lo puedo leer en el pin de su camisa.

–¡Qué simple eres, Holger! –soltó Jutta mientras se comía un bocado de bacalao ahumado.

Los tres se rieron ante la situación y Holger y Jutta procedieron a comer, con más pena que gloria, el extraño hákarl.

Llegaron al sencillo hotel de Bogarnes, donde los dos días siguientes los dedicaron a distraerse, jugar al golf y pasear por las montañas y campos vírgenes y puros del entorno. Islandia no sólo es una tierra nueva en medio del Atlántico, sino también una tierra limpia y clara, un auténtico reflejo de lo que debía ser el Mundo antes de la llegada, evolución y desastre perpetrado por los homínidos.

Era miércoles y tras desayunar tomaban un último café en el porche, mientras disfrutaban del silencio sólo perturbado por las aves marinas, cuando oyeron el rugido de un coche que se acercaba al hotel. Se trataba de una vieja furgoneta que se movía de manera zigzagueante emitiendo auténticos nubarrones de un humo negro, que contrastaba con aquella pureza ambiental. La deficiente combustión del motor se confirmaba por los repentinos petardazos que emitía aquella chatarra y que se hacían más intensos según se acercaba.

Se trataba de una vieja furgoneta Volkswagen Westfalia que debía tener al menos 35 años, no en vano les recordó a Jutta y Holger su primer vehículo, donde hicieron sus primeros viajes y vivieron muchas experiencias iniciáticas.

Lo que debía ser el medio de locomoción del último hippie de Islandia se acercaba patinando sobre sus finos neumáticos y formando una nube de polvo y gasolina mal carburada. Cuando su conductor fue a aparcar en el amplísimo y vacío parking, tuvo la mala suerte de chocar contra un solitario mojón de hormigón que hacía las veces de base topográfica. El choque se resolvió con el parachoques delantero cayendo a plomo al suelo. Se abrió la puerta del coche y salió su conductor.

–Pero, ¡Jouko! ¿De dónde has sacado este trasto?

–¡Hola, amigos! ¿No es fantástico? Me informaron que el alquiler de coches en Islandia era caro. Contacté con un chaval que me ha dejado esta joya a buen precio.

Los Boenisch se miraron y eludieron comentar nada. El Dr. Saarela era fiel a sí mismo y aparecía como siempre, por sorpresa y sorprendiendo. Por supuesto, llevaba su legendaria y abultada chaqueta. Esperaron a que el recién llegado desayunara y después cogieron el todoterreno para marchar hacia Pingvellir, el emplazamiento donde los primeros colonizadores escandinavos llegados durante el siglo IX establecieron su primer parlamento, el *Althing.*

Durante un par de horas condujeron por pistas alternativas, hasta llegar al mejor paisaje imaginable, lleno de fumarolas emitiendo gas desde rocas quebradas. Lo contemplaron en total silencio durante unos minutos. Después, siguiendo un sendero, atravesaron una fosa encajonada entre dos acantilados basálticos. La fosa no tenía más de cien metros de anchura y en algunos puntos se estrechaba hasta diez o quince metros. En un momento, terminaba en un amplio valle desde el que veían la sencilla construcción que albergaba el *Althing*.

–Acabamos de atravesar la vertiente folclórica de la Dorsal Medio Atlántica –dijo Boenisch.

–¿Folclórica? –preguntó Jutta, que ya se preparaba para una de las barrocas y detalladas explicaciones de Holger.

–Me refiero a folclórica porque una dorsal oceánica es una banda de varios kilómetros de ancho donde hay una continua generación de corteza oceánica, y hemos pasado por un punto, mejor dicho por una línea, que simboliza el eje de esa dorsal y que, por tanto, podemos definir como la frontera geológica entre América y Europa.

–Continúa, Holger –dijo Saarela.

–La tectónica de placas[12] revolucionó todas las teorías sobre evolución de la tierra al concluir que la corteza terrestre está dividida en una serie de placas en continuo movimiento. Y por aquí pasa el límite entre dos placas. Este es un borde

entre dos placas que se separan continuamente, y se genera nueva corteza, de manera que Islandia se va haciendo más grande, más o menos a razón de unos milímetros por año.

–Entonces, Holger, ¿estamos en América o en Europa? –preguntó Saarela.

–Si me sitúo aquí, en el centro, con las piernas bien abiertas y mirando hacia el sur y orino hacia la izquierda, orino a Europa, y si cambio 180 grados a estribor la dirección de mi artefacto, estaría orinando en América. Pero, siendo realistas, supongo que ese límite es muy ancho, de varios kilómetros, y muy indefinido, no es como la barrera de una aduana, Jouko.

–No sé si creérmelo –intervino una escéptica Jutta.

–Eres libre de creerlo, Jutta, pero creo que nos ha traído aquí otra cuestión.

–Así es –zanjó la disputa Jouko–. Sigamos hacia el *Althing*.

Allí, atravesando la supuesta línea divisoria entre Europa y América, se sentaron junto a un modesto edificio que más bien parecía una pequeña capilla.

–Bien, Jouko, qué nos cuentas.

–Realicé un viaje a una aldea cerca de St John´s, en Terranova, donde un viejo amigo canadiense lleva años trabajando con restos de naves vikingas. Por otra parte, te hicimos caso y empezamos a buscar lo que tu llamas objetos triviales: huesos, cáscaras de frutos, restos de carnes o pescado que pudiéramos pensar que habían llegado casualmente. Y hay varias cosas interesantes. Para empezar, hay más restos en Canadá de naves que siguen el mismo patrón de las que tenemos ya identificadas.

–Interesante. ¿Más?

–Hemos encontrado ámbar sin tallar en el pecio de Seydisfjordur.

–En Islandia no hay ámbar, sin duda, lo debieron de traer para comerciar.

–Y hemos encontrado en el mismo pecio huesos de pescado que no hemos podido identificar.

–¿Has dicho pescado? ¿Tienes fotografías?

–Sí, las llevo en mi portátil.

–Vamos, tengo hambre y de la misma hablamos con una persona que nos ayudará.

Jutta y Jouko siguieron a duras penas a Boenisch, que se dirigía directamente hacia el coche. Arrancaron y, sin tiempo para ponerse el cinturón, salieron a toda marcha sin que Boenisch les informara sobre su destino.

12 Teoría desarrollada a partir de la teoría de la deriva continental formulada por Alfred Wegener. La tectónica de placas demuestra el comportamiento de la litosfera terrestre y justifica los actuales límites continentales, la generación y destrucción de corteza oceánica y continental así como los procesos tectónicos, terremotos y vulcanismo en la tierra.

29

Thorvald, Eneco y el resto de la tripulación pasaron el verano trabajando en los astilleros de Dubh Linn, sin apenas navegar. Transcurridos cuatro meses desde su llegada, habían adquirido conocimientos prácticos de carpintería naval, algo que colmaba los planes de Thorvald quien, además de haber adelantado considerablemente la entrega de las naves, había conseguido formar a los miembros de la Hermandad para que pudieran reparar una nave en cualquier punto del Atlántico. Durante ese tranquilo período, las únicas noticias entretenidas provinieron de las fechorías y locuras cometidas por Sigtrygg Silkbeard en sus extravagantes maniobras con Máel Mórda y Brian Boru, y de las ridículas vestimentas con que los sorprendía el estrafalario Hund.

El trabajo en tierra les ofrecía como recompensa contemplar cuatro magníficos langskip y dos knorr listos para navegar, algo que ponía nervioso a Eneco que ansiaba echarse a la mar para probarlos antes de sellar la compra.

Sus vidas en Dubh Linn transcurrían en una monótona rutina que estaban deseando romper. El viaje había resultado provechoso, sin ninguna duda, pero la llegada del otoño les empezaba a llenar de inquietud. Esperar en ese aburrido lugar la llegada de la primavera, rodeados de agua y madera, era un escenario que ninguno deseaba. Por otra parte, cada vez que Sigtrygg Silkbeard realizaba una incursión, regresaba con la mitad de sus tropas y maldiciendo a los dos bandos que se jugaban Hibernia, por lo que temían que, tarde o temprano, les pediría su implicación, colaboración que buscaban evitar a toda costa.

Una soleada y ventosa mañana, un inesperado grito les agitó en sus puestos.

–¡Un langskip se acerca a puerto!

Bastó una mirada entre Eneco y Thorvald para que ambos corrieran hacia la entrada del embarcadero.

–Lleva nuestra enseña en la vela y en los escudos, Eneco. Por la maniobra y por su atrevimiento navegando a todo trapo debe ser un loco o un buen marino.

–¿Podría ser Jacques?

–No, Eneco.

30

Holger Boenisch se puso a conducir con tal agresividad que ni Jutta ni Jouko pudieron decirle nada. Se desplazaban por una pista cuando atacó un cambio de rasante a una velocidad que presagiaba el vuelo. Un freno de golpe y el todo terreno se deslizó bruscamente a derecha e izquierda antes de quedar parado en mitad del asfalto, levantando una considerable nube de polvo. Varios segundos de total silencio precedieron a la liberación de adrenalina.

–¡Imbécil! Pero, ¿quién coño te piensas que eres? ¿un piloto de rallyes?

–Perdón.

–¿Perdón? ¿A qué viene tanta prisa? ¿Eh?

–Estaba ansioso.

–¿Ansioso? ¡Vete a la mierda!

Jutta salió dando un portazo y se marchó andando por la pista.

–¡Qué carácter! –dijo tímidamente Jouko.

–Tiene razón, Jouko, no he aprendido a controlar la ansiedad. Cuando me excito por una idea, comienzo a sentir un estado de nerviosismo imposible de frenar. Es como si necesitara eliminar cuanto antes todo lo que transcurre entre el origen de mi idea y su resolución feliz, no sé disfrutar de los pasos intermedios. La mayoría de las veces lo neutralizo comiendo o bebiendo, reconozco que sin medida, pero, en ocasiones, me siento al volante y empiezo a conducir alocadamente, sin darme cuenta.

–Y luego soy yo el que tiene fama de mal conductor.

–Y lo eres.

Se rieron y arrancaron hacia donde marchaba Jutta con el propósito nada fácil de aplacar su enfado, algo que consiguieron antes de llegar a la granja de Bjork. No obstante, durante el trayecto Holger tuvo que soportar con estoicismo la ironía de Jutta respecto a su forma de conducir. Aparcaron y entraron al café. Mientras Jouko sacaba su Notebook, Bjork apareció tan sonriente como siempre y comenzó a servirles.

–Bjork, hoy venimos con otras inquietudes.

–¿No servimos hákarl?

–¡Por supuesto que sí! Él es el doctor Saarela. Tiene unas fotografías de unos restos de pescado que quiero que veas. ¿Podrías ayudarnos a definir a qué especie corresponden?

–Lo intentaré. Pero tengan en cuenta que si hablamos de fauna marina tropical o de fauna abisal no podré ayudarles, lo mismo que si se trata de fauna de aguas dulces que no sea europea.

–No, hablamos supuestamente de fauna marítima atlántica.

–Adelante, entonces.

Jouko empezó a mostrar fotografías de fragmentos de esqueleto de un pez de grandes dimensiones. Cuando había pasado no más de diez fotografías, Bjork intervino.

–*Somniosus Microcephallus*. Siguiente, por favor.

–No hay más.

–¿Eso es todo? Pensaba que el reto sería mayor.

–¿Puedes especificar? –preguntó Boenisch.

–Si, claro. Tiburón de Groenlandia o tiburón Ártico.

–¿Cómo lo sabes?

–¡Por favor, señores! Se pescan a diario a Islandia, el hákarl con el que tanto disfrutan se hace a base de este escualo. ¡Es que no podían ponerme un caso más fácil!

–¿Qué podrías decirnos de este bicho?

–Se trata de uno de los mayores tiburones conocidos. Mide entre seis y siete metros y tiene mala vista, debido a un parásito que se instala en sus retinas y le provoca ceguera. Este parásito es un organismo bioluminiscente, esto es, le ciega pero, al mismo tiempo, le acerca multitud de presas debido a la luz que emite. Se pesca en Islandia y en Groenlandia; los inuit lo han pescado y conocido desde siempre pero los primeros colonizadores que llegaron a Islandia no lo comían y eso que el tiburón boreal se encuentra en todo el Atlántico Norte.

–¿Cómo sabes que no lo comían?

–Algunas sagas recogen episodios de colonizadores que, sin otra cosa que comer, pescaron un tiburón y murieron después de sufrir alucinaciones.

–Recuerdo que comentamos algo parecido respecto al hákarl.

–Se trata de la misma especie; su carne es levemente venenosa cuando está fresca debido a una toxina que produce efectos similares a los de una borrachera extrema. Esas muertes que se describen en las sagas fueron consecuencia, sin duda, de la

ingesta prolongada de carne de tiburón fresca y cruda, pero no por la toxina sino por el ácido úrico presente en su carne. Estos efectos se eliminan fácilmente mediante la cocción o salazón y oreo de la carne, algo que los inuit ya sabían. Efectivamente, hablamos de este efecto el primer día que vinieron.

–¿Podrías confirmarlo?

–Si, pero sería importante ver los restos en lugar de las fotografías.

–Bjork –dijo Boenisch solemnemente–, no hablamos de restos de anteayer. Hablamos de restos de un tiburón comido hace mil años.

–Si los restos se encuentran en Islandia, podemos ir a comprobarlos hoy mismo ya que dentro de cuatro días debo regresar a Hamburgo.

Jouko y Holger no dudaron en concederle una hora para preparar la maleta y así se pusieron de nuevo en marcha, aunque esta vez Jutta requisó a Holger las llaves del coche para evitar más deslices provocados por la ansiedad.

31

Thorvald y Eneco se mantenían expectantes en el embarcadero. El langskip estaba aún demasiado lejos para leer su nombre, aunque Thorvald ya se adelantó.

–Por su habilidad y por la nave es Leifr Eiriksson. Sólo hay otra como esa y la gobierna mi hermano Bjarni que es bastante más torpe en sus maniobras.

–¿Y las que se encargaron al carpintero de Lödöse?

–Son distintas, y el dragón de proa es inconfundible. Procede de este astillero.

–Así es –dijo Hund, que había llegado hasta ellos sin que lo hubieran visto–. Escucha, vascón, ese es el vikingo de pelo rubio y capa de cuero de foca que se llevó un langskip hace dos años, no hay duda.

Leifr Eiriksson se hizo rápidamente visible en la proa de la nave. Con toda su tripulación a los remos y el trapo desplegado se acercaba a gran velocidad al embarcadero. Cuando se encontraba prácticamente encima, plegó la vela con una velocidad asombrosa y entre carreras a proa y popa abatió el mástil, dobló el timón y trincó un remo para apoyarlo mientras que los marinos levantaban los remos. La nave viró y entre gritos enérgicos los hombres metieron los remos a la contra para parar la nave en seco. Se quedó a una distancia asumible para lanzar cabos a tierra y atracar tirando de los mismos. La asombrosa maniobra se remató con un salto de Leifr hacia el embarcadero cuando la nave aún no estaba parada. El joven vikingo se acercó hasta los dos hombres en tierra y se abrazó a ellos.

–¿Qué haces aquí?

–La organización funciona. Atraqué en Hammaburg y Grimm me ordenó que viniera hasta aquí para ayudaros a llevar las naves. He traído una treintena de hombres en el langskip.

–¿Qué sabes de Bjarni?

–Estuve con él en Thorshavn, en el asentamiento principal de Føroyar, este invierno. Está bien, de momento ha aparcado sus historias y se ha dedicado a reclutar marineros. Ha creado una base en aquel agujero.

–Bueno, no creo que Thorshavn merezca tal desconsideración.

–No estoy de acuerdo, creo que quienes colonizaron esas islas debieron confundirse de camino y en lugar de llegar a Island, llegaron a Føroyar por error.

Que se equivocasen de ruta ya significa que no eran grandes navegantes.

–¿Qué mensajes nos traes?

–Grimm nos ha convocado a todos cuanto antes en Ellenbogen. ¿Cuántas naves hay que llevarse?

–Hay cinco preparadas para navegar, además de la tuya y el *Roar Ege*. Necesitaríamos por lo menos setenta hombres para navegar con seguridad y somos menos de cincuenta.

–Recluta tripulantes en Dubh Linn.

–¿Quién?

–Cualquiera que desee salir de aquí. No creo que sea tan difícil.

–Los barcos no han sido probados.

–¿Y a qué esperamos? Empecemos mañana.

–Podemos dejar dos naves aquí.

–Grimm dejó claro que nos tenemos que llevar todas ellas. No confía en la estabilidad de Hibernia.

–Tienes razón, a partir de mañana empezamos a probarlas.

–Muy bien. Traigo una sorpresa para vosotros.

–¿Qué sorpresa? –respondieron Thorvald y Eneco al unísono.

–¡Mirad dentro!

Un hombre les miraba con una amplia sonrisa desde el interior del langskip.

32

Los Boenisch y Jouko llegaron al café dónde Bjork les esperaba ya.

–¿Dónde vamos? –preguntó Bjork nada más montarse.

–A Seydisfjordur.

–Entonces debemos pasar una noche a mitad de camino.

–No –dijo Holger, convencido–. El GPS me marca una ruta por el interior de la isla de 400 kilómetros, podríamos llegar en cinco o seis horas si no paramos.

–Vamos a ver –manifestó Bjork muy seriamente–. Olvidaos de las rutas interiores con este vehículo. Utilizaremos la Ring Road por lo que hasta Seydisflordur hay unos 700 kilómetros y entre doce y catorce horas, por lo que lo mejor es pasar noche en Akureyri, y desde allí podremos llegar en una segunda etapa de unas ocho horas.

–¿Cómo? –dijo Holger.

–Holger –intervino Jutta con aire concluyente–. ¿No crees que sería mejor no rebatir a Bjork, que sabe de lo que habla, y dejar que ella nos guíe?

–De acuerdo, tenéis razón, viajaremos más tranquilos.

Con Holger extrañamente relajado, realizaron todo el trayecto sin parar de discutir sobre los pormenores de la investigación y de sus puntos críticos. Para cuando llegaron a Akureyri, había caído la noche en esta población que roza con el círculo polar Ártico y el frío les llevó directamente al hotel, donde ocuparon las únicas habitaciones disponibles, una individual y una cuádruple. Dejaron a Jouko el privilegio de la individual por ser el mayor y los Boenisch y Bjork compartieron la otra.

Quedaron citados media hora después para cenar y se fueron a las habitaciones. Nada más entrar, Bjork tomó una de las camas y con absoluta normalidad se desnudó para dirigirse a la ducha ante la atenta mirada de Holger. Poco después salía de la ducha mostrando sin pudor su armónico cuerpo.

–Espero que no os moleste. Ya que compartimos habitación, creo que lo mejor es comportarse con normalidad.

–Estamos acostumbrados, Bjork, y además, la belleza nunca puede ser molestia.

–Gracias, profesor –replicó Bjork, ante la mirada penetrante de Jutta.

Mientras salían de la habitación, Jutta no pudo permanecer más tiempo callada.

–Vaya, Holger, la belleza nunca es molestia, ¿eh?, ya he visto como la mirabas…

–Jutta, esta discusión ya la hemos tenido antes. Deberías de aparcar tus complejos de hija de pastor luterano.

–¿Qué complejos?

–La belleza está para contemplarla y su contemplación ni es delito, ni es pecado, ni significa nada negativo. Lo mismo que contemplamos un amanecer, una flor o un animal, ¿por qué no admirar la belleza de una persona abiertamente?

–¿Acaso justificas el voyeurismo?

–Esto no es voyeurismo, Jutta. No confundas a un enfermo con una persona sana que aprecia la belleza y que además no tiene ningún reparo en manifestar su admiración. El problema está en las conductas represivas y en esa estúpida fijación de la religión por las vidas ejemplares y la asociación de esas vidas ejemplares con el pudor. ¿Seguimos hablando de ello? Siempre te digo que admires a todos los hombres que veas y que te parezcan atractivos y que me lo comentes sin ningún problema.

–Ya estás con tu eterna argumentación lógica y racional.

–Deberías de haberte dado cuenta ya de lo fallido de esa educación que no acepta el propio cuerpo.

–Otra vez los rollos educativos.

–No es eso, Jutta. Creo que la admiración de la belleza tiene más de emocional que de racional. Y no olvides que mi admiración por el cuerpo de Bjork no implica que se reduzca mi admiración por ti.

–Pues a ver si lo demuestras.

–Lo demuestro a diario y lo verías si no tuvieras miopía selectiva conyugal.

–¿Qué quieres decir?

–Que sólo ves lo que quieres.

–¿Una cerveza? –Bjork interrumpió la disputa.

–Si, claro –respondió Jutta al instante–. Discutíamos porque cuando te has desnudado en la habitación, Holger te ha pegado un buen repaso.

–Bueno, perdón si os ha molestado. Aquí crecemos aceptando nuestro cuerpo y tratándolo con naturalidad. Desnudarse ante otras personas es normal si compartes un espacio íntimo, o en la playa. Es una cuestión mental, no se le concede importancia alguna y no tiene nada que ver con el deseo sexual.

–Eso mismo pienso yo, Bjork –intervino Holger–. Jutta, ¿qué hay de malo en decir que un cuerpo te gusta si así lo piensas?

–Vamos, Jutta –continuó Bjork–, no te enfades. Cuando volvamos a Hamburgo podremos quedar las dos con mi novio Michael y nos vamos los tres juntos a la

sauna. Te dejaré que le dediques piropos y que le des un masaje si quieres.

–Tenéis mi aprobación –dijo Holger.

–*Yahaa* –añadió Jouko, que llegaba entonces–, y la mía, y la mía.

Zanjaron la discusión para dirigirse a dar buena cuenta de una cena compuesta por carne de ballena ahumada, frailecillos asados con salsa de Lingonberry y estofado de potro marinado. Boenisch se encargo del vino pidiendo un blanco AOC Loupiac para los entrantes, un Grand Cru de Medoc para las carnes y un Chateau Macaillou, al tiempo que ofrecía extensas explicaciones sobre el tema.

–El Chateau Macaillou está fuera de la clasificación Gran Cru Classé de 1855, pero según Robert Parker, estaría al nivel de un 4 Eme Cru. Se trata de un vino muy potente y concentrado, muy adecuado para acompañar a los *puffins*.

–¿A qué te refieres con eso de los puffins? –preguntó ingenuamente Jutta.

–Los frailecillos, esos pajarillos con cara de alelados que se comen por aquí.

–Profesor, una pregunta más, ¿qué es eso del Grand Cru?

Boenisch pareció recobrar aliento, olvidada su desafortunada actitud de los últimos días, y se preparó para otra de sus grandes disertaciones.

–La Grand Cru Classé data de 1855 y es una clasificación de vinos de Burdeos publicada ese año a petición del emperador Napoleón III con motivo de la Exposición Universal de París. La clasificación fue encargada a la Cámara de Comercio de Burdeos y abarcó inicialmente a los vinos de Medoc y Sauternes, respectivamente tintos y blancos, como todo el mundo sabe.

–Ya estamos con lo de "todo el mundo".

–Tienes razón, Jutta. La clasificación abarcaba *crus* de primera hasta quinta e incluyó a los mejores vinos del tiempo. La cosa es que luego se ha hecho extensiva a otras denominaciones de origen e incluso a champagnes.

–¿Y qué pinta en todo esto el tal Parker? –preguntó de nuevo Bjork.

–La clasificación Grand Cru no es mundialmente aceptada, ten en cuenta que su ámbito regional es muy limitado. Para eso están las guías de vinos y ahí, Robert Parker es al vino lo que San Pedro a la puerta de acceso al cielo. Lo que diga Robert Parker sobre vinos es aceptado por todos.

–Está muy bueno el puffin –resopló Jouko con la boca llena, mientras comía la ballena ahumada.

–Jouko, de verdad que no hay nadie que te gane en extravagancia –fue lo único que Boenisch pudo decir.

Aquella cena sirvió para relajar la tensión del día y tras su conclusión y un descanso mínimo, se pusieron en marcha a las cuatro de la mañana para llegar cuanto antes a su destino final.

33

¡Jacques! –tras el grito, el joven vascón saltó al interior del langskip y fue corriendo a abrazar a su amigo. Tan fuerte e impetuoso fue su recibimiento que Jacques tuvo que quitárselo de encima como pudo.

–¡Pero chico! No me aplastes que estás muy fuerte.

–¡Jacques, amigo! –Eneco le abrazaba emocionado, mientras señalaba–, te dábamos por muerto.

–No, chico, no me mates todavía.

–Llámame chico, lo echaba de menos.

Thorvald también saltó al barco y lo abrazó.

–¿Qué te ha pasado? La última vez que vimos a Grimm nos dijo que estaba muy preocupado por ti y que desconfiaba de tu destino.

–Un maldito tronco a la deriva. Nos golpeó de noche mientras navegábamos hacia Hammaburg. El *Svart Måne* se hundió en un instante sin que pudiéramos hacer nada.

–¡Qué raro! –exclamó Thorvald–. Por la disposición de las tablas del casco, no es normal que el choque de un tronco pueda ocasionar semejante desastre.

–En el viaje anterior tuvimos una avería al colisionar contra el embarcadero de Rochella. Como no tenía tiempo, encargué la reparación a un carpintero local. Sustituyó toda la proa y cambió la disposición de los listones.

–¡Maldito Jacques! Cuántas veces te he dicho que vuestros criterios sobre construcción de naves son totalmente erróneos. Has tenido que hundir un barco y estar a punto de morir para darte cuenta –Thorvald estaba realmente alterado.

–No tengo más remedio que reconocer mi error.

–Tarde.

–Thorvald, yo pensaba….

–Sabes que arriesgamos demasiado y no puedo permitir esos errores.

–¿Hubieras preferido que me ahogara?

–No, hubiera preferido que siguiendo las instrucciones de esta organización, hubieras antepuesto la seguridad a las prisas y hubieras reparado la nave correctamente antes de hacerte de nuevo a la mar sin dejar la restauración del casco de un snekkar en manos de un constructor de cajas para arenques.

Leifr había presenciado el encuentro y se acercó.

–No ganamos nada discutiendo, vamos a tierra para organizar el trabajo. En cuanto a ti, aldeano con escamas, la próxima vez que cometas una estupidez semejante, yo mismo te echaré en el centro del océano atado a un mástil ¡Y no vuelvas a contradecir a Thorvald!

El alegre encuentro había quedado repentinamente truncado. Todos los hombres se retiraron y comenzaron a equipar y preparar las naves para probarlas.

La jornada siguiente sirvió de ensayo y puesta a punto de los barcos. La tripulación había pasado mucho tiempo en tierra y se notaba. Todos disfrutaron del mar, del duro viento de poniente que puso a prueba velas y amarres, cabos y remos. Las naves construidas en Duhb Linn tenían la particularidad de equipar un juego de poleas que facilitaban enormemente las operaciones de carga y descarga, de izado y arriado de vergas y de abatimiento de mástiles.

Entre tanto Thorvald no sólo reclutó a treinta hombres para hacer tripulación, sino que muchos de ellos manifestaron su interés por marcharse de Hibernia con sus familias. Aquel húmedo puerto no levantaba mucho entusiasmo entre sus pobladores.

Reunidos todos, decidieron viajar tan rápido como fuera posible y en flota hasta Ellenbogen. Jacques recibió una nueva nave a la que volvió a llamar *Svart Måne;* el joven Magnuss Mattson se hizo con un knorr con el que se encargaría de nutrir de materiales de fundición los astilleros de Dubh Linn y Eneco se hizo dueño de un magnífico langskip, réplica del que le servía de hogar a Leifr Eiriksson. El resto de naves se transportarían en grupo para su distribución en Ellenbogen.

En su primera noche en el barco, Eneco, excitado y maravillado, pensaba en el nombre con el que bautizaría a su nueva posesión: aquella nave se llamaría con el nombre vascón de *Ilaski Beltza* en honor al *Svart Måne*, su buque escuela y primera nave en la que experimentó el placer de la navegación. Ahora tenía la responsabilidad de capitanear aquel magnífico barco con todo el Atlántico a su alcance. Sus fronteras dependerían sólo de los vientos y las olas y de su habilidad como navegante.

34

Atiborrados de café para sobrevivir al madrugón y dolidos por el continuo bote del todoterreno, llegaron a Seydisfjordur a media mañana. A los Boenisch les sorprendió el paisaje volcánico, árido y duro, gris y carente de vegetación, que hubieran asociado más con las islas Canarias o Cabo Verde que con esta isla próxima al Ártico.

La carretera descendía serpenteante camino del puerto de Seydisfjordur entre un paisaje virgen en el que los innumerables tonos de verde de los distintos líquenes se combinaban con los morados y lilas de las escasas flores de brezo y frutos silvestres que sobrevivían al otoño. Llegaron al puerto, emplazado en una ensenada encajonada en un profundo valle glacial con el perfil en U más nítido que pueda imaginarse. Aprovechando la magia del lugar, Bjork, en un gesto generoso, les invitó a desayunar, lo que fue acogido con entusiasmo.

Finalizado el tentempié y mientras se dirigían hacia la desembocadura del fiordo, Boenisch no se cansaba de mirar a Bjork. La joven transmitía felicidad y ganas de comerse el mundo, siempre estaba sonriendo. ¿Sería por su pensamiento positivo? ¿Sería que en realidad no tenía motivos para no sonreír? En contraste, miraba a Jutta, su compañera durante los últimos 30 años y que le merecía mucho respeto, pero veía una mujer dolida y propensa a la confrontación. ¿A qué se debía tanta diferencia?

Una vez llegaron a la zona de investigación, Jouko tomó las riendas y empezó a organizar el trabajo de campo. Mientras discutían sobre el terreno cuál sería la labor a desarrollar, sin esperar, Bjork se adentró en el recinto acotado donde se habían encontrado los restos de dos pecios ante la atónita mirada de Jouko.

–¡Espera!

–¿A qué?

–Hay que analizar el yacimiento siguiendo unas pautas, debo explicaros la cronología y localización de los hallazgos y las hipótesis que manejamos.

–¿Para qué? ¿Para llenarnos de prejuicios? Algo está fallando en esta investigación, según habéis comentado. Por tanto, es el momento de abordarla desde otras perspectivas. Si escuchamos tu teoría, nuestras mentes estarán orientadas hacia tu callejón sin salida.

–Tiene razón –intervino Jutta–. Si haces lo de siempre, obtendrás los resultados de siempre.

–Adelante, Bjork –dijo Holger con seguridad–. Esperamos tu opinión.

La joven islandesa continuó dando vueltas por el recinto, estudiándolo, con la única condición de no tocar nada. Permaneció en silencio largo rato, observando todo con minuciosidad, mientras el inquieto Jouko no paraba de moverse y mirarla con aire curioso. Finalmente, la joven salió del recinto.

–¿Qué opinas? –preguntó Jouko.

–Tiene el aspecto de ser un dique seco, una zona de reparación de barcos. Si os fijáis, hay varios niveles para dejar las embarcaciones. Los usarían en función de la marea.

–Nosotros hemos considerado que las terrazas corresponden a la propia roca.

–¿No habéis contado con ningún geólogo, verdad?

–No hasta el momento.

–Se nota. Michael, mi novio, es geólogo. Él me ha enseñado cómo distinguir una roca natural de una construcción humana y esta lo es.

–Primera lección de humildad –dijo Boenisch.

–Respecto a los restos de pescado, no hay duda, corresponden a *Somniosus Microcephallus*, tiburón de Groenlandia.

–¿No hay duda? –preguntaron como un sólo hombre Jouko y Boenisch.

–No. Hay restos por todas partes y probablemente correspondan a un único ejemplar. Si hubo alguien que se lo comió, es probable que muriera si no sabía tratar su toxicidad.

–¿Cómo sabes que datan de hace mil años y no han sido dejados posteriormente por pescadores? –preguntó Jouko.

–Bueno, eso no lo sé, los expertos sois vosotros, pero por sentido común y por la disposición de los restos, intuyo que corresponden a los usuarios de los pecios.

–Tienes razón –concluyó Jouko–, la datación es cosa mía, simplemente te preguntaba tus impresiones.

–Hay más –añadió Bjork–, quienes dejaron el pecio debieron de venir de Europa ya que toda la zona está lleno de cáscaras de nuez, huesos de cereza y de ciruela. Y este tipo de fruta sólo se encuentra en Islandia en los supermercados, y los supermercados son un negocio que no existía hace mil años.

Boenisch y Saarela se miraron sorprendidos. La obstinación por buscar las vías de salida más complicadas rara vez da resultado y lo comprendieron. Bjork les acababa

de dar una lección de sentido común. Entendieron que a menudo, meses de investigaciones de expertos pueden sustituirse por unas pocas horas de debate sensato.

–¿Encontraremos más ámbar? –preguntó Saarela ansioso.

–Lo dudo –respondió Jutta, que hasta entonces había permanecido en silencio.

–¿Y eso? –intervino Holger.

–¿No habéis aprendido a pensar? ¿Aún os guiais exclusivamente por vuestra larga y pesada losa de cátedras, ponencias, libros y demás medallas? Vamos a ver, hace mil años Islandia era una tierra salvaje y aislada del resto del mundo. Por otra parte, el ámbar se utilizaba como elemento ornamental, era una joya, tenía gran valor económico. ¿Pensáis que los habitantes de Islandia se comían el ámbar? ¿Pensáis que los viajeros que alcanzaban Islandia desde Europa transportarían algo que no podrían vender o intercambiar?

–No –respondieron ambos a la vez.

–Pues ya tenéis otra respuesta desde el sentido común.

–Y entonces –preguntó Jouko–, ¿qué pasa con el ámbar que hemos encontrado?

–Bien pudiera tratarse de un amuleto, de un objeto personal, de un regalo. Pensad que los tripulantes venían de Europa. Es como si vosotros vais a la luna y, una vez allí, perdéis una alianza de oro. ¿Es útil el oro en la luna? ¿Podéis comprar algo con oro en la luna? No vale para nada, pero lo lleváis como parte de vuestra persona.

El razonamiento de Jutta convenció a todos. Jouko no podía ocultar su alegría. Este viaje le estaba sentando magníficamente bien, ya que comprobaba que no era necesario hacer grandes descubrimientos científicos para seguir adelante.

35

Sigtrygg Silkbeard era un amante de los festejos, de manera que la despedida de la flotilla se constituyó en una excusa perfecta para organizar un festín por todo lo alto. El desconfiado y amenazante tono que había utilizado durante la recepción hacía tiempo que había sido olvidado, de manera que les despidieron casi como a héroes. La razón era muy sencilla: Sigtrygg había comprendido que aquellos hombres eran grandes clientes, y podían llenar su caja de caudales con sucesivos pedidos de naves.

Al día siguiente, con las cabezas doloridas por el exceso de cerveza y por los extraños destilados que habían corrido alegremente por la mesa, Thorvald se encargó personalmente de levantarles a todos sin compasión. Era el día señalado para la partida.

El otoño se asomaba en Hibernia y, conscientes de que llegaba la temporada de las grandes tormentas atlánticas, los miembros de la Hermandad se hicieron a la mar, propulsados por un viento duro de poniente que les empujó a velocidad extraordinaria hacia el canal de Caledonia, su primera meta. Como el aire de poniente, seco, racheado e incesante, les siguió acompañando, en tres jornadas más de navegación pasaron por el canal de las Hébridas y llegaron a las islas Orkneyjar, desde donde continuaron hacia Ellenbogen.

Tras varios días de navegación estable, la flota no valoró los riesgos de cruzar en otoño la distancia entre las Orkneyjar[13] y Ellenbogen y se metieron de lleno en el infierno. El viento viró y las nubes altas se transformaron en espesos y oscuros nubarrones que lamían la superficie del mar.

Thorvald, que disfrutaba de aquel escenario, bajó la berga y puso la vela a un tercio, trincó el timón y obligó a toda la tripulación a remar, mientras que el resto de embarcaciones seguían su ejemplo.

Pero la fuerza del viento fue paulatinamente en aumento, como la altura de las olas, y Thorvald decidió bajar totalmente la berga y abatir el mástil, convocando a todos a una difícil reunión en medio del mar del Norte en el *Ellenbogen*, el langskip recién construido en Dubh Linn que capitaneaba Thorvald.

–¡Escuchad todos! Las cosas se han puesto mal. A partir de este momento cada uno de vosotros debe cuidar de sí mismo y de su tripulación. ¿Veis el sol? Trincad el timón en dirección hacia él y no lo soltéis en ningún momento. Mástil abatido y hombres a los remos. Estamos a varias jornadas de la tierra. Si fuéramos rectos con este rumbo llegaríamos a Norveg, pero las olas y el viento nos empujan hacia el sur. Mañana al amanecer volved a enfilar la proa hacia el punto donde sale el sol, olvidaos de las estrellas y estad atentos al amanecer.

–¿No podemos volver hacia Orkneyjar? –preguntó Jacques.

–No sería prudente ya que iríamos contra las olas y contra el viento. Imposible avanzar. De esta manera, al menos tendremos a nuestro favor al viento.

–¿Y dejarnos caer al sur, hacia Britannia?

–Demasiado inestable. No tenemos garantías de poder quedarnos en tierra. Es mejor afrontar esta tormenta.

–¿Por qué hemos tardado tanto tiempo en reaccionar? –intervino Eneco.

–No he sido capaz de predecir el cambio –reconoció Thorvald–. Las nubes han llegado repentinamente y no he observado ningún cambio. No os preocupéis si os quedáis solos, probablemente no seamos capaces de mantenernos en grupo ni dos millas. Navegad siguiendo los criterios que os he indicado y cuando lleguéis a la costa, bordeadla hasta Ellenbogen. Todos conocéis la costa desde la desembocadura del Elbe hasta Skagen.

Se hizo un silencio eterno mientras se miraban unos a otros; el fuerte viento levantaba las largas trenzas y la capa de piel de foca de Leifr Eiriksson, que rompió el silencio.

–Sufro tempestades como esta todos los otoños, no temáis al mar, estará furioso varios días pero no os hundirá. La ira de Ægir con sus hijas puede pasar en poco tiempo, pero seréis vosotros quienes os vayáis a pique si no respetáis los criterios de Thorvald. Recordad que no hay prisa, seguid el rumbo y nunca llevéis la contraria ni al viento ni al mar. De lo contrario os encontraréis pronto con Ægir.

Sus palabras no fueron un consuelo en absoluto, más bien sonaron a resignación y les llenaron de incertidumbre, pero las cartas estaban echadas y se trataba de sobrevivir.

Volvieron a sus naves y comenzaron a navegar con el *Ellenbogen* abriendo la ruta. Intentaban mantener un rumbo conjunto pero pronto vieron que cada nave seguía el suyo propio. Las enormes olas empujaban de popa ayudadas por el viento constante mientras que el agua barría la cubierta. Eneco se sentó en popa mirando al

frente, no quería ver las olas, dudaba si volvería a ver a sus compañeros y miraba a sus hombres, que en realidad poco esfuerzo podían hacer. Las olas cruzaban la cubierta y pronto perdieron de vista al resto de naves.

La noche no parecía terminar y mientras los hombres intentaban descansar a turnos, la indiferencia se apoderó de Eneco, que aguantaba una ola tras otra sin esperar el final de aquella tormenta. Finalmente, se quedó dormido de puro agotamiento y atado al timón. Al cabo de un rato, un grito le despertó. Al mirar al frente, comprobó que el sol salía y que su proa estaba claramente desviada hacia el sur. En mitad de la tormenta corrigió el rumbo y dejó el timón fijo. A continuación, contó a sus hombres; faltaba uno, por lo que fueron a buscarlo por si estaba descansando pero no lo encontraron.

Sacando fuerzas de donde pudo, Eneco puso a toda la tripulación a remar.

—¡Todos a los remos! Vamos a mantener el rumbo fijo durante el tiempo que podamos.

Miró alrededor y sólo vio un mar furioso y gris que subía y bajaba sin orden. Las olas habían disminuido de tamaño pero ahora se enfrentaban a un mar disgustado, desordenado y caótico. Aceptó que estaban solos y que solos se mantendrían el resto del viaje hasta su destino. Ni siquiera se preocupó de buscar a sus compañeros; desde la reunión con Thorvald había quedado claro que era el momento de sacar el navegante que siempre había llevado dentro. Se animó y animó a toda la tripulación, se propuso no perder ningún hombre más.

—Lars está ya con Ægir —dijo, dirigiéndose a la tripulación—, ataos fuerte a vuestros bancos hasta que llegue la noche. Comeréis y renovaréis vuestros estómagos ahí mismo, sin moveros.

Remaron durante todo el día luchando contra un océano cruel y torturador. Fue una jornada de una dureza insoportable. Fueron tantas las olas una tras otra y tantos los bandazos, que terminaron perdiendo el miedo. Eneco no dejaba de acordarse de Hund. Aquel ser tan desastroso en lo personal había sido tan minucioso en el acabado de las naves, que estas parecían indestructibles. Cuando cayó la noche, Eneco ordenó a sus hombres que dejaran los remos y se tumbaran bajo un tingladillo en popa. Si no podían dormir, al menos debían comer y descansar.

Permaneció hasta el amanecer en un duermevela constante, hasta que despertó del todo sorprendido por el silencio que le rodeaba. Miró al frente, hacia el sol que estaba a punto de salir y después miró al mar que se había calmado. Un sentimiento de felicidad y orgullo lo embargó. Habían salido vivos y enteros del primer combate.

Tras corregir el rumbo, convocó a sus hombres. Las nubes eran mucho menos compactas y dejaban paso a abundantes claros. El duro viento de poniente cedía su sitio a un helador pero constante viento suave. Eneco decidió levantar el mástil y poner todo el trapo para avanzar a buen ritmo sin que los hombres tuvieran que remar.

Tuvieron un día de navegación perfecta en la más absoluta soledad del Atlántico Norte. Al final del día avistaron la costa; estaban sin duda en algún punto entre Skagen, el punto más septentrional de la península de Jutlandia, y Ribe. Eneco decidió fondear alejado de la costa para intentar llegar en la siguiente jornada hasta Ellenbogen.

Sin embargo, la ausencia de viento y las grandes olas le hicieron desconfiar. Miró hacia el cielo y las interminables bandadas de gansos y avefrías acrecentaban sus sospechas. Puso toda la vela y todos los hombres a los remos y avanzada la mañana empezó a levantarse un viento que confirmó su desconfianza, mientras el horizonte a poniente se llenaba de nubes que avanzaban con una rapidez inesperada. Eneco ordenó un descanso para comer y beber, nada más, y mandó a su tripulación que retomara los remos.

–¿Por qué esta prisa? ¿Qué pasa? –preguntó un marinero.

–Se acerca una tormenta que puede ser parecida a la anterior. No quiero que nos coja fuera de tierra firme.

–¿Qué? –respondió el marinero.– Pero, ¡si el cielo está azul!

–De momento. No quiero arriesgarme. Ya habéis comprobado las consecuencias de la falta de cálculo al paso por las Orkneyjar. Yo no creo en vuestro Ægir y no quiero hundirme, remad hasta que estéis tan cansados que empecéis a alucinar con sus hijas.

Remaron hasta que no pudieron más. El sol se torcía hacia poniente cuando las nubes negras acompañadas de un viento aullador se les echaron encima. La tripulación temía tener que librar otra batalla contra el Atlántico, pero la previsión de Eneco no lo permitió. Se aproximaban a Ellenbogen. Eneco ordenó poner toda la vela en tensión, mientras los hombres pensaban que se había vuelto loco, ya que el viento era intratable. Les gritó para que remasen hasta reventar y moviendo el timón para corregir el empuje de las olas, se descubrieron entrando rápidamente en un mar interior libre de olas y corrientes. La noche caía cuando llegaron a Ellenbogen.

13 Islas Orcadas: Estas islas se sitúan al norte de Escocia. Su nombre se deriva del antiguo gaélico *Insi Orc* (islas de los jabalíes). Los vikingos confundieron Orc con *Orkn*, que en dansk tunga y en las actuales lenguas escandinavas significa foca.

36

Necesitaban quedarse a pasar noche en Seydisfjordur para partir temprano de regreso al día siguiente. Ante la falta de alojamiento, decidieron alquilar habitaciones en la vivienda privada de un pescador jubilado, lo cual supuso un nuevo motivo de lucimiento para Holger, que se empeño en preparar él mismo la cena y de esa manera demostrar que esa parcela también la dominaba. Holger revolvía en la cocina cuando se le acercó Bjork.

–Holger, ¿podemos hablar?

–Si, claro.

–Seré directa, te has pasado todo el día mirándome. ¿Quieres decirme algo?

Holger se ruborizó y hasta se atascó por lo imprevisto de la pregunta.

–Perdona, no quería molestarte.

Bjork le cogió de la mano, al tiempo que se dirigía a él con la mirada fija.

–No me has molestado, Holger.

Holger se sintió confuso y apretó la mano de Bjork.

–Tranquilo –dijo Bjork, que comprendió que su actuación entraba en la categoría de "ataque por sorpresa"–, no quiero perturbarte. En el fondo me encanta observar tu relación con Jutta, sois como mis padres, siempre peleándose, pero siempre juntos.

El siempre seguro Holger dudó hasta el punto de casi perder los papeles. Con la excusa de comprar un buen vino para la cena, salió un instante para pensar. Le perturbaba el hecho de que su autocontrol se hubiera quebrado en apenas unos segundos por obra y gracia de Bjork. ¿Qué significaba aquella mano? Prefería no darle más vueltas y considerarlo simplemente un gesto de proximidad. Halló un buen vino lo que le ayudó a cambiar su ánimo, en el fondo sus dudas no eran muy distintas de las que pudieran plantearse cualquier ser humano.

Ya de regreso hacia la casa, volvió a enfocar su pensamiento hacia la investigación. Quería hallar el lazo entre su María de Baigorri y aquella organización. No habían revisado la famosa inscripción del pecio de Seydisfjordur, ¿qué información arrojarían los hallazgos de Terranova? Supuestamente procedían de una nave construida en el mismo astillero que las demás, ¿sería casual? ¿Y si no lo era?, ¿Qué hacía aquella gente en la Europa continental y en las islas atlánticas? ¿También

llegaron a América? ¿Qué relación tendrían con los asentamientos vikingos de América del siglo XI?

Navegando en un mar de dudas, llegó hasta la casa, donde relajó su desasosiego preparando una cena que conquistó a todos. Ello supuso también el reconocimiento de su anfitrión, quien les sacó una botella de licor de moras y arándanos silvestres que él mismo recolectaba entre los infinitos brezales que rodeaban su casa.

–Jouko –señaló Boenisch, licor en mano–, no hemos visto la inscripción que nos mostraste en tu ponencia en Portmarnock.

–No está aquí. La tengo guardada junto con todos los demás restos de pequeñas dimensiones en una nave en Gotland.

–¿Te lo permite el gobierno islandés? –preguntó Bjork.

–Si. Todas las piezas están catalogadas y clasificadas. Cuando termine el estudio estamos obligados a devolverlas pero, entre tanto, tenemos permiso para conservarlas, aunque no podemos exponerlas. Por el contrario, el gobierno canadiense no nos permite mover ni una sola corteza de nuez, únicamente aquellas muestras que se deban enviar al laboratorio.

–Me gustaría ver todas esas muestras almacenadas –afirmó Boenisch.

–Irás, pero yo no volveré allí hasta la primavera. Ahora debo regresar a Canadá, estamos limpiando restos y queremos terminar antes del verano, es posible que aparezcan nuevas inscripciones.

–Serán rúnicas, como las que hemos visto esta mañana –intervino Jutta.

–¿De qué inscripciones hablas, Jutta?

–De las que están en la ladera junto al yacimiento, Jouko.

–No hay ninguna inscripción.

–No la habrás visto tú.

Todos se quedaron helados, como el ambiente de la calle.

–¿Estás segura, Jutta? –preguntó Boenisch.

–Sé lo que es una inscripción en escritura rúnica y hoy he visto una. Estaba en una losa tapada por numerosas piedras pequeñas. Como estaba junto al yacimiento, he pensado que sería parte del mismo, aunque me ha extrañado que no estuviera acotada y vallada como el resto. Como también me ha extrañado que no comentaseis nada al respecto, aunque con lo cansados que estábamos todos…

–Debemos ir ahora mismo –concluyó Jouko, cortando a Jutta en un tono ansioso más propio de su colega alemán.

Bien abrigados y provistos de grandes linternas montaron en el todoterreno y se desplazaron hasta el yacimiento. La noche había caído y la temperatura era heladora,

pero nada fue suficiente para pararles. Al llegar, cedieron el paso a Jutta, que durante quince minutos les condujo por un sendero con su acostumbrado trote ligero.

–Aquí es.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Boenisch extrañado ya que no se veía nada.

–Hemos venido todo el rato por un camino pedregoso. Se ha terminado y empieza la pradera, está a unos cincuenta metros ladera arriba, sacad las linternas. ¿Qué pasa, Holger, sólo un científico brillante como tu sabe guiarse en la oscuridad?

–No, Jutta, no es eso, simplemente no se ve nada ni parece que haya ninguna referencia.

–Si hubieras estado atento te hubieras dado cuenta de que se ha terminado el camino.

–Tienes razón, ya hemos tenido varias demostraciones de que el sentido común no tiene relación con los conocimientos.

Empezaron a subir la ladera y se encontraron en medio de una desordenada pedrera donde el caos de rocas y brezos no parecía favorecer la tarea.

–¿Estás segura, Jutta?

–Si, Holger, aunque con la oscuridad todo parece igual. Donde termina el camino subí un instante para ver un arbusto que estaba en el límite con las rocas. Me llamó la atención porque había algo colgando, era lana de oveja, y estaba repleto de jirones. La inscripción estaba cerca, la vi de casualidad, estaba tapada y caída.

Buscaron con poco éxito, hasta que notaron que algo se movía.

–¿Qué es eso? –dijo Bjork, asustada.

–Trae la linterna, Jutta.

Holger alumbró con dos linternas a la vez. Una oveja se rascaba contra un arbusto provocando el ruido que les había inquietado, el mismo al que Jutta se había referido y que, a la vista de la cantidad de jirones de lana que contenía, debía ser utilizado por todo el ganado de la zona para aliviar picores.

–Aquí es, Holger.

Así encontraron la inscripción, le retiraron las piedras y se quedaron helados mirando, no por la temperatura sino por lo inesperado del hallazgo.

–No hay duda –dijo Jouko–, se trata de una runa. Debo fotografiarla para que un experto la descifre.

–Nos tenemos que ir –dijo Holger–, tanto nosotros como Bjork tenemos que marcharnos mañana.

–Lo sé, Holger. Vámonos y mañana podréis marcharos. Yo me quedaré para sacar las fotografías.

–¿Nos veremos en Visby en primavera?
–Sin duda. Mientras tanto, te mantendré informado.

37

La tripulación del *Ilaski Beltza* llegó agotada a Ellenbogen. Agotada y con el único deseo de tumbarse en tierra firme. Les esperaba Olav Grimm tan atento como siempre, y Leifr Eiriksson, que se había adelantado, como ya suponían. El resto de la flota no había llegado aún, lo cual les sorprendió.

–¿No han llegado todavía?

–Qué te pasa, vascón –le preguntó Eiriksson–, ¿no confías en ti mismo como navegante?

–No, pero pensaba que Thorvald habría llegado.

–Lo dudo, tu nave es más rápida y se ve que has seguido con exactitud las órdenes de navegación.

–Así es, hemos intentado seguir la ruta, y sólo hemos desplegado la vela hoy, con las condiciones mejoradas y en vista de que llegaba otra tormenta.

Esa noche, Eneco apenas cenó. Se tumbo para disfrutar de la sensación agridulce que le producía haber llegado antes que los demás. Tenía su punto inquietante saber que sus compañeros permanecían aún en algún punto del Atlántico, luchando en medio de la tormenta, rodeados de olas y de viento. Se quedó dormido bajo un sencillo tingladillo hecho con una lona.

Pasaron los días y el fuerte viento de poniente no paró mientras iban llegando poco a poco todas las naves, salvo el *Svart Måne*, que finalmente apareció tras largas jornadas de espera. Todos se acercaron temerosos hasta la nave para comprobar desolados que faltaban Jacques y la mitad de la tripulación. Un golpe de mar se había llevado a varios de los hombres con Ægir; el resto se perdieron durante la búsqueda. Jacques cayó intentando salvar a uno de los marineros.

–Jacques ha vuelto a contradecir las órdenes –fue lo único que Eiriksson comentó.

–¿Cómo podéis hablar así de un amigo desaparecido?

–Lo sentimos tanto como tú –le respondió Thorvald con semblante serio– pero sabes que se equivocó. ¿Qué hubieras hecho tú si un hombre hubiera caído al agua en medio de la tormenta? ¿Hubieras virado para intentar recuperarlo?

–No, no era posible recuperar a nadie en medio de semejantes olas.

–Tú mismo te has respondido, no lo hubieras hecho. Ese es el problema. Jacques actuaba en contra de la lógica de la navegación, y lo ha pagado con su vida.

Eneco dio por terminada la discusión y se dirigió hasta las dunas desde las que se dominaba el inmenso Atlántico. Desde allí se despidió de su amigo Jacques de Olhagaray y se sintió de nuevo huérfano. Jacques había sido casi como su padre durante las primeras jornadas de navegación, se acordó cuánto le contrariaba que le llamase "chico" y se descubrió a sí mismo llorando a su amigo. Miraba la inmensidad del océano, pero no con los ojos del niño de Vermelio; aquel niño había perdido la inocencia, el océano ya no era tan sólo un albergue de aventuras y descubrimientos sino que podía ser un feroz enemigo. Lloró largamente y descargó toda su tensión.

–Entiendo tu pena –comenzó en tono serio Thorvald, quien apareció de repente–. también yo lo siento profundamente. Siento mucho la pérdida del amigo y de un buen compañero de la Hermandad. Conocí a Jacques cuando era niño, en Ibaiune. Fue muy amable conmigo y enseguida le aprecié. Tampoco yo he tenido un padre cerca durante mi infancia y juventud.

–Lo sé, ya no te veo como aquel vikingo despiadado, sé que eres como yo.

–¿Y qué haces aquí?

–Me despedía de él.

–Lo entiendo, pero debes continuar con tus ilusiones y tus objetivos, no dejes que la pérdida de un amigo te desanime.

–Sabes, hablaba mucho con Jacques. Él quería conocer mundos nuevos y gentes nuevas, y lo hacía porque se sabía mortal. No creía en la vida eterna. La muerte dio sentido a su vida. La mayoría de las personas no esperan nada de la vida porque creen que una vez muertos alcanzarán un paraíso y eso les lleva a una vida monótona, resignada, miserable casi siempre. Yo seguiré el ejemplo de Jacques. Quiero ver cosas nuevas, Thorvald, quiero hacer cosas buenas en mi vida, quiero ayudar a las personas.

–Nunca lo había pensado, Eneco, me sorprenden tus ideas. Espero que también quieras ayudar a la Hermandad.

–Desde luego que si.

–Te propongo un plan. Este invierno nos quedaremos aquí, en Ellenbogen, y nos dedicaremos a reforzar la relación entre Ribe y Hammaburg. Olav ha trabajado mucho, está consiguiendo ingresos para la Hermandad y mantiene una buena relación con el gobierno local. Cuando finalice el invierno, navegaremos hasta Rochella para recomponer la organización. Creo que después deberías volver a Vermelio.

–¿Sí? ¿Lo crees conveniente?

–Si.

Ambos se abrazaron con el gris y encrespado Atlántico como testigo.

En cuanto mejoró el tiempo, Eneco navegó hasta Hammaburg, mientras Thorvald y Olav Grimm viajaban por tierra. Se despidieron de Leifr que marchaba a Føroyar a encontrarse con Bjarni. El resto de la flota partió hacia destinos diversos: Norveg, Gotland, el Báltico. La Hermandad empezaba a funcionar como una verdadera organización.

Eneco aprendió a conocer cada duna y cada árbol, calculaba los tiempos de navegación casi con la mirada. Sin embargo, en Hammaburg su vida no fue precisamente la de un navegante. Junto a Thorvald y Olav Grimm, se dedicó a reforzar acuerdos. Eran tiempos de estabilidad política y debían aprovecharlo.

Se alojó en una casa de piedra junto a un estanque construido ante la desembocadura del pequeño río Alster, en el gran rió Elbe. El estanque había proporcionado el desarrollo de una ciudad animada y ocupada donde se habían establecido todos los gremios posibles por zonas: cambistas y prestamistas, herreros y fundidores, toneleros. Los ahumadores de pescado quedaban fuera, en la orilla del Elbe, junto a los carpinteros de ribera. Entre el estanque del Alster y el río Elbe se encontraban los edificios más importantes de la ciudad: la aduana, el palacio de los Kurfürsten y el castillo de Hamma.

La primavera llegó y mientras se acercaba la fecha para partir hacia Rochella, crecían el ansia por volver a Vermelio y las dudas acerca de cómo estarían sus seres queridos.

–Sabes, Thorvald, tengo cierto temor por volver a Vermelio. No quisiera que les hubiera pasado algo en mi ausencia.

–Sin confianza y esperanza en el futuro la vida no tiene sentido. Piensa que has de ver y disfrutar muchas cosas.

–Eso hago. Por cierto, Thorvald, ¿por qué no te has casado? Todas las mujeres de Hammaburg te persiguen.

–¿Qué? –Thorvald se avergonzó por lo inesperado de la pregunta–. No quiero distraerme, la Hermandad me necesita.

–¿Y qué pasa con tu vida? Los años pasan.

–No lo sé, Eneco, no me planteo formar una familia porque no quiero que mi familia no me conozca. Mi padre ha sido prácticamente un desconocido para mí. ¿Y tú, Eneco? Tampoco te faltan pretendientes.

–Ni lo pienso. Ahora quiero volver a Vermelio. Aprendí con María Nilsdottir. No quiero atarme a una mujer hasta no estar seguro.

–Además –añadió Thorvald–, esta conversación ya la hemos tenido y conoces mi opinión. No empieces con lo de tu hermana.

–Veremos –respondió Eneco con una sonrisa indisimulable entre sus dientes.

Con los cerezos en flor y las aves regresando en bandadas desde sus cuarteles de invierno, Thorvald y Eneco se prepararon para navegar hacia el sur. Partieron hacia Rochella con el *Ilaski Beltza* y el reparado *Svart Måne.* Thorvald se quedaría y Eneco seguiría ruta hasta Vermelio. Olav Grimm llenó ambas naves de provisiones y piezas de fundición como poleas, bisagras y herrajes para carros que podrían vender fácilmente para financiar su viaje.

Con el viento favorable alcanzaron Nordmannia y Bertaèyn, y poco después el fuerte de los francos de Brest sin tener que utilizar apenas los remos. También las corrientes les eran favorables y el duro Atlántico se estaba comportando como un aliado enviándoles olas enteras de poca envergadura pero de suficiente fuerza.

Se cruzaron con varias embarcaciones comerciales y no vieron ninguna nave de la flota de Sven, aunque ya no les preocupaba tanto. Hacía el sur encontraron una mar más dura, circunstancia que sólo sirvió para confirmar las dotes para la navegación de los dos langskip, que volaban juntos con todo el trapo desplegado, sin que se rompiera ni un solo cabo. Se acercaron todo lo que pudieron a la costa según llegaban a Rochella y en tres jornadas más empezaron a reconocer las islas que precedían al puerto franco. Plegaron la vela y fondearon para descansar de noche y poder entrar de día.

El puerto de Rochella era una plaza abierta para el comercio y como tal, sus regidores habían eliminado la mayor parte de los impuestos sobre las mercancías. No tenían por tanto ningún temor y podrían entrar al día siguiente, a plena luz, sin tener que ocultar sus bienes. Fondearon en la península Vacetia[14], dónde Eneco aprovechó para pasar al *Svart Måne.*

–Thorvald, quiero pedirte un favor. Me gustaría desembarcar mañana en Vacetia, que está habitada por vascones. La familia de Jacques vive aquí, Jacques no me habló mucho de ello, pero creo que podré encontrar a alguien.

–Para mí su vida también era un misterio. ¿Qué pretendes?

–Todos tenemos derecho a conocer la verdad. Si había alguien esperándole, debe saber que Jacques ya no volverá.

–De acuerdo.

Eneco pasó la noche despierto bajo la luna llena. Añoraba Vermelio más de lo que había imaginado. La proximidad le incrementaba el ansia. Su cabeza estaba ocupada por su tía Katalin y su hermana María. Amaneció y se preparó para cumplir con lo que se había impuesto como una obligación. El y Thorvald bajaron a tierra y se encontraron con un grupo de gente que les esperaban. Los dos langskip fondeados no habían pasado desapercibidos.

Un hombre mayor se dirigió a ellos, al principio de forma agresiva, pero al responder Eneco en el lenguaje de los vascones, el hombre sonrió y cambió de tono. Los habitantes de Vacetia habían sentido temor tras ver semejantes naves de guerra ya que los Nordmanni eran temidos en todo el reino franco.

Eneco explicó quienes eran y entró a la parte más difícil de su visita. Preguntó quién de los presentes se llamaba Olhagaray a lo que recibió la respuesta afirmativa de al menos veinte. Eneco les relató su amistad con Jacques, les explicó que había sido un miembro relevante de la Hermandad, su contacto en Rochella y tras los codazos de Thorvald, acabó explicándoles su suerte. El silencio se apoderó del grupo. Después, un joven alto y robusto se adelanto.

–Soy Henri, hermano menor de Jacques.

–Lo siento –fue todo lo que Eneco pudo decir.

–Jacques fue nuestro verdadero padre. Durante los últimos años nos ha enviado grandes cantidades de víveres y de monedas. Sin él, seríamos una comunidad pobre.

–¿Estaba casado?

–No, nunca quiso casarse. Decía que un día el mar se lo tragaría y que era mejor no dejar hijos huérfanos.

–¿Qué haremos ahora? –dijo Henri.

Eneco miró a Thorvald y ante el signo de aprobación de este, sonrió y agarrando a Henri de sus fuertes brazos para tranquilizarle, le informó.

–La hermandad necesita navegantes y apoyos en tierra. Contamos con vosotros. Id a Rochella a la taberna del puerto, el tabernero os dirá cómo podéis ayudarnos.

Satisfechos con su misión, ambos jóvenes se despidieron y volvieron a embarcarse para dirigirse a Rochella donde permanecieron el tiempo necesario para reorganizarse. Después, estando próximo el solsticio de verano, Thorvald creyó conveniente que Eneco partiera hacia Vermelio.

Cenaron en la taberna del puerto, escenario de su primer encuentro. No pararon de recordar todo lo que habían vivido juntos durante los dos últimos años. El vino llevó a la conversación y la conversación al vino de forma amena.

–Thorvald –dijo repentinamente Eneco–, no quiero regresar solo, ven conmigo.

–¿Qué dices?

–Ven conmigo a Vermelio.

–No es posible.

–Es posible. Nadie te espera en Hammaburg. Puedes retrasarte unas semanas, no te pido más.

–No es posible, debo volver.

–Debo, Thorvald. Sólo sabes decir debo. Las órdenes, las instrucciones, el deber. Tu vida es aburrida, Thorvald, haz un cambio, ven a conocer mi tierra. No admitiré un no. Si no vienes me quedaré allí para siempre.

–Está bien. Iré. Partimos mañana al atardecer. Necesito dejar todo en orden.

–Tu siempre igual: orden, disciplina, mandato… Me aburres.

Fueron las últimas palabras que dijo Eneco aquella noche antes de quedarse dormido sobre la mesa. El dilema se resolvió: las palabras se terminaron antes que el vino.

14 Nombre original de la isla conocida como Ile de Re, situada frente a la costa de La Rochelle. Su nombre se debió a la colonia de vascones que vivía en ella, que dieron origen a la ciudad de La Rochelle.

38

Desde que recibieron al misterioso mensajero en Vermelio, Katalin y María recordaban todos los días a Eneco. Habían pasado más de dos años desde que se marchó en el Nostromo y ya sería un hombre de veinte años. En ese tiempo, María había cumplido los catorce años y se había desarrollado como una mujer de belleza y carácter. Más de uno se había llevado un buen trompazo por haberse osado a hacer algún comentario improcedente. Pero ella tenía un único objetivo: reencontrarse con su hermano.

Hacía un tiempo magnífico y el sol se ocultaba tiñendo de naranja la vertical pared rocosa del cabo de Ogoño. A lo lejos, sobre el mar azul oscuro, se recortaban dos siluetas desconocidas. María y Katalin se preguntaron qué naves serían.

–No me recuerdan a ningún tipo de nave anteriormente avistada –les dijo el viejo vigilante.

–¿Qué crees tú, María?

–No lo sé, tía, están demasiado lejos.

Buscaron a Publio y corrieron todos a Torrontero, al punto de mejor visión.

–¿Qué te parecen esas naves, Publio?

–No lo sé, la luz se va. Tampoco pude ver la nave en la que llegó el mensajero, pero la proa me suena.

–Están haciendo maniobras extrañas –dijo el viejo–. Creo que se trata de alguien que conoce nuestros puertos y está esperando a que oscurezca para entrar, a lo mejor para esquivar a la autoridad.

–Tal vez sea Eneco.

–No te ilusiones, María. Espera a que se acerquen.

Cayó la noche pero María no quería marcharse de Torrontero. Miraba a la posición donde había visto por última vez las dos naves. No había luz.

–¿Qué esperas, niña? –le dijo el viejo vigía que también sufría de insomnio.

–Dime, ¿crees que será él?

–En todo este tiempo, no hemos vuelto a saber nada de él. No sabemos ni siquiera si está navegando. Vete a casa; estaré atento. Si sucede algo, lo sabrás antes que nadie.

María regresó a casa y quedo a la espera. Sin embargo, no podía dormir. Era noche cerrada cuando decidió levantarse y salir de casa. En el embarcadero,

esperaban dos magníficas embarcaciones y en la orilla el viejo vigía abrazaba a un hombre de larga melena. Junto a ellos había otro hombre, alto y rubio. María corrió con toda su alma. Al escuchar un ruido, Eneco se separó del vigía y se volvió. Era su hermana. Ambos se abrazaron con fuerza. Thorvald contempló con emoción el encuentro.

Se quedaron así largo rato hasta que pudieron relajar la tensión del momento.

–No me volverás a abandonar.

–Lo siento, María, mi destino era el mar, lo sabías.

–Me parece bien, pero en adelante yo iré contigo donde tu vayas.

Mientras tanto, Thorvald contemplaba con fascinación a aquella joven que le atrajo desde el primer encuentro.

–María, quiero presentarte a mi amigo y hermano Thorvald. Es vikingo.

María se dirigió hacia Thorvald y con gran naturalidad puso sus pies sobre los de Thorvald para ganar altura y abrazarle calurosamente.

–Thorvald, gracias por haber cuidado de mi hermano, muchas gracias.

El vikingo la contempló mientras se ponía nervioso. Aquella joven tenía algo que le gustaba, su mirada mostraba fuerza y carácter. Nunca se había sentido tan atraído por una mujer a la que ni siquiera conocía.

–Gracias a ti, María.

–¿Por qué?

–No lo sé. Por este recibimiento tan especial. Por tu espontaneidad. Por estos abrazos.

El sol se levantaba en el horizonte marcando una clara figura anaranjada, apenas atenuada por la bruma que salía de la ría. El viejo dejó que Eneco y Thorvald disfrutaran del momento y luego les ayudó a esconder todo lo que no fueran víveres, objetos personales y útiles de navegación. En las naves únicamente quedaron unos barriles de arenques y cerveza para engañar a los aduaneros. La absoluta ignorancia de estos haría el resto. "No son más que vikingos que vienen a la búsqueda de comida", les diría, silenciando la valiosa carga de poleas, herrajes, rodamientos y demás piezas de fundición que habían traído y que ninguna ferrería de la zona facturaba.

Entretanto, atraídos por la visión y presencia de las dos naves vikingas, los habitantes de Vermelio empezaban a acercarse hasta el fondeadero. Entre ellos la tía Katalin, que apareció al fondo de la playa, jadeando apresurada.

–¡Hijo! –comenzó a exclamar tras abrazar largamente a Eneco.– ¿Por qué te fuiste sin avisar?

–No pensaba irme. Fue camino de Rochella cuando decidí no volver a Vermelio. El mar es mi vida, tía. Siento haberos preocupado, pero hice lo que debía. Estos dos años han sido fantásticos, tengo muchas cosas que contaros, muchos planes.

–Hijo, no te vuelvas a marchar.

–Tía, me iré pero volveré y os traeré prosperidad. Pegado a vosotros aquí, en Vermelio, no podré ayudaros mucho.

–¡Te hemos echado tanto de menos!

Eneco abrazaba a su tía al tiempo que saludaba a sus primos y a sus amigos, que también se habían acercado. Detrás, en un segundo plano, vio a José Ibarra.

–José, ¡ven aquí! –dijo Katalin con energía.

–Patrón, te debo una disculpa.

–No te preocupes, tu actitud ha sido comprensible. Viendo las naves que habéis traído acertaste huyendo de nosotros. Nunca había visto cosa igual.

–Tía, ¿cómo estás? ¿qué es del tío Lope?

–Pues estoy mejor que nunca, Eneco. Respecto a ese mal nacido de Lope, falleció y ahora tienes un tío de verdad y yo tengo un esposo de verdad.

–¿Cómo? ¿Quién?

–Lo tienes ante ti, tu antiguo patrón.

–¿José Ibarra? –Eneco se rió antes de abrazar fuertemente a José Ibarra.

Poco a poco, la rutina de Vermelio arraigó en Eneco y Thorvald, quienes pasaron el verano placenteramente, limitándose a hacer viajes a Ibaiune para abastecer de alimentos al pueblo. Toda la familia vivía pendiente de Eneco, su llegada les había llenado de orgullo y los habitantes de Vermelio lo veían como toda una personalidad. Hasta los aduaneros hacían lo posible para mantener una buena relación con él a la vista de la rapidez y efectividad de sus viajes. Mientras tanto, las tripulaciones del *Ilaski Beltza* y del *Svart Måne* pasaban las jornadas tranquilamente en sus embarcaciones y dejándose querer por las muchachas de Vermelio.

Al final del verano, Eneco seguía ocupado por el bienestar de su familia mientras que Thorvald tenía claro que en breve reemprendería viaje hacia Rochela y Hammaburg. La Hermandad le requería, aunque sabía que Olav guiaba las naves con buen criterio.

Entre tanto, se había acostumbrado a que María le persiguiera para hacerle infinitas preguntas; en eso se parecía a su hermano. Eran muchas los atardeceres que los sorprendían en la atalaya. Thorvald se preguntaba por qué le gustaba tanto someterse a sus interrogatorios. Eneco se reía de él y le advertía que tuviera cuidado

con ella. Una calurosa tarde de fin de verano y tras una larga búsqueda, María se encontró con Thorvald.

–¿Vamos a ver el mar?

–Vamos.

A María le sorprendió no encontrar ninguna excusa ni obstáculo ese día. Pasearon y bajaron hasta el pie de un acantilado. El mar estaba totalmente en calma y una leve brisa refrescaba la tarde mientras las rocas se teñían de anaranjado. Thorvald se sentó mirando hacia la orilla con María a su lado; esta vez parecía no tener preguntas. En un impulso, se quitó su vestido y dejó ver su cuerpo que no correspondía a la adolescente que era sino al de una mujer. Agarró a Thorvald de las manos.

–Hace calor, ¿quieres bañarte?

Thorvald pensó que lo mejor sería actuar con la naturalidad que siempre había recomendado a Eneco y se quitó su ropa en un gesto de aceptación de la propuesta de María.

–María, eres maravillosa. Ya que nos conocemos desde hace algún tiempo hablaré contigo con la sinceridad con la que hablaría con una niña de mi tierra.

–¡Cómo que una niña!

–Bueno. Está claro que tu cuerpo es el de una mujer, y es muy agradable verte. Sólo quiero decir que Eneco ha sido como un hermano para mí, y a ti también te quiero como tal –Thorvald quiso levantar un sólido muro ante las posibles expectativas de María.

Sin embargo, bastó que María sonriera y abrazara fuertemente a Thorvald mientras pasaba suavemente sus manos por su espalda, para que este, ingenuamente, cayera bajo el inmediato dominio de la joven. Thorvald empezaba a sentirse violento, se resistía, pero su corazón era una bomba que parecía iba a salir del pecho. María se dio cuenta de inmediato y sólo tuvo que mover sus manos por el resto del cuerpo para que Thorvald se entregara totalmente, casi sin resistencia. Su voluntad inquebrantable de disciplinado marino no había podido soportar el magnetismo de aquella mujer. Disfrutaron mutuamente hasta que se hizo de noche.

Thorvald pasó los siguientes días esquivando a los dos hermanos. Pensaba marchar pronto a Hammaburg y prefería que el encuentro del acantilado no trascendiera y para ello, se refugió en unas supuestas pruebas de navegación que le mantenían más tiempo en el mar que en tierra, pero Eneco se dio cuenta y una tarde, sin dejarle bajar a tierra, subió al *Svart Måne* para interrogarle.

–Vikingo, dime qué te pasa. Estás muy raro, eres la sombra de tu verdadera forma de ser. Diríase que tienes miedo a algo o ¿es a alguien?

–¡No tengo miedo a nada ni a nadie! No sé de dónde salen esas ideas.

–Bien. Es María como suponía, ¿no? Venga, cuéntame.

Thorvald se armó de valor y le contó su relación desde su desembarco en Vermelio. También le contó con absoluta sinceridad su tarde en el acantilado.

–Y ahora dime que es lo que debo hacer, si me he de marchar de inmediato o qué.

–Tú sabrás. María está muy contenta y no sospecha tus dudas ni se imagina que tu ridícula actitud se debe a que huyes de nosotros. Cree que andas probando la nave. Deberías enfrentarte a ella con normalidad y sin complejos, ¿recuerdas estos consejos?

–Te los di cuando todavía no sabías qué tenía una mujer bajo sus faldas.

–¿Entonces?

–Te haré caso, pero recuerda que pronto he de marcharme y que no quiero compromisos.

–Ni yo quiero verte con mi hermana.

Se rieron largamente y se fueron hasta la casa de Katalin donde almorzaron contando historias que entretendrían a toda la familia durante la tarde entera.

Llegaba el otoño y Thorvald armó el *Svart Måne* para partir rumbo al norte. Primero se quedaría en Rochella y luego seguiría ruta hasta Hammaburg. Durante dos meses había ayudado a Eneco a establecer en Vermelio una base para la expansión de la Hermandad hacia el sur, pero el Atlántico le llamaba y sus obligaciones también. Eneco le acompañaría en el *Ilaski Beltza* hasta Rochella.

El día de su partida, Thorvald miraba hacia Vermelio según se alejaban. Tenía un nudo en la garganta y otro en el estómago. Pensaba si no hubiera sido mejor despedirse de María de una manera más afectuosa, pasando la noche con ella. Pensaba que esta había podido ser su última oportunidad para verla. Se torturaba con todos esos pensamientos, ajeno al hecho de que María y su tía Katalin les observaban desde un acantilado, abrazadas fuertemente mientras despedían en silencio la nave.

–¿En qué piensas, hija? Eres joven aún. Seguro que volverás a verle.

–Si, tía. Estate segura de que volveré a verle.

–Sabes que la mujer del marinero tiene una vida de espera continua.

–No me importa, tía, si un hombre merece la pena no importa si es navegante o soldado.

–Eres joven aún, María, seguro que conocerás más hombres. Intenta olvidarlo.

–Seguro que hay más hombres, tía, pero ninguno como él. Pienso vivir feliz mientras que esté lejos, pero en ningún caso me olvidaré de él.

–Habla con Eneco. Sabes que sus planes les mantendrán ocupados navegando durante largo tiempo.

–Yo también tengo mis planes y pienso llevarlos a cabo. Me conoces y sabes que lo haré.

–Si, claro, ya sé que cuando quieres algo no paras hasta conseguirlo.

–Ahora, tía, callémonos un momento para ver cómo se alejan.

39

Eneco iniciaba una nueva etapa en su vida. Había descubierto algunos de los secretos del Atlántico y ahora sentía la necesidad de establecerse en Vermelio rodeado de su familia. Durante un tiempo se dedicó a ello, intercalando estancias en Vermelio con cortos viajes a Rochella. En dos ocasiones intentó acercarse a Dubh Linn por la ruta directa que le relató Leifr, pero había tenido que volver a puerto en ambas ocasiones para no poner en peligro el *Ilaski Beltza* debido a la dureza del mar y del viento.

Mientras tanto, María se había convertido en una mujer en todos los sentidos y seguía siendo su sombra. Preguntaba sin pudor sobre Thorvald y la Hermandad, y se mantenía vital y alegre. Nada parecía preocuparle ni asustarle.

En este tiempo, Eneco había establecido los contactos y apoyos para convertir Vermelio en una de las bases de la Hermandad. Contaba con José Ibarra, quien después de años de navegación, estaba deseando vivir en tierra. También contaba con sus primos, amigos y varios marineros de fortuna que había conseguido convencer. Con todos ellos conformaría una tripulación y un equipo de apoyo en tierra, ya que necesitaba gente de confianza para preparar las cargas, administrar los beneficios, tratar con la aduana y preparar todo lo necesario para armar el *Ilaski Beltza* en sus viajes.

Los aduaneros desconfiaban de Eneco. A menudo entraban en la nave para inspeccionarla. Su ignorancia y soberbia les hacía pensar que aquello debía ser la invención de un loco. Una nave sin bodegas y donde se dormía al raso sólo podía ser el medio de viajar de gente salvaje. Sin embargo, cada vez que se hacían a la mar, observaban con asombro la rapidez de maniobra y velocidad de aquel artefacto coronado por una cabeza de dragón en el mascarón de proa.

–¡Tú, Baigorri! ¿De dónde has sacado ese barco? –preguntó un día Vitulo, el aduanero, a Eneco.

–Está construido en Dubh Linn, en un asentamiento en Hibernia.

–¿Hibernia? ¿Dónde está eso?

–Es una isla situada a poniente de Britannia, al norte, a unas mil millas en línea recta.

–¿Cómo llegaste hasta allí?

–Es una larga historia.

–Quiero oírla.

–¿Eres aduanero o soldado? No tengo tiempo para contarte nada, estoy muy ocupado.

–Ten cuidado, Baigorri. Sabes que puedo ordenar el bloqueo de tu nave.

–En cuyo caso perderás los impuestos que ingresas por nuestra actividad comercial y te quedarás con una nave que no sabrás gobernar.

–Ten mucho cuidado. No me gusta ese dragón. No sé qué significa. He hablado con el abad y dice que le parece un demonio. No me gusta tu nave, Baigorri.

Eneco, quien había interiorizado la manera de ser ordenada y disciplinada de la Hermandad, despreciaba a aquel hombre y estaba dispuesto a retarle constantemente con la convicción de su superioridad moral. Veía en Vitulo a un ser mediocre y odioso y su actitud ante él era inflexible, pero no se daba cuenta de que una táctica menos frontal podría darle mejores resultados. José Ibarra, que era más práctico, se acercaba en esos momentos y vio con temor cómo el joven se enfrentaba al aduanero sin interés por ceder en lo más mínimo.

–¡Hombre, Vitulo! Quería hablar contigo de los impuestos por comercio.

–¿A qué te refieres?

–¡José! –Eneco quiso intervenir sorprendido.

–Espera, Eneco, sabes que este tema te excede. Me refiero, Vitulo, a que los impuestos se entregan al Señor y pocas veces llegan hasta vosotros, que hacéis esta labor tan importante para nuestra comunidad.

–¿Qué quieres decir, Ibarra?

–Digamos que tú puedes contabilizar una carga y podemos pagarte los impuestos correspondientes, y puedes olvidar otra carga, y la parte de impuestos te la damos a ti sin que nadie anote nada.

Vitulo miró con desprecio a ambos. Eneco no podía ocultar su sorpresa ante José Ibarra.

–¡Está bien! –dijo el aduanero–. Sabía que nos entenderíamos. No intentéis engañarme. De cada descarga contabilizaré sólo la mitad. Pagaréis la mitad del impuesto al Señor y la otra mitad será para mí y mis hombres, sin contabilizar y en moneda.

–De acuerdo –dijo convencido José Ibarra.

El aduanero se marchó con su habitual gesto de superioridad, que no cambió ni un ápice ni siquiera tras el cierre de un acuerdo supuestamente ventajoso.

–¿Qué has hecho? ¿Cómo te atreves a convenir pagos de bienes comerciados por la Hermandad? –dijo Eneco.

–Eneco, aún tienes mucho por aprender. Este despreciable ser hubiera buscado tu ruina en tierra.

–Tú no tienes ninguna autoridad para proponer acuerdos.

–Eneco, por muy hábil navegante que seas y por muchos temporales que esquives, debes mantener esa habilidad en tierra. Y eso implica deslizarte entre las peores personas de nuestra comunidad.

–Debías habérmelo consultado.

–Lo hemos hablado a menudo, Eneco. No me has hecho caso. La gente habla y se cuenta que Vitulo está empezando a desconfiar de ti. Ha puesto a dos sicarios para que te vigilen de manera permanente.

–¿Cómo lo sabes?

–Vitulo tiene mucha malicia, pero también muchos enemigos. Mucha gente le desea el mal y todo lo que dispone se acaba sabiendo. La gente te quiere, Eneco, por eso te ayudarán, pero nadie desea enfrentarse al poder.

–Aún así, debías habérmelo consultado.

–Eneco, cuando he llegado estabais con un tono de conversación muy tirante. Esta mañana he tenido noticias de que Vitulo iba a tentarte con el fin de obtener una reacción violenta. Buscaba una excusa para mandarte apresar. Tu tía me ha pedido que actúe, y lo que ella dice es una orden para mí. Sabes que la adoro, y a ti te quiero como al hijo que no tuve.

–Me has tratado como a un niño.

–No seas orgulloso y recapitula, Eneco. Todos dependemos de ti y tú eres el verdadero armador. Pero debes ser más pícaro, no puedes enfrentarte directamente a Vitulo. Juega tu papel, mantente alejado de él y yo haré que los beneficios de la Hermandad sean mayores. Estoy seguro de que esos compañeros tuyos de otros puertos libran estratagemas parecidas.

En ese punto, Eneco se acordó de Olav Grimm y su habilidad de negociación con unos y otros, siempre al servicio de la reducción del volumen de comercio. Ibarra tenía razón.

–José, puede que tengas razón, pero quiero que nuestro trato con esa alimaña sea el menor posible.

–Lo será, Eneco, lo será.

Ambos se fueron hacia casa pensando que la tía Katalin ejercía de auténtica gobernanta de aquel negocio, algo que no les extrañaba después de la vida que había

llevado. Por el camino, José Ibarra contó a Eneco la vigilancia a la que Vitulo sometió a unos campesinos que elaboraban vino y de vez en cuando ocultaban un barril de su producción. Los vigiló durante meses tras los cuales magnificó el volumen de la mercancía no declarada. Los soldados apresaron a los campesinos y a sus hijos. Las hijas y la madre fueron violadas salvajemente en los calabozos y luego puestas en libertad. El padre y el hijo corrieron peor suerte y fueron arrojados al pozo de agua de casa hasta que murieron allí mismo. Todo ello por unos pocos barriles de vino ocultados, aunque fueran fabricados por ellos mismos.

Había entrado el invierno. En Rochella, la estructura de la Hermandad se había repuesto rápidamente gracias a la participación de la colonia de vascones, según pudo comprobar Eneco en uno de sus viajes. Una vez más, el doble fondo del *Ilaski Beltza* había servido para ocultar piezas de fundición, sin duda, la mercancía más valiosa. Declaraban salazones y telas. La estupidez y avaricia de Vitulo les permitirían seguir el juego. De vez en cuando, Eneco, que había variado sustancialmente su actitud gracias a las recomendaciones de José Ibarra, le obsequiaba con un pellejo de vino especial. Eneco aplicaba los conocimientos que le habían proporcionado tantas jornadas de navegación rodeado de vikingos, y mezclaba en el vino una cantidad de polvo que obtenía del secado de unas setas rojas con motas blancas. El polvo provocaba fuertes alucinaciones que Vitulo era incapaz de distinguir. Bebedor en exceso y borracho incorregible, achacaba su malestar a la ingesta desbocada del vino. De esa manera, se libraban de él durante varias jornadas en las que el pueblo funcionaba a su manera. José Ibarra tenía cierto temor a que las setas terminaran por matar al aduanero, pero el joven medía las dosis precisas para ir destrozando su cerebro lentamente.

Una noche, un golpe seco sonó en la puerta de la humilde casa de Eneco. Hacía tiempo que había caído la oscuridad en Vermelio. A pesar de que el comercio le había proporcionado importantes beneficios, él se los cedía a su tía, de manera que residía en una vivienda sencilla próxima a la casa donde vivía su familia.

Eneco se levantó y preguntó con mucha cautela:

–¿Quién es?

–Soy yo, Publio.

–¿Qué quieres? Es tarde.

–Ha llegado un marino preguntando por ti, no le entendemos, nos ha entregado un manuscrito para ti.

Pese a la hora y a la imprecisión del aviso, Eneco sintió un gran alivio, una llamada imprevista en la puerta era a menudo el preludio de una desagradable visita a la búsqueda de tributos. Abrió el manuscrito con interés. El mensaje era simple:

Ellenbogen
Atlantisk søskenlikhet

Eneco salió corriendo y bajo rápidamente hacia la bahía, donde no vio a nadie.

–¡Publio! ¡Publio! ¿Dónde estás?

Publio apareció detrás de él, jadeando.

–¿Dónde está ese hombre?

–Llegó el sólo en un cascarón y tras entregar el mensaje se ha dirigido hacía una nave parecida a la tuya que fondeaba delante de la isla de Izaro.

La luna llena proyectaba un potente haz de luz sobre el mar, permitiendo a Eneco adivinar cómo se deslizaba una sombra; era un langskip vikingo, sin duda.

–¿Cómo era este hombre, Publio?

–Alto, con el pelo amarillo y largo, no venía armado y llevaba una larga capa de cuero. Me suena haberle visto, pero estaba muy oscuro.¿Quién era? ¿Qué dice el mensaje?

Le sorprendió que el mensaje no estuviera escrito con las letras del alfabeto rúnico, sino del latino. "Sin duda, lo ha escrito Thorvald", pensó.

–Vete a dormir, Publio. Mañana hay que preparar el *Ilaski Beltza*, nos hacemos a la mar; podrás venir si lo deseas, será un gran viaje. Por cierto, la capa era de piel de foca y él, Leifr Eiriksson, el navegante que durante mi ausencia trajo el mensaje que indicaba que me encontraba bien.

40

Boenisch había pasado un invierno bastante tranquilo teniendo en cuenta la preocupación que se traía entre manos. Se citó varias ocasiones con Bjork y Michael para mejorar su comprensión global del tema, les organizó una excursión hasta Ribe para conocer el famoso enterramiento que dio origen a su estudio y volvieron a verse días antes de partir hacia Visby.

–He estado intentando comprender las motivaciones y objetivos de nuestros investigados –les comentó Boenisch.

–¿Alguna conclusión?

–Pocas, de nuevo la curiosidad y la ilusión, otras veces era simplemente el ansía de reconocimiento social o la búsqueda de mejores condiciones de vida lo que les movía. Pero estoy conmovido por Henry Hudson, un explorador inglés del siglo XVII. Seguro que os suenan emplazamientos como la bahía de Hudson o el río Hudson.

–Hudson buscaba rutas árticas para poder alcanzar Asia y las Indias. Además, remontó el actual río Hudson desde el asentamiento que llamó Nueva Ámsterdam, la actual Nueva York, hacia el Norte –añadió Michael.

–Exacto –dijo Boenisch–, siguió rutas habituales entre los navegantes vikingos, mientras que la mayor parte de los navegantes de su época buscaban las rutas del sur.

–¿Y qué te conmueve de él? –preguntó Bjork.

–La historia de Hudson es inicialmente una historia de éxito. Navegó para varias compañías, era tan bueno que se lo disputaban. Estuvo en Nueva Zembla, en las Islas Spitzbergen, en Groenlandia y otros territorios donde sólo los inuits y los vikingos se habían aventurado, todo ello en condiciones climatológicas adversas y sin beneficio personal. Hudson sacrificó una vida cómoda por su afán de conocimiento, por su curiosidad o por una vocación de servicio a su país.

–Esa es la gasolina de la que hemos hablado previamente –intervino Michael.

–Eso es, la curiosidad es la gasolina que mueve la maquinaria del conocimiento. La cuestión es que Hudson tuvo un final terrible. Capitaneando su nave, el *Discovery,* a la búsqueda de un paso ártico hacia el Pacífico, bordeó la península de Labrador y alcanzó la bahía de Hudson creyendo haber alcanzado el Pacífico. En tal creencia, navegó rumbo sur y sin encontrar salida llegó hasta James Bay, el punto más

al sur de la bahía de Hudson, donde la nave quedó atrapada en el hielo. Sobrevivieron al invierno a duras penas pero, finalmente, la tripulación se amotinó; abandonaron en un bote y a su suerte a Hudson, acompañado de su hijo. Nunca más se ha sabido de ellos. Los amotinados regresaron a Inglaterra donde ni siquiera fueron ajusticiados.

–Terrible, ¿qué fue de Hudson? –preguntó Bjork.

–No ha habido más noticias, pero un padre en tal situación se hace una pregunta terrible. ¿Qué es peor, sobrevivir a tu hijo, sabedor de que tu suerte va a ser la misma, y sabiendo además que has provocado tal situación o acabar con su vida para evitarle un sufrimiento sin sentido? Cualquiera de las situaciones me parece indigna de una persona de su valía.

–¿Por qué se amotinó la tripulación?

–Pasaron por circunstancias muy difíciles: escasez de provisiones, escorbuto, enfrentamientos con inuits pero es probable que el verdadero motivo fuera que sólo Hudson se movía empujado por la ilusión y la curiosidad, y la tripulación no podía entender sus motivos.

–¿Por qué te has parado en Hudson? –preguntó Michael–. ¿Qué relación encuentras entre él y vuestra investigación?

–En primer lugar, me parece curioso que Hudson fuera contra corriente de los navegantes y potencias de la época y dedicase su vida a la exploración de unos mares que habían sido dominados por los navegantes vikingos. En segundo lugar, me he acordado del mensaje del pecio de Seydisfjordur. Hay en él una carga de angustia comparable a la angustia que concibo en Hudson abandonado a su suerte. ¿Qué situación extrema vivieron los vikingos de Seydisfjordur? Creo que la runa que encontramos nos dará alguna explicación.

–¿A qué te refieres?

–El mensaje del pecio parece un mensaje de despedida, similar a las notas que se encuentran, por ejemplo, entre los pasajeros de aviones que sufren averías que les hacen presagiar el final. Parece un adiós, aunque realmente no sabemos si sobrevivieron.

–Holger –intervino Bjork–, tómatelo con calma, seguro que en Visby podréis avanzar.

–Eso espero, Bjork.

Los tres se despidieron deseándose buena suerte.

41

El *Ilaski Beltza* estaba listo para zarpar. En ausencia de Eneco, finalmente sería su familia quien se haría cargo de gestionar la Hermandad en Vermelio. José Ibarra se despidió de él como si fuera su padre.

–Cuídate, hijo.

–¡Claro, José! Sabes que no pasará nada, es un viaje más. Volveré.

–Quiero que os cuidéis.

–Y yo quiero que tú veles por los intereses de la Hermandad.

–Están en buenas manos. Buscaré mercancías para cuando regreses.

–¿Dónde está la tía?

–Déjala. Está muy afectada.

–¿Por qué?

José Ibarra no acertaba a decir nada. Un nudo en la garganta le impedía hablar.

–Tu tía os quiere mucho y ha sufrido muchas pérdidas. Pero tiene confianza en ti.

–¿Y María? Se ha despedido de mí antes. Estaba sonriente, pero no he vuelto a verla.

–No te preocupes, te estará observando desde la atalaya.

Nevaba ligeramente mientras el *Ilaski Beltza* salía de puerto deslizándose en silencio sobre un mar gris y calmado impulsado por el flojo viento norte. Eneco miró ensimismado durante largo rato entre los gruesos y flotantes copos de nieve mientras los marineros remaban suavemente.

¿Por que había hablado en plural su tío? ¿Desde cuándo le importaban aquellos marineros asilvestrados? ¿Por qué María no se había despedido? Confundido, cogió el timón y mantuvo el rumbo hasta que cayó la noche, momento en el que plegaron la vela y trincaron el timón. Dispusieron el tingladillo y se tumbaron abrigados.

Amaneció un día soleado y helador. El viento de levante arrastraba nubes bajas y densas. Tras retirar la nieve que se había posado durante la noche, montaron la vela y comenzaron a navegar. Al mediodía estaban rodeando la baja costa de la Vasconia continental para seguir con rumbo norte. Eneco mantenía el silencio, aún perplejo por la despedida, y maravillado por el comportamiento del *Ilaski Beltza*.

Antes de la noche superaron Ibaiune y se encaminaron hacia Burdígala siguiendo hacia el norte. Se sucedieron las jornadas y bordearon las costas de Nordmannia y Bertaèyn. Llevaban una semana de tranquila navegación rumbo al norte cuando se tumbó junto a una caja de víveres y le sorprendió su sonido hueco.

–¿Qué hay aquí? –preguntó al contramaestre, Antón Ercilla.

–Creo que frutas. Es una caja de víveres.

A Eneco le sorprendió que una caja de víveres sonase a vacío una semana después de partir de Vermelio. Se durmió y se despertó de manera repentina. ¿Que había sido ese ruido? Oyó como algo se movía dentro de la caja. Despertó a toda la tripulación, que aún dormía en total oscuridad.

–¡Abrid la caja!

–Eneco –dijo Ercilla cabizbajo–, la tripulación necesita descansar.

–¡Abridla! Algo se mueve. Espero que no sea una persona.

Eneco conocía las ideas de Thorvald sobre pasajeros no deseados. Lo echaría al mar atado a una piedra pesada. Algunos marineros se despertaron lentamente y temblando de frío. Abrieron la caja.

Eneco no podía creerlo. Miró aquellos grandes ojos rasgados. Se quiso morir en aquel momento. ¿Cómo no se había dado cuenta? Lo sabían todos menos él. Miró a la tripulación, nadie aguantó su mirada, todos bajaron la cabeza. Era la confirmación de que era el único que desconocía la naturaleza del contenido de la caja. Por un momento deseó echarlos a todos al mar pero en pocos segundos cambió de pensamiento. No podía ir en contra de una corriente tan potente. Al viento huracanado no debe de hacérsele frente. O se navega según su flujo, o se busca refugio. En pocos segundos envolvió con sus brazos a su querida hermana. Ambos permanecieron abrazados largos minutos.

–Eneco, te advertí que nunca más te dejaría marchar solo.

–¿La tía Katalin lo sabe?

–Si. Ella vio más cosas que tú.

–¿Qué cosas?

–Thorvald sufrió mucho durante sus últimos días. Se sentía muy desgraciado cuando se marchó. Por eso me voy contigo.

–Aun eres joven.

–Con mi edad, ya navegabas.

–Era un hombre.

–También podría decirte que todos los miserables que has conocido en tu Vermelio natal eran hombres.

–Totalmente cierto.

–Está bien, hermano. No quiero discutir más.

Eneco ordenó que le diesen comida y ropa limpia. Improvisaron un caldero para calentar agua, donde se bañó. Aseada y alimentada se incorporó al timón con su hermano. Hicieron toda la navegación juntos. La suerte les sonrió de manera que pudieron sobrepasar la desembocadura del Elbe después de dos semanas de gélida pero tranquila navegación.

Eneco había soñado siempre con navegar sin límites. Ahora comprobaba que aquello que le había parecido tan complicado le resultaba asombrosamente fácil y natural. Conocía la costa, las islas y las desembocaduras, las pocas elevaciones del terreno y cualquier otro accidente, aún recordaba su entusiasmo y despiste durante su primera navegación hacia el norte. Para su suerte, ya que no deseaba otra cosa que no fuera el bienestar de su hermana, los enemigos se habían transformado en aliados y hasta el rugiente Atlántico había mostrado sus respetos.

Según se acercaban a Sild, su cuerpo se agitaba cada más por la emoción del encuentro. Poco a poco, empezó a contagiar su habitual entusiasmo a María y a su tripulación.

Amaneció una mañana heladora en la que el viento venía desde tierra hacia el mar. Eneco agarraba fuertemente a María y ambos miraban intentando ver algo de costa. Llevaban dos densas capas de lana de oveja tejida que Bjarni Herolfsson trajo de las islas Føroyar. No había indicios pero Eneco se movía por intuición.

–Estamos cerca.

–¿Cómo lo sabes, Eneco? No has usado ninguna carta de navegación. José dice que sin cartas es imposible navegar.

–Tengo cartas fabricadas para mí. Mis compañeros no utilizan cartas. Dicen que el medio aporta más información que las cartas.

–Pero no las has consultado.

–María, he navegado por esta costa unas cuantas veces, la conozco, confía en mí.

–Pero no me has contestado. ¿Por qué piensas que estamos cerca?

–Lo huelo.

–¿Cómo? Tantos años de navegación te han sentado mal.

–Cierra los ojos, intenta olvidarte del frío y de lo que oyes. Dime a qué huele.

María hizo con muy poca convicción lo que le propuso su hermano. Sin embargo, al poco tiempo abrió los ojos y miró a Eneco.

–Huele… Me recuerda a las marismas que hay cerca de Vermelio, en la desembocadura de la ría.

–¡Exacto! Dime entonces qué significa esto.

–Estamos cerca de un estuario o de una ría.

–Estamos cerca del mar interior de las islas Frisias, el Wattenmeer. Es un mar no expuesto al oleaje, su fondo está lleno de un fango grisáceo que despide este olor. El fango atrae a los pequeños animales, como gusanos y conchas, y estos a las aves marinas. Mira al cielo.

María comprobó que todo tipo de aves marinas iban y venían en multitud de direcciones.

–Entonces, ¿estamos llegando?

–Puede que lo tengamos ante nosotros, si las nubes bajas nos dejaran ver podríamos situarnos mejor.

–Toca el cuerno de señales.

–No es apropiado. Podemos atraer invitados no deseados.

–¿Quién?

–Olvídate, María, es sólo una medida de precaución. Si toco el cuerno y me oye tu amigo Thorvald, me sacará las entrañas como a un bacalao.

–No lo hará. Y si se atreve se las verá conmigo.

Eneco se echó a reír y abrazó fuertemente a su hermana. Se sentía feliz con ella pese a la temeridad de embarcar sin su consentimiento en el *Ilaski Beltza*. Ambos se quedaron quietos al timón hasta que, poco después, las nubes de superficie comenzaron a despejarse y se asomó ante ellos el canal entre las islas de Rømø y Sild que daba entrada a la pequeña bahía de Ellenbogen.

–Llegamos, María.

Echaron el ancla mientras dos botes se acercaban a ellos para ayudarles a desembarcar. La bahía de Ellenbogen estaba ocupada por una decena de naves, todas ellas de la misma factura. Pero entre todas sobresalía el *Ilaski Beltza*, que había sido cuidado y mejorado con mimo por José Ibarra y que enteramente pintada de negro tenía una apariencia grandiosa.

Al desembarcar, Eneco se sumió en un largo y fuerte abrazo con Thorvald. Estaban todos, Olav Grimm, Leifr Eiriksson, Bjarni, Magnuss y hasta Ulf Larssen. Repentinamente, Eneco vio de reojo como Leifr dejaba de mirarles para dirigirse hasta donde estaba su hermana María.

La cogió con cuidado de la mano y la llevó hasta ellos.

–¿Qué significa esto?

Thorvald se quedó helado. No supo qué decir.

–Es mi hermana María.

–¿Qué? Este es un encuentro de la Hermandad y el emplazamiento no debe ser conocido por nadie, y menos por una joven.

–¿Qué dice? –preguntó María a Eneco, incapaz de entenderle.

–Dice que no deberías de haber venido –intervino en vascón Thorvald.

–¡Thorvald! –respondió María con fuerza–. Me escondí en el barco sin que Eneco lo supiera. No vengo a participar de vuestras conversaciones sino para estar contigo. Y no pienso volver a Vermelio.

Hubo un cierto silencio y un breve intercambio de mensajes de traducción. Leifr no era una persona abierta e insistía en que Eneco había puesto en peligro la reunión.

–Si continuáis con esa actitud, no tendré más remedio que marcharme de regreso –dijo Eneco.

–No, no te irás –le respondió Thorvald –. Ha quedado claro que el responsable soy yo en todo caso.

–Thorvald, Eneco –dijo rotundo Leifr–, nos hemos reunido para tratar sobre el futuro de nuestra Hermandad, resolved esto entre vosotros.

De repente, se escuchó una profunda carcajada. Grimm se acercó hasta ellos y cogió a María en brazos como si fuera una pluma. La abrazó con fuerza mientras que la besaba con más fuerza aún.

–Pero, niña –añadió con su grave voz–. ¿Cómo es posible que seas tan guapa y tan fuerte a la vez? Sois unos estúpidos. He creído entender que esta maravilla de la naturaleza se ha colado en el barco de su hermano, ha permanecido varios días escondida y ha hecho más de dos semanas de ruta por el frío y oscuro Atlántico para encontrarse con Thorvald. Y vosotros discutís como si se hubiera colado el enemigo.

–¿Cuántos años tienes?

–Va a cumplir dieciséis –respondió Eneco, ante la cara de sorpresa y falta de comprensión de María.

–¿Dieciséis años? –continuó Grimm–. Ya me gustaría que vosotros tuvierais su determinación. Esta mujer podrá gobernaros a todos dentro de poco tiempo. Se queda con nosotros, no hay nada más que hablar. Y si alguno no está de acuerdo, se tendrá que enfrentar a Olav Grimm. En cuanto a ti, Thorvald, vigilaré para que la trates como se merece.

Grimm dejó a María en el suelo y se fue a abrir un barril de cerveza. Ante la rotundidad de su intervención, el resto aceptó sus palabras por lo que se dirigieron a cobijarse bajo los tinglados con fuego preparados en la playa. No se volvió a discutir sobre el asunto.

El resto del día fue un encuentro permanente, todos hablaban con todos, contaban las novedades que debían compartir con el grupo, sus esperanzas y sus aventuras. Una vez más, Bjarni se llevó parte del protagonismo con sus fabulaciones sobre las nuevas tierras que había avistado en sus erráticas y poco calculadas navegaciones. Eneco y María permanecieron juntos, sobre todo porque María no podía entender aquellos relatos que se narraban en dansk tunga.

Mientras tanto, Thorvald buscaba desesperadamente alguna actividad que lo mantuviera alejado y en movimiento: subía y bajaba bultos, comprobaba continuamente el correcto anclaje del mismo cabo, hacía inventario, lo volvía a hacer, subía a las dunas a otear si se aproximaba alguna nave. Poco importaba que no esperasen ninguna nave más o que hubiera vigilancia permanente en torno al campamento. Grimm, totalmente consciente de su situación, no paraba de reír.

—¡Thorvald! Comprueba los cabos, puede que se hayan soltado en el último momento.

—¡Thorvald! ¿Has mirado bien hacia el mar? Es posible que no hayas visto las naves enemigas que se acercan.

Eneco no había podido estar con Thorvald desde el abrazo de la playa. Una vez que el día oscureció, se acercó donde el joven vikingo comprobaba por enésima vez el correcto anclaje de varios cabos.

—Vas a cansarte.

—No estoy cansado. Todo debe estar en orden. He de comprobar que no hay nada que pueda fallar… ¿Por qué no me has avisado?

—¿Avisar? Qué podía hacer, ¿enviarte una paloma mensajera?

—No lo sé. No ha sido una buena idea traer a María hasta aquí. No está bien que esté aquí.

—¿Por qué no?

—Eneco, mañana vamos a hablar sobre una misión de colonización que Leifr y Bjarni han pedido a la Hermandad. Será un viaje largo y peligroso.

—Thorvald, María ha venido por ti, ¿no lo entiendes? No tiene nada ver con la Hermandad.

—No tendría que estar aquí.

–Dime que no te gusta, dime que no la quieres y yo mismo la embarco mañana, aunque sea a la fuerza, y pongo proa hacia Vermelio. ¿Hay otra mujer?

–No. Lo sabes.

–No sé nada. Dímelo, dime que no….

–¿Qué? Qué quieres oír, deja de…

–¡DÍMELO, THORVALD! ¡DI QUE NO LA QUIERESY ME LA LLEVO!

El grito de Eneco resonó en todo el campamento. Se hizo un silencio absoluto. Los ojos azules de Thorvald miraron a Eneco con desesperación. Súbitamente expulsó aire, dejó todo lo que tenía entre manos, dio una palmada en el hombro de Eneco y se encaminó en silencio hacia la tienda donde se refugiaba María.

Eneco se quedó tranquilo y pasó lo que quedaba de jornada dedicado a charlar y beber cerveza e hidromiel con sus amigos. Unos arenques y enormes lomos de salmón ahumados con pan no fermentado de cebada sirvieron de acompañamiento.

Al día siguiente cuando se despertó, le llegó el inconfundible olor de la carne de reno ahumada y el aroma del tostado del cereal previo a la fabricación de tortas. Se levantó y vistió, y se encontró con Thorvald preparando el desayuno conjuntamente con María. Les observó unos largos minutos, Thorvald hablaba a María en lengua vascona y luego se lo repetía en dansk tunga; jugaban. No había duda, el viaje había merecido la pena y su hermana había demostrado su valor. Si no hubiera estado segura de lo que hacía, nunca se hubiera colado en el *Ilaski Beltza*.

Se acercó a ellos y abrazó con fuerza a María.

–¡Estoy muy contenta, Eneco! Gracias por traerme.

–¿Todo va bien?

–Si. Me marcho un instante para que hables con Thorvald.

Y se fue rápidamente dejando solos a ambos amigos.

–Bueno, vikingo, ¿quieres decirme algo?

–No sé qué hacer con tu hermana. La amo, reconozco que me marché muy triste de Vermelio y durante todo este tiempo he pensando mucho en ella, pero también tengo que confiarte que me produce cierto temor comprometerme. Sabes el tipo de vida que llevamos, siempre navegando y viajando, cualquier día puede ocurrirnos algo.

–Y cuál es el problema.

–Ella es joven, no quiero que sufra.

–Va a sufrir igual si la rechazas. En cuanto a nuestro tipo de vida, no es muy diferente al de un hombre de Vermelio. Es posible que viajemos más pero nuestra

vida no es tan miserable. Y, sobre todo, vivimos libres, Thorvald, con la cabeza bien alta, no tenemos que estar permanentemente agachando la cerviz. Nosotros marcamos nuestros objetivos y es cierto que nos exponemos a peligros y a enemigos pero tenemos esperanza en el futuro. María valora mucho esta forma de vida.

–Lo sé, Eneco, gracias por tus comentarios y por tu ayuda.

Después del desayuno, se reunieron para abordar el motivo que les había convocado en Ellenbogen. Grimm comenzó haciendo una especie de balance de la Hermandad.

–Durante este tiempo hemos cumplido con nuestros objetivos. El acuerdo con el Clan Tilsted nos ha permitido comerciar con ámbar y obtener beneficios importantes. Los créditos de la Iglesia y del Kurfunst de Hammaburg están pagados. El pedido de naves de Dubh Linn está terminado y pagado. Hemos consolidado nuestras bases y además tenemos apoyos en Island, Hibernia, Orkneyjary Alt-Lübeck. Pero no debemos olvidar otro de nuestros objetivos: la exploración de nuevas tierras y su colonización, si es posible.

Grimm continuó con su tono de maestro de ceremonias.

–Island nos ha pedido auxilio. Tres inviernos fríos seguidos de tres veranos secos han arruinado sus cosechas. Las colonias de Grønland, fundadas por el padre de nuestro hermano Leifr Eiriksson, son demasiado peligrosas y están cubiertas de hielo. Debemos acudir en su ayuda. Ahora, hablará Bjarni.

–Os lo dije, aquellas tierras a poniente de Grønland no son una fabulación, debemos seguir las corrientes y buscarlas, habrá tierra para cultivar y animales…

–¡Para! –dijo visiblemente irritado Leifr Eiriksson–. Lo que quiere decir Bjarni es que vamos a realizar una ruta a Island, pasando por Føroyar. Allí, debemos visitar un monasterio donde se dice que los monjes guardan el secreto de una ruta hacia poniente. Una vez en Island, antes del otoño partiremos hacia Grønland. El resto es desconocido. Yo iré al mando. ¿Quién viene?

–Yo debo ir. Es mi obligación –respondió Thorvald.

–Tú llevarás el mando pero yo abriré el camino –dijo Bjarni.

Muchos más hombres se presentaron voluntarios. No así Grimm, quien debía seguir ocupándose de la diplomacia, ni Ulf Larssen, que seguiría afianzando las rutas bálticas.

La reunión finalizó con un reparto de tareas dirigido a volver cuando antes a navegar mientras Eneco permanecía en silencio.

–No has dicho si vienes.

–Iré, Thorvald.

–Estás preocupado por María. Te dije que yo no puedo desatender mis obligaciones.

–Lo sé, intenta retrasar la salida.

–¿Qué? Sabes que no lo admitiría de otros, y mucho menos de mí.

–Eres un estúpido. El hecho de que partamos unas jornadas antes o después no va a condicionar el éxito de la expedición.

–¿Y qué va a cambiar ese tiempo en mi vida?

–Todo, estúpido vikingo. Ese tiempo con mi hermana te cambiará la vida.

Thorvald miró a Eneco y se retiró en silencio para pasar toda la tarde inventándose tareas. María lo vio y, como mujer sabia que era, le esperó con paciencia.

Tras la cena, se hizo el despistado hasta que María le llamo.

–Thorvald, ven aquí.

Thorvald acudió sumiso y entró en la tienda y se encontró a María con el fuego encendido y la ropa arrinconada. Su pelo suelto hasta la cintura y aquellas rotundas curvas de una geometría inmejorable le aturdieron. Se fundieron en un sólo cuerpo hasta que les venció el sueño.

Amaneció y Thorvald se levantó como un autómata. Leifr y Bjarni preparaban nerviosos sus naves a la espera de partir, pero Thorvald les paró. Debía despachar diferentes asuntos con Grimm. Después llegaron un temporal, una nevada, una niebla que nadie vio salvo Thorvald y más asuntos que debatir. Pasaron dos semanas durante las cuales Thorvald puso mil y un excusas con tal de no separarse de María.

Finalmente, Thorvald y María decidieron unirse aunque fuera de manera simbólica en aquella isla, y para siempre. La noticia se extendió. Cuatro langskip, dos snekkar y tres knorr se prepararon para partir tras la celebración, incluyendo víveres y todo tipo de materiales que podrían ser de utilidad en Island; y eso excluía el ámbar.

En la playa de Ellenbogen, bajo una mansa nevada, Thorvald Herolfsson y María de Baigorri se prometieron respeto mutuo hasta la muerte delante de todos sus amigos. Emocionados, se besaron sonrientes. La promesa se cerró con un banquete en el que dieron cuenta de salmones ahumados traídos de Ribe por Ulf Larssen, ganso salvaje cazado en las propias marismas del Wattenmeer y abundante cerveza. El ocaso de la fiesta marcó el descanso para partir hacia el otro lado del Atlántico, hacia lo desconocido.

María despertó y un frío sudor recorrió su cuerpo. Thorvald ya no estaba a su lado. Se vistió con tranquilidad y salió a la playa, donde todo estaba preparado para la partida. En tierra, sólo quedaban Eneco, Thorvald y Leifr Eiriksson, que se acercó a ella pausadamente.

–Con todo el respeto hacia tu hermano y esposo.

Le abrazó y dio varios besos afectuosos. Luego, tras arrodillarse ante ella, se fue ágilmente hacia el bote que los llevaría a las naves.

A continuación se acercó Eneco que la agarró con fuerza.

–Hermana. No te preocupes, pienso regresar pronto. Y no te olvides de nuestra patria: nuestra infancia. Grimm te ayudará en todo.

Mientras Eneco se encaminaba al bote, Thorvald y María se fundieron en un largo abrazo. No querían soltarse y así permanecieron durante un largo instante.

–María, te quiero y te querré siempre. Estarás conmigo dure lo que dure este viaje.

María fue incapaz de decir nada, sólo agarraba fuertemente a Thorvald. Le acarició el rostro y beso suavemente.

–Te esperaré aunque os ausentéis varios años.

El bote salió hacia las naves ya preparadas para partir. María se vio a sí misma en un gesto que no le era nuevo. Despidiendo a sus hombres sin la certeza del regreso.

42

Cuando Boenisch aterrizó en Visby, ya intuía lo que le esperaba: Jouko Saarela con un vehículo tan destartalado como su aspecto. Por contra, nada salió como él pensaba. En lugar de Saarela, una joven taxista que portaba un cartel que decía "Herr Boenisch" le esperaba en el exterior. Le resultó extraño. Había quedado con Jouko en el aeropuerto, y el viejo Jouko no solía fallar.

–¿Quién le ha dicho que venga a buscarme?

–Un señor de aspecto bastante raro, creo que era finlandés.

–¿Dónde me lleva?

–Donde usted me diga, simplemente me pidió que viniera a buscarle.

–¿Le dijo algo más?

–Oiga, no sé a qué viene este interrogatorio, sólo soy una estudiante que trabaja de taxista a tiempo parcial para ganarse una coronas.

–De acuerdo –dijo Boenisch extrañado.

Al poco tiempo se encontraba husmeando por la ciudad portuaria de Visby, llena de estrechas calles flanqueadas por casas de madera y cubiertas de teja cerámica. Las rosas florecían por todas partes. Era una ciudad hermosa y estaba a gusto, pero no alcanzaba a comprender la ausencia de Jouko. Para intentar frenar su inquietud entró en una tienda de licores, donde compró una botella de buen cognac para Jouko y una botella de un extraño vino ucraniano para él. Tras cenar un sandwich, volvió paseando hasta el hotel, donde se acostó inquieto sin saber que ocurriría al día siguiente. Al final, mató su inquietud bebiéndose media botella del vino ucraniano.

Boenisch se despertó temprano y salió a correr por la carretera de Tofta hasta Högklint. Le gustaba correr por este camino que serpenteaba entre villas de verano escondidas en el bosque. Mientras corría, valoró qué hacer si Jouko seguía sin dar señales de vida. Era domingo y el buen tiempo le hizo pensar en coger un coche e irse hasta Fårø. Allí se tumbaría en cualquier playa mientras reflexionaba sobre qué tipo de mente, entre genial y retorcida, había tenido Ingmar Bergman para aislarse en aquella pequeña isla y convertir su vida en un desastre a la mayor gloria de su creación cinematográfica. Aunque a lo mejor, podía ir al Visby Golf Club y hacer unos hoyos. Sin embargo, cuando llegó al hotel sus planes cambiaron por completo. Allí le aguardaban Jouko, su eterna chaqueta y sus inclasificables complementos.

–¿Dónde demonios te metiste ayer?

–Desaparecido.

–¿Por qué?

–Luego te cuento. Quiero que vayamos a Lummelunda. Allí hay algo interesante.

–Jouko, hoy es domingo.

–No te preocupes, comeremos en un restaurante cercano. Es muy bueno y hay unas vistas espectaculares.

–¿Tú opinando de un restaurante? Aquí falla algo.

–Dúchate y desayuna, te espero.

–Jouko, ni siquiera me has dado la mano.

Ambos hombres se abrazaron un largo rato, lo que permitió a Holger percatarse de que Jouko despedía un terrible olor mezcla de curry, fritura, ahumado y vapor de berza cocida. Todo condensado y madurado.

–Hueles a sudor. Dúchate y regresa más presentable –le dijo Jouko.

–¿Cómo? ¿Y me lo dices tú? Serás….

–Vamos, Holger, no te enfades, un tío tan elegante como tú no puede dar semejante imagen.

Boenisch miró al finlandés con cara de perplejidad. Nunca dejaría de sorprenderle. Al poco tiempo, ambos se dieron un homenaje compuesto de carnes de cerdo ahumadas con patatas asadas con piel, makareles con tomate, queso de cabra con nueces y trucha ahumada, regado con vino espumoso de Hungría.

–Jouko, me traes por la calle de la amargura. Con este desayuno vas a descompensar mi hasta ahora controlada sangre.

–La culpa es tuya, Herr Boenisch. Normalmente desayuno zumo y leche desnatada.

–Ya, y yo perejil y agua desmineralizada.

Ambos empezaron a reírse a carcajadas

–¿Qué te pasó ayer, Jouko?

–Annika. Ayer fue el trigésimo aniversario de su fallecimiento.

–Lo siento, no lo sabía.

–Sabes, confiaba en superarlo, pero diez años después de su muerte me casé con ella.

–¿Qué?

–Si, era perfectamente consciente de que nunca iba a superarlo, por lo que me casé con ella. Estamos unidos para siempre, pienso en ella todos los días.

–Jouko, no pue…

–¡Holger! No digas nada, no puedes entenderlo. Ella estaba tan llena de vida. La quería a morir. ¿Cómo es posible que una criatura tan hermosa y vital terminara así?

–Jouko, tranquilízate.

–No puedo, Holger, aún acaricio sus piernas por las noches. Han pasado treinta años y no puedo dejar de pensar qué hubiera sido de nosotros, la imagino madura pero sonriente; siempre sonreía. ¿Por qué le toco a ella, Holger? ¿Por qué insistí en tomarnos una cerveza más? Si no nos hubiéramos quedado un rato más, Annika jamás hubiera sido atropellada por ese camión y hoy estaría aquí, con nosotros.

Holger Boenisch permaneció cabizbajo y en silencio; una lagrima recorría su cara lentamente mientras Jouko lloraba sin disimulo. Era terrible ver a aquel hombre roto tantos años después de un suceso tan doloroso. Después de unos momentos de emocionado sufrimiento, ambos hombres se miraron.

–Jouko, intentemos disfrutar.

–Si, claro que sí.

Se abrazaron y salieron del hotel hacia el parking. Montaron en un viejo Volvo que olía a carnero en celo y arrancaron hacia algún lugar.

–¿De dónde has sacado esta chatarra?

–¿Podrías ser un poco original y dejar de preguntar siempre lo mismo? Mi amigo Mikes tiene un negocio de alquiler, todos grandes coches clásicos, deberías de saberlo ya.

–Ya conozco, ya, al famoso Mikes, pero ¿incluye la limpieza de sus coches?

–Por supuesto, no sé porque lo dices.

–Déjalo. ¿Cuánto te ha costado?

–Cinco euros al día.

–Entiendo.

Tras una interminable conducción de dos horas, llegaron a un pueblito y aparcaron frente a una iglesia, al lado de un cartel que indicaba Visby 25 km.

–No puede ser, esta situación me suena. ¿Hemos tardado dos horas cuando sólo hay 25 kilómetros desde Visby?

–Me he perdido. ¿No te has dado cuenta de que en esta isla no hay distancias tan grandes? ¿O eres tan estúpido que después de haber estado aquí tantas veces todavía no te has dado cuenta de que en Gotland no hay estas distancias?

Boenisch frunció el ceño y, aunque hubiera deseado fulminar a Jouko, se limitó a callarse.

–¿Qué hay aquí?

–Míralo.

Junto a la iglesia había un cementerio repleto de lápidas y enterramientos en escritura rúnica. No era normal que una simple aldea de treinta granjas albergase semejante camposanto.

–Una necrópolis vikinga con numerosas inscripciones rúnicas. Te he traído aquí para que te familiarices. No tiene relación con nuestro tema, ¿o sí? Bueno, no directamente pero si indirectamente, la cuestión es resolver la inscripción rúnica de Seydisfjordur.

–Ya, pero tú me has dicho que íbamos a Lummelunda.

–Si, allí es donde vi todo más claro.

–A ver si me aclaro. ¿Para qué venimos aquí? ¿Qué hay de la inscripción de Sydisfjordur? Y, ¿qué pasa con Lummelunda?

–De momento, mira las inscripciones; esto es sólo un cementerio.

Al colocarse frente a las tumbas, a Boenisch le entró una tristeza inexplicable: aquella gente formaba parte del pasado, sus ilusiones, sus alegrías, sus proyectos, todo yacía bajo tierra, en silencio. No pudo evitar recordar la angustia que sintió cuando enterró a sus abuelos y pensó qué se sentiría al perder a un hijo. ¡Cómo soportar aquel dolor!

Ensimismados, regresaron al coche para coger dirección Lummelunda, donde esta vez llegaron sin perderse.

–¿A qué venimos? Que yo sepa aquí hay unas cuevas interesantes pero poco más.

–Hay algo más. Te voy a presentar a una querida amiga, Ingrid, una ingeniera de sistemas muy competente que trabajaba para Siemens. Un buen día lo mandó todo al carajo y montó un pequeño negocio de artesanía local, muy hermoso. Además, tiene una afición realmente interesante: estudia las runas de Gotland. Me encontré con ella una buena mañana en el cementerio que acabamos de visitar.

Tras entrar en una pequeña tienda, entablaron conversación con Ingrid, quien había estudiado las fotografías de Islandia.

–Los alfabetos rúnicos comparten el uso de unas letras que llamamos runas. Las runas se emplearon para escribir en las lenguas germánicas antes y durante la cristianización, sobre todo en Escandinava, en las islas del Atlántico y en las islas Británicas, además de Europa central y del este. Las variantes escandinavas del alfabeto las conocemos como "futhark", debido a las primeras seis letras: ᚠ ᚢ ᚦ ᚨ ᚱ ᚲ que se transliteran como F, U, P, A, R y K.

–Perdona, Ingrid, ¿decías que también en las islas Británicas?

–Sí, pero allí se conocen como "futhorc", por los cambios de pronunciación de estas mismas letras en inglés antiguo. También es importante indicar que parte de las

runas son originales pero otras tienen gran semejanza con caracteres latinos o etruscos. Aunque el empleo de las runas en decoración y calendarios ha persistido en Suecia hasta nuestros días, los alfabetos rúnicos fueron poco a poco sustituidos por el latino, de manera que al finalizar la época vikinga, a finales del siglo XII, ya no se usaban. Habían sido sustituidos por el "futhark joven" o "futhark escandinavo", que a su vez tiene variantes: las runas danesas, las de Helsingia, las islandesas y las runas de Rök, como las del cementerio. También se encuentran en amplias zonas de Noruega.

—La inscripción que encontrasteis en Seydisfjordur, a más de cinco mil kilómetros de Gotland, es sin duda una runa de Rök y no se parece en absoluto a las runas islandesas. Lo que significa que la realizó una persona de Gotland o alguien que había vivido muchos años aquí. Es más, se trata de una runa chapucera.

—¿Chapucera?

—Si, combina las runas con letras del alfabeto latino.

—¿Cómo si tuviera errores de ortografía?

—No, diría que la hizo una persona de lengua materna no escandinava. Un extranjero.

—Ahora sí que resulta interesante. ¿Sería mucho pedirte descifrar su contenido?

—En absoluto, estoy en ello, en un par de días os podré ofrecer una interpretación seria.

Hasta que Ingrid tuvo listas sus conclusiones, ambos amigos se dedicaron a revisar los restos almacenados por Jouko en Visby: pecios, restos orgánicos no descompuestos como cáscaras y huesos, cuero y piel, cabos de diferentes fibras vegetales, cajas y arcones, piezas de fundición y aleaciones metálicas y mucho mas material del que podían asimilar el finlandés y su equipo de trabajo.

Se citaron con Ingrid en un restaurante situado en la plaza principal de Visby. Como de costumbre, Holger consideró que los demás debían comer y beber lo que él pidiera, así que empezó a filosofar sobre los platos y gastronomía sueca.

—Una pena que la carta de vinos sea tan corta. ¿Qué es este guisado de alce con crema de brócoli? ¡Qué despropósito! El alce debe combinarse con una salsa agridulce y ligera. ¡Por favor! Platija frita en mantequilla con costra de pan y crema de nabos, ¡qué horror! Tanta guarnición, salsa y cobertura mataran al pescado.

La jefa de sala, una joven pelirroja, esperó pacientemente hasta que Holger miró.

—Señor, los platos se mantienen en la carta por petición de los clientes y usted ha citado dos de los que tienen mayor demanda.

—Señorita… —dijo Boenisch como queriendo arrancar con uno de sus rollos.

—¡Señora, por favor! Señora Jungstedt.

–Señora Jungstedt, que cinco mil millones de habitantes de la tierra prefieran acompañar un asado con refresco de cola antes que acompañarlo con un vino de crianza no significa que tengan razón.

–Lo sé, señor, pero nuestro objetivo no es perseguir la razón sino hacer negocio y sobrevivir. Si los clientes pidieran piel de oveja cocida con ketchup y nachos, se lo serviríamos encantados.

–Entiendo.

Boenisch se quedo perplejo, no sabía si mandar a la mierda a la pelirroja y salir del restaurante o darle un beso por la valentía demostrada. Miro por debajo de las gafas la carta y alzando tímidamente la cabeza miro con detenimiento aquellos ojos grises rodeados de una constelación de pecas.

–Tomaremos el lomo de salmón ahumado a la parrilla con eneldo, poco hecho, por favor, y de aperitivo, una ensalada de gambas marinadas.

–De acuerdo, señor. ¿Para beber?

–El blanco Gewurztraminer.

Jouko miraba alelado a Boenisch hasta que este le cortó.

–¿Por qué me miras con esa cara de estúpido?

–Estás perdiendo facultades. Estaba guardando todo en mi chaqueta ya que era inminente que te ibas a levantar, pegar dos gritos y decirnos que nos íbamos a un restaurante de mayor dignidad.

–¡Viejo chacal karelio!

–Eso es, te estás haciendo viejo. Por eso te ablandas.

–¡No me jodas!

–Te molesta que te lo diga, luego es cierto.

–No tengo ganas de discutir. Además, estoy muy cansado y no me apetece seguir este juego.

–Está bien, cenemos lo que tú mandes y no volvamos a discutir más.

Los doctores Saarela y Boenisch parecieron descoordinados por primera vez en mucho tiempo. Ellos siempre se habían llevado bien pese a sus diferencias. En esta ocasión, sin embargo, hasta se olvidaron durante algunos minutos del propósito de la reunión.

–Bueno, creo que me habían llamado para algo –intervino Ingrid, percatándose de la situación e intentando ayudar a los dos amigos–. Tengo parte de la traducción, ya que la escritura es muy compleja y confusa y hay muchas incógnitas.

–¿Qué conclusiones pueden avanzarse?

–La primera es que no hay un autor, puede decirse que es un anónimo, aunque tal vez se debe a que es un texto inacabado. Además, es una runa de Rök. Los caracteres y escritura son similares a las runas de Gotland datadas entre 995 y 1050. Las debió de escribir alguien que tuvo contacto con esta isla en ese período. Diría que la escribió un hombre, algo obvio por los temas que toca: amor, peligro, enfermedad, navegación… Y, por último, su autor no estaba acostumbrado a la escritura rúnica, pero era una persona culta para su época, ya que inserta topónimos en dansk tunga escritos con grafía latina, además de alguna palabra latina completa.

–¿Todo eso es demostrable? –preguntó Jouko.

–Hay aspectos que aún no puedo precisar, pero las conclusiones de las que hablo son evidentes y demostrables. Respecto al contenido, se habla de un viaje largo y de una tierra desconocida llamada Helluland, y ese topónimo se introduce con grafía latina. También menciona otro topónimo bajo la denominación de Vinland, también escrito con grafía latina, y unos hombres llamados *skraelings*. Se habla de peligro, de frío y de enfermedad. La simbología de la enfermedad aparece varias veces en la parte final de la runa.

–¿Has dicho Helluland y Vinland? –preguntó un excitado Boenisch a la vez que bebía de un golpe una copa de vino blanco.

–Exacto.

–¿Estás segura? –volvió a preguntar.

–Por supuesto. Las fotos no son de la mejor calidad pero es evidente. ¿Por qué insistes?

–Helluland y Vinland son las denominaciones que dieron a las islas de Baffin y Terranova los primeros vikingos que alcanzaron América a las órdenes de Leifr Eiriksson hacia el año 1000-1005. Es decir, que puede ser que hayamos encontrado una runa escrita por los primeros europeos en pisar América.

–Skraeling significa enano en las antiguas lenguas germánicas septentrionales –añadió Jouko.

–Respecto a los skraelings, se habla de un encuentro con ellos –continuo Ingrid–. En ese contexto que citáis, puede tratarse de un encuentro con inuits.

Boenisch estaba tan ansioso que engulló la ensalada de gambas marinadas sin dejar nada para los demás, al tiempo que pedía una botella de vino adicional. Por suerte, con el estomago algo lleno, se desbloqueo y comenzó a razonar.

–Podemos seguir el hilo de una organización comercial anterior a la Liga Hanseática que alcanzó América, con conexiones en los emplazamientos que hemos

citado, formada por navegantes nórdicos y de otras zonas de Europa. Nos falta el último paso, Jouko: la María de la sepultura de Ribe, aunque estoy convencido de que es la misma que se cita en el pecio de Seydisfjordur. ¿Quién era?

–No vayas tan rápido, Holger –le respondió Jouko.

–Estoy formulando una hipótesis para intentar probarla con la información existente.

–Pero…

–Pero qué, ¿que ningún libro de historia habla de ello?, ¿que no hay una historia oficial que lo recoja? Vamos, Jouko, ¿cuántas mentiras, medias verdades, tergiversaciones y falsas interpretaciones recoge la historia oficial? ¿acaso nos debemos de callar por que la mentirosa historia de la Europa colonial concluyó que América fue descubierta por un negrero genovés llamado Colón que navegó a las órdenes de los Reyes de Castilla?

–No lo sé, esto es muy novedoso, muy rompedor.

–Ingrid –continuó Boenisch–, la runa, según tu interpretación, la escribe un hombre no nórdico pero que ha tenido contacto con Gotland, ¿es así?

–Sin duda.

–Por otra parte, la inscripción del pecio de Seydisfjordur, que dice "*María, Jeg alltig du live. Thorvald",* está escrita por un navegante nórdico llamado Thorvald.

–Así es –replicó Saarela.

–Ambas inscripciones coinciden en el tiempo y está claro que hay conexión. Sin duda, estos hombres sufrieron algún problema cuando regresaban de América. La declaración de nuestro *Thorvald* es totalmente clarificadora, parece un texto póstumo, algo escrito por una persona desesperada que piensa que va a morir.

–No lo sé, Holger, vas demasiado rápido –insistió Jouko.

–La runa habla de frío y de enfermedad. Es coherente.

–Estoy de acuerdo con Holger –intervino Ingrid–, y lo digo desde mi desconocimiento del caso, pero la historia es muy coherente tal y como la has citado, ¿por qué no?

–No hemos encontrado conexión ni evidencias en los restos encontrados en Labrador y Terranova –dijo Saarela.

–¡Jouko, por favor! –le cortó rápidamente Boenisch–, es un terreno muy amplio. Tampoco hay ninguna evidencia de que los restos que se han encontrado en el supuestamente primer asentamiento vikingo en América, en L´Anse-aux-Meadows,

correspondan a las expediciones de Leifr Eiriksson y sólo hablamos de la primera, de la expedición de descubrimiento. No es motivo para rechazarlo.

–Tienes razón, Holger, debemos profundizar en esta hipótesis.

Con la excitación, Boenisch tiró la botella de blanco al suelo. Al instante, un camarero apareció con otra.

–¡Llévesela! –exclamó Boenisch.

–¿No la quieren?

–No. Debemos celebrar algo importante. Tráigame una botella de champagne y tres nuevas copas. ¡Ah!, y una lata de caviar Beluga y unos blinis con mantequilla salada.

–Sí, señor.

Se dieron el homenaje y siguieron lanzando hipótesis hasta que casi se puso el sol, aunque el solsticio de verano se acercaba y la noche se hizo de rogar.

43

Durante las primeras jornadas de su aventura en busca de nuevas tierras, remar fue un placer ya que proporcionaba calor y permitía fatigarse para dormir. Al igual que Eneco, la mayoría de los tripulantes nunca habían navegado tan al norte y, pese al frío, se maravillaban de aquellas espléndidas aguas llenas de cetáceos y de aves marinas. Una vez dejaron atrás las Orkneyar, al norte de Scotia, se mantuvieron tras la ruta que marcaba Leifr Eiriksson, quien una mañana ventosa de la segunda semana de navegación les convocó a una breve reunión en alta mar.

–Estamos aproximándonos a Føroyar, donde llegaremos cuando lo decida el capricho del viento, que en esta zona cambia de orientación e intensidad con frecuencia. Podemos pasar de la mayor calma a enormes olas y duros vientos en un momento. Una distracción puede significar perderse del resto de la flota –les advirtió.

–Las órdenes son las siguientes –intervino rotundo Thorvald–. Las naves de Leifr y Bjarni marcarán el rumbo a seguir. Estad atentos y repetid todas sus maniobras. ¡Suerte!

La flota continuó hacia Føroyar con todo el trapo desplegado y los remos en marcha; había que ganar tiempo mientras la meteorología lo permitiera. Al rato, comprobaron que a proa las altas nubes grises se transformaban en una cortina de blancas nubes bajas y entraron en un mar revuelto regado por chaparrones. El viento cambió totalmente y casi sin visibilidad, Leifr y Bjarni plegaron las velas y cambiaron la orientación de la verga. Encendieron dos lámparas de grasa de ballena a proa y popa y metieron marcha a los remeros.

Todos intentaron mantener la ruta entre el ensordecedor silbido del aire y un mar de olas desordenadas y desiguales que entraban a cubierta por los cuatro costados de las naves. Durante casi media jornada lucharon en tan desfavorable panorama sin saber hacia donde se dirigían. Eneco recordó la última gran tempestad que le regaló el Atlántico Norte, llegando a Ribe desde Hibernia, y ya se hacía a la idea de que en el mejor de los casos, pasarían más de una jornada golpeados por las olas hasta que el mar quisiera calmarse. Se mantuvo atento al rumbo de las embarcaciones que dirigían el penoso peregrinaje hasta que, repentinamente, oyó señales de un cuerno

de avisos. ¿Las cosas irán a peor? pensó para sí mismo aunque se mantuvo sereno para no transmitir miedo a la tripulación. Tres nuevas señales continuas precedieron a una maniobra de Leifr, que viró a estribor totalmente y desplegó toda la vela. A pesar de que aquella tempestad podría destrozar la vela en un suspiro, Eneco no dudó. Ordenó soltar la vela, alzar la verga y tensar el trapo al máximo, mientras observaba que las dos naves que le precedían hacían lo mismo. Viró a estribor y ordenó remar con fuerza para observar poco después que frente a ellos se alzaban dos islas. Por fin llegaban a Thorshavn.

Føroyar se había convertido en una base estable para la Hermandad gracias a la actividad de Bjarni. Era casi un territorio propio, una tierra propicia para cualquier colono dispuesto a vivir en un lugar inhóspito, duro y carente de interés comercial, pero libre de tiranía e impuestos.

Al despertarse, la húmeda mañana les obsequió con unas diminutas chispas de nieve que apenas conseguían blanquear el embarcadero y praderas anexas. Comieron algo y rápidamente Bjarni se puso en marcha junto a su hermano Thorvald y Leifr.

–¿Dónde vais? –preguntó Eneco, sorprendido por la prisa.

–¿Cómo que dónde vamos? –respondió Bjarni–. Tú también te vienes con nosotros, vamos a Kirkjubøur, donde nos han dicho que hay una abadía habitada por monjes cristianos. Ellos han explorado el Atlántico Norte antes que nosotros. Te necesitamos ya que tú te entenderás mejor con ellos.

Tras equiparse, ascendieron por una colina sin un solo árbol, barrida por el viento. La ventisca les empujaba hasta casi tirarles al suelo. Continuaron durante largo rato por un camino empedrado, entre la niebla y el viento hasta que vieron un oscuro y austero edificio. ¿Quiénes eran aquellos monjes y qué hacían allí? Cerca de la abadía, había unas pocas chozas de piedra con techos de paja, de las que apenas salía alguna leve humareda. Parecía una aldea de pescadores, probablemente colonos que habían llegado hasta allí huyendo de Norveg.

El monasterio no tenía ni foso ni estructura defensiva alguna, exceptuando aquellos gruesos y opacos muros de piedra oscura. Eneco se preguntó a sí mismo quien querría ir hasta allí y vio claro que la mejor defensa de aquella abadía era su emplazamiento, en un lugar olvidado del extremo más inhóspito de una isla perdida en la mitad de la inmensidad del océano.

Golpearon la maciza puerta de madera de manera insistente. Nadie respondió. Siguieron golpeando una y otra vez mientras la ventisca y los finos copos de nieve les castigaban. Finalmente, escucharon un sonido rítmico comparable al golpe de una

estaca de madera sobre algo duro. Se quedaron quietos mientras el ruido se acercaba a la puerta y alguien abría una pequeña escotilla.

–¡Ave María!

–¡Ave María! –respondió Eneco, ya que lógicamente solo él entendió el saludo.

–¿Qué buscan aquí?

–Nos pregunta para qué hemos venido –Eneco trasladó a los demás la pregunta.

–Queremos hablar sobre los libros de navegación de St. Brendan –dijo Thorvald con seguridad.

Un violento golpe cerró la escotilla instantáneamente. El rítmico golpeteo de la madera se empezó a alejar hasta ser imperceptible.

–¿Qué pasa? –preguntó Leifr ansioso.

–No lo sé –respondió Eneco–, ha preguntado qué queríamos y luego se ha marchado.

Esperaron aguantando el frío insoportable hasta que de nuevo se escuchó el sordo golpeteo. Sonaron bisagras y llaves crujiendo de manera violenta y la puerta se abrió. Un monje tapado con su capucha les abrió paso e iluminó con una antorcha el oscuro interior del monasterio. El monje llevaba un hábito hasta el suelo y al mirar a sus pies vieron que el izquierdo estaba descalzo, pese al frío, mientras que el derecho era una estaca de madera.

–¿Dónde vamos? –preguntó Eneco.

El monje no contestó y arrancó marcando el ritmo. Atravesaron un patio oscuro y entraron en lo que parecía la nave principal, una lúgubre estancia donde un grupo de hombres oraba entre susurros. Continuaron por un pasillo iluminado por débiles antorchas que les condujo hasta una biblioteca donde varios frailes trabajaban en la escritura de manuscritos. De allí pasaron a una cámara fría y oscura.

El religioso les dejó solos hasta que se abrió una puerta y apareció un hombre de mediana edad con la cabeza calva y una larga barba que se acercó hasta ellos.

–¡Ave María! Soy el prior del monasterio. Frai Sean me ha dicho que quieren hablar, tengo poco tiempo hasta la próxima oración.

–Somos navegantes que buscamos rutas por el mar del Norte –Eneco se lanzó–, tenemos bases comerciales en el Imperio Germánico, Hibernia, Scotia, Dannevirke… y aquí, en Føroyar.

–¿Ha dicho en Hibernia? Todos nosotros procedemos de Hibernia.

–¿Y qué hacen aquí? –respondió Eneco con una sinceridad que no pudo ocultar.

–Oramos por la salvación de las almas.

–¿Saben algo de los viajes de St. Brendan? –Thorvald fue directo.

–Si, vengan conmigo.

Desanduvieron el camino y volvieron hasta la biblioteca. Allí, entraron en una estancia aislada con fuego encendido y amplias ventanas exteriores. Les pareció que estaban en otro lugar. El Prior les enseñó varios manuscritos que se amontonaban en la estancia.

–Los primeros viajes noratlánticos realizados por una persona culta corresponden al griego Pytheas, que escribió haber llegado a la isla de Última Thule[15] a diez jornadas de navegación desde Scotia. Llegó hasta lo que nombró como *oceanus innavigabilis*, una especie de mar gelatinoso donde el frío impedía la navegación. Desde entonces, no se conserva ninguna crónica escrita hasta el *Navigatio Sancti Brendadi Abbatis*[16]. Este manuscrito relata las navegaciones de nuestro querido St. Brendan, un gran marinero que nos abrió el camino hasta esta isla santa. Les dejo con él. Pasarán noche en esta estancia. Un hermano les traerá algo de comer y de beber y unas mantas. También tienen algo de leña. Pueden revisar el manuscrito hasta mañana.

–Gracias –fue lo único que pudo decir Eneco antes de que el prior se marchara.

Eneco fue obligado a leer y releer cada página del manuscrito que les dejó el monje. El pan y la sopa apenas se tocaron mientras discutían las páginas del *Navigatio Sancti Brendadi Abbatis*. Sin duda, aquel maldito monje había navegado por todo el Atlántico Norte. Sus descripciones coincidían con lo que Leifr y Bjarni decían sobre Island y Grønland, y lo que era más misterioso, St. Brendan se refería a una tierra plana, llena de vegetación y de animales a poniente de Última Thule, confirmando los relatos de Bjarni, que, emocionado, no cejaba de repetir "lo sabía, lo sabía. Yo lo había dicho ya".

Se quedaron sin leña y sin luz y durmieron malamente por el frío y la humedad de aquel sitio. Antes del amanecer, el monje de la pierna de madera les despertó.

–¡Deben irse ya para que continuemos con nuestra tarea!

Con la primera luz de la mañana retornaron para poder comer algo y retomar el calor en su acampada del fondeadero. Y sobre todo se fueron con la cabeza llena de detalles y observaciones sobre la ruta de navegación realizada por St. Brendan.

Tras varias jornadas en Føroyar, en cuando cambió el tiempo y las nubes dieron paso a días soleados y calmados, sus ánimos ascendieron como la temperatura y decidieron hacerse a la mar. Pronto dejaron atrás las islas Føroyar y se adentraron de nuevo en el oscuro Atlántico rodeados de juguetones delfines.

Transcurrieron varias jornadas de navegación tranquila rumbo al norte hasta que un atardecer, con el sol ya oculto, Eneco divisó varias columnas de humo de una altura como nunca antes había visto. Sin embargo, Leifr persistía en mantener rumbo directo hacia las columnas. Se hizo de noche y Eneco continuó al timón disfrutando del silencio. Repentinamente, el horizonte empezó a iluminarse, algo que sorprendió al joven: no podía ser el amanecer, llevaban poco tiempo de oscuridad. No pudo evitar asustarse ante su claridad e intensidad. Grandes columnas de luz formaban curvas serpenteantes. Los tonos, entre amarillos y naranjas, variaban y las luces aumentaban y disminuían de fuerza sin razón aparente.

Eneco dudo sobre qué debía hacer, pero comprobó que el resto de la flota mantenía el rumbo. Transcurrido un buen rato, las luces se transformaron en potentes columnas multicolores que ascendían casi en vertical mientras dejaban un haz que se difuminaba hacia poniente. Eneco vio que un bote se acercaba hacia ellos con una antorcha y se acercó a estribor. Era Thorvald.

–¿Lo has visto, Eneco? Es Freja[17], la diosa del amor, de la belleza y de la guerra, que monta a caballo para mostrarnos el camino del norte.

–No querrás que me crea que esto es obra de una diosa.

–Sea lo que sea, para un navegante esa luz marca el norte, es una gran ayuda para la orientación nocturna invernal. Síguela y disfruta de su visión.

El amanecer no fue menos espectacular y descubrió ante ellos una gran isla cubierta por una enorme masa de hielo. En medio, una gran montaña emitía una antorcha de denso y blanco humo que ascendía sin límite. Bordearon la isla con rumbo a poniente, rumbo *vestri* como gustaba decir a Leifr, manteniendo una distancia de la costa que les permitiera esquivar los grandes bloques de hielo dispersos. Casi al anochecer, llegaron a una bahía que desprendía chorros de humo. Aquello debía ser Reykjavik, la bahía humeante que les habían descrito Bjarni y Leifr, donde se asentaba la colonia de Island. Remaron al máximo en un último esfuerzo. El cielo azul se había transformado en un gris oscuro que contrastaba con el blanco de la tierra. Las montañas se alzaban directamente desde el mar mostrando acantilados de un color casi negro. Anclaron el *Ilaski Beltza* en aquella bahía de atmósfera inquietantemente tranquila y bajaron el bote para ir hasta tierra firme.

–Bienvenido a Island –saludó Leifr a un Eneco maravillado.

–¿De dónde sale ese humo?

–De la tierra. Nos proporciona calor y agua caliente.

Eneco miró a su alrededor, centenares de colonos les esperaban en tierra. Mujeres, niños, algunos ancianos, pocos hombres.

–¿Dónde están los hombres?

–Algunos pescando, la mayoría, muertos. Las condiciones de vida no son nada fáciles aquí. No es posible sembrar y los últimos inviernos no ha habido suficiente comida para todos –respondió Leifr.

Afortunadamente el knorr que transportaba corderos, potros, vacas y numerosos toneles con manzanas, coles y harina había llegado entero. Durante días, ayudaron a los colonos reparando las maltrechas viviendas, mientras planificaban cómo mantener a aquellas gentes con suministros estables a la vista de sus precarias condiciones de vida. Leifr y Bjarni aprovecharon la estancia para estar con sus familias y esposas.

Una tarde que Eneco se encontraba sentado solo al calor del fuego se le acercó Virpi, una joven pelirroja de grandes ojos, con la que se había cruzado en la aldea en varias ocasiones. Virpi le invitó a pasear hasta una zona cercana. Anduvieron un rato por un pedregal salpicado de fumarolas que fundían la nieve a su alrededor con el vapor caliente que emanaban hasta llegar a un punto donde había una gran mancha sin nieve con un orificio en el suelo.

–¿Qué hacemos, Virpi?

–Espera.

Repentinamente, una gran columna de agua salió impulsada del suelo junto con chorros de vapor y un estruendo considerable. Eneco se asustó.

–Es un geiser. Hay muchos por aquí. No te asustes.

–Nunca había visto nada igual.

Continuaron andando, siguiendo la estela de unas nubes de vapor. Eneco se quedó maravillado: una gran laguna de color turquesa emitía vapor y en su interior, la gente se bañaba rodeada de nieve. Bajaron hasta una zona solitaria. Antes de decir nada, Virpi se desnudó rápidamente y entró en el agua.

–¡Ven!

Eneco le siguió. El agua estaba a una temperatura muy agradable. Ambos entraron hasta que el agua les tapó el pecho. Virpi le abrazó con fuerza sin que Eneco pudiera hacer otra cosa que dejarse llevar.

15 La hipótesis más aceptada es aquella según la cual la isla de Ultima Thule descrita por Pytheas correspondiera a la costa norte de Noruega.

16 Manuscrito en latín que data de aproximadamente el año 900 d.C. y se conserva en la Biblioteca de d´Alençon (Alençon, Francia)

17 Para la mitología de los pueblos vikingos, las auroras boreales eran la manifestación de la diosa Freja mostrando el norte como ayuda de navegación.

44

Holger y Jouko continuaron trabajando durante una semana en la revisión de los restos. De su estudio salió una nueva partida de muestras para analizar y un nuevo enemigo para la investigación: la ausencia de presupuesto.

–Holger, de momento no podemos enviarlas, no hay presupuesto –concluyó Jouko, absolutamente contrariado, un día que intentaban definir los pasos futuros de su investigación.

–¡Déjate de bobadas! Si es preciso venderé mi moto, o los palos de golf. O a lo mejor vendo tu chaqueta en subasta.

–¡Ni se te ocurra! Esta chaqueta entrará conmigo al crematorio.

–Bueno, Jouko, basta de estupideces. Tú envía las muestras que ya buscaremos la financiación.

–No, Holger, he hecho una estimación preliminar y necesitamos al menos 60.000 euros, pero los necesitamos ahora. Sabes que los laboratorios no trabajarán sin provisión de fondos, por lo que lo tenemos fatal.

–Yo los conseguiré; debemos confirmar todas y cada una de tus hipótesis. Entre otras cosas debemos datar el último pecio y analizar la roca de la runa para descartar que se ha llevado desde otro emplazamiento y también afirmar, sin género de dudas, que todas las muestras están relacionadas para dar carta de naturaleza a la organización que suponemos existía.

–Te vuelvo a repetir: no tengo fondos, por lo que tendremos que esperar hasta el próximo año.

–¡Ni pensar! Dame dos días de plazo, me voy a Berlín.

Dicho y hecho, abandonando a un Jouko boquiabierto, Boenisch corrió al hotel donde preparó una maleta con ropa interior y una camisa y salió apresurado hacia el aeropuerto. Allí, nada más llegar, comprobó que en breve salía un vuelo hacia Estocolmo. Facturó su pequeña maleta, para adquirir de inmediato otro billete, esta vez de enlace entre Estocolmo y Berlín, mientras que por megafonía se llamada urgentemente al pasajero Boenisch, informándole de que debía embarcar con destino a Estocolmo. Llegó por los pelos, se sentó mientras todo el pasaje le miraba, sonrió y, jubiloso, pidió un botellín de vino blanco espumoso.

Su plan se estaba cumpliendo. Tras un breve vuelo entre Visby y el aeropuerto de Arlanda, embarcó de nuevo con destino a Berlín. El avión sobrevolaba las últimas millas sobre el Báltico antes de entrar sobre el continente mientras pensaba en cómo ejecutar con precisión su plan para obtener financiación.

Sin embargo, aquella ocurrencia para obtener dinero le empezó a traer malos recuerdos que creía ya olvidados. Según se acercaba a su destino, los nubarrones más oscuros del que sin duda había sido el período de su vida más miserable desde el punto de vista emocional se volvían a cernir sobre él. El seguro, insobornable e infalible Holger, que era capaz de mantener sus posiciones de manera firme e invariable por mucho que se opusieran a él cientos, miles o millones de personas, se sentía dubitativo. Claro que el reto que se proponía no era en absoluto tan sencillo como desplazarse en bicicleta al Campus con una temperatura de quince grados bajo cero, rodeado de una fuerte nevada, para a continuación mantener con vehemencia y ante todo el claustro que la irresponsabilidad era desplazarse en solitario en un vehículo de dos toneladas de peso y cinco metros de largo que emitía todo tipo de gases nocivos para la atmósfera, con el único fin de dar una clase de dos horas. Es posible que precisamente fuera esa terca resistencia por no refrendar las opiniones "de la masa", como a él le gustaba definirlas, lo que había forjado su forma de ser, intransigente y arrogante para casi todos, firme y plena de convicciones para él mismo.

Nada más aterrizar en Berlín, con todas sus dudas disipadas y más firme y convencido que nunca, cogió un taxi y se dirigió hasta el Hotel Adlon Kempinski donde reservó una habitación. Eran las 4:15 de la tarde. En otro taxi se desplazó hasta los almacenes KaDeWe, subió a la planta de caballeros y se compró un magnífico traje Hugo Boss de color negro con pantalón sin pinza y pata estrecha y una camisa blanca de Exte con cuellos amplios; decidió prescindir de la corbata. Le fallaban los zapatos. Busco la zapatería y allí se hizo con unos zapatos negros Bally, lisos y con cordones; no había nada más elegante, ni más caro. Se vistió en un probador y guardó la ropa que llevaba puesta desde Visby en una bolsa. Su misión requería dosis extremas de dignidad, y ello requería una apariencia impecable. Una vez cómodo con su imagen, salió al exterior y tomó otro taxi.

—Unter den Linden.

—¿Numero?

—Frente a la embajada rusa.

—¿Es usted diplomático?

–¿Quién? ¿Yo, diplomático? No, no señor, más bien, y si me permite la palabra, soy indiplomático. Me bajo allí, pero sólo como punto de partida para un paseo.

–Buena elección, sí señor. Ya estamos.

Boenisch descendió y comenzó a pasear. Eran las 18:00 horas. Entró al Hotel Adlon Kempinski y se tomó una copa de champagne, la necesitaría ya que llevaba años enfrentándose a este fantasma. Dejó la bolsa con la ropa en la habitación, salió a la calle y disfrutó de la brisa de junio frente a la puerta de Brandemburgo. Dio la vuelta y empezó a andar de nuevo en dirección a la ópera. Al llegar a su cafetería tras un corto y agradable paseo, su corazón palpitaba como nunca lo había hecho, pensaba que la botonadura de la camisa no soportaría tal presión, se encontraba extremadamente nervioso pero debía hacerlo, por Jouko y, sobre todo, por si mismo.

Entró al bañó, orinó e hizo varias series de ejercicios de inspiración y expiración, afortunadamente, su ritmo cardíaco mejoraba. Se miró al espejo, su aspecto no podía ser mejor: su traje y su camisa eran excepcionales, se miró a los zapatos y los repasó con una toalla, su pelo estaba perfecto, el afeitado también, las patillas bien cortadas, su piel bronceada por el aire y el sol de Gotland. Entró de nuevo a la cafetería y pensó que debía de hablar con alguien para soltar la voz y evitar un tono tembloroso. Vio a una joven morena que peleaba para mantener en orden a sus dos pequeños hijos y se acercó a ella.

–¿Puedo ayudarle?

–No, gracias, ya he pedido algo.

–Lo siento, pero no soy camarero. Pregunto si puedo ayudar.

–Huy, ¡perdón!, es que estos niños no paran de pelearse y ni le había visto.

–Ningún problema. La niña es guapísima.

–Sí, y un poco bruja.

–No diga eso, es muy bonita con esos rizos de color dorado. El niño parece muy formal.

–Sí, lo es.

–Me recuerda a mi cuando era niño, siempre retraído y en silencio. Bueno, no le molesto más, que tengan ustedes un buen día.

La conversación le sentó bien. Miró al rincón junto a la ventana. Allí estaba él, como todas las tardes; durante años lo había observado allí, siempre con el mismo odio. Esta vez, su interior también se revolvió cuando lo vio. Sin embargo, se acercó con paso decidido pero pausado. Debía hacerlo. Se sentó frente a él. "Ya está – pensó –, lo más difícil está hecho".

Lo miró con detenimiento, estaba adormilado. Su nariz se había hinchado con el paso del tiempo y su pelo se mostraba ralo y descuidado. Llevaba un traje usado y desfasado, mal conjuntado con una corbata nueva. Aquel hombre apestaba a puro barato y a dinero fácil.

–Buenas tardes –saludó Boenisch–. ¿Me recuerda usted, Herr Baumen?

El hombre abrió los ojos y se quedó bloqueado. Se agarró a un grueso anillo de oro que tenía el dedo anular de la mano izquierda.

–No le conozco de nada.

–Claro que si, Baumen. Nunca ha hablado directamente conmigo pero me conoce de sobra. Es más, durante un tiempo, digamos que fui como de su familia.

–¿Qué dice? ¿Está loco? Llamaré a seguridad.

–No llamé a nadie, no me tiente a hacer públicas unas cartas de amor loco que guardo en el bolsillo de mi chaqueta –dijo Boenisch, superado el nerviosismo inicial–. Bueno, vamos a ver si llegamos a un acuerdo –continuó.

–¿Qué quiere?

–En primer lugar, quiero decirle que es usted un ser despreciable, aunque lo haga con veinte años de retraso…

–¿Qué quiere? Se lo pregunto una vez más.

–Cien mil euros.

–¿Ha perdido el juicio? ¿Por qué he de darle yo cien mil euros?

–No grite, no quiero que mi reputación se resienta. Me los dará porque yo guardo recuerdos muy malos de hace veinte años y porque, además de los recuerdos, también guardo unas cuantas fotografías, grabaciones, cartas…

–Llamaré a Jutta.

–¡Vaya! De repente ha recobrado la memoria. Pues llámela y Jutta en persona se pondrá en contacto con su esposa y le largará una bonita historia.

–Jutta me amaba.

–Jutta le odia. Déme el dinero y no verá comprometida su posición de vago vividor a la sombra de su rica esposa. Cien mil, en cheque al portador o en billetes en la conserjería del Adlon Kempinski antes de las 24 horas de hoy. A la atención de la habitación 404.

–Llamaré a la policía.

–Usted no tiene nada que decir a la policía y a cambio yo puedo hacer públicas sus numerosas infidelidades. Su mujer le pondrá en la calle y se quedará sin dinero, al frente de una existencia vacía e inútil. Repito, antes de las 24 horas de hoy.

Boenisch se levantó feliz y dejó a Baumen pasmado mientras se marchaba pausadamente, aunque antes de salir paró ante la morena, cuyo marido había llegado ya.

–¿Quieren algo? Yo invitó.

–Pues, gracias. Otro blanco Riesling –respondió la sorprendida mujer.

–Camarero, otra ronda para los señores y dos chocolates para los niños, por favor.

Se acercó al oído del camarero para susurrarle algo.

–Por favor, póngalo en la cuenta de mi amigo que se sienta en la mesa del rincón.

–¿De Herr Baumen?

–Exacto.

Salió a la calle, el día era magnífico, sólo faltaba una cosa: que Baumen decidiera no hacer tonterías. Repentinamente oyó un grito a su espalda.

–¡Ehh! ¡Boenisch!, ¿Qué garantía tengo de que si le doy lo que pide me dejará en paz?

–Ninguna, pero si no me lo da, su vida dejará de ser interesante.

Sintiéndose aún más feliz, se acercó en un agradable paseo hasta las Galerías Lafayette de la calle Friedrichstrasse y bajó hasta la tienda delicatessen. Sin miramientos, pidió una docena de hermosas ostras, media langosta a la plancha y una botella de Dom Perignon Vintage 2000. Disfrutó de su venganza de manera intensa y envió a Jutta un sms que hacía tiempo no enviaba: " Jutta, te quiero mucho".

Volvió al Adlon Kempinski. Eran las 10 de la noche, estaba en duda sobre si tomar algo en el lobby para hacer tiempo, cuando una joven de recepción se le acercó con un sobre. Lo cogió con la misma indiferencia que hubiera mostrado de esperar que su contenido fuera el recibo de la luz o una entrada para el circo. Se sentó en un cómodo sillón para relajarse con la música de Mahler mientras pedía una copa de un Armagnac que no conocía.

Lo probó, le pareció muy aromático y disfrutó de sus potentes aromas. Lleno de sabor y de energía, abrió el sobre y miró en su interior.

–¡Cabrón!

45

Entrada la primavera en Island, los miembros de la Hermandad organizaron una expedición de colonización en la que participaban tres naves: un langskip capitaneado por Leifr Eiriksson, otro capitaneado por Bjarni y un tercero por el joven islandés Knutur. Eneco y Thorvald navegaban como dos marineros más en la nave de Leifr. El *Ilaski Beltza* se quedaba en Reykjavik. Su objetivo esta vez era marchar hacia poniente a la búsqueda de nuevos asentamientos.

–Eneco, ¿otra vez apenado?

–No puedo remediarlo, estos días con Virpi han sido muy agradables y me han dado qué pensar. Y tú, ¿qué tal? No me has hablado de María en todo este tiempo.

–Me acuerdo mucho de ella y tengo un nudo en la garganta, la echo mucho de menos, por eso se me hace tan dura esta misión. Yo pensaba que había nacido para el mar y la aventura, que nada me frenaría. Ahora me doy cuenta de que estaba equivocado.

Thorvald relataba su sentimiento mientras partían del embarcadero de Reykjavik. Cuando hablaba de María, sus ojos se tornaban vidriosos y Eneco, que le miraba con atención, sentía felicidad y pena por ambos. Pero poco después, la realidad se impuso a todos los sentimientos y se encontraron navegando a todo trapo con rumbo hacia poniente; su primer objetivo era visitar las colonias de Grønland de las que no tenían noticias desde hacía mucho tiempo. Se alejaron de Island mientras Eneco reflexionaba sobre su vida, se sintió afortunado por vivir tan alejado de la rutina, y ello le hacía sentir incomprensión hacia todos aquellos que, teniendo una vida desgraciada, no hacían absolutamente nada por variar el rumbo de sus existencias, rendidos a un destino que les parecía ya escrito, abandonados a la suerte que otros pudieran decidir por ellos.

La travesía fue horrible. Fijaron su ruta siguiendo las indicaciones del *Navigatio Sancti Brendadi Abatís.* Tras muchas jornadas luchando contra un viento adverso y unas olas que les hacían casi imposible navegar conjuntamente, por fin avistaron tierra firme, una zona de costa totalmente escarpada de Grønland, que bordearon rumbo sur ya que no encontraron ningún emplazamiento fiable en el cual anclar el barco y bajar. El langskip de Knutur había desaparecido hacia tiempo.

Finalmente llegaron al fondeadero de una de las antiguas colonias. Anclaron las naves y bajaron a tierra en busca de agua potable y descanso.

Las casas estaban destruidas y casi enterradas por el hielo y nieve. En una de ellas, encontraron unos veinte esqueletos que aún conservaban la ropa. En el exterior, una ventisca helada barría aquel panorama desolador. De repente miraron el frente, no estaban solos.

–¿Quiénes son? –preguntó Eneco, asustado.

–¡Skraelings! –gritó Leifr.

46

Habían transcurrido dos días desde la marcha de Holger. Jouko se preguntaba qué tramaba aquel profesor orgulloso y caprichoso cuando le llegó un sms anunciando la hora a la que llegaba. En el aeropuerto, ansioso y nervioso, el finlandés se devoraba las uñas pensando en las novedades que traería Holger, sin siquiera tomarse una cerveza o un café para matar el tiempo. En el fondo, Jouko reconocía que Holger tenía recursos suficientes para conseguir aquello que para él resultaba inalcanzable, y en este contexto, no tenía más remedio que reconocer que con absoluta seguridad, Holger volvería de su corto viaje con buenas noticias. Tal era su nerviosismo, que abordó a Holger nada más verlo llegar.

–Qué, qué, qué…

–¿Cómo que qué?

–¿Qué has hecho? ¿Qué me cuentas?

–Te cuento que es norma de buena conducta saludar diciendo, por ejemplo, ¡buenas tardes, Holger!, o un simple ¡bienvenido!, en fin, ¡toma esto! A ver si te relaja su contenido –dijo Holger mientras entregaba a Jouko un maletín que llevaba consigo como equipaje de mano. Salieron al exterior y se sentaron en el vehículo de Jouko, una antigualla tal que probablemente fuera gratuita.

–¡Abre el maletín de una vez!

Jouko abrió el maletín y con sorpresa, contó el dinero, un total de noventa mil euros.

–¿De dónde lo has sacado?

–Una donación. Una vieja forrada de dinero. Hace años me dijo que quería hacer de mecenas para investigaciones científicas, aunque es muy discreta. Prefiere que no se sepa nada.

–¿Le has informado del destino del dinero?

–Por supuesto, y le daré datos de la investigación, pero prefiero mantener en secreto mis canales de comunicación con ella. ¡Ah! Me debes dos mil euros del transporte a Berlín y por los gastos para conseguir el dinero.

–¿Dos mil? ¡Mira que eres derrochador! Si llegar a coger este coche gratuito de Mikes y te embarcas en el ferry que va a Rostock, tomando el que sale de madrugada, el pasaje sin camarote te sale por 20 euros; luego conduces y comes un

sándwich por el camino, puedes dormir en una habitación comunitaria de un albergue del centro de Berlín por 10 euros. Una habitación muy limpia ¿eh? Como te iba diciendo, un *currywurst* con patatas cuesta 2,5 euros….

Holger daba la razón a Jouko en su lógica del ahorro mientras releía el mensaje que le dejo Baumen con el cheque: "Te doy noventa mil. Pero te acordarás de esta. No estés tranquilo que te encontraré".

47

Casi sin tiempo para reaccionar, los skraellings, lanza en mano, se abalanzaron sobre ellos. Acostumbrados a una vida en un ambiente hostil y en condiciones muy adversas, no temían a nada. Leifr, Bjarni, Thorvald y el grupo de marineros les hicieron frente a hachazos hasta consiguir repelerlos. Eneco, que nunca se había enfrentado a nadie, optó por correr hasta terminar extenuado. Cuando miró hacia el lugar del encuentro, el suelo estaba lleno de cadáveres de skraellings. Volvió hacia donde estaban sus compañeros para objetar lo que le pareció una carnicería injustificable.

–¿Por qué los habéis matado con semejante crueldad?

–Nunca aprenderás –respondió Thorvald–, no había otra opción. Eran ellos o nosotros, y no hemos sido nosotros quienes hemos empezado la batalla. Podíamos haber optado por preguntarles que les movía a atacarnos. Y ahora estaríamos todos ensartados por una lanza.

–¡Venid todos! –dijo Leifr–. Seguidme, Lars les ha perseguido en su huida y quiero que veáis lo que he encontrado.

Anduvieron por un terreno inestable lleno de rocas en una distribución caótica.

–Allí, tras la gran roca redonda –les indicó Leifr.

–¡Ven, Eneco! –remarcó Thorvald.

El cuerpo de Laos yacía inerte con la cabeza aplastada bajo una roca que los skraellings le habían lanzado. Eneco se agachó y vomitó violentamente.

–Eneco –sentenció Leifr–, esta gente lleva mucho tiempo sufriendo escasez y penuria, su vida es muy difícil, no son demonios, pero debemos defendernos. Si no los hubiéramos matado, hubiéramos corrido la suerte de Laos.

Se hizo un silencio inevitable tras lo vivido. La monotonía del viento se rompía por el chasquido de los bloques glaciares que se desprendían de una lengua de hielo que bajaba hasta el mar. En aquel lugar estéril no había ningún futuro para ellos, el tránsito por mar había sido difícil, pero la tierra no les deparó mejores sensaciones. En tal entorno, Eneco no pudo reprimir un insoportable afán por volver a Vermelio y recordó a María y a su tía Katalin. Sin duda este era el contrapunto a sus reflexiones sobre lo estéril de las vidas acomodadas, en ocasiones como la que acababan de vivir, el pensamiento de Eneco casi sentía añoranza por la rutina y el acomodo.

Se alojaron como pudieron en la cabaña mejor conservada y pasaron la noche turnándose en la guardia. Eneco pensó que no podría descansar por todo lo vivido aquel día pero el sueño le venció y durmió hasta que le despertó una mano.

–¡Eneco! Despierta, nos vamos.

Abrió los ojos y vio en frente a Thorvald.

–¿Qué pasa?

–Nada, todo está bien, ya has dormido bastante. Levántate, nos vamos. Hemos repuesto agua y nos hacemos de nuevo a la mar. Esta tierra no tiene nada interesante y es peligrosa.

El viento había parado y la nieve caía de manera suave, sin energía, mientras el mar se mostraba calmado y oscuro. Embarcaron y continuaron rumbo sur dejando tras de sí soledad y un inmenso silencio. Las esperanzas e ilusión de los primeros días estaban desapareciendo.

–¿Cuál es la ruta? –preguntó Eneco de nuevo.

–Leifr quiere seguir por la senda que en su día realizó St. Brendan, que coincide en parte con el relato de Bjarni –respondió Thorvald–. ¿Qué te pasa? Te veo apagado.

–Así es, no siento gran interés por continuar.

–Ahora ya no hay posibilidad de volver hacia atrás. Sólo regresaremos si decidimos que no somos capaces de alcanzar nuestro objetivo. De todas formas, no entiendo tu actitud, tú siempre has sido un navegante curioso e incansable.

–No llevo la cuenta del tiempo que llevo contigo, Thorvald, puede que 4 o 5 años, pero han sido demasiado intensos. No es algo racional, sólo son emociones, pero siento que quiero estar en mi casa y que mi casa no es el Atlántico sino Vermelio; echo de menos la tierra firme.

–Yo llevo viajando desde los 12 años. Nunca he necesitado una casa estable porque no había nada más interesante que las cosas que veía, oía y sentía en mi barco, pero ahora si tengo una razón para querer buscar un hogar fijo, María. Sin embargo, aquí estoy y no tengo ninguna intención de morir en este viaje. Mi futuro con María depende de lo que hagamos aquí, con estos escasos medios.

–Bien, me das la razón, Thorvald.

–No te la doy, solo te digo que saques al gran marinero que tienes en tu interior y guardes a ese acomodado aduanero que escondes, que luches por la ilusión de tu vida: descubrir nuevos mundos para dar una vida mejor a los demás.

Eneco se calló durante un instante interminable, miró los ojos animados de Thorvald, amplió la mirada a su alrededor, a las focas que retozaban panza arriba

sobre un iceberg y a las montañas abruptas y rocosas que sobresalían de entre el hielo, ¿era aquello con lo que había soñado en su infancia?

–Está bien, intentaré animarme. Hay que seguir adelante.

Los dos langskip navegaron durante muchas jornadas sin alejarse de la escarpada costa hasta llegar a un cabo que les costó bordear ya que en aquel lugar se unían corrientes que luchaban entre sí generando una zona de turbulencias de la que no podían salir. Al final, con todos los marineros exhaustos, comenzó a soplar un fuerte viento del sur que los empujó hacia el norte una vez superado el cabo, bordeando de nuevo una costa igualmente rocosa y llena de hielo.

–Thorvald, parece que es una isla –Eneco rompió tímidamente el silencio de aquellas jornadas, en las que habían seguido fielmente el rumbo marcado por Leifr, malcomiendo y navegando por inercia–. Navegábamos hacia el sur siguiendo la línea de costa, hemos bordeado un cabo y ahora navegamos hacia el norte con la costa cerca. Es una isla, y enorme, llevamos al menos 20 jornadas rodeándola.

–No olvides que estas últimas jornadas apenas hemos avanzado nada. No lo sé, Leifr hablaba de Grønland pero nunca dijo si era una isla. Hay que circunnavegarla para confirmarlo.

–El choque de corrientes lo indica. No hubiéramos encontrado esas corrientes en una bahía.

–Leifr dice que su padre, Erik, nunca confirmó que Grønland fuera una isla –respondió Thorvald algo irritado.

–Eso no significa nada.

–Recuerda que St. Brendan hablaba de una tierra de islas en un mar gelificado con fuertes corrientes, pocas olas y cambios de viento frecuente.

–Thorvald, llevo días callado, pero eso no significa que haya tenido los ojos cerrados. Bordeamos una isla enorme, no necesito circunnavegarla, las corrientes del canal de las Hébridas son iguales. Por el contrario, las corrientes del Báltico no se parecen en nada a estas.

Thorvald calló y se mantuvo en silencio durante dos interminables jornadas hasta que Leifr les llevó a una playa donde avistaron una colonia de focas con las que aprovisionarse. Descansaban al fuego mientras ahumaban grandes trozos de carne en un silencio gélido.

–Está bien, no puedo aguantar este silencio –lanzó de repente Eneco–. Grønland es una maldita isla, enorme, pero isla.

Leifr le miró sostenidamente mientras aguantaba una sarta de carne en proceso de ahumado.

–Estoy de acuerdo contigo –reconoció–, y llevamos una ruta incorrecta puesto que vamos hacia el norte.

–Ya lo decía yo, os lo dije, era lo que pensaba yo –fue la aportación esperada de Bjarni.

Debían poner rumbo a poniente y alejarse de la costa pese al riesgo que corrían, pero el riesgo les importaba ya más bien poco, casi no recordaban cuando habían partido de Island y empezaban a sentirse cansados y desmoralizados. Navegaron sin parar y sin premio, alcanzando una zona de fuertes corrientes hacia el sur que arrastraba grandes iceberg. Las noches fueron horribles, apenas descansaban, con sus antorchas encendidas y esquivando un iceberg tras otro. La fatiga hacía mella en la tripulación y Eneco mantenía el orden a bordo con mano de hierro para evitar que la pérdida de moral se transformara en descontento hasta que, por fin, avistaron tierra. Todos se pusieron a remar al máximo. Sus corazones incrementaban su ritmo al compás de su ansiedad. La tierra estaba ya a su alcance y remando hacia la costa tuvieron la suerte de encontrar un fondeadero tranquilo y resguardado de las olas.

Eneco volvió a sentir el placer de la navegación ya que alcanzar objetivos aunque fueran desconocidos era siempre una justificación más que suficiente para dar por buena la más penosa de las rutas. Ahora veía tierra con esperanza.

48

Llevaban demasiado tiempo vagando en aquel paraje desnudo y desolado, barrido de manera permanente por un viento gélido y que no ofrecía más que un paisaje de rocas planas y desgastadas rodeadas de hielo. La vegetación se limitaba a escasos matorrales. Leifr la bautizó como Helluland[18]. Sin embargo, tras varias expediciones en las que siempre permanecieron bajo la lejana pero constante vigilancia de los skraelings, no pudieron determinar si estaban en una isla o en un continente. Sus provisiones se reducían paulatinamente y poco después de terminar los últimos vegetales que se habían llevado de Island, los hombres empezaron a caer enfermos. La esperanza de Eneco se transformó en nada, en otra etapa dolorosa, aunque para ellos, la esperanza siempre se alimentaba de dolor ya que esperar lo mejor del futuro solo era posible tras vivir amargas experiencias.

–Nos vamos de este lugar –dijo Leifr una mañana.

–Estoy de acuerdo –intervino Thorvald–, nuestro propósito era encontrar nuevas tierras para colonizar pero estas tierras no tienen interés comercial y dudo que sean habitables.

–St. Brendan describe esta tierra en su *Navegatio* –añadió Bjarni–. Si navegamos pegados a su costa podremos saber si se trata de una isla.

–Basta, Bjarni, –zanjó Thorvald–, he dicho que nos vamos. Debemos ser prácticos, es posible que una vez que conocemos la ruta, podamos venir en otra ocasión mejor preparados para explorar esta tierra, pero nuestro objetivo ahora mismo es sobrevivir, por nosotros y por la Hermandad.

–Yo puedo ir hacia el norte con una tripulación reducida mientras el resto seguís rumbo sur, estoy seguro de que navegando sin perder la costa nos encontraremos –insistió Bjarni.

–Ya hemos sufrido bastante, si quieres morir para encontrarte con tus dioses, ve tu solo –intervino Eneco innecesariamente, ya que estaba decidido que se marchaban.

La discusión afectó a todo el grupo y dejó un poso amargo, signo inequívoco del sufrimiento y del cansancio que arrastraban. Tras una noche breve, amanecieron con niebla y ausencia de viento, lo que significaba remos y esfuerzo para una tripulación

mermada y enferma. Además, ni la carne de caribú ni el breve descanso habían conseguido mejorar su salud y las hemorragias de los enfermos empeoraban. Algunos ya mostraban sus encías en total deterioro, hasta que dejaron de comer carne y la debilidad pudo con ellos.

Tras bordear la escarpada costa sur de Helluland durante varias jornadas, llegaron a un cabo donde desapareció la niebla y se encontraron con una fuerte corriente que les empujó hacia el sur. Para entonces todos los marineros enfermos habían sido arrojados al mar uno a uno según morían. La muerte se había convertido en triste rutina.

Al alejarse del cabo que definía el sur de Helluland, comenzaron a sentirse de nuevo navegantes, sensación qué habían abandonado entre tanta enfermedad y muerte.

–Thorvald, creo que Bjarni tiene razón, Helluland parece una isla.

–Eso mismo pienso yo, una isla poco hospitalaria, un lugar a poniente de Grønland, imposible para nuestras colonias y sin interés para la Hermandad. Lo duro ha sido el coste humano necesario para saberlo, aunque si lo hubiéramos sabido, aun podrías estar en Vermelio.

–Lo sé, Thorvald. ¡Mira al frente!

Ante ellos se extendía un mar lleno de interminables iceberg teñidos en su base pegada al mar y de un amarillo intenso en sus picos alumbrados por el sol que se tumbaba en el horizonte sin querer ocultarse. Un grupo de ballenas saltaba chapoteando entre los bloques de hielo. Todos los marineros miraban el espectáculo, habían sufrido mucho pero ante aquella hermosa visión, pudieron sentir algo de felicidad siquiera por unos instantes.

Las condiciones cambiaron drásticamente y la corriente y aire del norte impulsaron los dos langskip con intensidad de manera que pronto percibieron que la noche ganaba terreno al día, confirmando que navegaban hacia el sur. Continuaron navegando ilusionados y, aunque las nubes les impedían ver tierra, la cantidad de aves que iban y venían hacia poniente les indicaban su evidente proximidad. En una maniobra desesperada, cambiaron rumbo hacia poniente con la esperanza de encontrar tierra firme y fecunda. De nuevo la esperanza alimentó su ánimo y en menos de una jornada tras el cambio de rumbo, se encontraron con una nube de pequeñas islas, repletas de vegetación, y siguieron la navegación entre las islas, disfrutando de su nueva ubicación. Oscurecía cuando alcanzaron una amplia bahía de costa baja en la que divisaron lo que parecía una playa. El frío era menor que en jornadas anteriores y decidieron fondear sus naves.

Al amanecer, la treintena de hombres que quedaban vivos de los que partieron de Reykjavik bajaron a tierra y se encontraron con algo de lo que ya hasta los más optimistas de la expedición dudaban: árboles, vegetación y plantas. Hacía pocas jornadas que habían partido de Helluland huyendo de su inhóspito hielo por lo que la nueva tierra les pareció un lugar acogedor y magnífico.

Durante las primeras jornadas se dedicaron a rastrear el entorno a la búsqueda de poblaciones, aunque no obtuvieron resultado. Con unos toldos, improvisaron dos zonas cubiertas para no tener que pasar las frías noches a la intemperie y comenzaron a reparar los dos langskip, que estaban dañados por los impactos de los iceberg y el viento. El *Sild* necesitaba un nuevo mástil, algo que les pareció posible a la vista de los árboles que se encontraron.

–Eneco –le indicó Thorvald una mañana–, reúne a los hombres: voy a comunicarles que nos quedamos aquí a pasar el invierno.

–No voy a discutir, Thorvald, yo mismo venía pensando que esta era la mejor opción.

–Sé que estarías más a gusto en otro lugar, yo también, pero el verano ha terminado y sería una temeridad intentar regresar. En este lugar tenemos caza, agua y leña de sobra, además de mucho terreno para explorar. Podría ser un buen lugar para los colonos que mueren de hambre y sin recursos en Island.

La decisión de Thorvald fue aceptada por todos. Cuando terminaba la reunión, apareció Bjarni, ajeno a todo, como casi siempre.

–Ehh, ¡Esperad! Mirad lo que traigo.

De su mano derecha colgaba un inmenso ejemplar de salmón, que aún movía sus agallas y en su mano izquierda llevaba un racimo, era uva.

–¿Dónde has encontrado esto?

–Muy cerca de aquí hay un campo lleno.

–Cuidado, puede ser tóxica –le dijo Eneco.

–No lo es, la encontré hace varias jornadas y me comí un par de racimos; he esperado para ver si Odín me llevaba con él.

–¿Qué? –dijo Thorvald–, todos somos valiosos, no podemos jugar con lo desconocido.

–Bien –sentenció Leifr–, a esta tierra fecunda la llamaremos Vinland[19], por los viñedos, y antes del próximo verano deberemos saber si se trata de una isla o no.

18 La denominación de Helluland, corresponde al nombre utilizado por los navegantes vikingos para designar a la isla de Baffin (Nunavut, Canadá).

19 Los primeros navegantes vikingos que alcanzaron las costas de la isla de Terranova (Canadá) la llamaron Vinland (tierra de viñedos) debido a la gran cantidad de viñedos que encontraron.

49

Al otro lado del océano, en Ribe, la joven María acudía diariamente a su cita en la playa, donde, pese al intenso frío, permanecía imperturbable mirando el horizonte con la mirada perdida en el plateado mar del Norte.

–María, tu hermano y Thorvald van a tardar en volver –le insistía una y otra vez Olav Grimm.

–No. Ya es primavera y no tardarán.

–¡Mira que eres cabezota! Te lo repetiré por última vez: ¿Quieres que te lleve de vuelta a Vermelio?

–No, las mujeres de Vermelio sabemos qué es esperar a nuestros hombres, siempre mirando hacia el mar y sin perder la esperanza.

–Puede que tarden.

–No tengo prisa.

Grimm se dio por vencido una vez más, mientras pasaba su fuerte brazo sobre el hombro de María en un gesto paternal. La joven se pegó a él cariñosamente. El largo invierno les había acercado mucho.

–Olav, quiero quedarme aquí. Mi vida en Ribe me encanta, a pesar de la soledad.

–Ya lo sé, no entiendo como lo has hecho, pero el Clan Tilsted te considera su contacto con la Hermandad, prácticamente me has arrebatado esa función, y me ayudas mucho. Pero si decides volver a Vermelio, te montaré en el mejor langskip y te llevaré personalmente hasta allí.

–Volveré un día, pero será con Thorvald.

Durante la ausencia de Thorvald y Eneco, María había aprendido el dansk tunga gracias al apoyo de la esposa de Ulf Larssen, con quien convivía. Las dos mujeres mantenían una buena relación y María la había ayudado mucho en su infatigable tarea de criar tanta criatura.

En cuanto se desenvolvió con el idioma, María empezó a ser una interlocutora circunstancial ante los Tilsted y pronto, el contable del clan incrementó su aprecio hacia aquella mujer de carácter indomable, de gran honradez y de una fiereza poco común. En poco tiempo, los Tilsted confiaban tanto en María que no sólo trataban con ella los negocios relacionados con la Hermandad, sino que le hicieron aprender

su reglamento de comercio y consultaban con ella numerosas dudas relacionadas con compradores y vendedores.

María empezó a ser una figura conocida en Ribe, pero, por muchas ocupaciones que tuviera, siempre buscaba su tiempo para acercarse a diario a la playa a esperar. Y siguió esperando.

50

Los miembros de la Hermandad se prepararon para afrontar el largo invierno. Edificaron una vivienda con gruesos muros de piedra y una cubierta de madera coronada con caña de carrizo. Allí pasaron largo tiempo, alimentándose de carne ahumada de caribú y salmón ya que la poca fruta que pudieron recoger al final del verano, pronto se terminó. Durante los días soleados intentaban salir a la mar para comprobar si estaban en una isla, pero los numerosos iceberg les impedían navegar. Pese a todo, el invierno transcurrió con relativa tranquilidad y cuando el tiempo mejoró, el optimismo empezó a encenderse entre ellos. Cenaban un atardecer tras haber probado sus naves con éxito.

–Este es un lugar magnífico para fundar una nueva colonia –dijo Leifr.

–Si, pero primero debemos comprobar si se trata de una isla, si hay más tierra a poniente y al sur –intervino Bjarni, con el pensamiento puesto en lo desconocido.

–No contéis conmigo. La Hermandad no ha hecho tantos esfuerzos para que terminemos vagando por tierras desconocidas y despobladas. Además, esos malditos skraelling han estado acechándonos durante todo el invierno, y no veo qué objeto de comercio une a esta tierra con nuestras ciudades –Eneco no dejo dudas sobre su opinión.

–No hemos venido hasta aquí para retirarnos –intervino Leifr.

–Eso opino yo –le secundó Bjarni, y añadió–, pareces tener miedo a continuar navegando.

–¿Miedo? ¿No te das cuenta de que en este agujero desconocido y apartado del mundo no hay nada? ¿Con qué pagaremos los prestamos que debemos a la iglesia o a los Tilsted? ¿Con salmón ahumado? ¿O acaso propones venir hasta aquí, perdiendo la mitad de la tripulación por el camino para regresar con piedras como mercancía? No contéis conmigo, yo pienso volver a Europa con los que opinen como yo.

La tensión se volvió en un silencio impenetrable. Varios marineros mostraron su apoyo a Eneco. El resto evitaba pronunciarse, por miedo o desconfianza. Leifr se levantó, pero antes de poder decir nada fue interrumpido por Thorvald.

–¡Basta! No discutáis más, Eneco tiene razón. La Hermandad no puede pagar un precio tan alto sin casi nada a cambio. Un langskip regresará a Island tan pronto como el tiempo lo permita. Leifr y Bjarni y todos aquellos que estén dispuestos a

ayudarles pueden quedarse con el otro langskip para seguir explorando estas tierras. Esta es la opinión de la Hermandad, no admito discusión.

–De acuerdo –dijo aceptó Leifr serenamente–, tu postura me parece razonable.

Desde que partieron de Island, para Eneco la navegación había resultado agotadora, física y moralmente. Cuando había tenido oportunidad, él había mostrado su opinión, que finalmente contó con el apoyo de Thorvald. Eso le hacía sentir mucho mejor, aunque en contradicción con sus palabras, pensaba que Vinland podría ser una buena tierra para colonizar, pero su ánimo de navegante estaba ya bajo mínimos.

–Gracias, Thorvald –dijo casi imperceptiblemente.

–No lo he hecho por ti, entiendo que esta misión toca a su fin. Debemos dedicarnos a objetivos menos peligrosos. Hemos conocido Vinland pero su interés para la Hermandad a día de hoy no es real. Debemos volver a Europa y apoyar a Grimm, que nos echará de menos.

Varias jornadas después, con la *Sild* equipada, Eneco y Thorvald partieron rumbo a Island junto a una veintena de hombres. Dejaban en Vinland a Bjarni, Leifr Eiriksson y otra decena de hombres junto con el *Sjåvogel*. La despedida fue muy emotiva; ambos grupos comprendían y respetaban los diferentes rumbos que tomaban, sin tensiones ni reproches. Una magnífica brisa acompañó al *Sild* que pronto desapareció rumbo a levante, consumando en aquel apartado lugar de las costas occidentales del Atlántico Norte una escisión no deseada: por un lado, los comerciantes y por otro, los aventureros.

Tuvieron la suerte de coger buenos vientos de poniente que les encauzaron directamente hacia Island mientras Eneco se sumía en sus pensamientos: el regreso a Europa y a su familia. Lo tenía claro, su curiosidad le había llevado hasta Grønland y las desconocidas Helluland y Vinland, pero ahora había llegado el momento de buscar una vida más estable, aunque sin separarse del mar.

Sin embargo, la última etapa a Island resultó agotadora. Las corrientes les arrastraron en exceso hacia el sur y, a falta de Leifr, se encontraron perdidos en aquellas aguas. Durante muchas lunas no pudieron avanzar a causa de la niebla y del escaso viento. Además, las provisiones escaseaban y la enfermedad que provocaba hemorragias y debilitaba las encías volvió a aparecer. Tres hombres murieron en poco tiempo.

Comenzaron a desesperarse y decidieron emplear todos los recursos a su alcance para salir de aquella situación. Antes de partir, Bjarni les había dado dos cuervos para

que los utilizaran en caso necesario. Soltaron los cuervos y fijaron la dirección de su vuelo, pero no volvieron a verlos. Su desconcierto crecía mientras la tripulación comenzaba a sentir que nunca encontrarían tierra.

–¿Cómo saldremos de ésta, Thorvald?

–Vamos a proa –le contestó Thorvald–. Que no te oigan los marineros. Voy a sacar algo que nunca he usado, quiero que lo probemos ambos.

Thorvald introdujo su mano en un pequeño saco y saco tres fragmentos cúbicos de un mineral traslúcido de unos pocos centímetros de lado.

–Es una piedra solar. Según Leifr, hay que utilizarla cuando las nubes o la niebla no permiten ver el sol. Marca la posición del sol cuando una de sus caras se colorea levemente. Me hizo una demostración en Vinland, pero era un día claro y se veía perfectamente. Quiero que probemos los dos, con dos piedras distintas, sin que nos vean los hombres.

–¿Por qué quieres ocultarlo?

–No estoy seguro de que funcione. Estos hombres no lo han visto nunca, están desesperados y si nos ven tomando decisiones mirando a un trozo de piedra pueden pensar que hemos enloquecido.

Ambos tomaron un fragmento que movían levemente cogiéndolo entre dos dedos y cambiando su orientación, hasta que Eneco comprobó excitado que uno de los lados amarilleaba.

–Silencio, Eneco, mantén la calma.

Thorvald continuó girando su mineral hasta que observó el mismo comportamiento.

–Este también, fíjate Eneco, ambas caras están orientadas hacia el mismo lado.

–¿Cómo lo interpretamos?

–Acaba de amanecer por lo que el sol está por levante. La cara que amarillea marca levante por lo que llevamos rumbo hacia poniente, debemos virar y dirigirnos hacia el norte.

Rápidamente cambiaron de rumbo y animados por las nuevas expectativas, pidieron a los hombres remar al máximo. Thorvald se puso a los remos dejando a Eneco al timón, ante la extrañeza de algunos tripulantes que no acababan de entender la maniobra. Finalmente, Eneco bloqueó el timón y también se puso a remar, pero no había viento por lo que a ratos debían descansar y dejar al barco moverse por inercia debido a la escasa brisa.

Comprobaron de nuevo en proa la refracción de las piedras para observar que el sol estaba sobre ellos por ser mediodía, y decidieron mantener el rumbo ya que no

podían orientarse. Comieron algo y continuaron remando hasta el anochecer, siempre rodeados por la niebla, momento en el que volvieron a sacar las piedras para comprobar que el reflejo era mucho más intenso en la puesta del sol. Decidieron seguir remando a turnos durante la corta noche para evitar que las corrientes les hicieran perder el terreno ganado.

Amaneció en un lugar perdido del Atlántico Norte y Thorvald y Eneco volvieron a sacar sus piedras solares, confirmando su funcionamiento. Siguieron remando y observaron que con el nuevo día se levantó un viento que no habían sentido desde hacía más de dos semanas, y la niebla fue disipándose hasta desaparecer del todo justo cuando el sol se ocultaba. Todos se quedaron en silencio. Al norte, a pocas millas de ellos, pudieron ver tierra y hielo. Por un momento, la desesperación se apoderó de los marineros.

–¡Estamos de nuevo en Grønland, Herolfjsson! ¿Qué signos has seguido para meternos otra vez en esta inhóspita tierra de salvajes?

–¡Cállate! Aquí mando yo, si te atreves a cuestionar mi autoridad no verás ninguna tierra y caerás al reino de Ægir.

–¡Nos has engañado! Yo no remaré más –añadió otro marinero cada vez más enfadado antes de recibir un porrazo en la cabeza que le dejó tumbado sobre cubierta, sangrando abundantemente.

–¡Ignorantes! Estamos frente a Island y el hielo es del Vatnajökul[20] que ocupa todo el sureste de la isla –Eneco gritó enfurecido mientras sostenía la porra en su mano derecha. Ni siquiera Thorvald hubiera actuado con tal determinación y seguridad, ya que después de tan largo período de desconcierto y desorientación, también él dudaba. Sin embargo, Eneco reaccionó con la seguridad de quien jamás había perdido la racionalidad pese a lo irracional de sus últimas jornadas.

Todos callaron convencidos por la confianza y autoridad que mostraba el joven vascón y cogieron los remos de inmediato sin necesidad de recibir una orden más. No obstante, la noche les alcanzó sin llegar a tierra y con ella se levantó un fuerte viento de poniente que les alejaba hacia el este. La costa estaba a su alcance pero no conseguían llegar a ella y al amanecer estaban más lejos de tierra que la tarde anterior y con un viento rugiente en contra que les llenaba el barco de agua.

–Eneco, coge dos hombres, vamos a levantar la vela y cuando esté desplegada, pon la verga al través –gritó un desesperado Thorvald–. O llegamos a tierra o me tiro al mar, no aguanto más.

–¿Estás loco? –fue la respuesta de Eneco.

Hicieron la maniobra de manera desesperada. Thorvald cogió el timón y viró lo suficiente para coger el viento de costado, la vela entró en una tensión que podría durar poco tiempo, pero la nave empezó a volar sobre el mar a una velocidad que nunca se hubieran atrevido a mantener, salvo que estuvieran en las últimas. Y lo estaban. Pero, afortunadamente, el avance les hizo entrar en el fiordo antes de romper la vela.

20 El glaciar Vatnajökul es el glaciar de mayor extensión de Islandia, y tercera masa de hielo de la tierra en volumen después de los casquetes Antártico y Groenlandés.

51

Una vez recibidos los resultados analíticos, Holger y Jouko reunieron en Visby a Jutta, Bjork y Michael con idea de leer los informes y someterlos de esa manera al juicio de personas ajenas a la investigación, para lo cual también contaban con Ingrid. Como no podía ser de otra manera, Holger les organizó una fiesta de bienvenida a base de exquisitos cangrejos de río y vodka, con lo que el despertar vino acompañado de una importante confusión mental y dolor de cabeza; nada que no pudiera remediarse con algo de paracetamol y buen viento. Reunidos en una terraza en Visby, comenzaron a repasar en grupo los datos más recientes.

–Respecto al informe del laboratorio de mineralogía y petrología –arrancó Michael–, el análisis del ámbar encontrado en Canadá no da lugar a dudas: procede del Báltico. Podría proceder de Gotland, o haber sido comercializado aquí, en Visby. Respecto al cristal encontrado, tampoco hay duda, se trata de calcita, también conocida como espato de Islandia.

–¿Y qué tiene que ver este mineral con la investigación? –preguntó Jutta.

–Según el informe –continuo Michael–, el cristal procede de Helgustadir, en Islandia, que se encuentra a cientos de kilómetros de Seydisfjordur. Es decir que alguien lo llevó hasta allí. Helgustadir es famoso por sus cristales de espato de Islandia.

–En fin, repito, ¿qué tiene que ver este mineral con la investigación?

–La calcita era utilizada por los pueblos vikingos para ayudarse en la navegación y la llamaban piedra solar porque reflejaba la luz del sol aunque este permaneciera oculto. La cara que se orienta al sol cambia levemente de coloración y los navegantes la empleaban para determinar su posición en los días de niebla. El espato de Islandia era más apreciado como "piedra solar" que otras variedades de calcita.

–Es decir, que tenemos un instrumento de navegación –intervino Jouko.

–Así es –continuó Michael–. Por otro lado, tampoco hay duda sobre la runa; está escrita sobre una roca de la misma zona donde la encontrasteis, nadie la ha llevado hasta allí.

–En cuanto a los restos de pescado, no hay novedades –añadió Bjork–. El informe confirma que el *Somniosus macrocephalus*, conocido como tollo de

Groenlandia o tiburón boreal, les sirvió probablemente de menú.

–Hay una carencia en la investigación –dijo Jouko–. Barajamos la hipótesis de que esta organización de navegantes estuvo en América hacia el año mil, pero no hemos encontrado nada en la costa atlántica americana que pueda confirmarlo, salvo el ámbar de Gotland.

–Pues ya está. Con eso es suficiente –concluyó Boenisch.

–¡Qué simple eres a veces, Holger! –Jutta rompió el silencio con fuerza–. Ese ámbar lo podría haber dejado yo misma anteayer, ¿no?

–¿Y la runa de Seydisfjordur con las inscripciones Vinland y Helluland? –continuó Boenisch.

–Pero es insuficiente –dijo Saarela–, a menos que…

–¿A menos que qué? –Boenisch atropelló con sus palabras a Jouko.

–A menos que Helge Ingstad[21] nos deje ver el mástil que tiene guardado en su colección privada.

–¿Ingstad? –preguntaron Michael y Bjork al unísono.

–Fue el precursor de las investigaciones sobre viajeros y colonos en Norteamérica. De hecho, fue él quien descubrió la aldea vikinga de L´Anse aux Meaduses, a la que se atribuye como posible resto de Leifsbúðir, el asentamiento fundado por Leifr Eiriksson.

–Será L´Anse aux Meadows –intervino Michael.

–No –le corrigió Boenisch–, el nombre ha sido corrompido por el anglosajón *Meadows* en lugar del francés y original *Meaduses*. ¿Y qué pasa con Ingstad? –continuó.

–Encontró en una playa de Terranova un mástil que se dice corresponde a una nave vikinga, pero se lo llevó a su colección privada cuando la legislación lo permitía. Nadie ha podido ver ese mástil, pertenece a la leyenda oculta de Leifsbúðir.

–¿Dónde vive Ingstad?

–En Vancouver. Pero, no Holger, olvídate que te veo venir, no tenemos dinero.

–¿No sobraban 25.000 euros de la donación?

–Sí, así es. Pero pensaba entregarlos a la administración del Instituto.

–De ninguna manera. Creo que como catalizador de esa donación, tengo derecho a oponerme a que lo entregues sin que se emplee hasta el último céntimo en nuestra investigación. Nos vamos rumbo a British Columbia.

21 Helge Marcus Ingstad (1899–2001), explorador noruego que partiendo de antiguos mapas escandinavos encontró en L´Anse aux Meaduses (Terranova, Canadá) los restos del asentamiento vikingo de Leifsbúðir.

52

La mermada tripulación del *Sild* se dedicó a descansar durante varias jornadas, mientras la nave, muy dañada, permanecía varada en la costa a la espera de las reparaciones necesarias. Sin embargo, su recuperación parecía complicada ya que la zona, un valle árido donde sólo había praderas, piedras y agua, era escasa en alimentos y en madera.

–Creo que el *Sild* no es recuperable –concluyó Thorvald, al regreso de una salida de reconocimiento de la zona–, los daños son excesivos y no aquí no hay madera para repararlo. Lo mejor es abandonarlo y volver por tierra hasta Reykjavik que, según las notas de Bjarni, está a varias jornadas a pie bordeando la costa sur.

–Necesitamos comer, Thorvald, nos alimentamos malamente de raíces y de alguna perdiz incauta. Necesitamos reponer fuerzas.

–Cierto, pero tampoco hemos sido capaces de pescar gran cosa en todo este tiempo.

En ese preciso momento, mientras discutían la escasez de alimentos, escucharon gritos.

–¡Venid todos! ¡Rápido! ¡Venid a ayudar!

Thorvald y Eneco corrieron precipitadamente para comprobar que los hombres se arremolinaban en la orilla tirando de varios cabos. Sin duda pasaba algo muy importante para despertar semejante interés.

–¿Qué ocurre? –preguntó Thorvald.

–Un gran pez, enorme, ayudadnos, tendremos comida para un tiempo.

Todos tiraron hasta sacar al enorme tiburón que se había acercado tanto a la orilla que no pudo ver los arpones que le cayeron por todos los costados. En un instante, y siguiendo la técnica que aplicaban a los cetáceos, el tiburón estaba desollado y sus lomos habían sido certeramente cortados sin tocar las entrañas ni la cabeza para evitar corromper la carne con los fluidos o la sangre. De esa manera, el tiburón se había convertido en una espina con cabeza y cola que mantenía sus vísceras conectadas a la cabeza y sistema nervioso, lo cual le permitía abrir la boca y sus branquias sin parar, aunque no le quedaba estómago ni, lo que era más importante, músculos que alimentar. El corazón aún le latía y, de cuando en cuando, proyectaba

algún chorro de sangre que extraía de no se sabía donde. El pez, en su desesperación, todavía buscaba cómo regresar al mar pero a su alrededor una quincena de hombres gritaban alborozados mientras cortaban los lomos; los skuas y gaviotas comenzaban su festín. Por fin, aquellos hombres se habían hecho con una pieza que les depararía comida durante varias jornadas y en su situación, aplacar el hambre se había convertido en una prioridad por lo que se centraron en ello.

La carne fresca del tiburón les pareció muy fuerte de sabor, pero no estaban para refinamientos. Comieron hasta reventar aquellos enormes lomos blancos de penetrante olor a orina. Aquella noche, varios hombres comenzaron a delirar. Al principio, Thorvald y Eneco pensaron que las alucinaciones se debían a algún bebedizo, aunque el único líquido disponible era la abundante agua que fluía de los manantiales. La situación empeoró y al quinto día murieron varios hombres mientras el resto permanecía enfermo. Eran pocos los que se habían salvado de la epidemia, Thorvald y Eneco, entre ellos, reflexionaban a la búsqueda de alguna explicación.

–Hace varias jornadas me encontré mal, pensé que iba a morir y sólo me acordé de María, hasta escribí una inscripción en el *Sild* con lo que yo pensaba que eran mis últimas fuerzas. Pero me acordé de un druida que nos solía llevar al bosque cuando éramos niños y comí unas hierbas parecidas a las que nos encomendaba él; eché todo lo que había en mi estómago. Luego me sentí mejor –relató el vikingo.

–¿Qué piensas hacer, Thorvald?

–Iré caminando hasta Reykiavik e intentaré conseguir comida y ayuda. Después, volveré a por vosotros. Tú quédate aquí y cuida de ellos, dales agua y hierbas, les ayudará a expulsar lo que hay en su estómago. Creo que el problema es lo que está en sus entrañas.

–Ahora que has mencionado el hecho de nuestra alimentación, ¿comiste mucho tiburón, Thorvald? Yo ni lo probé, su olor me parecía repugnante.

–Sólo el primer día y no demasiado. ¡Ese es el motivo de la enfermedad! –dijo Thorvald repentinamente.

Ambos se dieron cuenta de que su buena salud coincidía con el hecho de no haber comido mucho pescado, coincidencia que confirmaron con los dos hermanos de Dubh Linn, que estaban sanos y no habían probado la carne del escualo, concluyendo que la carne de aquel descomunal bicho había sido el origen de la intoxicación. Thorvald cogió parte de los escasos víveres que quedaban y se marchó, dejando a Eneco al cuidado de la expedición. Durante varios días, la niebla, la fina lluvia y un viento incesante les acompañaron constantemente. Pese a las inclemencias del

tiempo, Eneco no perdió su confianza en que Thorvald llegaría. Entre tanto, los hombres enfermos fueron sanando poco a poco. Eneco nunca olvidaría la mañana que vio llegar tres langskip encabezados por el *Ilaski Beltza*.

Thorvald se acercó hasta la costa en un bote y ambos hombres se fundieron en un largo abrazo.

–¿Por qué habéis venido tantos?

–Nos vamos directamente a Ribe. Después podrás regresar a Vermelio si así lo deseas.

–¿Podemos permanecer aquí un tiempo? Durante nuestro invierno en Gotland un viejo me enseñó a escribir en runa. Tengo un pergamino con las runas que guardo conmigo y durante mi estancia aquí he matado el tiempo escribiendo en piedra una de vuestras runas y no está terminada.

Thorvald dedicó a Eneco un largo silencio y una mirada de incomprensión.

–De acuerdo, tienes razón, estoy harto de este agujero. Dejaré la runa sin terminar. ¿Qué pasa con el *Sild*?

–Olvídate de él. He dejado en Reykjavik un mensaje para Bjarni y Leifr. Cuando regresen y si lo desean, podrán venir a repararlo y recuperarlo. Mientras tanto, aquí se queda.

Al poco tiempo se encontraban en mar abierto, enfilados hacia el continente. Una sonrisa resplandecía en el rostro de Eneco, mientras guiaba orgulloso el *Ilaski Beltza*. Su pensamiento estaba lejos de la aventura, centrado en María y en Vermelio y una vez más, sentía un indescriptible bienestar cuyo origen era bien conocido: la esperanza. Eneco comprendió que todas las penurias que habían soportado no habían sido en vano. La seguridad de un futuro mejor y la ilusión por lo que aún debía de ver y vivir le hicieron sentirse afortunado.

53

Jouko y Holger volaban hacia Vancouver con el finlandés ruborizado y avergonzado por viajar con el lujo de la Business Class, mientras Holger, a su lado, disfrutaba satisfecho de una copa de champagne.

–Mira, Jouko, podemos ver Islandia allí, al fondo.

–¡Qué haces! ¡Ahora champagne! No sé que pensarán de nosotros en el instituto, gastándonos los fondos de investigación en champagne.

–Pero hombre, no te lo tomes así, es la donación. Jouko, olvida tus prejuicios e intenta disfrutar. ¿Crees que estás haciendo algo malo?

–No lo sé.

–Llevas toda tu vida trabajando honradamente por el bien de la sociedad en la que vives. Nadie te debe juzgar por el champagne sino por tus resultados y por tus años de investigación.

–¡Es que no estoy acostumbrado! –dijo Jouko, mientras Holger apuraba su copa.

El champagne les provocó una ligera modorra, hasta que Boenisch despertó con unos baches. Miró hacia abajo y vio la costa oeste de Groenlandia a la par que Jouko también abría los ojos.

–Mira, Jouko, hemos abandonado Groenlandia y ahora diviso las costas de la isla de Baffin, la Helluland de nuestros investigados.

–*Yahaa*.

–Cómo cambian los tiempos. En pocas horas y cómodamente sentados, hemos cubierto el trayecto para el que nuestros hombres de hace mil años necesitaron meses de hambre, penuria y frío. Y, además, sin garantía de éxito.

–*Yahaa*.

–¿Puedes decir algo distinto? –dijo Boenisch mientras miraba a Jouko, que no podía hablar ya que no paraba de comer –. Bueno, ya veo que has superado tus escrúpulos, comes sin pudor.

–Es distinto, comer es necesario –añadió Jouko ante los gestos de desaprobación de Holger.

Aterrizaron en Vancouver y nada más llegar tomaron un taxi hasta su hotel. Jouko quería acostarse un rato pero Boenisch no se lo permitió, por lo que en un instante

estaban en una terraza de la calle Robson, dispuestos a tomarse un té negro con canela y reponerse del vuelo.

–¿Cuál es el plan, Jouko?

–Tengo una dirección de Helge Ingstad en Vancouver, de la última carta que me envió.

–¿Cómo? Vamos a ver si lo entiendo, ¿no has llamado a Ingstad anunciando tu llegada?

–A Ingstad no le gustaba recibir a nadie, estaba ya mayor y decía que prefería dedicarse a sus pensamientos.

–Pero, ¿te das cuenta de que ha podido cambiar de dirección, o de que se ha ido de viaje o que a lo mejor ha fallecido? ¿Tienes su teléfono?

–No.

–Es decir que a Ingstad no le gusta hablar por teléfono, ¡pero si ni siquiera tienes su teléfono!

–Bueno, nunca he hablado con él, nuestra relación siempre ha sido epistolar. No había manera de mantener contacto con él salvo por carta. ¡Míralo!

Jouko sacó de su chaqueta un grueso fajo de cartas que entregó a Boenisch.

–Jouko, ¿es necesario que lleves siempre la chaqueta llena de objetos?

–Holger, te he dicho varias veces que sobre mi chaqueta no se discute. Para variar, ¿por qué no hablamos del increíble cuento ese de la "viejecita filántropa"?

–Vaya con el zorro. Pues tienes razón, no lo ha donado una "viejecita", pero es una donación. Y no preguntes más. Menudo cambio de conversación, de la chaqueta a la donación. Por cierto, Jouko, estas cartas son una maravilla. Están llenas de dibujos y gráficos de Ingstad.

Ante la sensación de estar hablando solo, Boenisch alzó la vista y comprobó que efectivamente hablaba solo, ya que Jouko dormía plácidamente en la silla de mimbre en la que yacía.

Mientras su colega echaba una cabezadita, Boenisch aprovechó para leer con atención el grueso fajo de cartas enviadas por Ingstad a Jouko. En realidad no era necesario que hubieran hablado o se hubieran reunido, ya que Ingstad era generoso en sus detalles y las cartas incluían hermosos dibujos que aportaban toda la información que necesitaban.

Después de dos horas y cuatro tés, Jouko despertó y retomó la conversación.

–¿Qué me decías?

–Estas cartas son maravillosas, Jouko.

–¿Cuándo las has leído? Si acabo de dártelas.

–Llevas dos horas roncando y bufando en público, pero duerme otras dos si quieres. Es la colección de cartas más original que he leído en mi vida. Ingstad es un hombre de gran cultura, sin duda. Por cierto, casi no hubiera hecho falta venir a verlo.

–¿A qué te refieres?

–A que las cartas lo dicen todo. Ya te adelanta que el mástil corresponde sin duda a un langskip vikingo y que, por los grabados, se trata de una nave construida entre los siglos X y XI. También indica que se corresponde con los pecios de Roskilde y no hay duda de que se trata de madera procedente de Europa ya que las tribus nativas de América de aquella época no trabajaban la madera de roble ni hacían los grabados en madera que aparecen. ¿Por qué no nos habías revelado el contenido de estas cartas?

–Pensé que no eran relevantes, que formaban parte de hipótesis o de conclusiones incompletas.

–Lo que a mí me parece evidente, a ti te resulta irrelevante.

–¿Quieres que veamos a Ingstad?

–Tenemos que verle, Jouko, y tenemos que conseguir que nos deje examinar el mástil y llevarnos una muestra del mismo. De esa manera podremos correlacionar el mástil con el pecio de Islandia.

–No creo que nos deje tomar una muestra, nadie lo ha conseguido hasta ahora.

–Pero es que nosotros no queremos una muestra para ver qué sacamos de ella, ¡la necesitamos para confirmar nuestra propia investigación! La diferencia es enorme, Jouko.

–Lo se. Ya veremos.

Tras descansar y con el nuevo día, tomaron un ferry con el propósito de visitar el hogar de Ingstad, cuya localización fue difícil pero no tan dura como su hallazgo, ya que la casa estaba claramente abandonada. Las contraventanas de madera colgaban y batían al flojo viento procedente del mar. La casa, situada en un alto, se rodeaba con cedros de gran porte y el tejado inclinado de pizarra presentaba un estado deplorable. Nadie podría vivir allí en aquellas condiciones.

–¡Idiota! ¿Cómo se te ocurre no avisar de que sólo tenías una dirección de Ingstad?

–Pensaba…

–Pensabas, pensabas, ¿es que tú piensas?

–Holger, por favor, era tal tu ilusión que no me atreví a contradecirte.

–Perdona, amigo, es la ansiedad por esta investigación –dijo el alemán, comprensivo.

–Lo sé, Holger, lo sé.

Se miraron mutuamente, habían viajado hasta Vancouver tras una pista que creían definitiva y esta se desvanecía. La casa tenía un jardín extenso por lo que no había vecinos próximos, tampoco encontraron datos que pudieran permitir seguir la pista de los propietarios, nada. Dieron un par de vueltas alrededor de la casa con la esperanza de encontrar algo o alguien.

–¡Oigan! –se escuchó un grito que hizo girarse a ambos cuando ya se marchaban resignados.

Una señora de avanzada edad pero movimientos muy ágiles bajaba las escaleras que conducían desde la entrada de la casa hasta el camino de acceso. Holger y Jouko se quedaron inmóviles mientras la señora se acercaba a ellos.

–¿Quiénes son ustedes?

–Soy el Dr. Boenisch, catedrático de Física de la Universidad de Hamburgo y él es el Dr. Saarela, ingeniero y experto en arqueología naval. ¿Y usted?

–Soy la propietaria de esta casa por lo que no tengo ninguna necesidad de identificarme. Señores, ¿me explican que hacen ustedes aquí?

–Buscamos a Helge Ingstad, teníamos esta dirección y pensábamos que vivía aquí.

–Mi tío murió hace casi diez años, no estaban ustedes muy al tanto de su vida, ¿no?

–¿Su tío? –preguntó Jouko.

–Si, señores, soy Frida Stine, sobrina de Anne, la Doctora Stine[22], la esposa del Doctor Ingstad. ¿Me explican para qué buscaban a mi tío?

Holger sacó el fajo de cartas y se las entregó a la señora Stine que comenzó a hojearlas de inmediato con gran interés mientras sus ojos empezaron a vibrar y a humedecerse.

–¿Le ocurre algo? –preguntó Boenisch.

–Es la emoción…Yo ayudé a mis tíos con su correspondencia, eran dos personas extremadamente amables que dedicaban mucho tiempo a responder cartas. Se lo tomaban con auténtica profesionalidad y eran muy detallistas. Hubo quien llegó a pensar que eran unos desconsiderados ya que apenas respondían a las llamadas de teléfono. Pero la clave era esta, las cartas; yo misma hice muchos de los dibujos que aparecen aquí. ¿Es usted el Dr. Saarela? –preguntó Frida.

–Si, sí, soy yo.

–Le recuerdo perfectamente, el tío Helge ponía mucha ilusión en las cartas que le enviaba, decía que usted parecía un investigador serio y fiable, aunque siempre se

quejaba de su inglés muy poco ortodoxo ¿Qué desean?

–El Dr. Saarela lleva años investigando una serie de restos de naves vikingas halladas en distintos puntos de Europa. Según nuestra hipótesis, los restos son atribuibles a una única organización dedicada al comercio entre diversas ciudades de Europa así como a la colonización de nuevas tierras. Sus puertos principales eran Ribe y Hamburgo y construían sus naves en Dublín. La organización estaba compuesta por miembros de muy diversas zonas de Europa y llegó a extender su influencia a Islandia y Groenlandia.

–Lo que me está comentado, ¿son suposiciones, relatos o datos probados?

–Son datos probados y contrastados con expertos de varios laboratorios de referencia mundial. Además, tenemos información que hace pensar que Leifr Eiriksson, entre otros, formó parte de esta organización y que la organización pudo promover los viajes de colonización a América.

–Veo que se van acercando hacia nosotros.

–Los restos de un pecio encontrado en el fiordo de Seydisfjordur en Islandia, junto a una runa, corresponden a un langskip que pudo estar en esa primera expedición.

–¿Cómo lo saben?

–Junto al pecio se ha encontrado una runa, autentificada ya, que habla de Helluland y Vinland y cita los siguientes nombres: Leifr, Bjarni y Thorvald Herolfsson. La runa parece atribuible a un vascón llamado Eneco.

–¿Sabe lo que dice? ¿Por qué dice que ese langskip pudo estar en esa primera expedición?

–No hay pruebas, salvo la runa, de que esa nave estuvo en la isla Baffin o Terranova. Sin embargo, esa nave se conserva con un mástil de madera diferente a la del resto de naves, todas ellas construidas en Dublín, y usted guarda un mástil encontrado en L´Anse aux Meadows.

–¿Por qué supone que yo guardo un mástil? –Frida Stine pareció molesta.

–Está en las cartas –respondió Jouko, que se había mantenido en silencio–, su tío fue quien me habló por primera vez del mástil.

–Formalmente no puedo hablar del mástil. Mi tío se quedó con él y se vino a vivir a Vancouver, decepcionado por el poco interés de las autoridades de Terranova.

–Frida –Boenisch agarró a la señora Stine de las manos y le dirigió la mirada más amable que pudo–, si accedemos al mástil podremos confirmar que los grabados tan bien representados en una de las cartas corresponden a un langskip construido en

Dublín. Todas las naves de ese astillero tienen sus mástiles grabados de manera semejante. Si confirmamos esto, sólo necesitaremos una cosa más de usted.

–¿Qué?

–Que nos deje tomar una muestra del mástil para enviarlo a los laboratorios y garantizar su origen.

–Ni lo piensen, nunca. La conversación ha terminado. Buenos días.

22 Anne Stine Ingstad (1918-1997), arqueóloga noruega y esposa de Helge Ingstad. Participó en las exploraciones que concluyeron con el hallazgo del yacimiento arqueológico de L´Anse aux Meadouses.

54

El verano estaba terminando y habían pasado ya casi dos años desde que Eneco, Thorvald y el resto de la flota partieron hacia tierras desconocidas, período durante el cual María había ido asumiendo el peso y la dirección de la Hermandad en Ribe. Además, sobrellevaba con entereza la melancolía que le causaba tan larga espera; la tristeza y oscuridad del Atlántico Norte le hacían sentirse cómoda. Una ventosa tarde de septiembre Grimm la siguió una vez más hasta la playa donde solía refugiarse para mirar y esperar.

–María, cuando no estás con los Tilsted, se donde puedo encontrarte. En cualquier caso, vengo a felicitarte, cada vez vengo menos a esta ciudad ya que lo tienes todo muy bien organizado.

–La Hermandad necesita personas de confianza en tierra que piensen y organicen para aquellos que se juegan sus vidas en el océano.

–Y tú harás ese trabajo.

–Si, Grimm, lo haré, aquí está mi lugar y mientras espero a Thorvald y a mi hermano me mantengo activa. Además, ahora que he aprendido bien el idioma no me siento extraña, me gusta esta tierra, nadie me ha menospreciado por ser mujer.

–María, no quiero desilusionarte pero pronto llegará el otoño; es difícil que vengan.

–Me dan igual tus opiniones, Grimm, partieron hace dos inviernos con un tiempo peor y si desean volver, volverán, haga el tiempo que haga.

–Por prudencia deberían esperar a que el tiempo les fuera favorable.

–No tienes ni idea, Grimm. La prudencia es secundaria cuando alguien necesita hacer un viaje. Parece que se te ha olvidado en qué condiciones navegan tus compañeros. Si fueran prudentes estarían muertos de hambre, sembrando cebollas y coles y tu no tendrías tu posición sino que serías un tonelero más de Hammaburg.

–En fin, entiendo que los Tilsted te respeten, ¡menudo carácter!

–En ese caso, Grimm, déjame sola, esta es mi tarea y no quiero estar con nadie cuando aviste las naves; algún día doblarás tu rodilla y me pedirás disculpas por dudar.

Grimm se marchó lentamente mientras María permanecía firme, cara al viento, disfrutando del aire marítimo y de la soledad.

María vivía con los Larssen desde la marcha de Thorvald y Eneco. Al principio, admiraba al siempre sonriente y divertido Ulff Larssen, pero, poco a poco, la admiración se había ido transformando en desprecio al observar que Larssen, una vez en tierra, se despreocupaba totalmente de su familia y se dedicaba a la juerga y a revolcarse con cualquier mujer. Larssen, que se encontraba en Ribe de pasada, había captado que la joven no le apreciaba demasiado por lo que procuraba evitarla. Además, veía que María se había convertido en una mujer poderosa, lo cual no le hacía mucha gracia, pero sabía que no podía enfrentarse a Thorvald y Eneco. Ni el mismo Grimm había podido evitar su prevalencia sobre el resto. Mientras le dejasen hacer su vida, él prefería no molestar demasiado. De esa manera, la relación entre Larssen y María se ceñía a los asuntos de la Hermandad; ella revisaba su trabajo en cada marea y Larssen se limitaba a obedecer las órdenes. Pero un día en la lonja, traspasaron sus límites habituales.

–¡Larssen! He revisado la carga. Las cantidades de material que habéis descargado son insuficientes.

–Hemos traído el barco completo.

–Si, completo de basura. ¿Puede saberse por qué traéis madera de Gotland?

–Es buena para construir muebles y para las cubiertas de las casas.

–Lo que debéis traer de Gotland es ámbar, Larssen. Vuestras expediciones a Gotland son carísimas para la Hermandad. Si quisiéramos madera no necesitaríamos enviar un barco.

–El precio del ámbar ha subido ya que el último invierno ha sido malo y han recogido poca cantidad.

–Habéis vuelto con la mitad de la suma que os di para comprar ámbar. No se te encomienda ahorrar sino gastarlo todo. Compra todo el ámbar que puedas al precio que sea, ya me encargaré yo de venderlo aquí a precio superior; esa es tu labor.

–¡Mujer, tú no eres quién para darme órdenes!

–¿Qué has dicho? –María se hinchó de furia.

–Si yo fuera Grimm no te permitiría negociar con los Tilsted.

Acababa de terminar la frase cuando Larssen, inesperadamente, recibió la mayor bofetada que nadie le hubiera dado jamás. Se quedó mudo, inerme.

–Escucha, Larssen, la próxima vez que te atrevas a decir algo semejante, no esperaré a que llegue Thorvald; yo misma te arrojaré al mar atado a un tablón.

–¿Quién te piensas que eres, niña?

El segundo bofetón fue aún más fuerte e hizo que un fino hilo de sangre comenzará a brotar del labio de Larssen.

–No te atrevas a cuestionarme. ¿Acaso piensas que soy una de esas con las que te revuelcas en cualquier cuadra mientras que tu pobre esposa se mata a trabajar para ti y para los tuyos?

–Quiero que te vayas de mi casa.

–Hace tiempo que no es tu casa, Larssen.

–¿Qué dices, estúpida?

María cogió una estaca que tenía a mano y acertó plenamente en la entrepierna de Larssen, que cayó fulminado. Se quedó un minuto mirándolo en silencio hasta que este empezó a respirar mientras que desde el suelo y con los ojos bien abiertos observaba con estupor a aquella mujer a la que, evidentemente, había minusvalorado.

–¡Escucha, imbécil! No es tu casa porque entre revolcón y borrachera la perdiste en una apuesta y eres tan estúpido que ni te acuerdas. Los títulos de propiedad estaban depositados en la casa de los Tilsted. Pues bien, yo he pagado tu deuda y soy la propietaria de la casa, que pasará a ser propiedad de tu mujer e hijos cuando yo lo decida, pero nunca a tu propiedad. Esto quiere decir que yo no estoy en tu casa sino que tú estás en la mía. A partir de ahora te portarás como es debido con tu esposa y como me entere de que estas revolcándote de nuevo con alguna –y estate seguro de que me enteraré ya que medio Ribe me informa–, puedes preparar tus escasas pertenencias para marcharte. Y no dudes que intentaré enviarte como vigía permanente a la isla de Halilonji.

Tras la discusión, María dispuso lo necesario para que Larssen navegara nuevamente a Gotland. Durante las siguientes jornadas, el hombre permaneció más callado de lo habitual y durmió en casa. Cuando se marchó, María se desplazó hasta el embarcadero, no quería que él dejara de sentir su aliento hasta embarcar. Le miró con dureza, pero no dijo nada; Larssen, sí.

–Lo siento.

Tras comprobar que se hacían a la mar, volvió a la playa y continuó mirando cómo el pesado knorr se marchaba cargado de fruta, toneles de cerveza y carne salada.

Aprovechando que el mar estaba bastante calmado, se quitó las botas y caminó hasta la orilla. Cerró los ojos mientras se impregnaba de olor a salitre. Recordaba a su hermano Eneco guiándola hasta el embarcadero de Vermelio a comienzos de verano, cuando la actividad de los pescadores era máxima. A lo lejos, la península de Ellenbogen recortaba su bajo perfil aplastado bajo un cielo azul intenso. Las gaviotas y los charranes gritaban sin parar mientras que bandadas de ánsares, grullas y avefrías

empezaban a desfilar a la búsqueda del sur. Ella respiraba el húmedo aire con intenso aroma a sal y algas.

De repente, un extraño sonido la descolocó. Otra vez. ¡Era un cuerno de señales! Miró al horizonte. Cuatro naves se acercaban por poniente. El estómago se le encogió. ¡Eran ellos! Tenían que ser ellos. Salió corriendo hacia el puerto, no podía esperar hasta que estuvieran más cerca para asegurarse de que eran ellos.

55

Boenisch y Saarela subieron en el teleférico de Grouse Mountain a rumiar su fracaso. Desde lo alto, con el mar ante ellos, se mantuvieron en silencio durante largo rato.

–Se ve magnífico el Pacífico.

–Ese no es el Pacífico, Dr. Saarela. Es el estrecho de Georgia. ¿Acaso no ves montañas al fondo? Pues es la isla de Vancouver, que "sólo" tiene unos 800 kilómetros de sur a norte y desde cuyas costas occidentales si podrías ver el Pacífico.

–¿Qué te pasa, Doctor Sabelotodo?

–No me pasa nada. Hemos venido hasta aquí para buscar a alguien que ha fallecido hace 10 años y con cuyos descendientes ni siquiera habías hablado. ¿Me explicas cómo se te ha ocurrido tal disparate?

–No. No te lo explicaré hasta que no seas más humilde y dejes de dar órdenes. Que si ahora vamos allí, que si luego vamos a este otro lugar.

–No lo haría si no te viera tan perdido y falto de iniciativa.

Jouko estaba a punto de responder de nuevo a Boenisch cuando su móvil comenzó a sonar.

–Es Frida Stine –dijo Jouko momentos antes de que Holger le arrebatara su teléfono.

–Dr. Boenisch. Sí, claro. ¿Mañana por la mañana? Por supuesto. Nos vemos allí. Hasta mañana.

–¿Qué ocurre? –preguntó Saarela.

–Frida nos ha citado, quiere hablar con nosotros.

–¿De qué?

–No me lo ha dicho, ha sido escueta, me ha dicho que ha estado reflexionando y que necesita hablar con nosotros.

La llamada telefónica de Frida Stine fue balsámica para ambos, de manera que dejaron las discusiones y se dedicaron al paseo y la conversación. Al día siguiente, se dirigieron a pie hasta el lugar de la cita, donde Frida les esperaba en un todo terreno. Nada más montar, la señora Stine comenzó a conducir mientras hablaba.

–Mi tío Helge era periodista de profesión. Comenzó a interesarse por las sagas a raíz de un trabajo periodístico y casualmente dio con un mapa islandés realizado

sobre 1570 por un tal Sigurd Stefansson[23]. A partir de entonces, él y mi tía Anne, que sí era arqueóloga, efectuaron cuatro expediciones de exploración por la costa norteamericana, entre el norte de Labrador y Nueva Inglaterra. Su vida dio un giro total con ese proyecto. Tras comparar los relatos de las sagas con los lugares que habían visitado, en 1960 llegaron a la conclusión de que el emplazamiento más probable de Vinland, el *Promontorium Winlandiae* del mapa de Sigurd Stefansson, correspondía al extremo norte de la isla de Terranova.

–En el transcurso de una visita realizada a colonias de pescadores de Terranova, gracias al testimonio de un viejo marinero, mis tíos tuvieron noticia de la existencia de unas ruinas en un lugar llamado L´Anse aux Meadows, un pueblo del cabo Eauld, al norte de la isla. Sus excavaciones permitieron descubrir, entre 1961 y 1963, los cimientos de ocho edificaciones distintas.

–¿Cómo eran esas edificaciones? –preguntó Boenisch.

–Yo quise verlas pero no me lo permitieron –intervino entonces Jouko–. Me comunicaron que el acceso estaba restringido.

–Ahí reside parte del problema –continuó Stine–, la inutilidad e ineficacia de la moderna burocracia, en realidad, excusas para disfrazar de seguridad la desconfianza. Volviendo al tema, se trataban de viviendas de planta rectangular de diferente longitud, cuya disposición no coincidía con la estructura tradicional de las casas indias o esquimales. El edificio más importante constaba de cinco o seis habitaciones, entre ellas una sala grande semejante a las de las casas del norte de Europa de la época vikinga. Por otra parte, desenterraron varios hogares con forma de fosa de gran similitud con los hallados en granjas de Groenlandia.

–Continúe, Frida –le animó Holger Boenisch, que seguía absorto su relato.

–Se hicieron dataciones de una pieza de forja. La conclusión fue que las construcciones correspondían al siglo X, lo que descartaba que hubieran sido levantadas por pueblos nativos o esquimales ya que en esa época no trabajaban los metales.

Tras media hora de ágil conducción, llegaron a un pequeño puerto donde esperaba un barco de pasajeros.

–¿A dónde vamos? –preguntó Boenisch.

–A Tofino, en la isla de Vancouver. ¿No querían ver el mástil? Allí lo verán.

Embarcaron y tras atravesar una interminable sucesión de islas entre los límites territoriales de Canadá y Estados Unidos, desembarcaron en la isla de Vancouver para reanudar el viaje. Al volante, Frida Stine continuó con su relato.

–Tras el hallazgo de mis tíos, los equipos de trabajo descubrieron restos de fundición, algunos utensilios de piedra y también una lámpara de piedra semejante a las que se empleaban en Islandia a comienzos de la Edad Media. Además, encontraron una fíbula de bronce característica de la época vikinga.

–¿Una fíbula? –preguntó Boenisch.

–Eran piezas semejantes a los broches. Se utilizaban para fijar las prendas antes de la fabricación de botones –le respondió Saarela–. Acuérdate de la pieza que nos mostró Tim De Ridder, que procedía del pecio encontrado frente a las costas de Holanda.

–Los descubrimientos fueron confirmados por expertos del Museo Nacional del Canadá, el American Museum of National History y la Smithsonian Institution, todos ellos centro especializados en las culturas primitivas de la América ártica. Consideraron indiscutible la teoría de mis tíos que concluía que L´Anse aux Meadows albergó una colonia escandinava.

Boenisch y Saarela callaban ante el relato de la señora Stine, que continuó.

–Las semejanzas entre las sagas y las comprobaciones efectuadas en el propio emplazamiento permiten pensar que Vinland se hallaba en el extremo norte de Terranova. Lo que no pudieron probar es que el yacimiento de L´Anse aux Meadows fuese el lugar donde Leifr Eiriksson construyó sus viviendas en su primer viaje a Vinland, hacia el año 1000.

–Salvó que nos deje tomar una muestra del mástil –insistió Boenisch–. Eiriksson está citado en la runa situada junto al pecio hallado en Seydisfjordur, al que sustituyeron un mástil.

–¿Por qué dicen que lo sustituyeron?

–Se trata de un mástil de cedro. Una madera no usada en Europa en aquella época. Ese pecio procede, como todos los demás, de una carpintería de Dublín, una base más de la organización para la cual navegaba Eiriksson. Si su mástil se hizo en Dublín pertenece a nuestro pecio y si estaba en L´Anse aux Meadows, sus casas son las casas construidas por Leifr Eiriksson y sus hombres en su primera expedición a Vinland, es decir, a América –argumentó Boenisch.

–Supongamos que les permito tomar la muestra. ¿Me pedirán más cosas?

–No –respondió secamente Jouko–. Hemos hallado todo tipo de materiales, nuestra hipótesis concuerda totalmente con la de sus tíos, sólo nos falla la "conexión americana", que podría ser explicada ahora.

–Sin embargo –continuó Frida Stine–, hay algo que no comprendo. Ustedes no plantean a Eiriksson como un navegante solitario sino como integrante de una

organización, digamos, transnacional.

–Exacto –intervino Jouko–, tenemos pruebas de la participación de navegantes de diferentes puntos de Europa, por ello hablamos de una organización. No tenemos estimaciones de su potencial, aunque por los restos hallados si se muestra cierto potencial.

–¿Qué opinan respecto a que Leifr Eiriksson y sus hombres pisaron América casi 500 años antes que Cristóbal Colon y sin embargo esos primeros viajes no se tradujeron en asentamientos permanentes?

–Puede ser que los pueblos vikingos sólo buscaran aventura o aprovecharse de infraestructuras ya establecidas –respondió Boenisch.

–Eso no es así –cortó Stine–. Los vikingos se asentaron con éxito, y en muchos casos en zonas previamente despobladas, en todas las islas del Atlántico Norte, incluyendo las islas Británicas. Por otra parte, según sus investigaciones, esa organización estaba integrada por francos, germanos y otros europeos, todos ellos pueblos menos aventureros y más amantes de la colonización que los vikingos. Mi teoría es que los asentamientos de Vinland se realizaron con pocos medios humanos, de manera que no pudieron soportar la presión de los pueblos nativos que los acabaron expulsando. Piensen que Terranova es una tierra de grandes recursos en comparación con Islandia, Groenlandia o las islas Faroe. Tiene sentido que no les interesara establecerse en la isla de Baffin por la dureza de su clima y escasos recursos, pero Vinland debía ser una tierra interesante. Su fracaso sólo se puede explicar desde esa perspectiva.

Continuaron conduciendo y hablando hasta poco después del mediodía cuando llegaron a Tofino, donde se encontraron con Roy, un viejo amigo de Frida que les contó la historia de Tofino, destino de surfers, hippies y empresarios a la búsqueda de lugares aislados para sus reuniones de "tormenta de ideas" y, sobre todo, refugio de personas que buscaban una nueva oportunidad en la vida.

–Aquí nos hemos acostumbrado a no hacer preguntas. Somos una comunidad pequeña y entre nosotros vive gente de diversos lugares del mundo, que vinieron un buen día y aquí se quedaron. Siempre he imaginado que huían de algo: de una vida equivocada, de un fracaso familiar o empresarial, a lo mejor hartos de una vida estresante o simplemente son gente que no desea llevar una vida en sociedad. Tofino permite esa tranquilidad y, sobre todo, proporciona anonimato, aquí pueden vivir años sin que nadie les encuentre.

–¿Nos llevas a tu almacén, Roy? Estos señores quieren ver mis trastos.

Pararon un instante para comer unos incomparables filetes de halibut y, tras la comida, caminaron entre las nasas cangrejeras apiladas por todas partes. Un pescador vendía en un pequeño puesto callejero unos magníficos ejemplares de *king crab*, un cangrejo del Pacífico de unas dimensiones descomunales que se movía continuamente sobre la mesa.

–Esos bichos son peligrosos –dijo Boenisch.

–¡Qué va! –respondió ingenuamente Roy.

–Sí que lo son. Su tamaño es tan grande que requieren para la cocción cazuelas muy grandes y grandes cantidades de agua, lo cual dificulta alcanzar el punto óptimo de cocción.

–No le hagas caso, Roy –dijo Frida, ante la cara de perplejidad de Roy Thorogood.

Llegaron a una pequeña nave de madera, donde Roy guardaba sus tablas de surf, las motocicletas viejas que le gustaba reparar, las bicicletas de sus nietos y una lancha que daba la sensación de llevar varios años aparcada. Junto a diversos utensilios y herramientas, una lona tapaba un bulto largo.

–Ahí está –dijo la señora Stine con aparente desinterés.

Al retirar la lona, y a pesar del cuidado que pusieron, se levantó una nube de polvo.

–¡Roy! ¿Cómo puedes tener todo esto tan lleno de porquería? –Frida Stine no disimulaba a la hora de decir lo que pensaba.

–¡Rápido! –ametralló Boenisch corroído por la ansiedad– ¡Roy! Un aspirador de mano.

Roy corrió hacia su casa. En un minuto volvió con dos aspiradoras. Las enchufaron y Jouko y Holger se pusieron a pasarlas sobre el mástil.

–¡Qué interesante! –ironizó Stine–, nunca pensé que podría ver a dos hombres pasando la aspiradora con tal interés.

Los tres hombres continuaron en silencio hasta dejar el mástil limpio de polvo y de telas de araña. Seguidamente, Jouko y Holger se pusieron a retirar con paciencia las incrustaciones del mástil con espátulas y cepillos mientras Roy aspiraba los restos que eliminaban. Al cabo de dos horas, pudieron empezar a inspeccionar el mástil con detenimiento.

–¡Jouko! Mira esta inscripción: *"María, Jeg alltig du live. Thorvald."*

–Quiere decir *"María, siempre te querré. Thorvald"* –intervino Stine–. Es una declaración de amor. Mi tía siempre desconfió de ella ya que le parecía extraño

que correspondiera a quienes navegaron con ese mástil ya que no estaba escrito en escritura rúnica.

–Pues se equivocó –Jouko fue contundente, como él no acostumbraba a serlo.

–¿Me dice usted por qué? –respondió Stine.

Mientras tanto, Boenisch buscaba en su Notebook las fotografías de los pecios y eligió una fotografía con la inscripción del pecio de Seydisfjordur para mostrársela a Frida.

–¡Es asombroso, es la misma inscripción! ¿Dónde han sacado esta fotografía?

–Corresponde al casco de un pecio hallado en Seydisfjordur, Islandia, junto a la runa que hablaba de Vinland y Helluland y de Leifr Eiriksson, además de otros navegantes y que sospechábamos correspondía a una nave que formó parte de la expedición de Eiriksson que llegó a Vinland y construyó las casas encontradas por sus tíos en L´Anse aux Meadows. Ya no hablamos de sospechas, tenemos las pruebas –Boenisch se explicó con gran placer.

Stine callaba mientras se pasaba las manos por el cuello en un gesto de nerviosismo.

–¿Quieren decir que este mástil corresponde al pecio que encontraron en Islandia?

–Exactamente –respondió Jouko de manera inmediata.

–Sabiendo ahora lo que sabe, ¿se opone a que tomemos una muestra del mástil? –Boenisch fue oportuno.

–En absoluto, señores, tomen lo que necesiten.

Jouko y Holger se fundieron en un abrazo. Su rompecabezas ya encajaba y se sabían los padres de un gran hallazgo. Tomaron pequeñas muestras de madera y numerosas fotografías.

–Entenderá, Frida, que si los análisis de la madera confirman que se trata de *Quercus Robur* procedente de las islas británicas con crecimiento anterior al año 1005, como el resto de muestras que hemos encontrado, estamos obligados a publicar nuestro resultado y, por tanto, a descubrir que este mástil esta aquí –dijo Jouko.

–Haremos una cosa mejor. Donaré el mástil a la institución en la que vayan a depositar los demás restos.

–Pero eso no es posible –intervino Jouko–. El mástil lo han encontrado en Terranova, por tanto, lo reclamará el gobierno de Canadá.

–No, señores. Mis tíos firmaron un convenio con el gobierno de Canadá que cedía el uso científico de esta muestra y los pequeños materiales que guardo en esas dos cajas. El contrato prevé la cesión de los derechos en un plazo de 50 años tras los cuales el material deberá ser devuelto al Estado si no se ejecuta la cláusula de cesión. Como el contrato se firmó en 1970 aún puede ejecutarse la cláusula de cesión. Yo, como heredera universal de Helge Ingstad, firmaré la cláusula y con el contrato en mano podrán llevarse el mástil cuando y donde deseen.

–Pero, Frida, ¿no nos dijo usted que sus tíos se quedaron con este mástil de manera no legal? –preguntó Jouko.

–En absoluto, fue la primera excusa que se me ocurrió para no darles mi conformidad, mis tíos jamás hubieran hecho nada ilegal.

–Gracias, Frida –fue cuanto Jouko pudo decir.

–No, señores, gracias a ustedes por haberme permitido rescatar la memoria de mis tíos y por haberme permitido ver de nuevo la magnífica labor que llevaron a cabo. Ah, bueno, y gracias por la estampa de las aspiradoras, las fotos tienen más valor que el mástil.

Todos rieron ante el magnífico humor de aquella señora.

Boenisch se sentía feliz y pleno; la investigación le había motivado bastante más que su tarea en la universidad. Había recuperado la ilusión, algo que añoraba, pero curiosamente también presentía el desencadenante de una crisis. Sentía que no querría volver a la rutina de sus clases en la facultad.

23 Sigurd Stefansson, islandés. En 1570 d.C. redactó el *Skálholt map,* que pretendía cartografiar el ámbito geográfico de navegación de los antiguos vikingos a través de datos recogidos en runas y sagas.

55

María corrió a casa y rápidamente puso a calentar una marmita con agua, preparó el tonel en el que se aseaban y se baño. A continuación, se vistió con sus mejores ropas y salió hacia el embarcadero donde se encontró con Grimm.

–¡Qué guapa te has puesto!

–¡Vienen! Grimm, en unos instantes estarán aquí.

–¿Seguro? Me han avisado que llegan cuatro barcos y que al menos uno de ellos es de la hermandad. Yo espero una carga de Hammaburg, también pueden ser los francos.

–No, Grimm, son el *Ilaski Beltza*, dos langskip más y un gran knorr.

Durante una hora esperaron hasta que la primera nave se hizo ver por el canal que daba acceso al embarcadero de Ribe. Grimm se quedó mirando fijamente.

–María, una vez más tienes razón, es el *Ilaski Beltza*.

–Lo sabía, Grimm; sabía que llegarían algún día.

Mientras tanto, los navegantes vivían con ilusión y ansiedad la llegaba a tierra conocida después de su largo, intenso y desafortunado viaje. Tanto Eneco como Thorvald vieron rápidamente a María y, según se acercaban, sentían una emoción que casi no podían contener. En un signo de reconocimiento de su autoridad, todos se situaron a la espalda de María en el embarcadero.

El *Ilaski Beltza* encabezaba el grupo y fue el primero en lanzar los cabos y fijarse en el embarcadero. Eneco no esperó a finalizar la maniobra y se lanzó corriendo a los brazos a su hermana a la que abrazó con fuerza para permanecer quieto y en silencio durante largo tiempo.

–Hermana mía, pensaba que habrías vuelto a Vermelio.

–No, ya me conoces; aquí me he quedado esperando, estaba segura de que volveríais.

Continuaron abrazados hasta que llegó Thorvald, que arrebató a María de entre los brazos de su hermano.

–¡Qué guapa estas! –susurró Thorvald mientras acariciaba su pelo–. Y qué bien hueles. No he podido olvidar el olor tan suave de tu piel –Thorvald, profundamente

emocionado, no sabía por dónde empezar ante la inmensa suerte de poder abrazar de nuevo a María.

Grimm organizaba entre tanto su habitual saludo de bienvenida en el que no podía faltar un tonel de cerveza fresca, que les supo a gloria a los navegantes.

–Gracias, Grimm. Espero que durante este tiempo hayas cuidado de María.

–No, Thorvald, no ha sido necesario. No nos lo ha permitido y, además, ha sido ella quien ha cuidado de nosotros. Se ha convertido en la jefa de la Hermandad en Ribe. Cuando acudas al Clan Tilsted, hazte a la idea de que te pedirán que te marches, puesto que ellos sólo negocian con la mujer vascona.

Thorvald miró a María con un gesto entre la sorpresa e incomprensión.

–Vamos, Thorvald, he estado esperando este momento durante largo tiempo y no quiero que hablemos de la Hermandad –María zanjó la conversación y se llevó a Thorvald.

Thorvald aceptó de buen grado la decisión de María y se encaminó con ella hasta la casa de los Larssen, donde les habían preparado una habitación para su primera noche de amor en mucho tiempo. María lavó con sus manos cada músculo de Thorvald reponiéndole de tan larga espera. Después, nadie les molestó hasta el día siguiente, cuando salieron juntos a buscar a los demás.

–María, ¿qué vas a hacer? –preguntó Thorvald de una manera inesperada para María mientras se encaminaban hacia el embarcadero.

–¿Qué? Eres tú quien debe aclarar cuáles son tus planes –respondió María tras la sorpresa inicial–. Vine de Vermelio a escondidas, arriesgando mi vida y la de mi hermano. Te he esperado durante mucho tiempo rodeada de personas que sólo querían mandarme de regreso a casa, ¿por qué me preguntas eso? –el tono de María se había vuelto repentinamente duro.

–La Hermandad me va a exigir dedicación y tiempo.

–La Hermandad en Ribe soy yo y tú me vas a dedicar más tiempo a mí que a esos barcos.

–Durante la última exploración hemos encontrado nuevas tierras, creo que debemos volver para explorarlas.

–¡No! No te irás, llevas toda tu vida dando tumbos sin sentido, es hora de que te asientes –María parecía realmente fuera de sí.

Thorvald se calló y por un momento pensó, ¿qué hago yo discutiendo? Durante un instante, su vida pasó por su mente de manera fugaz, tenía que tomar una decisión: María o Vinland.

La pareja siguió caminando en silencio. Llevaban juntos menos de un día y ya habían discutido con violencia, sus puntos de vista parecían antagónicos, ambos se mantenían tercamente callados aunque deseaban que el otro rompiese esa angustiosa situación. Hasta que se encontraron con Grimm.

–Hola a ambos (…). Nadie me responde, bien, será que habéis pasado buena noche.

Ni la ironía de Grimm fue capaz de sacarles una palabra.

–He estado hablando con Eneco, me ha relatado con detalle vuestro viaje, realmente duro y agotador. Me ha dicho que él no está dispuesto a regresar, ¿cuál es tu opinión, Thorvald?

Thorvald calló antes de mirar a María y esbozó una sonrisa.

–Creo que nuestra actividad está aquí, Grimm, en nuestros puertos. No parece prudente que organicemos expediciones a Vinland, el riesgo es excesivo.

María le agarró de la cintura y dejó ver una tímida sonrisa mientras Eneco se unía al grupo.

–Hay una cosa que no entiendo, Baigorri –preguntó Grimm–. ¿Qué te produce tanto rechazo de esas tierras en las que estuvisteis?

–Los skraelings. No los soportaba. Permanecieron todo el invierno vigilándonos, acechándonos, se mantenían alejados pero siempre estaban observándonos, no me fío de ellos y no quiero volver a verlos. Aún tengo pesadillas con esos hombres pequeños tapados por pieles, cuando los mirabas no sabías si se reían o lloraban, no quiero revivirlo.

–¿Y Leifr y Bjarni?

–Si desean continuar explorando aquellas tierras yo no me opongo, simplemente no quiero sumarme a ellos –concluyó Eneco.

–Estoy de acuerdo –añadió Thorvald–. Podemos proporcionarles medios para que continúen su exploración y construyan un asentamiento, pero no tenemos por qué darles un apoyo mayor, al menos hasta que consigan resultados comerciales interesantes.

Grimm pensó que había zanjado el intercambio de opiniones cuando María rompió su silencio.

–La situación no es sencilla. El comercio de ámbar se ha resentido y Svend Tveskæg solicita cada vez mayores impuestos para financiar sus campañas en Britannia. Debemos potenciar el comercio que nos demanda el Clan Tilsted. Las nuevas tierras deberán esperar, a menos que encontremos en ellas ámbar, pieles o minerales que nos permitan pagar nuestras deudas.

Todos se quedaron mirando a María. Definitivamente, había tomado el mando.

56

De vuelta a Vancouver, Jouko y Holger enviaron las muestras del mástil al Laboratorio de Investigación de Anillos de Árboles del Doctor Smidt, en Munich. A pesar de que no tenían dudas de que confirmaría su hipótesis, necesitaban el resultado oficial.

Frida Stine les acompañó al aeropuerto el día en que emprendían el viaje de regreso hacia Europa.

–Bien, señores, espero que me mantengan informada.

–Por supuesto, Frida –le dijo un formal Jouko mientras le agarraba de ambas manos y le dedicaba un gesto casi reverencial.

–Por cierto, Doctor Saarela, tengo una pregunta para usted, ¿por qué viste siempre esa chaqueta tan poco apropiada?

Jouko y Holger se miraron con complicidad.

–Es una larga y emocionante historia, Frida –respondió Holger –, un día se la explicaremos con más tiempo.

Frida dedicó un fulminante gesto de perdonavidas a Holger Boenisch.

–Vamos, Boenisch, está claro que lleva esa horrible chaqueta por una razón poderosa que trasciende a la lógica. No necesito su intervención de experto en este hecho, el Doctor Saarela me lo explicará algún día, creo que me debe esa explicación. Y ahora, ¡tóme este regalo! –dijo a continuación mientras entregaba un paquete a Jouko.

Jouko lo abrió con sumo cuidado. En su interior había un par de zapatos de cuero negro.

–No tiene excusa, Jouko, esos zapatos parcheados y agujereados que viste no esconden ninguna historia, salvo la de centenares de kilómetros andados y algo de dejadez.

Jouko miró sorprendido a Frida Stine, pensando si sería una bruja o algo por el estilo.

–De acuerdo, me los pondré para la presentación de los resultados de nuestra investigación. Mejor me los pruebo ahora.

Por alguna extraña razón, Jouko consideró que sería un gesto de cortesía probárselos. Sin embargo, tal ocurrencia dibujó un gesto de imprevista y mal

recibida sorpresa en la cara de Boenisch. Cuando Jouko se quitó su zapato derecho, el gesto de horror de Boenisch era indisimulable. El calcetín del finlandés estaba tan desgastado que el dedo gordo asomaba totalmente. Boenisch se puso rojo mientras Jouko, indiferente, se ponía el zapato.

–Me queda perfecto. Quizás un poco prieto.

–Cederá con el uso –afirmó Stine, que continuó con ironía–. Por cierto, desconocía que también necesitara calcetines: le hubiera regalado un par con mucho gusto.

–Esté tranquila –replicó Jouko que no parecía enterarse de la situación, mientras Boenisch consultaba nerviosamente su móvil, para no tener que afrontar aquel bochorno.

Finalmente, tras despedirse calurosamente de la mujer, se encaminaron hacia la puerta de embarque. Allí, los agentes les obligaron a dejar prácticamente todo lo que llevaban encima en una caja de plástico. Aun así el arco pitaba una y otra vez, por lo que tuvieron que enfrentarse a un interrogatorio y a un cacheo. Jouko lo soportaba con estoicismo, pero Holger comenzaba a enfurecerse y pronto montó uno de sus habituales numeritos, indicando a los agentes que el pitido se debía a un machete que llevaba escondido.

Tras unos minutos de tensión, el propio Holger, continuando el juego, deshizo el lío disculpándose e indicando que todo era una broma. Ambos se vistieron los zapatos, cinturones, chaquetas y relojes y prosiguieron su camino.

–¿Por qué lo has hecho, Holger? –le dijo un apurado Jouko una vez pasaron el control.

–Porque me ha dado la gana, estoy harto de estos agentes que te exigen y exigen por el bien de una seguridad sin sentido. ¿Has pensado alguna vez qué es lo que necesita un loco o un fundamentalista para liarla en un avión? Sólo su locura, Jouko; sólo necesita de su deformidad mental y de su fe en absurdas ideas, el resto es accesorio. ¿No crees que un tío que estuviera loco podría bastarse de un bolígrafo o un lápiz o un dvd partido en dos para amargar la vida de centenares o miles de inocentes?

–Es cierto.

–Claro que es cierto – dijo Holger mostrándole un lápiz y un dvd que sacaba de un bolsillo –. La locura y la fe absoluta se tocan, Jouko, y esa es la más peligrosa de las armas, un arma que ha destrozado miles de vidas inocentes con sus ilusiones, sus realidades y sus pensamientos.

Despegaron de regreso hacia Europa. En medio de la noche, con la mayoría del pasaje dormido, Holger se mantenía en vigilia, atento a sus pensamientos. Tras el éxito de la investigación se sentía extremadamente relajado. En poco tiempo hizo un rápido recorrido de su vida, desde su infancia y sus felices días de verano, sus abuelos, sus padres, sus dudas de la adolescencia, la seguridad de los tiempos universitarios, las chicas, el desengaño de algunos amigos; recordó a sus hijos y también a Jutta y se descubrió emocionado, llorando. Miró a Jouko, que dormía profundamente. Se sintió aliviado y suspiró con fuerza varias veces.

Los vuelos largos sirven para reflexionar sobre la vida, pensó para sí mismo. Era verano y la aeronave pasaba por una latitud bastante alta, se apreciaba la claridad de la noche veraniega. Se quedó dormido mientras pensaba que la vida se componía de ilusión y olvido, y él buscaba ilusionarse con nuevos retos y olvidar el pasado doloroso.

Aterrizaron con la certeza de que su trabajo en común finalizaba. Ambos sabían que se iban a echar mucho de menos.

–Holger, he estado pensando en lo que nos preguntó Frida Stine. ¿Por qué si llegaron hasta Vinland no consiguieron mantener después un asentamiento estable? Si hubieran enviado un gran grupo de habitantes de los asentamientos de Islandia podrían haber crecido y haberse extendido por el resto de América.

–No lo sé, a lo mejor hay alguna extraña razón. La historia de la humanidad está llena de casualidades y extrañas razones. Una muerte inesperada, una enfermedad desconocida, un amor, un temporal, en fin, no es probable que dijeran: "Esta tierra no nos interesa". Habría alguna razón, pero por ahora no la sabemos, Jouko.

–¿Y tu María de la sepultura de Ribe?

–Estoy convencido de que es la que menciona el navegante llamado Thorvald en las inscripciones del pecio; las fechas y los datos coinciden.

–No podemos asegurarlo.

–No, pero para mí la búsqueda de María de Baigorri ha terminado. Además, nos ha conducido a todo esto que hemos demostrado. En cuanto tengas los resultados del laboratorio, me los envías y hablamos. Y vete fijando una fecha para presentar los resultados.

–Holger, gracias por tu intuición y tu insistencia.

–No, gracias a ti por tu paciencia conmigo.

Boenisch tenía previsto volver a Hamburgo mientras Jouko volaba hasta Helsinki. Debían despedirse. Ambos se miraron y se abrazaron en silencio. Concluía una hermosa fase que no se volvería a repetir.

57

Un plácido otoño dio paso a las borrascas invernales en Ribe. Thorvald y Eneco marcharon hasta Hammaburg a explicar al príncipe regente de la ciudad el viaje que acababan de realizar. Le propusieron la concesión de un crédito para construir nuevas naves que enviarían a Vinland, repletas de familias y de material necesario para formar un asentamiento permanente en aquella enorme isla colmada de recursos. Pero en lugar de aceptar su petición, el príncipe les exigió una mayor cantidad de impuestos para poder sufragar los gastos de la ciudad.

–Sin la posibilidad de este crédito, no podemos aventurarnos –advirtió Thorvald.

–¿Y si hacemos un planteamiento más modesto? –preguntó Grimm.

–Ya lo estamos haciendo: Leifr sigue explorando Vinland junto con Bjarni y es posible que vuelvan a Island y regresen con más recursos a Vinland, pero esa tierra necesita una expedición numerosa. Yo no pienso volver si no es con una expedición grande que me haga pensar que no pasaré la penuria y la miseria de la primera vez –dijo Eneco.

–Estamos acomodados, Baigorri.

–No, Grimm, no estamos acomodados, pero no queremos morir sin sentido.

–María y yo queremos fundar una familia. Nuestro compromiso con la Hermandad es de por vida, pero nos tocan objetivos más cercanos –también Thorvald dejó claras sus intenciones.

–¿Habéis pensado en solicitar medios al Clan Tilsted? –preguntó Grimm.

–No es posible –le respondió Thorvald–. Nuestra relación comercial con ellos es excelente pero si hablamos de nuevas tierras, Svend Tveskæg se enterará y se adelantará a nosotros y no podemos enfrentarnos a su poderío militar. Ese ha sido precisamente el éxito de nuestra organización, no enfrentarnos nunca a los poderes políticos.

Decidieron apoyar a Leifr Eiriksson en sus viajes de expedición y exploración, pero sin proporcionarle medios económicos. Tampoco él los había pedido y probablemente nunca los pediría.

Al volver de Hammaburg, Thorvald y María formalizaron su unión. El banquete fue una celebración de alegría que parecía sellar definitivamente las cicatrices de su largo viaje de ida y vuelta por el Atlántico. Los pescados ahumados, el asado de

jabalí, la col fermentada y la cerveza les acompañaron durante tan alegre día. Grimm no pudo mantenerse discreto y saciado de cerveza, se levantó y reclamó la atención de todos.

–¡Hoy es un día de celebración! Quiero que comáis y bebáis por nuestro compañero Thorvald Herolfsson, el hombre que ha planificado y dirigido la construcción de nuestra organización.

Todos callaban en atención a Grimm.

–Pero, sobre todo, quiero que celebréis por esta mujer, esta joven que llegó hasta aquí escondida desde un lejano poblado llamado Vermelio y se quedó entre nosotros, robó el corazón de Thorvald y nos lo robó a todos. Celebrad por María de Baigorri, la reina de la Hermandad del Atlántico.

Y celebraron hasta que la noche y una tormenta pusieron cierre al día.

Durante el invierno, Eneco se dedicó a reparar el *Ilaski Beltza* mientras realizaba expediciones a Hammaburg y Alt-Lübeck**.** Pero al término de los grandes fríos tenía claro su destino.

–María, vuelvo a Vermelio.

–¿Para siempre?

–No lo sé pero de momento debo regresar para poner nuevamente a Vermelio en las rutas de la Hermandad. No te preocupes, hermanita, vendré con frecuencia por aquí. ¿Y tú? Piensa que algún día puedes ir a Vermelio con Thorvald.

–De momento no pienso en ello, quiero quedarme aquí.

–Lo entiendo, María.

–¿Cuándo te marcharás?

–En cuanto el tiempo me lo permita y pueda cargar el *Ilaski Beltza* con suficientes mercancías.

Ambos hermanos entendían que se separaban para siempre aunque siguieran viéndose de vez en cuando. Eneco, que durante su infancia había puesto sus ojos en el horizonte, necesitaba regresar a su verdadero hogar, y María, siempre detrás de su hermano, comprendió ahora que su hogar estaba allí, lejos de Vermelio.

Era una mañana despejada de mayo y Eneco había preparado ya la carga del *Ilaski Beltza.* Sentía pena pero sabía que debía continuar su camino. Se despidió en el embarcadero de Ribe.

–Adiós, hermano –le dijo Thorvald–, nos veremos pronto. No dejes de parar en Rochella.

–Así lo haré, aunque sea para recordar a nuestro viejo y querido amigo Jacques. Llevo mercancías de fundición para ellos y espero mantener una relación comercial permanente con el puerto de Rochella. Nos veremos la próxima primavera. ¡Cuida de mi hermana!

María estaba muy triste e hizo un gran esfuerzo para mantenerse serena en el embarcadero.

–Adiós, Eneco –dijo María con voz imperceptible mientras abrazaba a su hermano.

–Prometo estar pronto de vuelta. Vendré para traerte noticias de Vermelio.

Eneco subió al *Ilaski Beltza* y soltó amarras. Poco después, impulsado por el viento norte y con la vela en tensión, la nave comenzó a progresar rápidamente. Dejaban atrás el sinuoso canal que unía Ribe con el Atlántico. Eneco miró al cielo y contempló las bandadas de gansos que subían hacia el norte. Pasaron junto a la isla de Rømø y contempló el islote de Uthorn y la península de Ellenbogen, que habían sido escenario de aquellos primeros encuentros en los que todo había sido nuevo para él, se acordó de la ilusión y el interés por la aventura de aquellos días. Pronto entraron de lleno en el mar del Norte donde el viento se incrementó y con él la velocidad del *Ilaski Beltza* que volaba hacia el sur. Por fin, navegaba hacia Vermelio.

A principios de verano de 1005 amanecía y Eneco había dejado la quilla fija para ir a proa. Más cerca de lo que había calculado se divisaba la costa de Vermelio. Entrarían a plena luz pero no le importaba, los aduaneros le daban lo mismo, declararía toda la carga, quería entrar en la aldea con la cabeza alta, con dignidad y mientras le esperaban los suyos. El escenario de sus sueños de infancia había sido la atalaya de Vermelio, mirando hacia el mar, preferentemente los días grises en los que el Atlántico se mostraba oscuro. Ahora soñaba en sentido inverso, el Atlántico estaba claro y calmado, y miraba hacia tierra, hacia la atalaya, y soñaba con su querido pueblo. Se sintió feliz.

Mandó a su tripulación ponerse a los remos y pronto se fueron acercando, sorteando los islotes de la entrada del embarcadero; la playa estaba llena de gente y en plena actividad. Fondearon el *Ilaski Beltza* y saltó a tierra, la gente se acercó a ellos. Eneco se quedó quieto, esperando, allí estaba su tía Katalin, que le cogió pausadamente de ambas manos. Eneco sintió el contacto de aquellas manos suaves y frías acompañadas de la mirada más tierna que había conocido. Ya estaba en casa.

58

Holger y Jutta descansaban en Kampen, desde donde Holger había hecho un viaje obligatorio a Ribe para visitar el cementerio y la catedral una vez más, aunque en esta ocasión y frente a la inscripción de María de Baigorri, sintió la satisfacción inigualable de quien ha resuelto el misterio. Tras una mañana de ocio, Holger y Jutta tomaban un café en la terraza del Kupferkanne mientras leían distraídamente. Sonó el móvil.

–¡Jouko! Si… ¿Han llegado?… ¿Cuándo?

La entrecortada conversación, construida en parte por las respuestas de Jouko y, sobre todo, por el nerviosismo, subía de ritmo. Boenisch se levantó de la silla y comenzó a elevar el tono y a moverse en círculos. Jutta se quitó lentamente sus gafas de lectura para mirar a Holger con gesto de resignación.

–Es decir que… ya, ya,…, vamos que sí, ¿no? Envíamelo cuanto antes, Jouko, si, si, de acuerdo, espero tu correo electrónico ya mismo. Hasta pronto.

–¿Qué? –preguntó Jutta, que también sentía interés por la información aunque no lo mostrara.

–La muestra del mástil, ya han llegado los resultados, Jutta, es maravilloso, corresponden al pecio de Seydisfjordur, ¿te das cuenta de lo que significa?

–Si, claro, esa nave estuvo en Terranova, en América.

–Exacto, es incuestionable que hemos encontrado los restos de una de las naves que participó en la primera expedición de Leifr Eiriksson a Vinland. Pero no sólo eso, Jutta, porque eso ha sido la culminación de la investigación que ha revelado que Eiriksson formaba parte de una organización comercial que operó por gran parte de Europa y de las islas del Atlántico Norte.

–Enhorabuena, no tengo más remedio que reconocer que tu ansiedad ha sido el motor que os ha permitido llegar a buen fin. ¿Y ahora qué, Holger?

Holger se limitó a coger a Jutta de las manos y mirarle con ojos de agradecimiento.

–Habrá que esperar a que Jouko presente las conclusiones en Dublín. Vendrás conmigo.

–No, Holger, no me refiero a eso, y tu lo sabes. ¿Qué va a pasar con la Universidad y con tus clases?

–He solicitado un año sabático. Quiero reflexionar sobre mi futuro. Es posible que escriba un libro, tengo varios proyectos en mente. En fin, ya lo tengo decidido y en estos momentos no me preocupa. ¿Nos vamos? Quiero revisar el correo electrónico, Jouko me ha enviado las conclusiones del análisis de las últimas muestras tomadas en Vancouver.

–No iremos a casa, Holger, la mañana es preciosa.

–No, sólo pasaremos por casa para coger mi Notebook y revisar el correo. Podemos ir a List, al Austernmeyer, y pedir una docena de ostras con un buen Eiswein, sería perfecto.

–De acuerdo.

Cogieron el coche y se dirigieron hacia la casa que alquilaban en verano desde hacía una veintena de años. Este estado de ánimo hubiera sido impensable en los primeros años de convivencia en aquella casa, plenos de discusiones, acusaciones irónicas y mal ambiente.

Mientras tanto, Baumen, que conocía la casa de Kampen en la que se había colado no pocas veces en ausencia de Holger, apareció desde Berlín sin un propósito claro. La vida de Baumen, con un matrimonio horrible, un trabajo desmotivador y casi sin contacto social, había sido un desastre. Solo tenía dinero, aunque a estas alturas no le proporcionaba ni placer ni bienestar. Se le ocurrió a la desesperada que podría presentarse por sorpresa en Kampen para volver a robar el corazón a Jutta, a la que no veía desde hacía años. Pensó que Boenisch estaría una vez más demasiado ocupado con sus investigaciones o sus clases.

Se fue acercando a la casa mientras la intensidad de su ritmo cardíaco aumentaba según se acercaba a aquel escenario que le traía recuerdos amargos y dulces a la vez. Estacionó a 50 metros de la vivienda y, dentro del vehículo, repentinamente se sintió ridículo, ¿qué le diría a Jutta? ¿De qué manera podría convencerla? ¿Cómo le explicaría que engañando a su mujer, se había liado con ella y que también la había engañado con toda mujer que se puso a su alcance? Sólo pudo llegar a la conclusión de que su vida había sido una constante equivocación.

No había ningún coche aparcado pero la casa estaba en uso sin duda, dos ventanas estaban abiertas y el jardín se mostraba lleno de herramientas. Baumen seguía intranquilo. Abrió la ventanilla de su coche y oyó un ruido, el inconfundible ruido de la gravilla saltando aplastada bajo la carga de los neumáticos, otro coche se acercaba; se agachó para que no pudieran verle.

Holger y Jutta llegaron hasta la casa sin advertir que Baumen estaba estacionado cerca. Holger salió del coche.

–Ahora mismo vengo.

–Espera, Holger, voy contigo.

Jutta cogió a Holger de la mano y él se acercó a Jutta para darle un cariñoso beso, habían pasado muchos años desde la última vez que hicieron esos gestos. Entraron en la casa y salieron un minuto después con el Notebook.

–Bueno, Holger, gran idea la de las ostras. Por una vez me ha entrado hambre a mí con tu ansiedad.

–¿Has visto ese coche? –preguntó Holger.

–Sí, será alguien que anda de paseo –respondió Jutta despreocupada.

Entraron en el coche, arrancaron y se alejaron pausadamente mientras Baumen, que había observado toda la escena, asumía su fracaso. Tomó la decisión de volver hacia Berlín con una carga de amargura mayor que la que había traido.

–Jutta, he pensado dedicarme a investigar casos policiales olvidados.

–¿Cómo?

–En muchos casos, las investigaciones no avanzan porque sus responsables están demasiado metidos en el caso, no tienen una perspectiva independiente y no ven pequeños detalles que pueden diferenciar el éxito del fracaso.

–No lo sé, Holger, ¿qué tiene que ver la arqueología naval con la investigación criminal?

–Lo mismo que la física cuántica con la arqueología naval. Nada. Pero todo proceso investigador tiene dos elementos comunes: entusiasmo e intuición. Hay que arriesgar para acertar con los caminos correctos. En fin, como te decía, el *Ostrea* es un género de molusco marino, conocido como ostra que, como todo el mundo sabe, posee dos valvas casi circulares y desiguales. Está considerada como uno de los mariscos comestibles de mayor interés culinario. Incluye varias especies, siendo *Ostrea edulis* la más conocida. Otra cosa son los ostiones, pertenecientes al género *Crassostrea*. Ahí la gente se equivoca constantemente confundiendo ostras con ostiones.

–Ya estás otra vez con tus frases, que si todo el mundo, que si la gente…

Alt-Lübeck	Asentamiento en la confluencia de los ríos Trave y Schwartau que dio origen a la ciudad de Lübeck (Schlechwig-Holstein, Alemania).
Aslo	Antiguo asentamiento sobre el que se fundó la actual ciudad de Oslo, en Noruega.
Bertaèyn	Nombre original de la Bretaña francesa.
Britannia	Denominación antigua en latín, también utilizada por los pueblos vikingos para referirse a la isla de Gran Bretaña.

Burdígala	Nombre original del asentamiento que se fundo en la actual ciudad de Burdeos (Dept. Gironde-Francia).
Dannevirke	Territorio coincidente con la actual Dinamarca continental (península de Jutlandia).
Dubh Linn	Nombre antiguo del asentamiento junto al río Liffey que ha dado origen a Dublín. Nombre de origen gaélico adaptado por los vikingos que se asentaron en la ciudad desde 830 dC.
Føroyar	Islas Feroe (Dinamarca).
Frisia Magna	Territorio coincidente con el norte de la actual Holanda, limitado al norte por las islas Frisias y mar del Norte. Fue anexionado por Carlomagno al Imperio Germano.
Garumna	Nombre romano y latín del río Garona.
Gotland	Isla perteneciente a Suecia situada en el mar Báltico, a medio camino entre Estocolmo y las costas de Letonia.
Götaland	Región del sur de la actual Suecia cuya ciudad principal es Goteborg.
Grønland	Denominación escandinava antigua y actual de Groenlandia (La tierra verde).
Hammaburg	Nombre del castillo y asentamiento fundados por Carlomagno en la orilla del río Elba, origen de la actual ciudad de Hamburgo (Alemania).
Halïlonj	Denominación en dansk tunga para la isla de Helgoland, situada en el mar del Norte y actualmente bajo soberanía de Alemania.
Hibernia	Nombre antiguo de la isla de Irlanda.
Huisduinen	Actualmente un barrio de la ciudad de Den Helder (Holanda). Fue el asentamiento original que dio lugar a dicha ciudad.
Ibaiune	Nombre vascón del asentamiento previo a la fundación de Baiona.
Island	Denominación escandinava antigua y actual de Islandia (La tierra del hielo).
Lödöse	Antiguo centro de comercio situado en la desembocadura del río Göta, asentamiento primario de la actual ciudad de Goteborg (Suecia).
Londinium	Nombre romano y latino del emplazamiento del asentamiento celta de Lyndim, actual Londres.
Nijmegen	Ciudad holandesa próxima a la actual frontera con Alemania. Fue fuerte y ciudad, y estuvo controlada por Carlo Sacro Imperio Romano.
Nordmannia	Nombre original de la región norte de Francia, formada por los actuales departamentos de Normandie, Picardie y Pas de Calais.
Nordsee	Denominación germánica, antigua y actual del Mar del Norte.
Norveg	Denominación escandinava de la actual Noruega, Nor(norte) y veg (camino).
Oomram	Isla de Amrum, islas Frisia del Norte. Land Schleswig-Holstein (Alemania).
Orkneyjar	Nombre vikingo para las Islas Orcadas (Orkney Islands-UK).
Península	Nombre de la actual Ile de Ré. Situada frente al puerto de La Rochelle.
Vacetia	Hace referencia al asentamiento vascón que existió en dichas islas.

	Vacetiae es un sinónimo en latín de Basque.
Rochella	Asentamiento previo a La Rochelle (Dept. Charente-Maritime-Francia).
Rømø	La más meridional de las islas Frisias danesas. Situada frente a la ciudad de Ribe y limitada al sur por otra isla Frisia, la alemana isla de Sylt.
Scotia	Nombre romano para la designación del norte de la isla de Gran Bretaña, actual Escocia.
Sild	Nombre antiguo para designar a la isla de Sylt. Se trata de la más septentrional de las islas Frisias alemanas.
Sjøland	Islas situadas en el mar Báltico, junto a la península de Jutlandia y que forman parte actualmente de Dinamarca.
Skagen	Cabo situado en el extremo de la península de Jutlandia, Dinamarca, que da paso del océano Atlántico al mar Báltico.
Skane	Península que conforma la parte sur de Suecia, desde Strömstad en el oeste hasta Norrköpping en el este.
Teksel	Teksel en frisón o Tessel en neerlandés, es el nombre de la más occidental de las islas Frisias occidentales (Holanda).
Vermelio	Nombre original del asentamiento que dio origen a Bermeo (Bizkaia).
Visby	Capital y ciudad principal de la isla y condado de Gotland (Suecia), situada en el mar Báltico.
Wattenmeer	Mar situado a lo largo de la costa norte europea, desde Holanda hasta Dinamarca. Comprende la franja que se sitúa entre la barrera formada por las islas Frisias y el continente.
Wyk	Isla de Föhr, islas Frisias del norte. Land Schleswig-Holstein (Alemania).
Zuiderzee	Mar interior que ocupaba la zona central de la actual Holanda hasta Amsterdam y que en los últimos 200 años ha reducido su extensión en 1.500 Km2 debido a la construcción de polders (diques y rellenos de tierra).

toponimia

AGRADECIMIENTOS

A riesgo de ser poco original, me siento agradecido con todos aquellos y aquellas que han hecho el esfuerzo de revisar este relato para darme su opinión. Todas las revisiones me aportaron algo diferente a lo que yo había visto.

Muchas gracias a Roberto Gonzalez de Zarate, tú fuiste mi primer y entusiasta revisor, no podía rechazar tu caudal de energía en las observaciones.

Gracias a Mari Carmen "Karmentxu" Alvarez, por tu admiración y tus comentarios.

Gracias a Eugenio Zulueta, por una lectura fervorosa y casi reverencial. Aún así me hiciste ver algo que faltaba.

Gracias a Gorka Duran, por una revisión crítica e interesante. Tu manera de leer la historia fue diferente y original al resto.

Gracias a Leyre Zárate, por tu enérgica y rompedora crítica que posibilitó que la historia cambiase su rumbo.

Gracias a Mikel Orrantia, por una lectura detallada, prolija y experta. Me diste la chispa que faltaba en aquel momento.

Entre el entusiasmo y la sorpresa por un trabajo quizás inesperado para ti, Jabier Goienetxea, me hiciste algunas buenas observaciones.

Gracias a Biotza Zulueta por una lectura casi entregada y poco crítica, porque a veces la crítica requiere de palpos positivos para entender que el ácido y las bases se neutralizan.

La lectura impresionante, casi vertiginosa de Jon Aldeiturriaga, me abrió nuevos caminos en un momento de desierto de ideas por lo que estoy enormemente agradecido.

Gracias a Nere Aranburu por una lectura esforzada, casi contra corriente, pero muy positiva para mí. Gracias de nuevo por tus buenas opiniones.

Un especial agradecimiento a Idoia Arozena por sus numerosas, directas, afiladas y sinceras observaciones y críticas. Has compartido conmigo algo que no sé si eres consciente que tienes, una profesionalidad infinita. Gracias por tu amistad.